

El caso Birdman MO HAYDER

Siruela/ Policiaca



Mo Hayder

El caso Birdman

Traducción del inglés de
Javier Sánchez García-Gutiérrez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

EL CASO BIRDMAN

Agradecimientos

Notas

Créditos

EL CASO BIRDMAN

Al norte de Greenwich. Finales de mayo. Tres horas antes del amanecer y el río aparecía desierto. Las gabarras renegridas tensaban sus amarras en la corriente y la marea viva liberaba suavemente las pequeñas balandras del fango en el que descansaban. Del agua surgía una bruma que avanzaba hacia el interior, entre almacenes a oscuras y sobre el abandonado Millennium Dome, atravesando páramos solitarios y extraños paisajes de aspecto lunar hasta disiparse entre la maquinaria fantasmal de un depósito de áridos medio en ruinas situado a unos cuatrocientos metros tierra adentro.

Un repentino barrido de faros: un coche de policía entraba en la vía de servicio lanzando silenciosos destellos azules. Momentos después se le unieron un segundo y un tercer coche. Durante los veinte minutos siguientes continuó llegando más policía: ocho coches patrulla, dos Ford Sierra camuflados y la furgoneta Ford Transit blanca del equipo de fotografía forense. Se estableció un control de seguridad al principio de la vía de servicio y se ordenó a los agentes uniformados que cerraran el acceso desde el río. El primer oficial del CID en llegar al lugar se puso en contacto con la centralita de Croydon para solicitar los números de los *busca* de los miembros de la AMIP, unidad de la policía metropolitana del Gran Londres, formada por investigadores expertos, encargada de prestar ayuda a los detectives del CID en las pesquisas de los delitos importantes. A unos ocho kilómetros, el inspector Jack Caffery, asignado al Grupo B de la AMIP, despertó en su cama.

Caffery permaneció tumbado, parpadeando en la oscuridad, mientras ordenaba sus pensamientos y combatía el impulso de darse la vuelta y volverse a dormir. Tras una profunda inspiración, hizo el esfuerzo de salir de la cama, se dirigió al baño para echarse agua en la cara –*no más Glenmorangies durante la semana de guardia, Jack, júralo, júralo ahora*– y se vistió, sin muchas prisas: mejor llegar completamente despierto y sereno, ahora la corbata, un detalle subestimado –*a los del CID no les gusta que llamemos la atención más que ellos*–, el *busca*, y café, cantidad de café instantáneo, con azúcar pero sin leche, nada de leche –*y sobre todo no comas, nunca se sabe lo que te vas a encontrar*–. Se tomó dos tazas de café, cogió las llaves del coche del bolsillo de los vaqueros y, espabilado por la cafeína, con un cigarrillo liado entre los dientes, condujo por las desiertas calles de Greenwich hasta la escena del crimen. Allí su superior, el superintendente Steve Maddox, un tipo de baja estatura y prematuramente cano, impecable como siempre con un traje color pardo, le esperaba fuera del depósito, caminando de acá para allá bajo una farola solitaria mientras jugueteaba con las llaves del coche y se mordía el labio.

Maddox vio el coche de Jack detenerse, se acercó a él y, apoyando un codo en el

techo, se inclinó para asomarse a la ventanilla:

–Espero que no hayas comido nada –advirtió.

Caffery tiró del freno de mano y cogió papel de liar y tabaco del salpicadero.

–Estupendo. Precisamente lo que esperaba oír.

–Este ha rebasado con mucho la fecha de caducidad –añadió Maddox mientras retrocedía y Jack salía del coche–. Mujer, enterrada parcialmente. Justo en medio del descampado.

–¿La has visto?

–No, no. Me han puesto al día los del CID de la zona –contestó. Lanzó una mirada por encima del hombro hacia donde los oficiales del CID formaban un corrillo. Después dijo en voz baja–: Le hicieron la autopsia. La clásica cremallera en forma de Y.

Jack se detuvo y apoyó la mano en la puerta del coche.

–¿La *autopsia*?

–Sí.

–Entonces probablemente haya desaparecido de un laboratorio de patología.

–Ya...

–Una travesura de un estudiante de medicina...

–Ya sé, ya sé –le interrumpió Maddox con las manos levantadas–. En realidad no es nuestro terreno, pero mira.

Lanzó una nueva ojeada por encima del hombro y se le acercó.

–Ten en cuenta que los del CID de Greenwich suelen tratarnos bien. Démosles gusto. No pasa nada por echar un vistazo rápido a la carnicería. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Bien –prosiguió Maddox, enderezándose–. Y tú, ¿cómo andas? ¿Crees que estás listo?

–Pues no, joder –replicó Caffery. Cerró la puerta del coche de un portazo, sacó su placa del bolsillo y, encogiéndose de hombros, añadió–: Es evidente que no estoy listo. Y no sé si alguna vez lo estaré.

Siguieron la valla que rodeaba el recinto y se dirigieron hacia la entrada. La única luz existente era la de las bombillas de sodio de las farolas dispersas, amarillenta y mortecina, y la del flash de la cámara del equipo forense que a veces inundaba el descampado con su blanco destello. A kilómetro y medio hacia el norte, sobre la línea del horizonte, se erguía la luminosa cúpula del Millennium con sus balizas rojas para la seguridad aérea parpadeando bajo las estrellas.

–Estaba metida en una bolsa de basura o algo así. Pero está tan oscuro ahí fuera que el primer oficial que la vio no lo puede asegurar: al ser la primera vez que se encontraba en circunstancias semejantes debió de llevarse un susto de muerte –explicó Maddox. Entonces hizo un gesto con la cabeza hacia un grupo de coches y añadió–: El Mercedes. ¿Ves el Mercedes?

–Sí –contestó Caffery sin romper el paso.

Un tipo de aspecto corpulento, encorvado en el asiento delantero con un abrigo de pelo

de camello, hablaba con determinación con un oficial del CID.

—Es el propietario. Por aquí hay mucho puterío por el asunto del Millennium. Dice que contrató una cuadrilla la semana pasada para limpiar un poco el lugar. Con tanta maquinaria pesada es probable que removieran la tumba sin darse cuenta. Luego a la una...

Llegaron al control, Maddox hizo una pausa, y ambos mostraron sus placas al agente de servicio, se identificaron y agacharon la cabeza para pasar por debajo de la cinta que delimitaba la escena del crimen.

—Luego a la una de esta madrugada —continuó—, tres tipos que andaban por aquí haciendo algo poco sano con una lata de cola adhesiva Evostik se tropezaron con el cadáver. Están en la comisaría. La coordinadora de la escena del crimen nos dará más detalles. Ya ha estado ahí dentro.

La sargento Fionna Quinn, enviada por Scotland Yard, les esperaba en una zona iluminada junto a una caseta prefabricada, como si fuera un fantasma con su mono blanco Tyvek. Cuando se acercaron se retiró la capucha con gesto serio.

Maddox hizo las presentaciones.

—Jack, esta es la sargento Quinn. Mi nuevo inspector, Jack Caffery.

Caffery se aproximó con la mano extendida.

—Encantado de conocerla.

—Lo mismo digo, señor —contestó. Se quitó un guante de látex y, estrechando la mano de Caffery, añadió—: Su primer caso, ¿verdad?

—En la AMIP, sí.

—Bien. Ojalá tuviera algo más agradable para usted. Ahí dentro las cosas no son nada bonitas. Nada en absoluto. Le partieron el cráneo con algo, maquinaria probablemente. Está boca arriba —dijo echándose hacia atrás, con los brazos extendidos y la boca abierta, a modo de explicación. En la penumbra Caffery vio el brillo de algunos empastes—. De cintura para abajo está enterrada bajo hormigón prefabricado. Parece el bordillo de una acera o algo así.

—¿Lleva mucho tiempo? —preguntó Maddox.

—No, no. A simple vista —dijo poniéndose de nuevo el guante y entregándole una mascarilla de algodón—, menos de una semana; pero es demasiado tiempo para que merezca la pena meter prisa a un especialista. Creo que debería esperar hasta que amanezca para sacar al patólogo de la cama. Podrá darle más información cuando la tenga en la mesa de autopsias y haya analizado la posible actividad de insectos. Está semienterrada, medio envuelta en una bolsa de basura: eso podría ser importante.

—¿El patólogo? —dijo Caffery—. ¿Está segura de que necesitamos uno? El CID de Greenwich cree que ha habido una autopsia.

—Así es.

—¿Y aun así quiere que la veamos?

—Sí —contestó Quinn sin cambiar el gesto—. Creo que deben verla. No estamos hablando de una autopsia profesional.

Maddox y Caffery intercambiaron una mirada. Hubo un momento de silencio y Jack

asintió.

—De acuerdo, de acuerdo entonces —añadió. Carraspeó, cogió los guantes y la mascarilla que Quinn le tendía, y se metió la corbata por dentro de la camisa—. Vamos, pues. Echemos un vistazo.

Aun con los guantes de látex puestos, la vieja costumbre del CID hacía que Caffery caminara con las manos en los bolsillos. De vez en cuando perdía de vista la luz de la linterna forense de la sargento Quinn, lo que le ocasionaba momentos de intranquilidad. El depósito estaba a oscuras: el equipo de fotografía forense había acabado su tarea y estaba en su furgoneta copiando la cinta original. El único foco de luz era el tenue resplandor químico de la cinta fluorescente que la coordinadora había utilizado para señalar los contornos de los objetos encontrados a ambos lados del camino y así protegerlos hasta que el oficial de pruebas de la AMIP llegara, los etiquetara y los metiera en bolsas. Se movían a través de la bruma como espectros inquisitivos, entre sombras de botellas color verde pálido, latas estrujadas y un bulto informe que podría haber sido una camiseta o una toalla. Las cintas transportadoras y las grúas de puente se elevaban en el cielo de la noche más de veinte metros, grises y silenciosas como una montaña rusa fuera de temporada.

Quinn levantó la mano para indicarles que se detuvieran.

—Ahí —dijo a Caffery—. ¿La ve? Está boca arriba.

—¿Dónde?

—¿Ve el bidón de aceite? —preguntó moviendo la luz de la linterna.

—Sí.

—¿Y las dos barras de acero a la derecha?

—Sí.

—Sígalas hacia abajo.

—¡Dios!

—¿Lo ve?

—Sí —contestó Caffery, aguantando el tipo—. Sí, sí, lo veo.

¿Eso? ¿Eso era un cuerpo? Había creído que era una masa expandida, amarilla y brillante como la que lanza un bote de espuma de poliuretano. Entonces vio pelo y dientes, y reconoció un brazo. Por fin, al ladear la cabeza, comprendió lo que estaba viendo.

—¡Oh! ¡Dios santo! —exclamó Maddox sobrecogido—. Venga, que alguien la cubra con una carpa de lona.

Cuando el sol salió y disipó la bruma del río, todo el que había visto el cuerpo a la luz del día sabía que aquello no era la travesura de un estudiante de medicina. Harsha Krishnamurthi, patólogo de guardia del Home Office, llegó al lugar y desapareció en el interior de la carpa de lona blanca durante una hora. Reunió al equipo de búsqueda de huellas dactilares para darle instrucciones y, hacia las 12 del mediodía, el cuerpo comenzó a ser extraído de la masa de hormigón.

Caffery encontró a Maddox en el asiento delantero del Ford Sierra del Grupo B.

—¿Estás bien?

—Aquí ya no podemos hacer nada más, amigo. Dejemos que Krishnamurthi se encargue a partir de ahora —contestó Maddox.

—Vete a casa y echa una cabezada.

—Tú también.

—No. Yo me quedo —replicó Caffery.

—No, Jack. Tú también. Si tienes ganas de practicar el insomnio podrás hacerlo en los próximos días. Te lo aseguro.

Caffery levantó las manos.

—Vale, vale. Lo que usted diga, señor.

—Eso es: lo que yo diga —asintió Maddox.

—Pero no dormiré.

—Bueno. Lo que tú quieras. Pero vete a casa —añadió haciendo un gesto hacia el viejo Jaguar abollado de Caffery—. Vete y *haz como* que duermes.

La imagen del cuerpo de color amarillo intenso bajo la carpa le acompañó todo el trayecto y aún seguía nítida al llegar a casa. A la nueva luz del día aquella mujer parecía más real que la noche anterior. Sus uñas, mordidas y pintadas de azul celeste, se curvaban hacia el interior de las palmas hinchadas.

Caffery se duchó y afeitó. Después de la mañana junto al río su rostro se veía curtido en el espejo, con nuevas arrugas en torno a los ojos. Sabía que no dormiría.

Su rápido ascenso aportaba savia fresca a la AMIP: más joven, con más vigor, más preparada. Reconocía el resentimiento procedente de los veteranos y comprendía el pequeño placer siniestro que habían sentido cuando la lista de turnos de guardia de ocho semanas regresó de nuevo al Grupo B, coincidiendo de manera clara y desagradable con la responsabilidad de su primer caso.

Siete días de servicio, veinticuatro horas de guardia, noches en vela: y de golpe y porrazo metido directamente en el caso, sin tiempo para recuperar el aliento. No iba a estar en plena forma.

Y parecía un caso complejo.

No era sólo el lugar y la ausencia de testigos lo que lo enturbiaba; bajo la luz matutina había visto las negras marcas ulceradas de las cicatrices de las agujas.

El agresor había hecho algo en los pechos de la víctima, algo en lo que Caffery intentó no pensar mientras estaba en el cuarto de baño. Se secó el pelo con la toalla y sacudió la cabeza para sacarse el agua de los oídos. *Deja de pensar en ello. No dejes que siga dándote vueltas en la cabeza.* Maddox tenía razón: necesitaba descansar.

Estaba en la cocina, sirviéndose un Glenmorangie, cuando sonó el timbre.

—Soy yo —anunció Veronica a través de la rendija del buzón—. Iba a llamarte pero me dejé el móvil en casa.

Caffery abrió la puerta. La mujer llevaba un traje de lino color crema y unas gafas de sol de Armani encajadas en el pelo. Alrededor de sus talones había varias bolsas de las *boutiques* de Chelsea. Su Opel Tigra descapotable, de color rojo vivo, estaba aparcado al sol de la tarde, al otro lado de la verja del jardín, y Caffery vio que tenía la llave de la puerta en la mano como si hubiera estado a punto de usarla.

—Hola, guapo —dijo, inclinándose en busca de un beso.

La besó y notó un sabor a lápiz de labios y a menta de spray oral.

—¡Qué bien! —susurró Veronica al tiempo que le cogía de la muñeca y se echaba hacia atrás para apreciar mejor su buen color, sus vaqueros y sus pies descalzos. Entonces vio la botella de whisky colgando entre sus dedos—. Relajándote, ¿verdad?

—Estaba en el jardín.

—¿Vigilando a Penderecki?

—¿Crees que no soy capaz de salir al jardín sin vigilar a Penderecki?

—Claro que no eres capaz. Anda, toma... —dijo pasándole una bolsa de la cadena de supermercados Waitrose. Al ver la cara que ponía comenzó a reírse y añadió—: ¡Oh, venga, Jack! Es una broma. He comprado langostinos, unos manojos de eneldo y cilantro y el mejor moscatel. Y además esto. —prosiguió mostrándole una caja de color verde oscuro—. De parte de Papá y mía.

Levantó una de sus largas piernas como si fuera un ave exótica y apoyó la caja sobre la rodilla para abrirla. En su interior había una cazadora de cuero envuelta en papel de seda estampado.

—Es uno de los diseños que importamos.

—Pero si ya tengo una cazadora de cuero...

—Vaya —dijo con una sonrisa indecisa—. Bueno, no te preocupes —añadió cerrando la caja. Se quedaron un momento en silencio y luego concluyó—: Puedo devolverla.

—No, no —replicó Jack avergonzado—. Por favor, no lo hagas.

—De verdad, puedo cambiarla por otra prenda.

—No, en serio. Trae, dámela.

Así eran siempre las cosas con Veronica, pensó mientras cerraba la puerta con la rodilla y la seguía al interior: ella le hacía una sugerencia que le cambiaba la vida, él la rechazaba, ella torcía el morro y se encogía enérgicamente de hombros; acto seguido, él

se declaraba culpable, se ponía boca arriba y se rendía. Y todo por su pasado. *Simple pero eficaz, Verónica*. En los escasos seis meses que llevaban juntos, su casa, deteriorada por el tiempo pero cómoda, se había transformado en un lugar desconocido, lleno de plantas aromáticas y de artilugios que ahorraban trabajo. Tenía el armario repleto de ropa que nunca se pondría: trajes de diseño, chaquetas respunteadas a mano, corbatas de seda, vaqueros de piel de melocotón, todo cortesía de la empresa de importación del padre de Veronica en Mortimer Street.

Mientras ella tomaba posesión de la cocina como si fuera suya –las ventanas abiertas, el trasiego de los utensilios Guzzini, el chisporroteo del aceite de cacahuete en las sartenes verde brillante–, Jack agarró el whisky y salió a la terraza.

El jardín. Ahí había una prueba irrefutable de que su relación estaba en la cuerda floja, pensó mientras destapaba la botella de Glenmorangie. Plantado antes de que sus padres compraran la casa –lleno de arbustos de hibisco, flores del altramuz y hasta una añosa clemátide trepadora–, a él le gustaba dejarlo crecer en verano hasta que la vegetación casi cubría las ventanas. Pero Verónica quería recortarlo, podarlo y abonarlo. Hablaba de cultivar hierba de limón y alcaparras en macetas de colores y ponerlas en los alféizares, de redistribuir el jardín, trazar senderos de gravilla y plantar laureles. Y últimamente, después de haber trastocado su vida y su vivienda, quería que vendiera, que dejara esa pequeña casa de campo victoriana de ladrillo descascarillado en la que había nacido, al sur de Londres, con sus ventanas de parteluz, su jardín enmarañado y el traqueteo de los trenes al pasar por el desmonte. Deseaba renunciar a su trabajo simbólico en el negocio familiar, abandonar la casa de sus padres y empezar a construir un hogar para él.

Pero él no podía. Su vida estaba demasiado ligada a esos mil metros cuadrados de marga y arcilla como para arrancarla por un capricho. Además, seis meses después de conocer a Veronica estaba seguro de una cosa: no la quería.

La observó a través de la ventana mientras frotaba la piel de unas patatas y hacía rizos de mantequilla. A finales del último año él había cumplido cuatro en el CID, cada vez más perezoso y aburrido, y seguía haciendo tiempo a la espera de lo que pudiera venir. Hasta que en una alocada fiesta de Halloween, organizada por el Departamento, advirtió que una joven con minifalda y sandalias con tiras doradas le observaba, fuera donde fuera, con una sonrisa de complicidad en el rostro.

Veronica desencadenó en Jack una obsesión hormonal que le duró dos meses. Compartía su apetito sexual. Le despertaba a las seis de la mañana en busca de sexo y pasaba los fines de semana deambulando por la casa sin otra cosa encima que unos tacones y carmín en los labios, brillante y fresco como un sorbete.

Aquello le dio nueva energía y otros aspectos de su vida empezaron a cambiar. Cuando llegó abril tenía las marcas de los tacones de gatito de los Manolo en el cabecero y un traslado a la AMIP. La unidad central de homicidios.

Pero en primavera, justo cuando su atracción hacia ella comenzaba a decaer, las prioridades de Veronica dieron un giro. Se volvió seria en lo referente a su relación con él y comenzó una campaña para tenerle sujeto. Una noche le hizo sentarse y, en tono grave, le habló de la gran injusticia acaecida en su vida mucho antes de que se

conocieran: había perdido dos años de su adolescencia luchando contra un cáncer.

La estratagema funcionó. Le cogió desprevenido y no supo cómo poner fin a la relación.

¡Qué arrogante, Jack! –pensó–. Como si no abandonarla pudiera ser una compensación. ¡Pero qué arrogante puedes llegar a ser!

En la cocina, Veronica agachó la barbilla, delgada y asimétrica, e hizo trizas con los dientes un ramillete de hierbabuena. Caffery se sirvió un poco de whisky y se lo bebió de un trago.

Esta noche lo haría. Tal vez después de la cena...

En una hora estaba preparada. Veronica encendió todas las luces de la casa y puso velas de cidronela en el patio.

–Ensalada de judías y bacón con rúcula, langostinos en salsa de soja y miel y, para acabar, sorbete de clementina. ¿Te parezco la mujer perfecta o no? –dijo sacudiéndose la melena y mostrando una dentadura en cuyo cuidado no escatimaba gastos–. Pensé que era mejor probar contigo y ver si puede servir para la fiesta.

–La fiesta –repitió Jack. Lo había olvidado. La habían organizado pensando que diez días después de la semana de guardia era un buen momento para dar una fiesta.

–Qué suerte que *yo* no lo haya olvidado, ¿verdad? –dijo pasando por delante de él con una cazuela de Le Creuset rebosante de patatas baby. Los ventanales de la sala de estar daban al jardín–. Esta noche cenaremos aquí. No tiene sentido utilizar el comedor.

Veronica se detuvo, observando su camiseta arrugada y su indómito pelo oscuro.

–¿No crees que deberías vestirme para la cena? –preguntó.

–No lo dirás en serio.

–Bueno –afirmó desplegando la servilleta sobre sus rodillas–, creo que estaría bien.

–No –replicó Caffery mientras se sentaba–. Debo reservar mi traje. He empezado a trabajar en un caso.

Venga, Veronica, pregúntame por el caso, muestra interés en algo que no sea mi guardarropa o mi mantelería.

Pero ella comenzó a servirle patatas en el plato.

–Tienes más de un traje, ¿no? Papá te mandó el gris.

–Los demás están en la tintorería.

–Oh, Jack, deberías haberlo dicho. Podría haberlos recogido.

–Veronica...

–De acuerdo –admitió levantando la mano–. Lo siento. No lo volveré a mencionar...

Dejó de hablar de repente. El teléfono sonaba en el pasillo.

–Me pregunto quién será –dijo mientras pinchaba una patata–. Como si no lo supiera. –añadió.

Caffery dejó el vaso en la mesa y echó la silla hacia atrás.

–¡Por Dios! –exclamó, soltando el tenedor exasperada–. No cabe duda de que tienen un sexto sentido, desde luego. ¿Por qué no lo dejas sonar?

–No.

Se dirigió al pasillo y contestó. –¿Sí?
–No me lo digas. Estabas dormido –dijo Maddox al otro lado de la línea.
–Te dije que no iba a dormir.
–Siento hacerte esto, amigo.
–Vale. ¿Qué ocurre?
–Estoy aquí otra vez. El jefe dio su visto bueno para que trajeran cierto aparato. Y uno de los miembros del equipo de búsqueda encontró algo.
–¿Aparato?
–Un RPT.
–¿Un RPT? Eso...
Caffery se detuvo. Veronica pasó a su lado con resolución, subió las escaleras impetuosamente y cerró la puerta del dormitorio tras ella. Él permaneció en el estrecho pasillo sin perderla de vista, con una mano apoyada en la pared.
–¿Estás ahí, Jack?
–Sí, sí, lo siento. ¿Qué decías? Un RPT, eso es un radar no sé qué.
–Un radar de penetración terrestre.
–Ya. ¿Lo que me estás diciendo es que hay más? –preguntó mientras rascaba un huequecillo en la pared con la uña negra de su dedo pulgar.
–Sí –contestó Maddox con tono serio–. Cuatro más.
–¡Joder! –exclamó frotándose el cuello–. ¿Enterrados por debajo del otro o qué?
–Acaban de empezar a sacarlos ahora.
–Vale. ¿Dónde vas a estar?
–En el almacén de áridos. Después podemos seguirlos hasta De–vonshire Drive.
–Ahí está el depósito de cadáveres de Greenwich, ¿no?
–Ajá. Krishnamurthi ya ha empezado con el primero. Ha aceptado pasarse la noche en vela por nosotros.
–Bien. Te veo dentro de media hora.

En el piso de arriba, Veronica seguía en el dormitorio con la puerta cerrada. Caffery se vistió en la habitación de Ewan y echó un vistazo por la ventana, por encima de las vías, para comprobar si había alguna actividad en casa de Penderecki. Nada. Mientras empezaba a hacerse el nudo de la corbata asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

–Está bien. Tenemos que hablar. Cuando vuelva.
Se detuvo. Ella estaba sentada en la cama, con la colcha subida hasta el cuello y un bote de pastillas en la mano.
–¿Qué es eso?
Veronica le miró con ojos tristes e hinchados.
–Ibuprofeno. ¿Por qué?
–¿Qué estás haciendo?
–Nada.
–Veronica, ¿qué estás haciendo? –insistió.
–Tengo la garganta inflamada otra vez.

Caffery se detuvo con un extremo de la corbata en la mano izquierda.
–¿Tienes la garganta inflamada?
–Eso he dicho.
–¿Desde cuándo?
–No sé.
–Vamos a ver. La inflamación de garganta se tiene o no se tiene.
Ella masculló algo, abrió el bote, agitó dos pastillas en la mano y le miró.
–¿Vas a algún sitio agradable? –preguntó.
–¿Por qué no me dijiste que tenías la garganta inflamada? ¿No deberías hacerte pruebas?
–No te preocupes. Tienes cosas más importantes en las que pen–
–Veronica...
–¿Qué quieres ahora?
Guardó silencio durante un momento.
–Nada.
Acabó de anudarse la corbata y se dirigió hacia las escaleras.
–No te preocupes por mí, ¿vale? –dijo en voz alta–. No te esperaré despierta.

Dos y media de la madrugada. Caffery y Maddox permanecían en silencio mirando hacia el interior de la sala de autopsias cubierta de azulejos blancos: cinco puestos de disección de aluminio, cinco cuerpos, abiertos desde el pubis hasta los hombros, con la piel levantada como si fueran reses con las costillas veteadas de grasa y músculo al descubierto. El goteo de los jugos golpeaba contra los recipientes que había debajo.

Caffery conocía bien ese olor a desinfectante mezclado con el inconfundible hedor de las vísceras expuestas al aire frío. Pero cinco cuerpos. *Cinco*. Todos etiquetados y fechados el mismo día. Nunca lo había visto a tal escala. Para los forenses, que se movían en silencio con sus estropajos y sus chanclos color pipermin, nada parecía inusual. Una integrante del equipo le sonrió mientras le entregaba una mascarilla.

—Solo un momento, caballeros.

Harsha Krishnamurthi se encontraba en la mesa de disección más alejada. El cuero cabelludo del cadáver que tenía delante había sido separado del cráneo hasta la hendidura escamosa de la nariz y se plegaba de modo que el pelo y el rostro colgaban sobre la boca y el cuello como una máscara de goma húmeda vuelta del revés que escurría sobre la clavícula. Krishnamurthi extrajo los intestinos y los dejó caer en una bandeja de acero inoxidable.

—¿Quién se encarga de este? —preguntó.

—Yo.

Un forense menudo, con gafas redondas, apareció a su lado.

—Bien, Martin. Péselos, lávelos y prepare las muestras. Paula: aquí ya he terminado, puede cerrar. Que las suturas no tapen las heridas.

Apartó la lámpara halógena y, levantándose el visor de plástico, se volvió hacia Maddox y Caffery con las manos extendidas y cubiertas por unos guantes llenos de salpicaduras.

—Caballeros. —saludó.

Era bien parecido, esbelto, de unos cincuenta años, con los ojos castaños y brillantes, algo acuosos debido a la edad, y llevaba una barba recortada con esmero.

—Una visita magnífica, ¿verdad?

Maddox asintió.

—¿Sabemos ya la causa de la muerte?

—Creo que sí. Y, si no estoy equivocado, una causa muy interesante. Ahora les cuento.

Señaló el fondo de la habitación y dijo:

—El departamento de Entomología les ampliará el asunto, pero puedo darles fechas aproximadas sobre todas ellas: la primera que encontraron fue la última en morir.

Llamémosla número cinco. Murió hace menos de una semana. Después retrocedemos casi un mes, luego otras cinco semanas y más tarde otro mes y medio. La primera murió probablemente hacia diciembre, pero los intervalos entre las muertes se reducen. Hemos tenido suerte: por lo que respecta a cuerpos extraños asociados no hay demasiado. Están bastante bien conservados.

Krishnamurthi atrajo su atención hacia un triste montón de carne fofa y ennegrecida que había sobre la segunda mesa de disección.

—La primera en morir. Los huesos largos indican que ni siquiera había cumplido los dieciocho. Hay algo parecido a un tatuaje en el brazo izquierdo. Puede que sea la única forma de identificarla. Eso o las pruebas odontológicas. Veamos —dijo levantando un dedo torcido—. Aspecto a la llegada: no sé si ustedes se percataron sobre el terreno, pero todas llevaban maquillaje. Maquillaje espeso. Claramente visible. Incluso después de haber estado enterradas tanto tiempo. Sombra de ojos, carmín. Está todo en las fotografías.

—Maquillaje, tatuajes...

—Sí, señor Maddox. Y, siguiendo esa dirección, dos tenían infecciones vaginales y una el ano queratinizado. Y hay una prueba evidente del uso de drogas: endocarditis de la válvula tricúspide. No quiero adelantar conclusiones, pero.

—Sí, sí, ya entiendo —murmuró Maddox—. Está usted diciendo que eran fulanas. Creo que ya lo suponíamos. ¿Y qué puede decirnos de las mutilaciones?

—Ah, muy interesante.

Krishnamurthi se acercó a un cadáver y les hizo una seña para que le siguieran. Caffery pensó, y no era la primera vez que lo hacía, en cómo se parecía el cuerpo humano desollado a una canal de carne colgada.

—Como verán, lo que hice fue practicar la segunda incisión transaxilar muy hacia el interior, procurando no afectar a la que hizo nuestro criminal y evitando los pechos, para así poder hacer una biopsia a las incisiones, echar un vistazo al interior y ver lo que ocurre ahí dentro.

—¿Y?

—Parte del tejido ha sido eliminado.

Maddox y Caffery intercambiaron una mirada.

—Sí. Grosso modo coincide con un recurso muy común en un procedimiento de reducción mamaria. Y las suturas también. Supongo que es significativo que el agresor no se haya tomado la molestia de decorar así a las víctimas de pechos pequeños.

—¿Cuáles son esas?

—Las números dos y tres. Permítanme que les muestre algo interesante —dijo haciendo un gesto para que le acompañaran hasta donde uno de los forenses estaba cosiendo el torso arrugado al que antes había extraído los intestinos—. Los restos bajo las uñas parecen poco prometedores. Y lo más extraño es que no hay rastros de lucha. Excepto en esta, la víctima número tres.

Se colocaron en torno al cadáver. Era pequeño, como el de una niña, y Caffery sabía que por esa coincidencia, fuera racional o no, no sería tenido en cuenta en las

conclusiones del equipo forense.

—Pesaba cuarenta kilos, que en el antiguo sistema imperial apenas son seis *stones*.

Como si leyera la mente de Caffery, Krishnamurthi añadió:

—Pero no era una adolescente. Era solo muy pequeña. Tal vez por eso los pechos no han sido mutilados.

—¿Y el color del pelo?

—Teñido. El pelo se degrada muy despacio. Este color berenjena no habrá cambiado mucho desde la muerte. Ahora miren. —dijo apuntando un dedo negro y húmedo hacia una forma dispersa en las muñecas—. Aunque es difícil distinguirlas de las lesiones propias de la descomposición, estas son en realidad marcas de ligaduras. Ante mórtem. Y aquí en la cara, de una mordaza. Y también en los tobillos, irritados y sanguinolentos. Las otras murieron frías como el hielo; esas solo... —estiró la mano e hizo como si coronara una cima— rodaron por la loma. Como un tronco al caer. Pero esta, esta es diferente.

—¿Diferente? —preguntó Caffery levantando la mirada—. Diferente, ¿por qué?

—Esta se resistió, caballeros. Luchó por su vida.

—¿Y las otras no?

—No —respondió levantando las manos—. Ahora mismo voy a eso. Solo les ruego un poco de paciencia, ¿de acuerdo?

Hizo a un lado una balanza de triple brazo y avanzó hacia el cuerpo amoratado y tumefacto de la primera víctima descubierta.

—Bien.

Alzó la vista, esperando que Maddox y Caffery le siguieran.

—Veamos pues. A esta la llamaremos número cinco. Está en un estado lamentable. Sin duda la herida de la cabeza fue post mórtem, producida por maquinaria pesada. Su suposición acerca de un *bulldozer* parece adecuada. Tenemos problemas para identificarla. Nuestra mayor esperanza son las huellas dactilares, aunque ahí también encontramos dificultades.

Levantó una de las manos del cadáver y empujó la piel con suavidad hacia atrás y hacia delante. Se movía como la masa de un pudín, gelatinosa y espesa.

—¿Ven ese deslizamiento? No hay la más mínima esperanza de conseguir un resultado rotundo. Lo que tendré que hacer es retirar la piel y obtener la huella —explicó dejando la mano en su sitio—. Era drogadicta, pero su muerte fue instantánea, no por sobredosis. No aparece ninguno de los habituales cuerpos extraños en el esófago y la tráquea, ni hay edema pulmonar.

Giró el cuerpo con delicadeza sobre un costado y señaló una mancha verdosa sobre las nalgas.

—La mayor parte es putrefacción, pero por debajo hay unos puntos de sangre oscura. ¿Los ven?

—Sí.

Volvió a colocar el cuerpo en su posición y añadió:

—Hipostasia diseminada. La movieron después de muerta. Hay más en los brazos e

incluso, algo bastante inusual, en los tobillos.

—¿Inusual?

—Sería normal en un caso de muerte por ahorcamiento. La sangre se desplaza hacia abajo hasta los pies y los tobillos.

Caffery frunció el ceño.

—Usted dijo que el hioides está intacto.

—Y lo está. Además, por lo que queda del cuello puedo garantizarles que no fue ahorcada.

—¿Y?

—Estuvo en posición erecta durante algún tiempo. Post mórtem.

—¿Erecta? —repitió Caffery—. ¿Cómo que erecta?

La imagen le provocó malestar. Se volvió hacia Maddox, a la espera de una explicación, de algún consuelo elemental. Pero no lo encontró. En su lugar, Maddox entornó los ojos y movió la cabeza. *No sé* —parecía decir—, *no busques en mí una respuesta*.

—Tal vez la apuntalaron —continuó Krishnamurthi—. Aunque la descomposición es muy avanzada y no veo zonas blanquecinas que indiquen cómo, podría haber sido suspendida por las axilas o afianzada de algún modo para mantenerla erguida. En algún momento después de muerta, cuando la sangre aún no era viscosa.

Hizo una pausa.

—Vaya..., eso se me pasó.

—¿Qué?

El patólogo se inclinó y retiró suavemente con las pinzas algo que había en el cuero cabelludo.

—¿Qué es eso?

—Un pelo.

Caffery se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Pelo púbico?

—Quizás —respondió Krishnamurthi exponiéndolo a la luz—. No. Es pelo muerto. Negroide. No hay suficiente folículo piloso y no servirá para el ADN, excepto para el mitocondrial.

Metió cuidadosamente el pelo en una bolsa y se la pasó al forense para que la etiquetara.

—He encontrado ya varios pelos rubios en tres de las víctimas. Van camino del laboratorio de Lambeth.

Se desplazó hasta la mesa siguiente.

—Número dos. Murió hace catorce o quince semanas. 1,72 metros, alrededor de treinta años. Los dedos están desecados, pero conseguiremos unas buenas impresiones dactilares; en el mercado se vende un agente quelante magnífico para producir tejido: gelatina. Dilata las puntas de los dedos. Lo habitual era amputar las manos y mandarlas a Lambeth, pero desde el alboroto que se organizó con la identificación de las víctimas de aquel barco de recreo, *The Marchioness* —dijo acercándose a Maddox—, he dejado de

amputar manos. Lo hago aquí, en la mesa de autopsias, por muy incómodo que resulte.

Pasó a la siguiente mesa donde yacía un cadáver grande y blanco, hendido por el centro y abierto. Una maraña de fascia plateada relucía entre las costillas azuladas, y el pelo rubio teñido había sido humedecido y alisado hacia atrás dejando la frente limpia. La garganta también estaba escindida, lo que permitía vislumbrar una cuerda vocal lechosa.

—Víctima número cuatro, señores.

Caffery le tocó el tobillo con precaución.

—Bien.

Unos centímetros por encima del tarso había un tatuaje realizado con sorprendente minuciosidad. Bugs Bunny. La marca comercial de la zanahoria de hojas verdes.

—¿Dice usted que no hay cuerpos extraños relacionados con sobredosis?

—Eso es. Ni tampoco traumatismo.

—Entonces, ¿cómo murieron?

Krishnamurthi levantó un dedo tintado y esbozó una lenta sonrisa.

—Ahí es donde se me ha ocurrido una idea. Miren. Introdujo con suavidad sus dedos en la cavidad del cuello, ensanchó con cuidado la garganta, apartando un poco la tráquea y el esófago hasta que la columna vertebral apareció gris y resbaladiza.

—Este tipo es muy listo, pero no más que yo. Si se extrae suficiente fluido cerebroespinal desde aquí abajo —dijo enderezándose y presionando la parte inferior de su propia espalda— la muerte es instantánea. Y sin dejar apenas una señal. Incluso una punción lumbar normal debe hacerse con gran cuidado. Extraiga demasiado líquido de esa clase y, ¡zas!, el paciente se desplomará. Ahora bien, estos cuerpos tienen una cantidad de fluido en la espina dorsal casi correcta y no se aprecian punciones en la espalda. Así que me pregunto si el sujeto eliminó el paso intermedio —añadió, introduciendo con precisión el escalpelo por la abertura entre las vértebras para extirpar con mucho cuidado una pequeña cantidad de la membrana de mielina blanca— y se dirigió directamente al tronco encefálico.

—¿El tronco encefálico?

—Así es.

Krishnamurthi realizó una segunda incisión y se inclinó para mirar. Manipuló el escalpelo con esmero y dijo entre dientes:

—Vaya. No, me he equivocado.

Frunció el ceño y alzó la vista.

—No lo hizo extrayendo fluido cerebroespinal.

—¿No?

—No. Pero aquí ha habido algo invasivo. Verá, superintendente Maddox, el tronco del encéfalo es una estructura muy delicada. Solo tendría que introducir una aguja en el bulbo raquídeo, moverla un poco y todas las funciones fisiológicas se paralizarían. Justo lo que vemos en estos cuerpos.

—La muerte instantánea.

—Exacto. Bueno, no se aprecia el daño extensivo que se esperaría, pero eso no significa que no se inyectara algo aquí. No importa lo que fuera, incluso podría haber sido agua.

El corazón y los pulmones del individuo se habrían detenido en el acto.

—¿Y dice usted que salvo la número tres ninguna de las víctimas opuso resistencia?

—Eso he dicho.

—Entonces, ¿cómo? —preguntó Caffery frotándose suavemente las sienes—. ¿Cómo las mantuvo erguidas?

—Imagino que una vez que toxicología envíe los análisis del estómago, la sangre y el tejido interno encontraremos restos de algún tranquilizante —explicó ladeando la cabeza—. Debemos suponer que estaban semiinconscientes cuando la aguja entró.

—Bien.

Caffery cruzó los brazos y se asentó sobre los talones.

—Lambeth tiene que hacer pruebas de alcohol, Rohypnol, barbitúricos, marihuana. ¿Y esas —hizo un gesto señalando hacia la frente de la víctima—... , esas cosas en la cabeza?

A menos de un centímetro por debajo del nacimiento del pelo podía distinguirse una línea horizontal formada por unas débiles marcas ocres.

—Extrañas, ¿verdad?

—¿Todas las tienen?

—Todas menos la número cuatro. Se extienden por toda la cabeza y trazan un círculo casi perfecto. Además, responden a un patrón muy preciso: unos puntos y luego una barra oblicua.

Caffery se inclinó para acercarse un poco más. *Punto punto barra. ¿Una broma de alguien?*

—¿Cómo las hicieron?

—Ni idea. Tengo que trabajar en ello.

—¿Y qué hay del material de sutura?

—Sí.

Krishnamurthi se mantuvo en silencio por un momento.

—Es profesional.

Caffery se enderezó. Maddox le miró con sus grandes ojos grises por encima de la mascarilla y él alzó las cejas.

—Eso parece interesante —afirmó.

—No he dicho que la técnica sea profesional, caballeros.

Krishnamurthi se quitó los guantes, los arrojó a un recipiente amarillo de riesgos biológicos y se dirigió a una pila.

—Solo el material lo es. Es seda. Pero el corte no se prolonga hasta la apófisis xifoides. Es bastante burdo. La incisión en la parte inferior de la mama es la técnica quirúrgica que se enseña en las escuelas de medicina.

Cogió la pastilla amarilla de jabón de aceite de cáñamo y se enjabonó las manos.

—Ha retirado la grasa del sitio correcto y la incisión es muy limpia, hecha con escalpelo. Pero la sutura no es profesional. En absoluto.

—Y si yo pensara que nuestro sujeto conocía los rudimentos, usted, ¿qué diría? —preguntó Caffery.

—Diría que tiene razón. Mucha razón. Fue capaz de encontrar el tronco encefálico, lo

que es bastante notable.

Se enjuagó las manos y se quitó el visor.

–Bien. ¿Quieren ver lo que hizo antes de coserlas?

–Sí.

–Por aquí, por favor.

Después de secarse las manos, los condujo a una antesala en la que el forense menudo masticaba chicle y lavaba los intestinos en un fregadero de porcelana: vaciaba el contenido en un recipiente, los ponía bajo el grifo e inspeccionaba con atención las membranas interior y exterior por si había corrosión. Cuando vio a Krish–namurthi dejó los intestinos a un lado y se aclaró las manos.

–Muéstreles lo que encontramos en las cavidades torácicas, Martin.

–Ahora mismo.

Ocultó el chicle en la mejilla y agarró una cubeta grande, de acero inoxidable, cubierta con un trozo cuadrado de papel marrón. Quitó el papel y mostró el interior del recipiente.

Maddox se inclinó y acto seguido echó la cabeza hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada.

–¡Dios!

Se apartó y sacó un pañuelo blanco con sus iniciales del bolsillo de la chaqueta.

–¿Me lo enseña? –dijo Caffery.

El asistente le acercó la cubeta y Caffery miró con cautela por encima del borde.

En aquel caldo fétido, sobre el fondo del recipiente manchado de sangre, se apiñaban cinco diminutas formas muertas, como si intentaran guardar el calor. Levantó la vista hacia el forense y preguntó:

–¿Son lo que me imagino?

El forense asintió.

–Oh, sí. Son lo que parecen.

Caffery se acostó a las cuatro de la madrugada. Veronica dormía a su lado, serena e imperturbable, roncando suavemente. Si tenía la garganta inflamada significaba que había inflamación en los ganglios. Y los ganglios inflamados eran síntoma del rebrote de la enfermedad de Hodgkin, de la reaparición del linfoma mortal.

En el momento oportuno, Veronica, justo en el mejor momento: casi como si lo supieras.

A las cuatro y media cayó por fin en un sueño ligero, intermitente, y a las cinco y media volvió a despertarse.

Permaneció tumbado mirando al techo y pensando en los cinco cadáveres de Devonshire Drive.

Había algo en sus heridas que era importante para el asesino: las marcas en las cabezas. ¿Algo que les había obligado a ponerse? ¿Parafernalia sadomasoquista? Solo faltaban en la víctima número cuatro. Ninguna de ellas había sido violada, no había signos de penetración forzada, anal, oral o vaginal. Y sin embargo, con la ayuda de una lámpara ultravioleta Omniprint, Krishnamurthi había detectado restos de semen en los abdómenes. Por la mutilación de los pechos de tres de las mujeres y la ausencia de ropa, Caffery sabía que andaban tras la pesadilla de la policía: un asesino en serie, un psicópata sexual, alguien demasiado enfermo ya para detenerse. Y lo que no se le iba de la cabeza, como si se aferrara a su mente, eran las cinco formas sanguinolentas en el fondo de la cubeta de acero inoxidable. Le seguían dondequiera que fuese.

Cuando estaba seguro de que no conciliaría el sueño, se duchó y vistió, sin despertar a Veronica, y condujo por la madrugada londinense hasta llegar al cuartel general del Grupo B.

El Grupo B, a veces llamado Shrivemoor por la calle en la que tenía su base de operaciones, compartía un edificio funcional, de ladrillo rojo, con el Grupo de Apoyo Territorial de la Cuarta Zona. En la fachada no había ningún nombre, pero las estadísticas de víctimas por accidentes de tráfico, expuestas en una vitrina oscura en el exterior, habían transmitido la impresión de que aquello era una comisaría. Al final se puso un letrero a la entrada del garaje para advertir a la gente de que no fuera allí con sus problemas cotidianos. «Diríjase a una comisaría de servicio, hay una al final de la calle», decía el cartel.

Cuando Caffery llegó, el sol había ascendido por encima de la hilera de viviendas adosadas, construidas en los años treinta, y los niños que iban a la escuela subían a los autobuses Volvo. Aparcó el Jaguar —otra cosa que Veronica quería que cambiara por un modelo nuevo, más reluciente.

«Podrías venderlo y comprar algo realmente bonito.»
«No quiero algo realmente bonito. Quiero el coche que tengo.»
«Entonces al menos déjame que lo lave.»

Pasó la tarjeta de acceso por el lector, continuó por delante de los quince Ford Sherpa blindados del Grupo de Apoyo Territorial aparcados sobre sus propias manchas de aceite y subió las escaleras. En las dependencias de la AMIP los tubos fluorescentes estaban encendidos. Cuatro personas encargadas de indexar las bases de datos, todas mujeres, todas civiles, estaban sentadas frente a sus mesas, tecleando.

En el despacho encontró a Maddox, que acababa de desayunar con el superintendente jefe en el club de golf Chislehurst. Sobre una taza de té Earl Grey y unas magdalenas con salvado, el jefe supremo había trazado un plan de actuación.

–Ha impuesto una moratoria a la prensa.

Maddox parecía cansado; Jack se dio cuenta de que no había dormido.

–Todos los oficiales o civiles de sexo femenino que consideren el caso repulsivo pueden solicitar traslado –comentó Maddox, dando un toquecito a un lápiz para alinearlos con el resto de los objetos que había en su escritorio. Sus labios estaban descoloridos–. Y nos ofrece refuerzos: van a trasladar aquí a todo el Grupo F desde Eltham.

–¿Dos grupos en un caso?

–Sí. El jefe está preocupado por este asunto. Muy preocupado. No le gusta la reducción de los intervalos de la que habla Krishnamurthi. Y...

–¿Qué?

Maddox lanzó un suspiro.

–El pelo que retiró Krishnamurthi del cuero cabelludo de aquella chica. El pelo negro.

–También encontró pelos rubios. Seguir pistas con las fulanas es engañoso.

–Sí, Jack, sí. Pero al superintendente jefe le ha entrado la fiebre del caso Stephen Lawrence¹. No ve más que grupos de derechos humanos por todas partes y cuchillas de afeitar en el correo.

Alguien llamó a la puerta y Maddox se dirigió a abrirla con apariencias serias.

–Definitivamente, no quiere que nuestro objetivo sea negro.

–Buenos días, señor.

El sargento Paul Essex, con su amable aspecto desaliñado habitual –corbata desanudada y mangas recogidas hasta dejar a la vista sus enormes antebrazos rojizos–, apareció en la puerta con un expediente color naranja en la mano.

–De la Oficina Nacional de Identificaciones.

–¿Huellas?

–Sí –contestó, mientras se retiraba el fino cabello rubio de su frente grande y colorada–. La víctima número cinco tuvo el detalle de inscribirse en el registro de prostitutas. Una tal Shellene Craw.

Caffery abrió el expediente.

–De modo que estas están catalogadas como fulanas –dijo alzando la vista y mirando a Maddox–. Lo extraño es que ninguna figure en el registro de personas desaparecidas, ¿no te parece?

–Lo que significa que alguien en el domicilio de Craw tiene mucho que explicar.

–Concretamente, un tal Harrison –dijo pasándole el expediente–. Barry Harrison, en Stepney Green.

–¿Te apetece ponerlo al principio de tu lista de la compra? –preguntó Maddox.

–Muy bien.

–Essex, amigo mío, tengo entendido que usted es el oficial de enlace familiar en este caso. ¿No es así?

–Así es, señor. Seleccionado especialmente por mi sensibilidad.

–Entonces mejor que acompañe a Caffery. Alguien podría necesitar su tierno hombro para desahogarse.

–De acuerdo. Y, señor, ha llegado esto. –añadió entregando a Caffery una tira de papel de impresora–. De Scotland Yard. El nombre de la operación: Operación Alcatraz.

Caffery cogió el papel y frunció el ceño.

–¿Se trata de una broma?

–No.

–Bueno, diríjase a ellos y pida que lo cambien. No es apropiado.

–¿Por qué?

–Birdman. Como el hombre de los pájaros de Alcatraz. ¿No ha visto los resultados preliminares de los análisis post mórtem?

–Acabo de llegar.

Maddox suspiró y dijo:

–Nuestro agresor nos dejó un pequeño regalo en las víctimas.

–*Dentro* de las víctimas –corrigió Caffery cruzando los brazos–. En el tórax, cosidos junto al corazón.

Essex mudó el rostro.

–¡Qué asco!

Recorrió ambas caras con la mirada a la espera de una explicación. Maddox carraspeó y miró a Caffery. Ninguno habló.

–¿Y bien? –dijo Essex abriendo los brazos con frustración–. ¿Qué ocurre? ¿De qué estamos hablando? ¿Qué fue lo que dejó?

–Un pájaro –dijo Caffery por fin–. Un pájaro pequeño. Un pájaro de jaula, probablemente un pinzón. Y que esto no salga del Grupo, ¿me oye?

Hacia las 10 de la mañana la Oficina Nacional de Identificaciones había logrado averiguar otra identidad a partir de las huellas. La víctima número dos era una tal Michelle Wilcox, una prostituta de Deptford. Su expediente fue trasladado desde Bermondsey hasta Shrivemoor esa misma mañana mientras Caffery y Essex atravesaban el túnel de Rotherhithe para interrogar al novio de Shellene Craw. Hacía un día fresco y luminoso. El East End, visto fugazmente desde el coche, parecía incluso animado, y las hojas de los árboles londinenses, sucios y pobres, mostraban vivos colores.

Paul Essex dirigió la vista hacia los robles de Stepney Green situados frente a una hilera de casas georgianas de ladrillo claro –recién pintadas, para orgullo de sus propietarios, vendedores de bonos en el mercado financiero– antes de llegar a la casa donde vivía Harrison, un inmueble victoriano de ladrillo rojo ennegrecido por años de contaminación y relegado por el avance de la clase media.

–Este personaje, Harrison, estoy seguro de que usted no cree que sea nuestro hombre. Caffery detuvo el coche y echó el freno de mano.

–Desde luego que no.

–Entonces, ¿qué cree?

–No sé.

Subió la ventanilla, salió del coche y, cuando estaba a punto de cerrar la puerta, dudó y volvió a asomar la cabeza hacia el interior.

–Nuestro hombre tiene coche, eso es seguro –añadió.

–Tiene coche. ¿Es eso todo?

Essex se incorporó con esfuerzo para salir del Jaguar y cerró la puerta de un golpe.

–¿No tiene una teoría mejor que esa de que *tiene coche*?

–No –admitió haciendo girar las llaves del Jaguar entre los dedos antes de guardárselas en el bolsillo–. Aún no.

En el edificio de Harrison el ascensor no funcionaba y tuvieron que subir andando los cuatro tramos de escalera. De vez en cuando Caffery debía detenerse para esperar a Essex.

Antes de que partieran, Maddox le había explicado cómo era Essex. «Todo Grupo tiene un gracioso. En el Grupo B tenemos a Essex. Le gusta divertir a los colegas. Jura que cuando llega a casa por la noche se pone un vestidito de tirantes para pasar el aspirador. Son todo sandeces, en eso estamos de acuerdo, desde luego, pero aun así tómalos en serio. La verdad es que es digno de confianza, un elemento fundamental.»

Y poco a poco Caffery comenzó a creer en la bondad innata de ese pedazo de percherón. Se fijaba en cómo trataban a Essex las mujeres: como a un viejo oso herido.

Coqueteaban con él y le tomaban el pelo, se sentaban en sus rodillas y le daban cachetes al oír sus bromas. Pero quizás, en su fuero interno, entendían que su forma de actuar era fruto de una cualidad emocional que ellas no habían desarrollado en profundidad; a la edad de treinta y siete años el sargento Essex aún vivía solo. Ese detalle provocaba en Caffery momentos de culpa por la comodidad y placidez de su vida al compararla con la de Essex. Las desigualdades físicas quedaban demostradas incluso en ese momento: Caffery llegó hasta el piso de Harrison fresco y dispuesto, mientras que Essex, con la cara congestionada y lleno de sudor, a duras penas consiguió subir los últimos escalones y, sofocado, se detuvo en el descansillo, se abrió el cuello de la camisa y se dio unos cuantos tirones a los pantalones para despegárselos de las piernas. Tardó varios minutos en recuperarse.

—¿Listo?

—Sí —asintió, secándose la frente—. Vamos.

Jack llamó a la puerta.

—¿Quién es?

La voz que salía del interior del piso parecía somnolienta.

Caffery se inclinó hasta la ranura del buzón.

—¿Está el señor Harrison? ¿Barry Harrison?

—¿Quién quiere saberlo?

—El inspector Caffery —contestó lanzando una mirada a Essex.

Olía a marihuana.

—Quisiéramos hablar un momento con usted.

Se oyó un resoplido y el sonido de un cuerpo saliendo de la cama. Luego el ruido de un grifo al abrirse y la descarga de la cisterna del cuarto de baño. Por fin la puerta se entreabrió y la cadencia de seguridad dividió en dos partes un rostro de ojos bulbosos azules y barba desigual.

—¿Señor Harrison? —preguntó Caffery mostrando su placa.

—¿Qué ocurre?

—¿Podemos entrar un momento el sargento Essex y yo?

—Si me dice para qué, sí.

Era delgado y con pecas, y estaba desnudo de cintura para arriba.

—Desearíamos hablar con usted sobre Shellene Craw.

—No está aquí, amigo. Hace días que no la veo.

Comenzó a cerrar la puerta, pero Caffery apoyó el hombro y se lo impidió.

—Quiero hablar *sobre* ella, no *con* ella.

Harrison miró detenidamente a Caffery y luego a Essex, como sopesando quién saldría mejor parado en una disputa.

—Mire, ella y yo hemos acabado. Si tiene problemas, lo siento, pero ni estábamos casados ni nada, así que no soy responsable de ella.

—No le entretendremos mucho tiempo.

—Usted nunca se rinde, ¿verdad?

—No, señor.

—¡Me cago en la leche! —exclamó antes de cerrar la puerta para desenganchar la cadena de seguridad—. Acabemos de una vez. Venga, pasen.

El cuarto de estar de Harrison era mugriento y pequeño. Por un lado daba a un balcón y por el otro a una cocina con algunas plantas de falangio descoloridas y cajas de KFC. El suelo estaba salpicado de tabaco y papelillos de fumar.

Sin que nadie le invitara, Caffery tomó asiento en una silla de PVC azul cercana a la ventana y cruzó los brazos.

—¿Cuándo vio a Shellene por última vez, señor Harrison?

—No sé. Hace como un par de semanas.

—¿No puede ser más concreto?

—¿En qué se ha metido ahora?

—Como un par de semanas... ¿Quiere eso decir una semana o un mes?

—No me acuerdo.

Harrison se puso una camiseta y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de sus vaqueros. Se llevó un Silk Cut a la boca y cogió del suelo un encendedor desechable.

—Fue después de mi cumpleaños.

—Que es el...

—Diez de mayo.

—Vivía aquí, ¿verdad?

—Es usted muy listo, sí señor.

—¿Y qué ocurrió?

—No sé. Se largó —dijo mirando a la ventana y haciendo el gesto de estirar la palma de una mano y deslizar la otra por encima con rapidez—. Se fue una noche y nunca volvió. Pero así era Shellene. Dejó casi toda su porquería en el dormitorio.

—¿La tiene todavía?

—No, estaba tan cabreado que la tiré. Eran trapos de *striptease* y cosas así.

—¿Hacía *striptease*?

—En sus ratos buenos. Pero a lo que se dedica es a hacer la calle. La pillé tirándose a unos árabes en Portland Place, ¿sabe?

—¿Denunció su desaparición?

Harrison chasqueó la lengua con sarcasmo.

—¿Desaparición? ¿De dónde? ¿De mi mente?

—Dejó sus cosas aquí. ¿No se le ocurrió?

—¿Por qué iba a hacerlo? Cuando se vino a vivir aquí solo trajo su maquillaje, un radiocasete enorme, unas cuantas jeringuillas. Ya sabe, lo típico.

—¿No se preguntó si podría haberle ocurrido algo?

—No —dijo negando con la cabeza—. No. De todos modos, estábamos a punto de romper. No me sorprendió nada que se fuera aquella noche y no regresara.

Su voz se fue apagando. Sus ojos se dirigieron de Essex a Caffery y volvieron de nuevo a Essex.

—¡Eh! —dijo de pronto con nerviosismo—. ¿De qué va todo esto?

Cuando ninguno de los dos respondió, algo cambió en su mirada. Encendió

apresuradamente el cigarrillo y le dio una calada profunda.

—No quiero ni oír lo que van a decir, ¿saben? Venga, más vale que lo digan pronto. ¿Cómo está? ¿Muerta o algo así?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Que está muerta.

—¡Joder!

Las gotas de sudor le empaparon el rostro. Se dejó caer en el sofá.

—Debería habérmelo imaginado. Debería habérmelo imaginado nada más verles. Una jodida sobredosis.

—Al parecer no fue una sobredosis. Es probable que se trate de un turbio asesinato.

Harrison miró fijamente a Caffery, sin pestañear. Entonces, como para protegerse de las palabras, se tapó los oídos con las manos. En sus antebrazos podían apreciarse marcas rosáceas de pinchazos.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Dios!, no puedo.

Dio una larga chupada al Silk Cut y se le humedecieron los ojos.

—Esperen —dijo incorporándose de repente y desapareciendo por el pasillo.

Caffery y Essex se miraron durante un momento, oyendo cómo arrastraba los pies por el suelo y abría unos cajones en el dormitorio. Essex fue el primero en hablar.

—Él no lo sabía, ¿verdad?

—No.

Permanecieron en silencio un rato más. En el piso de abajo alguien se acababa de despertar y la música atronaba.

Era *techno trance*, el tipo de música que había oído miles de veces cuando estaba en el CID y andaba por los clubes haciendo preguntas. Cambió de postura en la silla.

—¿Qué coño estará haciendo ahí dentro?

—No sé. —dijo Essex con voz tenue—. ¡Dios! No creará que.

—¡Mierda!

Caffery se puso en pie de un salto, se fue derecho al pasillo y estampó la palma de la mano contra la puerta del dormitorio.

—¡No te chutes estando yo aquí! ¿Me oyes, Barry? ¡Me las pagarás por esto!

La puerta se abrió y apareció el rostro de Harrison, inmóvil.

—No me puede detener por pincharme unos temazepam. Me los recetaron antes de la prohibición.

Con el codo izquierdo doblado, y sujetándose el brazo con la mano, pasó por delante de ellos y se dirigió al cuarto de estar. Caffery le siguió, maldiciendo en voz baja.

—Tenemos que hablar contigo. Y no podemos hacerlo si estás colocado hasta la cejas.

—Les sirvo más si estoy colocado que si no. Mi mente estará más despejada.

—Más despejada —repitió Essex entre dientes meneando la cabeza.

Harrison se dejó caer en el sofá, subió las rodillas y se rodeó las pantorrillas con los brazos de un modo un tanto femenino.

—Con Shellene pasaba casi todo el tiempo colocado —dijo echando la cabeza hacia

atrás.

Por un momento Caffery creyó que iba a ponerse a llorar. En cambio, apretó los labios y dijo:

—Vale. Díganme. ¿Dónde apareció?

—En el sudeste.

—¿En Greenwich?

Caffery levantó la vista.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Harrison bajó los brazos y movió la cabeza.

—Siempre andaba por esa zona. Casi todo su trabajo lo hacía allí. ¿Y cuándo? ¿Cuándo ocurrió?

—La encontramos ayer por la mañana.

—Sí, pero, ya sabe... —dijo tosiendo—. ¿Cuándo...?

—Más o menos cuando la viste por última vez.

—¡Joder! —exclamó soltando un suspiro. Encendió otro cigarrillo, le dio una calada, con la cabeza echada hacia atrás, y exhaló el humo hacia el techo—. Sigamos y acabemos de una vez. ¿Qué quieren saber?

Caffery se sentó en el brazo del sofá y sacó su bloc de notas de la chaqueta.

—Esto es una declaración, ¿de acuerdo? Así que dime si estás demasiado colocado para afrontarla.

Como Harrison no contestó, Caffery siguió hablando.

—Muy bien, supongo que eso significa que procedamos. El sargento Essex es nuestro oficial de enlace familiar y él será quien se ponga en contacto contigo siempre que trates con nosotros. Se quedará aquí cuando yo me vaya, repasará la declaración contigo y te pedirá que nos ayudes a ponernos en contacto con la familia de Shellene. Queremos detalles hasta que se nos salgan por las orejas: qué llevaba puesto, qué maquillaje utilizaba, qué ropa interior usaba, si su serie favorita era *EastEnders* o *The Street*.

Se detuvo.

—Y supongo que será una pérdida de tiempo intentar que te consiga una entrevista con un asistente social del Servicio de Rehabilitación de Drogadictos. Para evitar que tus venas acaben duras como piedras.

Harrison se llevó la mano a la cabeza y exclamó:

—¡De eso nada!

—Ya me lo imaginaba —dijo Caffery suspirando—. Bueno. ¿Sabes dónde iba Shellene aquella noche?

—A uno de sus pubs. Tenía un trabajillo.

—¿Nombre?

—No sé. Pregunte a su agente.

—Que se llama...

—Little Darlings.

—¿Little Darlings?

—No hace honor a su nombre, eso se lo aseguro. Está por Earl's Court.

–Bien. ¿Algún otro nombre? ¿Alguien con quien soliera andar?

–Sí –contestó Harrison colocándose el Silk Cut entre los labios–. Además de Julie Darling, la agente –añadió empezando a contar los nombres con los dedos–, estaban las chicas: Pussy, es gracioso, pero siempre hay una que se llama Pussy, ¿verdad?; Pinky; Tracy, o Lacey, o alguna chorrada así; Petra y Betty. En total –dijo dándose un golpe en las rodillas con las manos, enfadado de repente–. hacen seis. Eso es todo lo que llegué a saber de la vida de Shellene. ¡Y va usted y me dice que le sorprende que no denunciara su desaparición! ¡Como si yo supiera algo! ¡Menudo hatajo de gilipollas!

–Vale, vale. Tómalo con calma.

–Claro, claro –dijo exasperado–. Me lo tomaré con calma. ¡Por los cojones!

Se dio la vuelta y miró por la ventana. Durante un rato nadie habló. Harrison dirigió la vista distraídamente hacia los tejados de Mile End Road, hacia las cúpulas verdosas de los almacenes Spie–gelhalter que se elevaban en el azul del cielo. Una paloma se posó en el balcón y, relajando los hombros, Harrison suspiró y se volvió hacia Caffery.

–De acuerdo.

–¿Qué?

–Más vale que me lo diga ahora.

–¿Decirte qué?

–Ya sabe. Ese cabrón, ¿la violó?

Cuando llegó a Mackelson Mews, en Earl's Court, el sol había puesto a Caffery de mejor humor. Encontró la agencia sin dificultad: sobre la puerta, con unas letras adhesivas doradas y medio desprendidas, había un cartel que decía LITTLE DARLINGS.

Julie Darling era una mujer de baja estatura que pasaba de los cuarenta, con el pelo brillante y teñido de negro, cortado a lo paje, y una nariz sorprendentemente diminuta sobre su terso cutis. Vestía un chándal de terciopelo color fresa y una especie de chinelas con tacón a juego. Mientras guiaba a Caffery por un pasillo de losetas de corcho, mantenía la cabeza muy erguida, como si sobre ella llevara un vaso invisible. Un gato persa blanco, molesto por la presencia de un extraño, se escabulló por una puerta abierta. Caffery oyó la voz de un hombre que se dirigía al animal desde el fondo de la habitación.

–Es mi marido –dijo Julie con tono inexpresivo–. Me lo agenció en Japón hace veinte años.

Antes de que cerrara la puerta, Caffery alcanzó a ver a un hombre corpulento en camiseta, sentado en el borde de una cama, rascándose la barriga como si fuera una morsa. La débil luz del sol iluminaba la habitación a través de un resquicio en las cortinas.

–Fuerza aérea americana –añadió en voz baja, como si eso explicara por qué no les acompañaba.

Caffery la siguió hasta la oficina: una habitación de techo bajo, en la que la intensa luz del sol entraba por dos pequeñas ventanas con cristales emplomados. Un abejorro zumbaba en las jardineras del alféizar y, tras ellas, un Jaguar modelo Etype se calentaba

al sol. En algún lugar alguien practicaba arpeggios en un piano.

—Bien.

Julie se sentó a su escritorio, cruzó las piernas y le observó con aire pensativo.

—*Caffery*. Vaya apellido. ¿Es usted irlandés?

Él sonrió.

—Es probable, si nos remontamos a varias generaciones. Del condado de Tyrone, criado en Liverpool.

—Pelo oscuro, ojos azul oscuro. Típico irlandés. Mi madre siempre me previno contra los muchachos irlandeses: «O son estúpidos o son peligrosos, Julie».

—Espero que le hiciera caso, señorita. —titubeó un segundo antes de continuar—
Darling.

—Es mi verdadero apellido.

—Ya.

Se metió las manos en los bolsillos y dirigió la mirada hacia el techo. Estaba cubierto de brillantes fotografías publicitarias y numerosas caras le observaban.

—Me gustaría saber qué puede decirme sobre.

Al ver el nombre impreso bajo una bonita cara sonriente se detuvo. Shellene Craw.

Así que este era tu aspecto.

—¿Shellene Craw consta en sus libros?

—Ah, así que se trata de Shellene. No me sorprende en absoluto, inspector. Me debe la comisión de dos meses. Doscientas libras. Y ahora le trae a usted hasta mi puerta, preguntando sobre ¿qué? Drogas, supongo.

—No creo que vaya usted a recuperar su dinero —dijo Caffery tomando asiento y poniendo las manos sobre el escritorio—. Está muerta.

Julie contestó sin alterarse.

—Se veía venir. Había una sobredosis esperándola. Los clientes se quejaban. Decían que tenía marcas de agujas en los muslos y eso les echaba para atrás. Vaya, doscientas libras. Supongo que no me las habrá dejado en su testamento.

—¿Cuándo supo de ella por última vez?

—Hace un par de semanas. Después no se presentó a un número el miércoles pasado y no avisó.

Hizo una pausa, tamborileando con las uñas en el escritorio.

—Y me quedé sin ese local en el acto.

—¿Cuál?

—Nag's Head. En Archway.

—¿Y cuál fue el último local donde actuó?

—Hum... Veamos.

Julie se inclinó en el asiento y, tras humedecerse un dedo con la lengua, pasó rápidamente las hojas de un destartelado cuaderno de gran tamaño. En la raya del pelo, Jack vio una línea gris sobre su rosáceo cuero cabelludo.

—Aquí está —dijo dando un golpecito en una página con el dedo.

—Debió de presentarse en The Dog and Bell porque no se quejaron. Era una actuación

a mediodía, el lunes pasado.

—¿The Dog and Bell?

—En Trafalgar Road. Está en...

—Ya, lo conozco.

Caffery sintió un hormigueo en la piel.

—Está al este de Greenwich.

«El depósito de áridos está a menos de un par de kilómetros», pensó mientras comenzaba una nueva página en su bloc de notas.

—¿Shellene trabajó sola ese día?

—No —respondió ella ladeando la cabeza y mirándole con atención—. ¿No va a decírmelo? Fue una sobredosis, ¿verdad?

—¿Había otra chica en el espectáculo?

Julie le miró un momento y contrajo la boca ligeramente.

—Pussy Willow. Solo actúa en Greenwich.

—¿Tiene algún nombre real?

—Todas tenemos nombres reales, señor Caffery. Sólo los clientes más deplorables creen que nuestras madres y nuestros padres nos llaman Frooty Tootie o Beverly Hills. Se llama Joni Marsh. Lleva años conmigo.

—¿Tiene su dirección?

—Si la voy dando por ahí no le va a gustar. Y mucho menos a la pasma.

Julie se interrumpió y esbozó una sonrisa.

—Y mucho menos a un detective.

—No se preocupe, no se enterará.

Entornó los ojos y garabateó una dirección en el dorso de una tarjeta de visita.

—Comparte piso con Pinky. Antes también tenía sus datos. Ahora que lo ha dejado se llama Becky.

—Muchas gracias —dijo cogiendo la tarjeta. El marido de la fuerza aérea estaba escupiendo flemas en el dormitorio.

—¿Tiene los datos de una chica llamada Lacey?

—No.

—¿Y de una tal Betty?

Julie negó con la cabeza.

—¿El nombre de —comenzó a decir mirando sus notas—. Tracy le dice algo?

—No.

—¿Y Petra?

—¿Petra? Sí.

Caffery alzó la vista.

—¿Seguro?

—Sí, Petra. ¡Qué cosita tan especial!

Jack arqueó la cejas.

—¿Cosita?

—Quiero decir pequeña —dijo dirigiéndole una mirada pícara—. No nos dedicamos a la

pornografía infantil, señor Caffery. Hablo de una de las chicas. También me la jugó. Y yo que creía que sabía distinguir bien a la gente.

—¿Desapareció?

—De la faz de la tierra. Escribí a su pensión. Pero jamás me contestaron, claro —añadió encogiéndose de hombros—. No me debía mucho, así que lo dejé pasar. Esas cosas se apuntan en el saldo de la experiencia, ¿no cree usted?

—¿Cuándo fue eso?

—En Navidad. No, a comienzos de febrero, porque acabábamos de regresar de Mallorca.

—¿Drogas?

—¿Ella? No. Ni se acercaría a ellas. Las otras, sí. Pero Petra no.

—Cuando dice que era pequeña.

—Con los huesos diminutos. Como un pajarillo. Y muy delgada.

Caffery cambió de postura en aquella silla estrecha.

—¿Recuerda cuál fue la última vez que actuó?

Julie le dirigió una mirada larga y meditabunda. Lentamente, de manera poco expresiva, volvió a consultar su cuaderno.

—Aquí está.

Deslizó el dedo por la página y añadió:

—Veinticinco de enero. The King's Head, en Wembley.

—¿Actuó alguna vez en The Dog and Bell?

—Muy a menudo. Joni la conoce. Su pensión estaba en Elephant and Castle.

Volvió a humedecerse la yema del dedo y pasó la página.

—¡Qué raro! —dijo en voz baja—. Estuvo en The Dog and Bell el día antes de actuar en The King's Head. El día anterior a su desaparición.

—Bien. Necesito su dirección.

—Bueno.

Julie se reclinó en la silla y puso las manos en el escritorio.

—Dígame de una vez qué es lo que pasa.

—Y una foto de Petra.

—Le he preguntado qué pasa.

Jack dirigió la vista al techo.

—Y esa de Shellene.

Julie se sorbió la nariz con fuerza y cogió una carpeta que estaba debajo del escritorio. Rebuscó en su interior y sacó dos fotos de Shellene, de medio cuerpo, y una en color —de cuerpo entero y algo oscura— de una chica morena con leotardos de malla. Se las pasó a Caffery sin mirarlo siquiera.

Petra no era nada especial. Sus facciones eran muy pequeñas, tenía los ojos oscuros y la barbilla triangular y resuelta de un golfillo. Su único maquillaje era un perfil de carmín oscuro sobre los labios. Caffery puso la foto a la luz para verla mejor y la contempló durante un rato.

—¿Qué pasa? —preguntó Julie.

Él alzó la vista.

—¿Se teñía el pelo?

—Todas lo hacen.

—Parece...

—Púrpura, sí. Horrible, ¿verdad? Le recomendé que no lo hiciera.

Jack guardó la foto en su Samsonite y recordó el cuerpo aninado que reposaba en la morgue de Greenwich; el único que había opuesto resistencia a la muerte, el único al que había habido que someter. Cerró el maletín, algo incómodo por el repentino sentimiento de compasión hacia una pobre anoréxica, atada y amordazada, que había luchado por su vida.

—Muchas gracias por su colaboración, señora Darling.

—¿No me va a decir qué tiene que ver Petra con Shellene?

—Todavía no lo sabemos.

Julie dijo de repente:

—También está muerta, ¿verdad? La pequeña Petra.

Se miraron por encima del escritorio durante un rato. Caffery carraspeó y se puso en pie.

—Por favor, señora Darling, no hable de esto con nadie. La investigación apenas se ha iniciado. Le agradecemos su ayuda —dijo extendiendo la mano. Pero ella declinó estrecharla.

—¿Me contará algo más cuando pueda?

Con su pelo a lo *gargon*, color negro azulado, parecía muy pálida.

—Me gustaría saber qué le ocurrió a la pobre Petra.

—Cuando sepamos algo se lo diremos —contestó Caffery—. Cuando lo sepamos.

La AMIP depende en gran medida del Home Office Large Major Enquiry System, la base de datos de verificación cruzada conocida por su acrónimo: HOLMES. El eje central de cualquier grupo de investigación es el «receptor» HOLMES, es decir, el oficial que coteja, extrae e interpreta los datos. En Shrivemoor esa persona era Marilyn Kryotos.

A Caffery le había agradado Marilyn desde el primer momento: rellenita y lánguida, se pasaba el día hablando apaciblemente, con su voz grave y peculiar, acerca de sus hijos y sus mascotas, de sus enfermedades, sus pequeños triunfos y de los rasguños que se hacían en las rodillas. Madre universal, Kryotos parecía ocuparse de un asesinato con la misma resignación con que cambiaría un pañal sucio: como si fuera algo cotidiano, ligeramente desagradable pero reparable. A Caffery le gustó que la primera opción de Kryotos en el momento de elegir un compañero de trabajo fuera Paul Essex: tenía la impresión de que la amistad entre ellos corroboraba su propia opinión sobre la pareja.

Aquella tarde, cuando regresó a Shrivemoor con sus notas, Jack se encontró a Marilyn. Traslataba unos expedientes desde el despacho del inspector jefe hasta el centro de coordinación y Caffery se dio cuenta al instante de que estaba alterada por algo.

—Marilyn —dijo inclinándose hacia ella—. ¿Qué te ocurre? ¿Pasa algo con los niños?

—No —dijo malhumorada—. Son los del puñetero Grupo F. Se están instalando y me están volviendo loca. Quieren esto, no quieren lo otro... Lo último es una maldita oficina para ellos solos, como si fueran mejores que nosotros, —añadió apartándose un mechón de pelo oscuro del rostro—. El superintendente jefe anda muy cabreado con este caso y lo paga con nosotros. Echa un vistazo a este lugar, Jack: si apenas hay espacio para un grupo de investigación..., ¿cómo va a haberlo para dos!

Caffery sabía a qué se refería. Para llevar sus notas a las operadoras de las bases de datos tuvo que abrirse paso entre caras desconocidas en el centro de coordinación. Todos los oficiales del Grupo F llevaban corbatas y camisas almidonadas, muchas de ellas con dobleces, como si las acabaran de sacar de las fundas de celofán. Sabía que esa arrogancia en el atuendo iría desapareciendo después de una semana de turnos de quince horas.

—Disculpa, amigo —dijo alguien cogiéndole por el brazo.

Era un tipo de cara afilada, más bajo que él, bronceado, de ojos azul pálido y nariz recta, fina y pequeña. Tenía el pelo rubio y estirado, como si llevara un escudo reluciente y curvo sobre la cabeza. Vestía un traje impecable, color verde botella, y sobre el hombro llevaba otros dos en una funda de tintorería.

—¿Tenéis algún sitio donde pueda colgar esto?

Caffery encontró a Maddox en el despacho del superintendente jefe, firmando unos impresos de horas extra. Arrojó las llaves del coche sobre el escritorio.

–The Dog and Bell.

–¿Perdón?

–The Dog and Bell. Es un pub al este de Greenwich.

Maddox se inclinó hacia atrás en la silla y le miró con atención.

–¿Y bien? –preguntó separando las manos–. ¿En qué estás pensando?

–En ir allí a hacer unas cuantas preguntas a los clientes habituales que tengan alguna relación con la medicina.

–Eso atraerá a la prensa. Si abrimos la boca en público no respetará la moratoria. Se lo dejaré caer al superintendente jefe a ver qué le parece. Aunque mejor no –añadió moviendo la cabeza–, creo que dirá que no. Aún no. Imagino que tendrás otras pistas.

–Unos cuantos nombres. Y la posible identificación de la víctima número tres.

–Bien, dile a Marilyn que los distribuya. ¿Cuál es el que más promete?

–Joni Marsh. Trabajaba en The Dog and Bell el día en que Craw desapareció.

–Vale, encárgate de eso mañana. Pero llévate a alguien más, por Dios. Ya sabes cómo pueden llegar a ser esas mujeres.

Alguien llamó a la puerta y Maddox lanzó un suspiro.

–¿Sí? ¿Quién es?

–Mel Diamond. Inspector Diamond, señor.

–Pase, señor Diamond. Pase.

El oficial de pelo rubio entró, estirándose las mangas del traje para tapar los puños de la camisa.

–Buenas tardes, señor –dijo sin prestar atención a Caffery.

Extendió una mano bronceada hacia Maddox dejando ver el breve centelleo de un reloj de pulsera extraplano.

–Usted no me conoce, señor, pero yo a usted sí. Del Club Náutico Metropolitano.

Maddox hizo una pausa sin saber qué decir.

–Chipstead –apuntó Diamond.

–¡Dios santo! –exclamó Maddox, saliendo de detrás de su mesa para estrechar su mano–. Claro, claro. Conozco su cara. Así que –dijo apoyándose en el escritorio y cruzando los brazos mientras recorría a Diamond con la vista de arriba abajo–, usted es el afortunado inspector que se nos incorpora. Bienvenido a Shrivemoor.

–Gracias, señor.

El tono de su voz resultaba demasiado elevado para aquel pequeño despacho, como si estuviera acostumbrado a que le escucharan.

–Recién llegado desde el tranquilo Eltham.

–Les pondremos a trabajar inmediatamente: usted y sus hombres comenzarán sus pesquisas mañana. Cubrirán un diámetro de casi seis kilómetros. ¿Le parece bien?

–Tendrá que parecérmelo. El jefe quiere que participemos en el trabajo diario y apoyemos al Grupo responsable.

Maddox hizo otra pausa.

–Sí, pero aún no tenemos gran cosa –dijo con cautela–. No es mucho lo que podemos hacer, señor Diamond. Estoy seguro de que lo comprenderá.

–Sí, claro –respondió–, desde luego que lo comprendo. Y no tengo ningún problema. En absoluto. Si le parece bien al jefe, a mí también. No hace falta decirlo –añadió asintiendo. Entonces, como si trazara una línea para cambiar de tema, sonrió, señaló con la mano hacia las fotos de la pared, y dijo–: Bonito barco. ¿Es suyo?

–Sí –contestó Maddox con vacilación.

–Es un Valiant.

–Sí, sí. Así es.

–Buenos barcos, los Valiant. Hay a quien les recuerda un poco una bañera, pero a mí me gustan. Estupendos para hacer cruceros.

–Sí, desde luego –coincidió Maddox, que se iba animando–. Odio decirlo, pero los americanos siempre aciertan con estos diseños. Es un lujo enorme, claro.

–Sé que un cúter ganó la regata Frostbite del Metropolitan este año –prosiguió Diamond–. No sería por casualidad...

–Sí –asintió Maddox con modestia–. Pues sí.

Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados firmemente, a Caffery le sorprendió descubrir cuánto le irritaba esa conversación. Como si el apoyo y la amabilidad de Maddox fuera un derecho exclusivo y no algo que pudiera trasladarse por capricho a otro inspector. Aunque resultara irracional –*no es tu padre, Jack, no tienes ningún derecho sobre él*–, le molestaba que Maddox fuera tan vulnerable a los halagos. Cuando Diamond sonrió con cordialidad y dijo encantado: «Vaya, vaya, cuando les cuente a mis amigos con quién trabajo», Caffery se dio la vuelta y abandonó el despacho discretamente.

Aquella tarde Jack se sentó al escritorio en la habitación de Ewan, contemplando las nubes de Windows 98 en la pantalla. Las ramas altas de la vieja haya al pie del jardín proyectaban unas cambiantes sombras rojizas sobre la pared. No necesitaba darse la vuelta para saber que las nuevas hojas ocultaban casi por completo los clavos herrumbrosos, hundidos en el árbol hasta la médula, y las escasas tablas enmohecidas: los restos de la casita en la que Ewan y él se metían agachados cuando eran niños y desde la que gritaban a los estruendosos trenes que pasaban por el desmonte.

A veces, en sus momentos de soledad, Jack se esforzaba en recordar cómo eran las cosas, cómo era él. Tenía la imagen de un niño, más ligero que un soplo, al que nada le impedía salir volando sobre las azoteas por el azul del cielo.

Y entonces llegó aquel día. Lo recordaba como una serie de escenas inconexas, enlazadas sin ningún cuidado y ligeramente granuladas, como si hubiera hecho trampa y los recuerdos procedieran no de la vida real, sino de una vieja película de ocho milímetros oculta en algún rincón en el trastero del ático de sus padres.

Era mediados de septiembre, hacía sol y viento, y las tablas secas de la casita del árbol crujían mientras el haya, aún suave y verde por la savia estival, se inclinaba por el viento. Jack y Ewan se habían peleado. Habían encontrado cuatro tablones en un contenedor de basura; Ewan quería construir una plataforma de vigilancia sobre las ramas del árbol situadas más al sur para así poder ver los trenes que se aproximaban bamboleándose desde la estación de Brockley. Jack quería que la plataforma estuviera al norte para poder seguir la vía hasta los puentes de New Cross, cubiertos de neblina, y así ver las caras de los trabajadores de la ciudad mientras regresaban a casa leyendo el *Evening News*.

Jack, que entonces era un airado chaval de ocho años de genio muy vivo, empujó a su hermano mayor con violencia contra el tronco del árbol. La respuesta de Ewan fue feroz y sorprendente: recuperó el equilibrio, extendió sus brazos robustos y arremetió contra Jack gritando:

—¡Se lo voy a decir! ¡Se lo voy a decir! ¡Se lo voy a decir a papá! —insistió arrojando saliva por la boca.

Jack, desprevenido, salió despedido hacia el borde de la casita y fue rodando hasta detenerse justo donde acababa el entablado, con los pantalones cortos desgarrados por un clavo, las piernas colgando y el dedo pulgar de la mano izquierda atrapado entre dos tablas. El dolor le enfureció.

—¡Díselo, cabrón! ¡Venga, díselo de una puta vez!

—Lo haré.

Ewan se fue calmando poco a poco, como si reconociera su culpa no exenta de resentimiento. Cerró los párpados y torció el morro.

—¡Te odio, canalla! ¡Maldito canalla de los cojones!

Se dio la vuelta, descendió por la escala de cuerda, con el rostro concentrado en su enfado, y se dejó caer por el talud. Soltando palabrotas a voz en grito, Jack consiguió liberar su pulgar, retrocedió hasta el interior de la casita y se quedó allí tumbado, jadeando, con la mano dolorida palpitando entre las rodillas desnudas, enojado y rabioso.

Bajo el árbol, donde las laderas del desmonte se convertían en una amplia extensión de maleza, los dos hermanos habían creado una red de senderos para sus juegos, en la que cada ruta había sido minuciosamente explorada, trazada y nombrada: una telaraña pisoteada que avanzaba en espiral hasta la enredadera. Mientras Jack observaba desde la casita, Ewan echó a andar por el sendero del sur, al que llamaban «de la muerte» porque pasaba junto a un termo eléctrico oxidado —«¿Ves eso, Ewan? Es una bomba sin explotar. Una V2 probablemente...»—. Vio su cabeza, limpia y oscura, asomar varias veces por encima de la maleza, y de vez en cuando su camiseta color mostaza. Ewan llegó hasta el claro que ellos llamaban campamento 1, más allá del cual comenzaba la zona desmilitarizada, las V2 letales y el territorio de los amarillos.

Jack perdió interés. Ewan se enfurruñaba muy fácilmente. Todo aquello le cansaba. Enojado y dolorido, descendió del árbol y se metió en casa para quejarse de la media luna amarillenta que bullía bajo la uña de su pulgar.

Después sería la casita del árbol lo que más haría sufrir a su madre. Era como si la estuviera viendo: estaba limpiando el horno o haciendo la colada y, de pronto, un pensamiento o algún recuerdo interrumpía su tarea y le hacía salir muy estirada al jardín, donde se quedaba un rato de pie, mirando al árbol, con los guantes de goma rosa goteando espuma sobre la hierba. Era el último lugar donde había visto a su hijo.

Y entonces venían los estallidos desesperados y medio histéricos que aturdían a su marido. «Explicame esa casita en el árbol, Frank; si aún está ahí, ¿por qué no está él? ¡EXPLÍCAMELO, Frank! ¡Dímelo!»

El padre de Jack se tapaba los oídos y se hundía en el sillón, con las páginas de deportes apretujadas en su regazo, incapaz de soportar la angustia de su mujer. Hasta que un día agarró un martillo de bola y echó a andar con decisión, bajo la lluvia y a través del barro, con las pantuflas a cuadros puestas.

Caffery había subido a esa habitación en la que ahora estaba, y había trepado a la cama para llegar a la ventana y poder ver cómo crujía la madera, cómo caían las tablas al suelo y los pegotes de barro salpicaban las medias de su madre, que permanecía de pie sobre el césped enmarañado, sollozando.

Entonces, a través de las ramas desnudas del árbol, al otro lado del desmonte del ferrocarril, vio a alguien más.

Era Ivan Penderecki. Pálido, con sus brazos rollizos apoyados en la podrida valla negra de su jardín, mostraba una sonrisa distante entre la lluvia gris.

Penderecki permaneció allí unos veinte minutos mientras, a su espalda, la silueta de la

casa se recortaba contra las nubes de lluvia. Después, como si rebosara de satisfacción, se dio la vuelta y desapareció en silencio.

Para Caffery, que tenía nueve años y la pequeña nariz pegada contra el cristal empañado, era la prueba que necesitaba de aquello que resultaba inconcebible e inexpresable. De algo que para la policía era imposible porque «Hemos registrado todas las casas de la zona, señora Caffery; y vamos a ampliar la búsqueda por la pendiente del ferrocarril, más allá del puente de New Cross...».

Caffery sabía, en la forma instintiva y orgánica en que un niño sabe las cosas que nunca le han contado, que Penderecki podía mostrar a la policía el lugar exacto donde encontrar a Ewan.

Los Caffery abandonaron la batalla cuando Jack cumplió veintiún años. Regresaron a Liverpool y le vendieron la casa por cuatro perras, a cambio, creía él, de no tener que volver a verle la cara. Jack el discrepante, el difícil, el que no quería obedecer o estar callado sin moverse. El que preferirían haber perdido. Nunca lo dijeron, pero él podía verlo en el rostro de su madre, cuando la sorprendió mirando fijamente la uña de su dedo gordo. La mancha, de color rojo oscuro, se obstinaba en permanecer, una prueba, a juicio de su madre, del empeño de su segundo hijo en recordarle aquel día para siempre. La desaparición de Ewan había hecho mucho más que degradar a Jack a ojos de su madre. Sabía que incluso ahora –en algún lugar de los extensos suburbios de Liverpool– ella seguía esperando; ¿qué? ¿Que él encontrara a Ewan? ¿Que él también muriera? Caffery no sabía realmente qué era lo que le exigía, qué compensación esperaba de él por haber seguido vivo. De vez en cuando, pese a Veronica y a las mujeres que la habían precedido, se encontraba a sí mismo casi paralizado por un sentimiento de pérdida y soledad.

Así que volcó toda su energía en ascender rápidamente dentro de la policía metropolitana. El nombre de Penderecki fue lo primero que introdujo en el sistema informático de la policía. Y allí encontró la verdad.

John (Ivan) Penderecki, pedófilo convicto, dos sentencias cumplidas en los años sesenta antes de trasladar su domicilio a las mismas calles en las que vivían Jack y Ewan Caffery.

En las estanterías del estudio –todavía seguía siendo «la habitación de Ewan»–, alineados y con rótulos de colores, había doce archivadores, cada uno de ellos repleto de pedazos de papel, cartones de John Player envueltos en plástico transparente, descoloridas cajas de cerillas Swan Vesta llenas de clips sujetapapeles, un clavo oxidado, un trozo de una factura del gas chamuscada, los detalles triviales de la vida de Penderecki recopilados a lo largo de veintiséis años por Caffery, un detective joven y obsesivo. Ahora se dedicaba a trasladar los contenidos de los archivadores a formato digital.

Se puso las gafas y abrió la base de datos.

–¿Otra vez con eso?

Se sobresaltó. Veronica estaba de pie, junto a la puerta, con los brazos cruzados y la

cabeza inclinada. Esbozó una sonrisa.

—Te he estado vigilando.

—Ya veo —dijo quitándose las gafas—. Pasa.

—Quería darte una sorpresa.

—¿Te has hecho las pruebas?

—No.

—¿Por qué no? Es lunes.

—Estuve todo el día en la oficina.

—¿Es que tu padre no te deja salir?

Veronica frunció el ceño y se frotó la garganta. El escote de su chaqueta, color amarillo azafrán, era lo bastante bajo como para dejar ver la marca tatuada sobre el esternón. Un recuerdo de la radioterapia en sus años jóvenes.

—No hay por qué enfadarse.

—No estoy enfadado. Solo preocupado. ¿Por qué no vamos a urgencias ahora?

—Tranquilízate. Llamaré al doctor Cavendish mañana. ¿Vale?

Caffery volvió de nuevo la vista a la pantalla, se mordió el labio e intentó concentrarse en su tarea, lamentando por enésima vez haber dado a Veronica las llaves de su casa. Ella le observaba desde el umbral, conteniendo un suspiro, mientras se colocaba el pelo por detrás de las orejas y deslizaba las uñas por el marco de la puerta. Sus anillos y pulseras, discretamente caros —el mejor modo que un padre tenía de demostrar cariño por su hija—, tintineaban suavemente. Caffery sabía que quería que la contemplara. Pero no se dio por enterado.

—Jack —dijo suspirando por fin.

Se acercó a la silla y le levantó un mechón de cabello para acariciarle la piel con su dedo pulgar.

—Quería hablar contigo de la fiesta. Solo faltan unos días.

Se fue acoplando en la silla, acurrucándose junto a él y acercando la boca a su mejilla, mientras enredaba las manos en su cabello y pasaba la pierna izquierda sobre el brazo del asiento.

—¿Jackie? ¡Yu hu! ¿Me oyes?

Le apretó la cara con los dedos, esos dedos que siempre olían a mentol y perfume caro, y frotó su cuerpo contra su ingle.

—Veronica... —dijo mientras notaba una erección no deseada.

—¿Qué?

Comenzó a desembarazarse de su abrazo.

—Quiero que me dejes estar aquí una hora.

—¡Oh, Dios! —protestó poniéndose en pie—. ¿Sabes lo que te digo? Que estás enfermo.

—Seguramente.

—Tienes una obsesión compulsiva. Si no andas con cuidado morirás en este cuarto.

—Ya hemos hablado de eso.

—Estamos en el siglo veintiuno, Jack. Ya sabes, una nueva vida, siempre hacia delante y hacia arriba —dijo mirando al jardín desde la ventana—. En nuestra familia nos educaron

para abandonar las raíces y prosperar.

–Tu familia es más ambiciosa que yo.

–Más ambiciosa *de lo que yo soy* –le corrigió.

–Sí. Y a eso le dan más importancia que yo.

–Más *de la que yo le doy*.

–¡Dios santo!

–¿Qué?

Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Unos peces tropicales con brillos de colores cruzaban la pantalla. Treinta y cuatro años y aún no se atrevía a decir a esa mujer que no la quería. Después de las pruebas –*cobarde, Jack, eres un cobarde*– y después de la fiesta, si las pruebas salían bien, sería más fácil. Entonces se lo diría. Le diría que se había acabado. Y que le devolviera las llaves.

–¿Qué pasa? –preguntó ella–. ¿Qué he dicho ahora?

–Nada –contestó y volvió a su tarea.

Hacía el típico sol de mediodía que provoca dolores de cabeza y reduce las sombras a estrechas líneas alrededor de los objetos. Caffery mantuvo las ventanillas abiertas mientras conducía, pero Essex se quejó tanto del calor e hizo tal exhibición, pasándose los dedos por debajo del cuello de la camisa y ahuecándose la pechera, que Caffery no tuvo más remedio que ceder: cuando aparcaron dejaron sus chaquetas en el maletero del Jaguar y echaron a andar por Greenwich South Street remangándose las mangas de la camisa.

El número ocho resultó ser una casa de dos pisos de época georgiana sobre una tienda de objetos usados.

—Harrison recordaba la ropa que Craw llevaba puesta —dijo Essex mientras agachaban la cabeza para pasar por la pequeña puerta que había a la izquierda—. Sandalias de plástico de color claro, con un destello rosa en los tacones, leotardos negros, mini-falda y —según cree— una camiseta —se inclinó hacia el telefonillo y añadió—: Parece mi tipo de mujer.

—¿Cómo se lo han tomado los padres? —preguntó Jack.

—Como si les importara un pimiento. No van a venir a Londres, no encuentran un billete de tren apropiado. «Era una pequeña fulana, sargento, si eso sirve de alguna ayuda», es como entiende la madre colaborar con la policía.

El telefonillo emitió un chisporroteo metálico que les hizo dar un respingo.

—¿Quién es?

Caffery se quitó las gafas de sol y se acercó al aparato.

—Inspector Jack Caffery. Buscamos a Joni Marsh.

Unos minutos después la puerta se abrió y una chica delgada, con el pelo color castaño, les miró desde el interior. Tendría unos treinta años, conjeturó, pero su larga melena, los prácticos zapatos planos de piel en sus pies bronceados y el pichi de pana azul celeste que llevaba puesto, le daban la frescura de una colegiala.

Jack mostró su placa.

—¿Joni?

—No.

En los bolsillos del pichi asomaban unos pinceles, lo que hacía pensar en que su clase de arte había sido interrumpida. Una clase de arte de un colegio de chicas caro.

—Joni está arriba. ¿Puedo ayudarles?

—¿Y usted es.?

Esbozó una sonrisa leve y extendió la mano.

—Becky. Es decir, Rebecca. Joni y yo compartimos piso.

Caffery estrechó su mano.

—¿Podemos entrar?

—Yo, es decir, nosotras... —dijo con vergüenza—. Bueno, no. Mejor no. Lo siento.

—Queremos hacer unas preguntas sobre alguien que la señorita Marsh conoce.

Rebecca se apartó el flequillo de sus ojos verdes y dirigió la mirada hacia la calle, por encima de ellos, como si esperara ver aparecer a francotiradores bien entrenados.

—Es un poquito... inoportuno.

Tenía una voz muy suave, educada, agradable al oído, una voz que podría interrumpir otras conversaciones solo con un susurro.

—¿No podemos hablar aquí fuera?

—No estamos interesados en la maría —dijo Caffery.

—¿Cómo?

—Huele desde aquí.

—¡Oh! —exclamó bajando la cabeza, avergonzada.

—No buscamos eso. Le doy mi palabra.

—Bueno... —susurró mordiéndose el labio inferior con unos dientes blanquísimos—. Vale, vale —concedió mientras se daba la vuelta—. Será mejor que entren.

La siguieron hacia el fresco interior de la casa y pasaron junto a una bicicleta de montaña apoyada contra la barandilla. Al ver el movimiento de la melena y aquellas largas piernas bronceadas subiendo la escalera a Essex se le pusieron los ojos vidriosos.

Una vez en el piso, ella los condujo por un pequeño pasillo. En un dormitorio que había a la derecha, Jack alcanzó a ver unas braguitas de algodón tiradas en un charco de luz natural antes de que Rebecca cerrara la puerta y les hiciera pasar a una habitación amplia.

—Mi estudio —dijo.

La luz entraba a raudales a través de dos ventanas de guillotina y proyectaba dos rectángulos blancos sobre la tarima desnuda. De las paredes colgaban cinco acuarelas de gran tamaño con unas manchas de colores brillantes. En el centro de la habitación, una joven con un top verde limón con la espalda al aire y unos pantalones de campana negros pulverizaba a toda prisa Impulse por el aire entre el tintineo de sus pulseras. Cuando les oyó entrar, dejó el desodorante, cogió de la mesa un pequeño rollo de film transparente y se volvió hacia ellos con las manos detrás de la espalda como una niña con sentimiento de culpa. Tenía el pelo teñido de color rubio vikingo, la cara pintada como una muñeca china, unos grandes y graciosos ojos azules y la nariz chata. Caffery se dio cuenta de que estaba colocada.

—¿Joni? —dijo mostrando su placa—. ¿Joni Marsh?

—Bueno... sí —contestó escudriñando la placa—. ¿Y quiénes son ustedes?

—Policías.

Los ojos se le abrieron como platos.

—¿Policías? Becky, ¿qué co...?

—No pasa nada —intervino Rebecca—. No están interesados en la hierba.

—¿No?

Tenía sus dudas, estaba inquieta y no paraba de moverse.

—No —aclaró Caffery.

Joni se echó el pelo por detrás de las orejas, lo examinó detenidamente con la boca cerrada, mirándole con desconfianza con sus ojos azules, hasta que se dio cuenta de que iba en mangas de camisa, tenía el pelo oscuro y revuelto y el abdomen firme. Soltó una risita tonta y dijo:

—Espere un momento.

Se llevó la mano a la boca y añadió:

—¿Estás segura de que es realmente la pasma?

—Escuche, Joni —dijo Caffery guardando la placa en el bolsillo de la camisa—. ¿Quiere hacer el favor de deshacerse de esa mierda a ver si podemos avanzar?

Joni pestañeó como si no le entendiera, miró a Rebecca y volvió de nuevo la vista a Caffery. Su maquillaje le recordó las fotografías de las autopsias: sombra de ojos azul marino y los labios pintados en forma de arco de Cupido.

—¿Están ustedes seguros de que son la pasma? —ironizó Joni.

—Joni —repitió Caffery.

—La maría. ¿Quiere salir y tirarla en algún sitio?

—Joni —terció Rebecca cogiéndola del brazo—. Ven conmigo.

La llevó a la cocina y los dos hombres oyeron cómo Rebecca le hablaba con voz pausada y suave. A través de la rendija de la puerta Caffery pudo ver una mesa grande de roble, unos grabados de Matisse en las paredes y un arcón congelador en un rincón. Al rato oyó los pasos de Joni en las escaleras, un portazo, el ruido de sus pisadas al volver y, finalmente, a las dos jóvenes charlando otra vez en la cocina, entre risitas y golpes metálicos en el frigorífico.

Caffery se metió las manos en los bolsillos y se puso a deambular por la habitación, observando los bocetos desperdigados sobre la mesa de dibujo. Muchos eran apuntes de desnudos al carboncillo, en los que se adivinaba un brazo acá o una cabeza en movimiento allá. Uno de ellos —una acuarela de gran tamaño— mostraba una mujer de medio lado, con las manos en la pantorrilla, en el momento de bajarse una media.

—Mire, Jack —dijo Essex mientras contemplaba un cuadro sin acabar apoyado sobre un caballete de madera—. Fíjese en esto.

Una mujer ante una cortina granate rematada con borlas alzaba los brazos con estudiada despreocupación. Los espectadores —un público formado por tres hombres— eran simples bosquejos sobre la aguada del fondo, sencillos trazos amplios y planos al carboncillo.

—Sabía que se fijarían —murmuró Joni desde la entrada—. Soy yo.

Los hombres se volvieron.

—Es artista de *striptease* —dijo Rebecca, que estaba a su lado sujetando un cubo de hielo lleno de cervezas.

—Lo sabemos —replicó Essex.

—Ya —contestó Joni marcando la curva de su cadera con las manos en los bolsillos—. Supuse que así sería.

Rebecca se acercó y se puso detrás de ellos mirando al caballete.

–¿Lo pintó usted aquí –interrumpió Caffery– en el estudio?

–No, no. Lo empecé en el pub. Estaba dándole los últimos toques.

–¿Trabaja mucho con las chicas? ¿Conoce a muchas?

–No son monstruos, ¿sabe? –dijo sonriéndole con la cabeza ladeada, como si con solo mirarle le entraran ganas de reír–. Yo fui una de ellas durante un tiempo. Y eso me llevó hasta la escuela de arte. Orfebrería.

–Tal vez deberíamos. –titubeó Caffery echando un vistazo a la habitación–. Miren, ¿por qué no nos sentamos y charlamos un rato?

–Vaya –contestó Rebecca dejando el cubo de hielo y secándose las manos. El recipiente había dejado una pequeña mancha húmeda en su pichi de pana–. Eso suena un poco descarado.

–Muuucho –asintió Joni.

–Tal vez lo sea –dijo Essex.

–Bien. Si vamos a entrar en materia –anunció Rebecca sacando unas cervezas del cubo–, yo, al menos, necesito un trago –añadió pasando una botella a Essex–. ¿Puedo tentarles y luego vender el relato a la prensa?

Essex ni lo dudó.

–Sí, claro.

Tendió otra cerveza a Caffery, que la aceptó sin rechistar. Rebecca cruzó hasta la ventana y se sentó en el poyete, con las rodillas levantadas y la botella sujeta entre sus estrechos tobillos. Essex permaneció junto a la puerta de la cocina, apoyado en uno u otro pie alternativamente, jugueteando con el tapón de la cerveza y echando miradas furtivas a los pechos de Joni.

–Bien –dijo Caffery aclarándose la garganta, de pie en el centro de la habitación–. Vamos al asunto.

Les hizo un rápido resumen, presentando los hechos de manera clara, sin adornos: las cinco mujeres que yacían en el depósito de cadáveres a solo unas manzanas de distancia y la relación con el pub. Cuando terminó, Joni movió la cabeza con incredulidad. Ahora no se reía. Se había acabado la diversión.

–Vaya, hombre. Esto es muy feo.

Rebecca siguió sentada, inmóvil, dirigiendo a Caffery una mirada de tristeza con sus ojos claros y felinos.

–¿Quieren que pare un rato? –dijo Jack.

–No, no –respondió Rebecca haciéndose un ovillo, acurrucada con los brazos temblorosos y la barbilla apoyada en las rodillas–. Siga.

Caffery y Essex esperaron con paciencia a que las dos jóvenes se recuperaran de la impresión. Estuvieron hablando casi una hora. Al principio, sin poder creerlo –«Repítame otra vez; ¿ha dicho Shellene, Michelle y Petra?»–, y después más colaboradoras, analizando fríamente los hechos una y otra vez hasta convertirse en una auténtica ayuda. The Dog and Bell pronto surgió como una pieza clave en el mundillo local de las drogas

y la prostitución. Al parecer, cualquier cosa que pudiera ocurrir al este de Greenwich guardaba relación con el pequeño y destartado pub de Trafalgar Road. Había sido allí donde Rebecca y Joni habían conocido a Petra Spacek, Shellene Craw y Michelle Wilcox. Y también creían conocer a la víctima número cuatro.

—Muy teñida, con el pelo rubio platino, ¿verdad? —dijo Joni agarrándose un mechón del pelo. Ahora estaba sobria, con la mente despejada—. Como el mío. ¿Y un tatuaje de Bugs Bunny, aquí?

—Eso es.

—Esa es Kayleigh.

—¿Kayleigh?

—Sí. Kayleigh Hatch. Es una, ya sabe —dijo haciendo el gesto de ponerse una inyección en la parte interna del codo—..., una yonqui.

—¿Cuál es su dirección?

—No sé. Vive con su madre, creo. Al oeste de Londres.

Caffery anotó el nombre. Estaba sentado, apoyado contra la pared, sobre un pequeño banco de madera cerca del caballete. Rebecca regresó de la cocina con más cervezas, cogió una silla y se sentó a menos de un metro de él, inclinada hacia delante, con sus brazos delgados cruzados de modo relajado sobre las rodillas. Una postura inocente, pero Jack encontró su cercanía turbadora.

Dirigió la mirada a Joni.

—Una cosa más.

—Diga.

—Usted trabajó con Shellene la semana pasada.

—Sí, así es.

—Haga memoria. ¿Se fue con alguien aquel día? ¿Fue alguien a recogerla?

—Déjeme pensar.

Joni se pasó la lengua por los labios y se quedó abstraída, mirándose las uñas de los dedos de los pies, de color mandarina, que asomaban por sus sandalias de tacón de corcho.

—¿Sí?

—Estoy pensando —dijo levantando la vista—. Becks, ¿a ti qué te parece?

Rebecca se encogió de hombros, pero Caffery captó la sombra de la mirada que Joni le había dirigido. Apenas duró un segundo, como una burbuja de jabón al explotar, y le quedó la duda de que tal vez eran imaginaciones suyas.

—No —dijo Rebecca—. No se fue con nadie.

—¿Estaba usted allí?

—Estaba pintando —dijo señalando los bocetos sobre la mesa de dibujo.

—De acuerdo. Quisiera...

Se detuvo. Desconcertado por un momento, advirtió que la piel de las piernas de Rebecca se había erizado. Esa repentina y cercana sensación microscópica de la piel de la joven le hizo perder el hilo y ella se dio cuenta. Bajó la vista hacia donde él miraba, comprendió, y le miró a los ojos.

–Bueno –dijo con calma–. ¿Qué más quieren de nosotras? ¿Qué más podemos hacer?
Caffery se colocó el nudo de la corbata.

Es una testigo, por Dios.

–Necesito que alguien identifique a Petra Spacek.

–Yo no puedo hacerlo –dijo Joni con rotundidad–. Vomitaría.

–Rebecca –dijo mostrando su interés–, ¿podría hacerlo usted?

Tras un instante, Rebecca apretó los labios y asintió en silencio.

–Gracias.

Dio un trago al resto de su cerveza y añadió:

–¿De verdad están totalmente seguras de no haber visto a Shellene Craw abandonar el pub con nadie?

–Sí. Se lo diríamos si así hubiera sido.

Regresaron al coche. Essex parecía agotado.

–¿Estás bien?

–Sí –respondió con voz ronca, tocándose el pecho y sonriendo–. Me pondré bien, no se preocupe. ¿Cree que son lesbianas?

–Eso te encantaría, ¿no?

–No, en serio. ¿Qué le parece?

–Tenían habitaciones separadas.

Miró a Essex a la cara y comenzó a reír.

–No eran de verdad, ¿sabes?

Essex se detuvo, con la mano en la puerta del coche.

–¿De qué está hablando?

–Joni. Silicona. No eran de verdad.

Essex apoyó los codos en el techo del Jaguar y le miró fijamente.

–¿Y cómo lo sabe el experto?

Caffery sonrió y dijo:

–¿La experiencia? ¿Tres décadas de ver travestis en *Men Only*? No sé, pero lo distingo. ¿Tú no?

–No –respondió Essex boquiabierto–. Ahora que lo pregunta, seguro que no. Sería incapaz de distinguirlo.

Se sentó, malhumorado, y se abrochó el cinturón de seguridad. Llevaban un rato en el coche cuando se giró hacia Caffery y le dijo:

–¿Está seguro?

–Seguro que estoy seguro.

Essex lanzó un suspiro de cansancio y miró por la ventanilla.

–¡Adónde vamos a llegar!

Todavía era de día cuando Caffery regresó a casa y se encontró a Veronica recostada en una tumbona en la terraza, sumida en un hosco silencio, observando cómo se alargaban las sombras en el jardín. Se había echado sobre los hombros una chaqueta de

mohair color albaricoque y junto a la tumbona había una botella de Muscadet medio vacía.

—Buenas tardes —dijo Caffery en tono apacible.

Quiso preguntarle qué seguía haciendo en su casa, pero la rigidez de su postura le hizo pensar que podrían acabar discutiendo. Pasó a su lado y se dirigió al fondo del jardín, donde se quedó agarrado a la valla de alambre, dándole la espalda.

Al otro lado del desmonte del ferrocarril se alzaba un fino penacho de humo hacia el cielo rosáceo. Caffery pegó el rostro contra la valla. Penderecki.

A veces, por las tardes, Caffery vigilaba a Penderecki en su jardín, mientras este iba de acá para allá, fumando y rascándose distraídamente el trasero como un gorila viejo antes de irse a dormir. El jardín era poco más que una franja de terreno gris entre la casa y el talud, en la que había desperdigados unos viejos motores, un frigorífico y el herrumbroso eje de un remolque. Ese solar había sido antes una fábrica de ladrillos y los jardineros de la hilera de casas construidas en los años cincuenta todavía desenterraban trozos de ladrillos amarillentos con sus azadas.

Era difícil cavar en esa tierra tan dura. Caffery no creía que Ewan estuviera enterrado allí.

Penderecki estaba de espaldas y llevaba puesta su habitual camiseta color nicotina. Apoyaba una de las manos en un rastrillo y, a su lado, la abollada caldera escupía humo al aire. Hacía diecisiete años que Penderecki había descubierto la costumbre de Caffery de rebuscar entre sus desperdicios y guardar todo aquello que pudiera proporcionar pistas sobre el paradero de Ewan. Desde entonces, quemar los residuos domésticos se había convertido en un ritual. Y, para asegurarse de que Caffery lo viera, lo hacía a la vista de todo el mundo en el jardín trasero de su casa.

Mientras Caffery vigilaba, Penderecki carraspeó, lanzó un escupitajo al suelo y se quedó totalmente inmóvil, con una mano en la tapa de la caldera, respondiendo a la presencia de Jack con su aguda sensibilidad. Al ver la conocida pose, las caderas afeminadas, el cabello gris alisado sobre el sonrosado cuero cabelludo, Caffery sintió que se despertaban en él los accesos de la antigua cólera, como si Penderecki fuera capaz de desencadenarla a través de los escasos cien metros de atmósfera crepuscular que les separaban.

Penderecki se volvió hacia él con lentitud y sonrió.

El rostro de Caffery enrojeció de furia. Se apartó de la valla con rapidez, enojado al saberse descubierto, y se alejó con resolución hacia el interior del jardín.

Desde la terraza Veronica lo observaba sin pestañear.

—¿Qué? —dijo Jack deteniéndose—. ¿Qué miras?

En respuesta, ella exhaló un sonoro resoplido y entornó los ojos.

—Bueno, ¿qué pasa? —insistió.

Veronica lanzó un profundo suspiro.

Caffery abrió los brazos y repitió:

—¿Qué?

Y entonces se acordó. Las pruebas.

–¡Dios! –exclamó moviendo la cabeza desanimado–. Lo siento. ¿Te han dicho algo?
–Sí.
–¿Y?
–Me temo que ha vuelto. El Hodgkin ha reaparecido.
Tenía los ojos entrecerrados y el rostro crispado, pero sin lágrimas.
Caffery permaneció inmóvil, observándola con atención. Así que era eso.
–Llamó el doctor Cavendish. El asunto es que tengo que empezar otra vez con la quimio –dijo colocándose la chaqueta sobre los hombros–. Pero, mira, no vamos a montar un follón por esto. ¿Vale?
Caffery bajó la cabeza y se quedó mirando al suelo.
–Lo siento.
–No te disculpes –contestó acercándose a él para acariciarle la mano–. No es culpa tuya.
–Suspenderé la fiesta –dijo Jack.
–¡No! ¡De eso nada! No permitiré que nadie sienta pena de mí. No vamos a suspender la fiesta.

Antes de comenzar la reunión matutina, Caffery había hablado con Virgo, la agencia del este de Londres que representaba a Kayleigh Hatch, artista de *striptease*, prostituta ocasional y drogadicta a tiempo completo. Se acordaban del tatuaje de Bugs Bunny; cuando Caffery se enteró de que la última actuación de Kayleigh había sido en The Dog and Bell pidió a Virgo que le mandaran por mensajero una fotografía.

La pegó con papel celo en la pizarra blanca, junto a las fotos de Petra Spacek, Shellene Craw y Michelle Wilcox.

—Ese pub es nuestro punto de partida.

Apoyó los codos sobre el escritorio y dirigió la vista a los integrantes de los grupos de investigación allí reunidos.

—Tenemos un equipo de vigilancia allí desde esta madrugada, pero el superintendente jefe ha dejado claro que antes de que entremos en tropel quiere la identificación de las víctimas. De modo que hoy vamos a trabajar en ello.

Señaló con la cabeza hacia la nueva foto.

—Veamos. Hatch. Por lo menos tenemos un nombre. Creo que esta es la víctima número cuatro. La única, si recuerdan el protocolo post mórtem, que no tenía las heridas de la cabeza. Aparte de eso, encaja con el patrón: drogadicción, prostitución. Y, al igual que las otras, no fue violada. Si hubo sexo, fue consentido y se utilizó un condón.

Hizo una pausa para dejar que sus palabras se asimilaran.

—La madre de Hatch denunció su desaparición hace dos semanas. Vive en Brentford. Así que, Essex, podrías encargarte de eso esta mañana. Pero fíjense que solo hay otra persona cuya desaparición se denunció: Wilcox. Fue sospechosamente fácil hacer que las demás se esfumaran como por arte de magia, ¿no les parece? Piensen en ello cuando hagan sus averiguaciones. Veamos, Logan —dijo cambiando de tema y dirigiéndose al oficial de pruebas—. ¿Cómo va lo del ADN?

—Sin resultados significativos, salvo en lo que respecta al grupo sanguíneo, señor. Demasiado degradado incluso para la reacción en cadena de la polimerasa.

—¿Y el grupo sanguíneo?

—AB negativo. No es el de Harrison.

—¿No hay nada nuevo de Toxicología?

—Nada por el momento.

—¿Así que aún no sabemos cómo las sedaba?

—Todavía no tenemos ninguna hipótesis.

—De acuerdo.

Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Estaba cansado. La noche pasada Veronica se

había quedado dormida plácidamente a su lado, mientras él, inquieto y con los ojos abiertos, permanecía despierto hasta bien entrada la noche, contemplando su espalda como si pudiera ver el espectro del cáncer avanzando por sus músculos y sus venas.

—De acuerdo, Logan. Ténganos al tanto cuando sepa algo.

Soltó el bolígrafo y asintió con la cabeza en dirección a Maddox.

—Sí. Eso es todo.

—Muy bien —dijo Maddox echándose hacia delante en su asiento—. Veamos. Sé que pierdo el tiempo con esto, pero voy a pedirles con educación, con mucha educación, que se aseguren de que nadie del grupo pone ningún nombre ocurrente a este caso. Nos referiremos al malhechor como el «objetivo» o el «agresor». Nada de esa gilipollez de «Birdman» que he oído por ahí. Y no quiero entrar aquí y encontrarme las persianas subidas, no importa el calor que haga. La prensa está apostada con la escopeta cargada, pero no sabemos hasta cuándo aguantará. Así que, insisto, nunca lo repetiré bastante: *sean prudentes*.

Recorrió los rostros con sus intensos ojos grises, intentando descubrir algún punto débil. Todos le aguantaron la mirada. Maddox asintió, satisfecho.

—Muy bien. Se acabó la reprimenda —dijo guardándose la pluma en el bolsillo—. Esto es todo por ahora, caballeros. Adelante con las instrucciones de hoy, informen por teléfono cada dos horas y les veré de nuevo aquí a las siete. Tengan cuidado ahí fuera y todo lo demás.

Se había levantado del asiento y estaba recogiendo sus papeles cuando alguien habló desde el fondo de la habitación.

—Disculpe, señor, hay algo más.

Todos los presentes volvieron la cabeza. El inspector Diamond, perfectamente afeitado y vestido con un traje gris oscuro de Pierre Cardin, seguía sentado, dándose palmaditas en la rodilla. Los demás se inclinaron un poco hacia delante.

—Inspector Diamond —dijo Maddox sentándose de nuevo—. ¿Qué hay?

—Un resultado de las indagaciones realizadas en el vecindario. Una vigilancia.

La habitación se quedó en silencio. Caffery volvió a abrir su carpeta y a ponerse las gafas. «Esto debería haberse mencionado al comienzo de la reunión», pensó.

—¿Una vigilancia? —preguntó Maddox frunciendo el ceño—. ¿Por qué no me...?

—Es algo muy delicado, señor.

—¿Qué quiere decir?

—Se trata de un sujeto afrocaribeño, señor. Sentado en un coche rojo junto al triturador de áridos del depósito. Se pasa horas allí aparcado, sin hacer nada, con las luces de posición encendidas.

—De acuerdo.

Maddox abrió la carpeta y quitó el capuchón a la pluma.

—¿Alguna investigación complementaria? ¿Alguna ficha?

—No, pero podríamos estar hablando de un traficante. Creí que al tratarse de un afrocaribeño podía ser un tema delicado. Además hay esto.

Se inclinó y sacó una bolsa de plástico de debajo de su asiento. Era una bolsa de

pruebas policiales, con un código de identificación y doblemente etiquetada. Al levantarla, unas botellas manchadas de barro seco chocaron unas con otras.

–Me he perdido –dijo Maddox.

–Ron Wray & Nephew.

El rostro de Diamond era pálido y contenido, como si en su cara estuviera a punto de brotar una sonrisa de satisfacción.

–Fueron encontradas en un radio de metro y medio alrededor del primer cuerpo. Y aparecieron más cerca de los otros.

Maddox le dirigió una mirada vacía.

–Wray & Nephew, señor. Es tan jamaicano como firmar el paro.

Caffery y Kryotos intercambiaron una mirada. Maddox dejó la pluma en el escritorio.

–No es imprescindible ni significativo, señor Diamond –dijo con cara tensa–. Y sepa que para sacar cualquier cosa del almacén de pruebas necesita usted mi permiso.

–Es una pista.

–¿Una pista? Pero ¿qué coño está diciendo? –murmuró Caffery.

Diamond le lanzó una mirada heladora.

–¿Tiene usted alguna idea mejor? –preguntó.

–Varias...

–Bien –intervino Maddox, dando un golpecito impaciente con la pluma en el escritorio–. Añadiremos esto como algo que hay que tener en cuenta en todos los interrogatorios. Si surge algún nombre, averigüen de manera sutil de qué raza es el individuo. Y lo *de manera sutil* lo digo en serio.

Puso el capuchón a la pluma y continuó:

–Solicitaremos una segunda vigilancia en el depósito de áridos. Aunque ese tipo no sea nuestro objetivo, tenemos que hablar con él. Y, Diamond...

–¿Señor?

–Corte el rollo racista –concluyó, poniéndose en pie–. ¿Queda claro?

Caffery abandonó la reunión sin hablar con Maddox. No le gustaba el giro que tomaba el asunto. No creía que el asesino fuera negro. De acuerdo con los descubrimientos de Krishnamurthi, estaba seguro de que la pista de Birdman aparecería en algún lugar entre el pub de Trafalgar Road y un hospital local. No sería un médico y, probablemente, tampoco un celador sin experiencia. Pero estaría relacionado con la profesión médica, es posible que con las categorías más cualificadas o profesionales. Quizá un técnico o un gerente. Incluso un enfermero.

Aparcó junto a la tienda de objetos usados, y estaba a punto de introducir una moneda en el parquímetro cuando oyó un portazo y vio que Rebecca venía hacia el coche con paso rápido. Llevaba un vestido suelto de algodón, corto y de color rosa pálido, y su larga melena de tonos canela le llegaba hasta la cintura. Se metió directamente en el asiento de atrás e inundó el viejo y abollado Jaguar con su perfume.

Caffery se dio la vuelta y dijo:

—¿Está todo bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —replicó ella.

—No sé —contestó con sinceridad arrancando el coche.

Recorrieron en silencio las dos escasas manzanas que había hasta el depósito de cadáveres. Caffery la observaba por el espejo retrovisor. Ella miraba por la ventanilla, con los hombros relajados, una mano en el regazo y las piernas, largas y bruñidas, estiradas con despreocupación mientras las sombras de las farolas y las casas parpadeaban sobre su rostro. La cooperación de Rebecca era extraña y frágil, y no estaba seguro de saber cómo conservarla.

—¿Le importa si le hago una pregunta personal? —dijo mientras atravesaban el jardín de entrada en dirección a la recepción.

—¿Sobre lo que hace Joni? ¿Sobre lo que yo hice? —preguntó sin mirarle.

Mantenía la cabeza erguida con la extraña solemnidad de una primera dama.

—¿Va a preguntarme cómo acabé en el *striptease*?

—No —respondió palpándose los bolsillos en busca de tabaco—. Iba a preguntarle por qué comparte piso con Joni.

—¿Y por qué no?

—Son ustedes muy distintas.

—¿Porque ella es de clase baja, quiere usted decir?

—No. Yo...

Se detuvo. Quizá sí era eso lo que quería decir.

—Parece mucho más joven que usted.

–Estamos enamoradas. ¿Acaso no es evidente?
Caffery sonrió y negó con la cabeza.

–Creo que no.

–Pero eso es lo que usted quería oír, ¿verdad? Es lo primero que la mayoría de los hombres quieren saber: si nos lo hacemos juntas.

–Sí –asintió–. Soy humano. Es lo primero que me pregunté. Pero estoy pensando en otra cosa. Usted tiene su pintura, tiene un objetivo. Joni solo...

–¿Se deja llevar?

–Sí, eso es.

–¿Y porque consume drogas?

–No creo que usted lo haga.

–Lo hago si me apetece –dijo esbozando una sonrisa–. Soy artista, señor Caffery, se supone que soy disoluta. Y Joni encontrará su objetivo pronto. A mí me costó bastante tiempo dar con ello.

–¿Va usted a esperar hasta que lo encuentre?

Rebecca pensó su respuesta durante un instante, con la cabeza ladeada.

–Bueno, sí –respondió lentamente, echándose el pelo hacia atrás–. Supongo que se lo debo.

Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas.

–Pensándolo bien parecerá una tontería, una estúpida razón para seguir con alguien, pero Joni.

Se percató de su mirada y dejó de hablar, sonriendo.

–No. Se lo estoy poniendo a usted muy fácil.

–Oh, venga, cuénteme.

–Acabo de decírselo. Se lo estoy poniendo demasiado fácil.

Se detuvo antes de entrar en la recepción y se volvió hacia él.

–Da igual. Ahora me gustaría que me dijera algo.

–Adelante.

–¿Podré olvidar algún día lo que voy a ver hoy?

–A la gente le afecta de forma muy distinta.

–¿Y cómo le afecta a usted?

–¿De verdad quiere saberlo?

–Si no, no se lo preguntaría.

Caffery dirigió la vista a través de los cristales ahumados de la puerta hacia la zona de recepción con aire acondicionado.

–Creo que acabar aquí, contabilizado, es algo mejor que desaparecer para siempre. Podrían no haberlas encontrado nunca.

Al oír eso, Rebecca le miró con aire pensativo durante largo rato, con los labios unidos en una delicada línea recta hasta que él no pudo aguantar su mirada por más tiempo.

–Bueno –dijo sujetando la puerta para cederle el paso–. ¿Entramos?

En la cabina de reconocimiento las cortinas púrpuras se movieron levemente, señal de la presencia de un forense que preparaba el cuerpo de Spacek. Rebecca permaneció

erguida, con la cabeza vuelta y los dedos apoyados suavemente en el cristal.

–Huele a hospital –dijo–. ¿Ella va a oler?

–No estará usted tan cerca.

–De acuerdo –dijo con decisión–. Estoy lista.

Las cortinas eléctricas se descorrieron lentamente. Los ojos y la boca de Petra Spacek estaban cerrados. Los puntos de sutura, donde Krishnamurthi había vuelto a colocar y coser el cuero cabelludo sobre el cráneo, estaban cubiertos por una tira de satén color morado. El cuerpo había sido arreglado para el reconocimiento, y bajo los párpados habían colocado unas pequeñas bolas de algodón para rellenar las cuencas vacías, pero Caffery advirtió demasiado tarde que el rostro de Spacek estaba muy magullado y deformado. La carnicería del primer examen post mórtem le había hecho olvidar lo ulcerado que estaba tras el tiempo transcurrido en el almacén de áridos. Ahora se sentía incómodo.

–Rebecca, mire, tal vez no sea una buena idea.

Pero ella ya había girado la cabeza para mirar. Examinó el rostro durante menos de cinco segundos. Emitió un pequeño ruido con la garganta y apartó la vista.

–¿Se encuentra bien?

–Sí –dijo, apoyada contra la pared.

–No debería haberla traído aquí. No está reconocible.

–Sí, es ella.

–¿Cree usted que es Petra?

–Sí. Quiero decir, tal vez. No sé. Deme un minuto.

–Tómese el tiempo que necesite.

Inspiró profundamente y enderezó la espalda.

–De acuerdo –susurró.

Se recogió el pelo en una coleta y la sujetó junto al cuello con una mano, utilizando la otra para taparse la boca. Lentamente se giró de nuevo hacia el cuerpo. Recorrió la cara con la mirada, ahora con atención, esforzándose por no apartar la vista.

–¿Qué son esas marcas en la frente?

–No lo sabemos.

Se soltó el pelo y se volvió hacia él. Pretendía ser un gesto natural, pero a Caffery le dio la impresión de que lo había hecho para no tener que mirar a Spacek otra vez.

–Creo que es ella –dijo en un susurro, mirando de reojo, como si tuviera miedo de que Spacek la oyera.

–¿Cree?

–No. Estoy segura de que es ella.

–Su rostro ha perdido muchos rasgos.

Rebecca cerró los ojos y negó con la cabeza.

–Era delgada de todos modos. Siempre podría reconocer sus huesos.

Abrió los ojos despacio y le miró. Por primera vez, Caffery se dio cuenta de que estaba temblando.

–¿Podemos irnos ya?

–Vámonos.

La cogió por el brazo y de repente sintió la frialdad de su piel.

–Haremos todo el papeleo en recepción.

Le llevó agua en un vaso desechable.

–Gracias –dijo ella.

–Me gustaría que firmara esto.

Se sentó a su lado y abrió el maletín para buscar los formularios. Rebecca apoyó una mano fría en su muñeca y señaló la Samsonite.

–¿Qué es eso?

Las fotografías del examen post mórtem realizado a Spacek asomaban dentro de una funda de plástico. Caffery cerró el maletín.

–Siento que las haya visto.

–¿Estaba así cuando la trajeron? ¿Era ese su aspecto?

–No debería haber dejado que las viera.

–¡Dios mío! –exclamó estrujando el vaso de papel–. No ha sido peor que las pesadillas que he tenido desde que ustedes dos llamaron a mi puerta.

–Estamos intentando contarles lo justo.

–Si eso es una disculpa, se acepta.

Puso el maletín en sus rodillas y extendió los formularios encima.

–Veamos –dijo quitando la caperuza de un bolígrafo con los dientes y trazando unas cruces en los formularios–. Necesito que firme aquí y aquí. Con esto admite que ha reconocido el cuerpo y.

Interrumpió la frase. Alguien había carraspeado de forma contundente. Un claro aviso que quería decir *cállese un momento*.

Ambos levantaron la vista.

El sargento Essex estaba sujetando la puerta de acceso para dar paso a dos mujeres vestidas de modo casi idéntico, con vaqueros y chaquetas de cuero. Entraron una detrás de la otra, obedientes, y se sentaron en los asientos que Essex les indicó sin decir una palabra.

–Voy a comprobar que todo está preparado –dijo Essex rozando la mano de la mujer mayor–. Si necesita algo, dígaselo a su hermana, ¿de acuerdo?

Ella asintió sin entusiasmo y se llevó un pañuelo de papel a la boca. Su rostro era inexpresivo, vacío. Llevaba unos vaqueros ceñidos y en los tobillos tenía unas pequeñas escoceduras provocadas por el roce de unas sandalias.

Rebecca observó con mirada ausente a las dos mujeres, y supo, sin entender por qué, que eran parientes de alguna víctima. Caffery permaneció en silencio. Él sí sabía. Conocía los detalles. Sabía que eran la madre y la tía de Kayleigh Hatch.

La tía, que había estado mirando entre los maceteros de palmeras en dirección al jardín iluminado por el sol, se removió en su asiento, suspiró y puso un brazo en el hombro de la otra mujer. El cuero suave crujió.

–Podría no ser ella. Eso es lo que tienes que pensar, Dor.

–Pero podría serlo, ¿no? Oh, Dios mío –exclamó volviendo sus ojos tristes hacia la ventana–. ¿Crees que aquí dejarán fumar?

Las puertas de cristales se abrieron y un miembro del Grupo F entró en aquel fresco espacio con una media sonrisa en el rostro. Tras él apareció el inspector Diamond, quitándose las gafas de sol y riéndose. Lanzó una mirada a Rebecca, y dejó que la risa se convirtiera en una pequeña sonrisa de complicidad mientras los dos hombres cruzaban la recepción para dirigirse al despacho del forense. Desaparecieron por una esquina, pero la risa continuó.

–A ver qué te parece este, ¿eh? –dijo Diamond–. Escucha.

–Vale.

–¿Cuál es la diferencia entre una fulana y una cebolla?

–¿Cómo?

–Vamos, una fulana y una cebolla.

–Vale, me rindo.

–De acuerdo.

Hizo una pausa. Por el chirrido de la suela del zapato sobre el linóleo Caffery supo que Diamond se había detenido y girado hacia el otro oficial.

–Pues que a una fulana la puedes cortar sin llorar.

En la recepción cuatro personas dirigieron la mirada al suelo. Caffery se puso en pie de un salto y se fue directo hacia ellos.

–¡Eh!

Diamond le miró sorprendido.

–¿Todo bien?

–Un poco de decoro, ¡joder! –protestó–. ¿Es que no sabe dónde está?

–Lo siento, amigo –contestó levantando la mano–. No volverá a suceder.

Se dio la vuelta y los dos hombres continuaron su camino en dirección al despacho del forense, entre risitas disimuladas e inclinados el uno hacia el otro en un gesto cómplice, como si la intervención de Caffery hiciera el chiste aún más gracioso. Jack suspiró lentamente y regresó a la recepción. El daño estaba hecho. Por el rostro de la madre de Kayleigh corrían las lágrimas.

–¡Oh! Doreen, ¡oh! Dor –dijo la tía hundiendo el semblante en el cuello de su hermana–. No llores.

–Pero ¿y si es mi niña la que está ahí dentro? ¿Y si es mi niña, mi pequeña? ¿Y si es ella?

Kayleigh Hatch fue identificada por su tía.

«Se ha cortado el pelo, pero es ella. Estoy segura.»

De las cinco identificaciones, la AMIP ya tenía cuatro positivas. El superintendente jefe había decidido levantar la moratoria a la prensa esa tarde y Maddox convino en que podían arriesgarse a hacer una visita al pub.

La lluvia se había asentado sobre Londres con una familiaridad deprimente. Era una lluvia fresca, ácida, primaveral y luminosa comparada con la llovizna grasienta habitual, pero seguía siendo lluvia. Siete detectives, con sus gabardinas puestas, partieron en dos coches. Diamond llevaba a dos miembros del Grupo F en el Ford Sierra. Caffery condujo el Jaguar, con Maddox, Essex y Logan como pasajeros.

El pub The Dog and Bell, con desconchones de pintura y mugre, ocupaba un solar en la agobiante Trafalgar Road entre una agencia de viajes ruinosa y la lavandería autoservicio KLEENEZIE. Dentro del pub olía a tabaco rancio y a desinfectante. Todas las conversaciones se interrumpieron y los clientes, que cuidaban con celo sus preciadas pintas de cerveza en aquella cortina de humo azulada, volvieron sus rostros inexpresivos hacia los siete detectives. El inspector Diamond se dirigió a la salida más alejada y el agente Logan se quedó vigilando la gran escalera curvilínea con pasamanos victoriano pulimentado. Maddox cerró tras él la puerta con el pie. La camarera, una mujer de unos sesenta años con el pelo teñido de negro, tan tieso como una tira de cuero, y sombra de ojos color azul chillón, siguió fumando detrás de la barra, impassible, observándolos con sus ojos saltones y brillantes.

—Bien, caballeros —anunció Maddox mostrando su placa—. Se trata solo de una visita rutinaria. Que no cunda el pánico.

Caffery se alejó de la barra y al cabo de diez minutos ya había puesto cara a dos de los nombres que aparecían en la lista de Harrison. La camarera se llamaba Betty, y el nombre de la bailarina ese día, una rubia alta e irritable procedente de algún pueblo del norte, de ojos azules muy juntos y manos como las de un adolescente, era Lacey.

Llevaba medias y un jersey rojo holgado que le llegaba hasta las caderas. Estaba en el baño del piso de arriba, empolvándose los pómulos con un ligero brillo plateado, cuando Caffery llamó a la puerta con un doble de vodka con naranja en la mano. La norma habitual de la casa.

—Cierra la puerta —susurró agarrando la bebida—. Aquí dentro hace un frío espantoso. Y se supone que estamos en verano.

Caffery cerró la puerta y se sentó en un taburete que había en un rincón. Lacey dio

una calada a su cigarrillo, exhalando el humo por la nariz, apoyada en el lavabo y observándole mientras él le comunicaba la noticia.

Se lo tomó con filosofía.

—Eso es lo que pasa con las de esa clase —dijo encogiéndose de hombros y volviéndose hacia el espejo—. Ese no es mi problema. Suelo tener mucho cuidado.

—Sabemos que conocía a Shellene —dijo Caffery.

—Las conocía a todas. Lo que no implica que confiara en ellas. O que me gustaran.

Dejó el cigarrillo humeando en el borde del lavabo, añadiendo así una nueva huella a las incontables manchas amarillas de nicotina.

—No podías dejar tus cosas en el camerino cuando ella andaba cerca. Ese es el problema con el caballo. Por si no lo sabe, tienen tal necesidad de meterse un chute que son capaces de hacerle un trabajillo a cualquier jodido lunático.

—¿Y Petra?

—Ella no era una yonqui, así que no lo hacía para conseguir drogas. Lo cual no quiere decir que nunca se enrollara.

—¿Conoce a los clientes de este pub?

—No vengo por aquí muy a menudo —dijo dando otra chupada al cigarrillo y apagando la colilla bajo el grifo—. Pregunte a Pussy Willow, hace casi todos los números. Hoy está vacío, pero cuando ella actúa el lugar se pone a reventar. A todos les encanta su tipo y sus tetas infladas.

—¿Alguno de los clientes trabaja en un hospital?

—Abogados, funcionarios, estudiantes... A este sitio no solo viene chusma, ¿sabe? —dijo dando un sorbito al vodka—. Y hay un par de tipos muy trajeados y con zapatos caros, creo que son médicos o algo así.

Caffery sacó tabaco del bolsillo y lo desmenuzó sobre un papelillo Rizla.

—¿De dónde vienen? Los doctores, quiero decir.

—Del hospital de St. Dunstan.

—¿Recuerda algún nombre?

—No.

—¿Hay alguno abajo ahora mismo?

Pensó durante un rato.

—No. Al menos no estaban la última vez que me asomé.

Caffery inclinó la cabeza para encender el cigarrillo.

—Gracias por su ayuda, Lacey. Muchas gracias.

Caffery se detuvo al pie de la labrada escalera victoriana, con la mano apoyada en la desgastada barandilla.

Maddox estaba a menos de medio metro, observando el local con los brazos cruzados. Los detectives andaban desperdigados por el pub y habían dejado sus gabardinas arrugadas en los taburetes cercanos. Sobre las mesas, las fotografías de las cuatro chicas luchaban por hacerse sitio entre vasos y ceniceros mientras los cercos de las cervezas las humedecían. Diamond se desabrochó la chaqueta y, al sentarse, unos calcetines de

fantasía Warner Brothers con el diablo de Tasmania asomaron por los bajos de sus pantalones. Frente a él, un par de obreros consumían sus cervezas con el ceño fruncido.

La puerta del pub se abrió y un joven negro, de unos veintitantos años, entró con la cabeza agachada, refugiándose de la lluvia. Era delgado pero musculoso y llevaba una gorra de béisbol gris de Tommy Hilfiger y unas zapatillas Nike de caña alta. En el colmillo izquierdo tenía una funda de oro. Estaba ya casi en la barra cuando se dio cuenta de que todo el mundo le miraba.

El inspector Diamond se le acercó enseguida, moviendo nerviosamente las caderas al oler la presa. Le puso la mano con suavidad, pero sin rodeos, sobre el hombro y lo condujo hasta una mesa.

—No puedes dejar que lo interrogue —susurró Caffery al oído de Maddox—. No como testigo. Lo convertirá inmediatamente en sospechoso.

—No te metas —respondió Maddox.

—Pero si ya ha decidido de antemano a quién busca.

—No te metas, Jack —replicó Maddox—. Es una orden.

A Jerry Henry, conocido en las calles de Deptford como Géminis, nunca lo habían detenido. Él lo atribuía a que era poca cosa. Esa era su ventaja. Para la pasma el esfuerzo no merecía la pena. Se consideraba a sí mismo un pequeño tiburón que se arrastraba por los rincones de Deptford dispuesto a recoger las migajas que dejaban las dos grandes bandas que dominaban la zona. No hacía mal a nadie.

Pero el reverso de la moneda era que pequeño significaba indefenso. La pasma no era estúpida: sabía que la mercancía tenía que venir de algún sitio. A veces iba a por alguien como él solo para acorralarlo poco a poco hasta que salpicaba a uno de los capos. La bofia no se lo pensaría dos veces antes de sacrificarlo si eso significaba desarticular una de las grandes bandas del sur de Londres.

Sea lo que sea lo que quieran, se dijo a sí mismo mientras acompañaba al poli hasta la mesa, *tú tranquilo, niégalo todo y deja que lo demuestren*. Repasó lo que llevaba encima. Podía muy bien pasar como si fuera para uso personal, aunque Dog, el tipo de New Cross, había birlado de uno de los laboratorios de Peckham algo de crack para él, solo un poco, unas piedras que Géminis había desmenuzado. «Métetelo en la boca, tío. Y si te ves en un lío, trágatelo.» Pero Géminis no había querido, lo había metido en la caña de sus zapatillas y ahora iba a pagar por ello.

—Niégalo todo. Tú como si nada.

—¿Qué dice? —preguntó el poli.

—Nada —masculló Géminis, hundiéndose en el asiento.

—Bien, se trata solo de unas preguntas rutinarias.

El poli se echó hacia atrás los faldones de la chaqueta, pasó a horcajadas sobre el taburete y se sentó frente a él con su pequeña barriga redondeada sobre los muslos y los codos apoyados en la mesa circular. Géminis se repantigó en el asiento, con una mano metida por la cintura de sus Calvin Klein, la cabeza ladeada y la boca cerrada con gesto huraño.

–Tranquilo. Niégalo todo. Que lo demuestren. Tú como si nada –dijo entre dientes.

Eso sacó de quicio al poli, que se echó de golpe hacia delante hasta dejar su rostro a unos centímetros del de Géminis.

–¿Qué pasa? ¿Estás tratando de decirme algo?

–No se cabree –replicó Géminis sin inmutarse por el aliento amargo. Con aire despreocupado extendió la mano–. ¿Y usted quién es, amigo?

El poli tragó saliva, retrocedió y dio un golpecito con el bolígrafo sobre la mesa.

–Inspector Diamond –contestó, pronunciando la palabra inspector con claridad–. ¿Es usted cliente habitual de The Dog and Bell?

–¿Y a usted qué le importa?

–¿Conoce a alguna de las chicas que trabajan aquí?

–No –dijo emitiendo un chasquido con la lengua en señal de desprecio–. No las conozco.

–¿Nunca ha tratado con ninguna? Me parece asombroso.

El poli mantuvo la mirada con sus arrogantes ojos pálidos y empujó una de las fotografías sobre la mesa.

–¿Le sirve esto de ayuda?

Géminis las reconoció en el acto. Sobre todo a la rubia. Shellene. Le había estado suministrando durante meses y haciendo de taxista para ella. Hacía un par de semanas le había hecho una pequeña mamada en el asiento trasero de su GTI a cambio de un poco de crack. Se preguntó qué habrían estado contando las chicas a la policía sobre sus negocios.

–No las he visto. Quizás a esta. Baila aquí, ¿verdad? Pero eso es todo.

–Así que sabe que baila aquí.

–La he visto.

–¿Y cuándo la vio por última vez?

Géminis se encogió de hombros.

–Hace mucho, supongo.

–¿Ha visto alguna vez a alguien marcharse de aquí con alguna de estas chicas?

Géminis soltó una risita burlona. Sabía por dónde iba la pregunta.

–¿Por qué me hace esa pregunta tan poco ingeniosa, amigo? ¡Y luego dicen que la policía inglesa es inteligente!

–¿Me va a responder o no?

–Ya sé cómo son ustedes.

El poli se quedó inmóvil, mirándose las manos. Géminis pudo apreciar cómo asomaba la ira por los poros de su blanca piel. Cuando levantó la vista, sus pupilas habían quedado reducidas a meros puntitos.

–Así que usted es el señor...

–Señor nadie para usted.

–Ah, claro, señor nadie –dijo levantando las manos y dejando sus marcas húmedas sobre la mesa–. Bien, señor nadie, señor nada en absoluto, no entendí su último comentario. ¿Fue por casualidad –añadió inclinándose hacia delante, en voz baja, con los

labios despegados de los dientes— alguna difamación sobre las fuerzas del orden de este país, el país que le ha ayudado generosamente y que apoyará a las negritas de trenzas coloreadas que usted engendre, que le da casa, le alimenta y paga los platos rotos cuando usted asalta a alguna pobre viejecita para robarle la pensión? ¿Fue algo de eso lo que dijo?

—Usted es un racista —contestó Géminis con una sonrisa perezosa—. Puede que yo sea para usted un negro estúpido, pero conozco mis derechos. Sé lo que es la Oficina de Denuncias contra la Policía. Y he leído el informe Macpherson, ya sabe, el juez que investigó la muerte de Lawrence.

El poli ni se inmutó.

—Si de verdad has leído el informe Macpherson, sabrás que no tienes dónde agarrarte. Y como nadie puede oírme, puedo llamarte negrata, negro de mierda, puto negro, negrazo cabrón, todo lo que quiera —dijo sonriendo. Lo estaba pasando bien—. Puedo escupírtelo a la cara. ¿Y sabes qué? Al final es tu palabra contra la mía. Con todos los primates muertos de hambre que hay por ahí saltando y gritando «racista», ¿crees que alguien te va a hacer caso, pedazo de mierda inmunda?

La paciencia de Géminis se agotó.

—No tengo por qué escuchar esto —dijo poniéndose en pie—. Si quiere que le ayude, capullo, venga y cójame.

El poli se levantó en un segundo y bloqueó la salida.

—¿Dónde coño crees que vas? —dijo en tono nada amistoso. Las palabras salían viscosas como la miel—. Puto negro.

Géminis perdió los estribos. Agarró una pinta de la mesa más cercana y arrojó el vaso a la cara del poli, que no tuvo tiempo de cerrar los ojos. El impacto le hizo apartarse y llevarse las manos a la cara.

—¡Pedazo de mierda!

Antes de que nadie reaccionara, Géminis logró escabullirse por la puerta.

A Caffery, que estaba a los pies de la escalera, le pareció que la conversación se desarrollaba a cámara lenta con el surrealismo propio de una película muda. Los dos hombres sonreían y hablaban de manera casi informal y, al segundo siguiente, vio a Diamond doblado, agarrándose la cara como si le hubieran reventado un cristal. Caffery esperaba ver sangre, pero Diamond se secó los ojos con rapidez y salió disparado con los faldones de la chaqueta al viento. Olvidándose de los interrogatorios, dos detectives del Grupo F se pusieron en pie de un salto y se quedaron junto a la puerta, con la lluvia salpicando sus camisas mientras recorrían la calle con la vista en busca de su jefe.

No tuvieron que esperar mucho. Mel Diamond apareció en la puerta, jadeante, con la chaqueta empapada de lluvia y cerveza.

—Está bien —dijo inclinándose hacia delante y escupiendo en la acera—. Tengo la matrícula. ¡Pedazo de mierda!

Caffery condujo de regreso a Shrivemoor. Maddox iba sentado a su lado, con la gabardina mojada y vuelta del revés sobre sus piernas, y Essex y Logan en el asiento

trasero, arrellanados y oliendo ligeramente a cerveza. Caffery no abrió la boca. En el espejo retrovisor podía ver el Ford Sierra, que les seguía a corta distancia. Diamond iba al volante. Jack veía retazos de él, hablando y riendo, cada vez que los limpiaparabrisas recorrían el cristal. Las ventanillas del Ford Sierra estaban empañadas mientras que las del Jaguar seguían frías y transparentes.

Al pasar por delante de las cúpulas gemelas azules del Colegio Naval, Maddox lanzó un suspiro.

—Todos han accedido a someterse a un frotis bucal. Todos menos el reciente amiguito de Diamond. Conduce un GTI rojo y las declaraciones de dos testigos afirman que Craw se marchó con él.

—Blanco —murmuró Jack—. Blanco hasta la médula.

—¿Cómo?

—Los asesinos en serie casi nunca pescan en charcas de otras razas. Sencillamente no lo hacen. Es un principio tan básico que resulta casi ridículo recordarlo.

Durante un rato nadie habló. Maddox carraspeó y dijo:

—Jack, deja que te explique: no hay nada, *absolutamente nada*, sobre esta tierra de Dios como la elaboración de un perfil sospechoso para garantizar que el jefe se ponga hecho una furia. Creo que lo discutimos cuando te trasladaron.

—Sí —asintió Caffery—. Y creo que ha llegado el momento de que tú y yo lo hablemos.

—Bueno, adelante.

Caffery miró a Essex y Logan por el espejo retrovisor.

—En privado.

—¿Lo dices en serio? Bueno, vale. Venga, para el coche.

—¿Ahora? Muy bien.

Se metió hacia la izquierda en dirección al parque, detuvo el vehículo al borde de la calle y puso las luces de emergencia. Los dos salieron del coche.

La lluvia que goteaba de un viejo roble rebotaba en el pavimento mojándoles los tobillos. Maddox se echó la gabardina por la cabeza como si fuera la capucha de un monje.

—Bien. ¿Qué me quieres decir?

Caffery se subió la chaqueta hasta la cabeza y se acercaron el uno al otro. En el coche, Essex y Logan encontraron discretamente algo distinto a lo que mirar.

—Me da la impresión, Steve, de que tú y yo vamos por caminos diferentes.

—Venga. Desahógate.

—Lo digo en serio. Este crimen no es obra de un negro.

Maddox le observó con una mirada ausente.

—¿Cuántas veces tengo que decirte.? —comenzó negando con la cabeza—. Pero de esto ya hemos hablado. Ya te he dicho cuál es la postura del jefe.

—Y si él supiera que habíamos echado un vistazo a un par de puñeteras botellas de ron —por Dios, botellas de ron aportadas por el nazi que tenemos en el Grupo— y decidido que nuestro objetivo era negro, ¿cuál sería entonces su postura? Piensa en ello, Steve.

Mantuvo la mano levantada, sujetando la chaqueta con las puntas de los dedos muy

apretadas.

—Piensa en el pájaro. ¿De verdad supones que ese pedazo de mierda inútil del pub tiene la suficiente sesera —o incluso la *imaginación*— para hacer algo así?

—Escucha, Jack. Tal vez tengas razón. Pero míralo desde mi punto de vista. A mí no me gustaría nada que esto fuera obra de un afrocaribeño, y tampoco le gustaría al jefe, y esa es exactamente la razón por la que tenemos que eliminar las pruebas que puedan ser consistentes.

—¿*Pruebas consistentes*? —dijo Jack alterado—. ¿Llamas a eso pruebas consistentes?

—Se encontró un pelo afrocaribeño en el cuero cabelludo de Craw y hubo una vigilancia cerca del depósito de áridos; más toda la mierda que hemos recogido durante la última hora. De sobra para preocuparse. No te ofendas, Jack, pero recuerda, el responsable del Grupo B soy yo, no tú. Y si tengo que elegir entre escuchar a un nuevo inspector, con el que apenas he hablado cinco minutos, o lamerle el culo al jefe, bueno, Jack, con todo respeto.

Hizo una pausa para recobrar el aliento.

—¿Tú qué harías? —prosiguió.

Caffery le miró durante un buen rato.

—Entonces quiero que quede constancia de esto.

—Adelante.

—Vamos por el camino equivocado. Algunos creemos que el objetivo es un médico. Deberíamos estar buscando a alguien que trabaje en un hospital. Y que sea *blanco*.

Maddox alzó las cejas.

—¿Y en qué te basas?

—En lo que dijo Krishnamurthi: el objetivo tiene conocimientos médicos rudimentarios. Steve, hoy no era un día normal en el pub, lo hicimos mal. En un día normal el lugar está lleno. Y algunos clientes trabajan en hospitales.

—Vale, vale, cálmate. Aguanta hasta la reunión de mañana, ¿de acuerdo? A la luz del día podremos considerar esto con frialdad.

—Quiero empezar ya.

—¿Y qué crees que puedes hacer? ¿Vigilar todos los hospitales de la cuarta zona? ¿Todos los de Greenwich, Catford y Lewisham?

—Comenzaré por Greenwich. Aquí mismo, en St. Dunstan. Es el más cercano al pub. Me dirigiré a la sección de personal, seleccionaré los candidatos y después les haré un interrogatorio exhaustivo. Si eso no da resultados, echaré un vistazo a Lewisham, y quizás a Catford.

Maddox negó con la cabeza.

—No dirán nada. La gente de personal no suele soltar prenda.

—Déjame intentarlo.

Maddox apartó la gabardina y miró al cielo con el entrecejo arrugado por la lluvia. Cuando bajó la vista su rostro estaba sereno.

—De acuerdo, tú ganas. Essex puede acompañarte, si quieres. Tienes cuatro días a partir del lunes para aparecer con algo.

- ¿Cuatro días?
- Cuatro días.
- Pero...
- No hay peros que valgan. Ya encontrarás tiempo. Y no faltes ni a una reunión del Grupo. Si tengo que apartarte del asunto lo haré *ipso facto*. ¿Algo más?
- Sí.
- ¿Qué?
- ¿Va usted a venir a nuestra fiesta, señor?
- Pregúntamelo cuando no esté hasta las narices de ti.

La chica que iba en el asiento trasero del GTI llevaba una minifalda de *lycra* color verde limón y sandalias de plataforma. En el pelo, cortado en línea recta a la altura de la mandíbula, llevaba unas mechas con polvo de oro. Tenía los ojos oscuros, la piel color café y Géminis sabía que en su sangre había algo de África.

Se había acercado a él en The Dog and Bell anoche, antes del lío con la policía, y le había pedido que la recogiera esta noche en la salida norte del túnel de Blackwall para llevarla a Croom's Hill. Tenía algún asunto allí. En ese momento no le había dado importancia, pero desde la redada en el pub esta tarde estaba nervioso.

Aunque nacido en Deptford, Géminis aspiraba a convertirse en un Yardie, como se conocía a los miembros de las bandas antillanas que traficaban con drogas. Pese a su modo de andar y de hablar, lo más cerca que había estado de Spanish Town Road, la calle principal de la capital de Jamaica, era la botella de ron Bounty que sus tías le llevaban cada vez que visitaban Londres. Dog —su principal contacto— lo sabía y se aprovechaba de ello, utilizando a Géminis para mover mercancía que era demasiado blanca para su propio gusto: éxtasis, micropuntos, caballo. La semana anterior habían sido sesenta gramos de «Special K»: Ketalar, anestésico para caballos. Géminis, enojado y avergonzado, no había tenido otra elección que moverlo y ahora parecía que una de esas chicas por las que los polis andaban preguntando había hablado de más. ¿Qué pasaría si alguna de ellas se pusiera enferma por algo que él les hubiera vendido? Solo de pensarlo se le helaba la sangre. El crack era puro como la luz del día. En cuanto al caballo, todo el mundo sabía que el que se vendía en Deptford estaba cortado. Pero cortado ¿con qué? ¿Laxante para bebés? ¿Leche en polvo? ¿Amoníaco? O con algo aún más letal. Si eso ocurriera, no sería solo de la policía de quien Géminis tendría que preocuparse. Los clientes convertirían el asunto en una caza de brujas y entonces los capos querrían saber quién había atraído la atención sobre ellos.

Se le ocurrió pensar que la chica del coche podría ser una trampa. Mientras conducía la observó por el espejo retrovisor. Acababan de pasar St. Dunstan cuando ella se inclinó hacia delante y le dio un golpecito en el hombro.

—Me han dicho en el pub que tal vez podrías ayudarme.

—¿Sí?

—Con crack, heroína o algo así.

La examinó con atención por el espejo. Fuese lo que fuese lo que la policía buscaba, no podía permitirse perder una venta. Era su sustento.

—Espera, pararé por aquí —dijo finalmente, poniendo el intermitente y dirigiendo el GTI hasta una calle sin salida. Había dejado de llover a media tarde. A lo lejos se veían las

cuatro torres de la central eléctrica de la London Transport bajo el cielo anaranjado y una columna de humo que ascendía desde los terrenos empapados junto a la vía del tren. Paró el motor. La joven fumaba en silencio, mirando distraídamente por la ventanilla con absoluta desgana. Estaba seguro –tenía que estarlo– de que no era una poli. Se giró en el asiento, agarrando el reposacabezas con la mano derecha.

–Bueno, ¿qué es lo que quieres?

Ella siguió mirando por la ventanilla y, sin ni siquiera mover los ojos, preguntó:

–¿Qué tienes?

–No soy estúpido, sé lo que digo. Desde que la pasma anda rondándome, he decidido vigilar dónde pongo los pies para no caer en ninguna trampa.

–Quiero heroína, caballo, jaco... como coño lo llames. Droga, ¿vale? Y no soy ninguna poli.

Géminis se relajó un poco.

–Vale, vale. Llevo un poquito. Lo mío es sobre todo el crack. Muy bueno, sé lo que digo.

–Dame una papelina.

–¿Solo una?

–Sí. Ya conseguiré más.

Esperaba una cantidad mayor, pero su sonrisa burlona no le traicionó.

–Vale, encanto. Te costará diez libras.

–Y luego nos vamos.

–De acuerdo.

De su cazadora Helly Hansen azul sacó un pequeño sobre doblado, lo sujetó entre los dedos corazón e índice y alargó la mano entre los asientos. «Espero que no se le caiga», pensó. Cuando acabara la noche se iría directamente a Creek Road y lavaría el coche de cabo a rabo. Había oído decir que la pasma tenía técnicas para aspirarlo y detectar hasta el menor resto de droga.

La chica lo comprobó, volvió a cerrar la papelina y le pagó.

–Vámonos.

Géminis metió la marcha atrás.

–¿A Croom's Hill?

–Sí. Al final de Blackheath.

Al llegar al parque se detuvieron en un semáforo.

–Tuerce a la derecha y me dejas ahí.

–¿Vives por aquí?

–Yo no. Un amigo.

–Vaya –dijo tamborileando en el volante y mirándola por el espejo. En los últimos meses había dejado a un par de chicas por allí y las dos habían dicho lo mismo. Tal vez tenían un cliente en la zona.

–¿Y quién es tu amigo, encanto?

–Un amigo, solo eso –dijo mirando por la ventanilla mientras fumaba. Tenía un pequeño lunar sobre el labio izquierdo.

–He traído a otras chicas antes hasta aquí.

–¿Sí? –dijo con desinterés.

–A un par de chicas blancas.

–No me digas.

El semáforo se puso verde. Géminis arrancó y torció a la derecha, disfrutando de lo bien que iba el coche.

–Se metieron en una de esas casas grandes, ¿sabes lo que digo? –dijo haciendo una mueca en el espejo.

Pero ella ignoró sus palabras.

–Déjame aquí.

Géminis acercó el coche al bordillo y puso punto muerto.

–Son cuatro libras.

La joven se bajó del coche, cerró la puerta de un golpe y dejó caer un billete de cinco libras por la rendija de la ventanilla del conductor.

–Oye... –dijo antes de marcharse.

–Dime –respondió alzando la vista con una sonrisa burlona.

–Deberías dejar toda esa mierda de los Yardies.

Estiró un dedo en el aire con gracia y arqueó las cejas con ironía.

–Porque, ¿sabes?, cuando hablas pareces un auténtico capullo –añadió dándose la vuelta y echando a andar.

Géminis recogió el billete caído sobre sus muslos y se quedó mirándole las piernas mientras caminaba bajo la media luz. No se sentía ofendido.

–Tienes un hermoso culo negro bajo esa falda, encanto –susurró, aún sonriendo–. Alguien va a pasarlo bien esta noche.

Ella dobló el recodo de Croom's Hill y Géminis adelantó el coche unos metros. Pero ya había desaparecido. Esperó un rato para ver si volvía a aparecer al otro lado de la curva, pero no fue así. Los mosquitos se arremolinaban en torno a las luces de seguridad de una casa con paredes de ladrillo. La calle seguía vacía. Chasqueó la lengua, movió la cabeza, puso la música *dancehall* de Shabba Ranks a tope y se marchó en dirección al este de Greenwich.

Hasta que no regresó al pub no recordó la última vez que había visto a la tal Shellene, la chica por la que habían preguntado los polis. Había sido la semana anterior. El lunes. Después de la mamada en el coche la había dejado exactamente en el mismo lugar.

La casa:

Una mansión estilo Regencia apartada de la carretera y rodeada por un jardín con una tapia en el que destacaban abundantes cedros inclinados. Había sido propiedad de un acaudalado mecenas del grupo de Bloomsbury, que la había decorado con una serie de *trompe l'oeils*, pinturas murales en grisalla. Tenía incluso un invernadero de naranjos de dieciocho metros cuadrados atribuido a Lutyens, uno de los arquitectos británicos más importantes del siglo XX. Los últimos visitantes de este lugar, si se les pidiera hacer memoria, recordarían unos jardines de un tamaño mucho mayor de lo habitual en la mayoría de las casas de la ciudad. Uno podía desaparecer en cualquiera de las numerosas zonas diferentes y perderse entre los arbustos recortados de forma ornamental y los ciruelos cultivados en espaldera. Las rosas blancas, de la variedad Pascali, florecían sobre las celosías de los cenadores y las abejas volaban en línea recta por los paseos de tejos en busca de los espinos y las fucsias.

Ahora, sin embargo, había montones de hojas podridas apiladas contra las paredes y, ocultos parcialmente junto a la entrada del garaje, yacían los restos esqueléticos de un perro muerto allí desde el verano pasado. Las cortinas permanecían cerradas durante el día. Debido a las complicaciones, la asistente había sido despedida hacía meses y poco a poco algunas zonas de la casa se habían vuelto inhabitables. Hartevelt deambulaba por esas estancias solo por la noche, arrastrando los pies entre la suciedad. Pero durante el día, la pesada puerta de roble que conducía a esa parte de la casa estaba cerrada con llave. No podía arriesgarse a que visitantes inesperados vieran por casualidad sus cosas. Sus *pertenencias*...

Esa noche había echado la llave a la puerta y se encontraba en la «zona pública»: la parte de la casa que podía permitirse enseñar a los extraños, que comprendía el vestíbulo, la cocina, el guardarropa, el pequeño estudio y la sala de estar, donde se encontraba en ese momento, junto a la chimenea y delante del retrato de sus padres.

Había pasado la tarde limpiando, *preparándola* para esa noche. Había conectado una manguera al fregadero de la cocina principal y echado desinfectante por el triturador de basura. Aun así, el olor había podido con él. Procedía de *allí*, pero llegado el momento había dudado y se había quedado con la mano apoyada en la vieja puerta. Durante un buen rato había estado observando los paneles de marquetería, los árboles de bambú y los puentes, ligeros y frágiles, por los que caminaban geishas con parasoles. No. Se dio la vuelta. No había nada que pudiera hacer con ese lío de ahí dentro.

Se tomó dos comprimidos de buprenorfina con la ayuda de un trago de *pastis* y agua. Después abrió una caja de rapé, decorada con lapislázuli, y con la uña afilada de su dedo

meñique se llevó un poco de cocaína al orificio nasal izquierdo. Se frotó el resto en la encía y cerró los ojos durante un rato.

Le dio la impresión de que si ella no llegaba pronto estallaría.

Se mordió el labio y alzó la vista hacia el retrato de sus padres: Lucilla y Henrick.

«No», se dijo, «no estallaré». Lo que iba a hacer era subirse a la repisa de la chimenea, esperar hasta asegurarse de que no perdía el equilibrio y, luego, con mucho cuidado, inclinarse hacia delante y, con precisión, sin armar mucho lío, arrancar de un mordisco la cara de Lucilla del cuadro.

«El descampado de la muerte.»

Las palabras atrajeron la atención de Caffery desde los paneles situados a la entrada de los puestos de prensa mientras conducía hacia St. Dunstan. La noticia había sido confirmada la noche pasada por la oficina de información y ahora los periodistas se dirigían hacia el norte de Greenwich, colapsando el tráfico en las calles e incordiando a los vecinos, para montar su campamento en el exterior del almacén de áridos. El titular de *The Sun* era «El Terror del Millennium», con unas fotos en color de Shellene, Petra, Wilcox y Kayleigh sobre una fotografía en blanco y negro del lugar. *The Mirror* mostraba solo un retrato de Kayleigh: llevaba un vestido de satén palabra de honor, de color rojo cereza, y sostenía una copa hacia la cámara. Se hacían las comparaciones previsibles con el caso del matrimonio West, ilustradas con imágenes del número 25 de Cromwell Street, donde la pareja había torturado, violado y asesinado a once mujeres en la década de los setenta. «¿Cómo había podido ocurrir otra vez?», se preguntaba *The Sun*. *The Mirror* llamaba al asesino, de manera previsible, «El Destripador del Millennium». Caffery había apostado con Essex a que, de todos los apodos, ese sería el preferido.

El resto de los miembros de la AMIP, con el foco puesto en Géminis, trabajaban en colaboración con el Servicio de Inteligencia en Dulwich, haciendo comprobaciones para ver si estaba ya «marcado», es decir, buscado por alguna otra unidad de la Policía Metropolitana. Consciente de que el cronómetro había echado a andar, Caffery condujo hasta el hospital de St. Dunstan solo. Aparcó al pie de Maze Hill, donde acababan los tilos y las tapias rojas de Greenwich Park.

La gente de personal no suele soltar prenda, Jack. Ningún magistrado en este país va a emitir una orden de registro para consultar los archivos de los empleados de todo un hospital solo porque un inspector al que aún le falta un hervor tiene un «presentimiento».

Era más que un presentimiento, más que una simple corazonada: creía que el hombre que buscaba conocía ese edificio. Por muchas vueltas que diera, estaba seguro de que el camino acabaría aquí. Permaneció un rato en el exterior del hospital, creyendo ver algo torcido en los bloques grises y en las casetas prefabricadas bajo la resplandeciente luz del sol. El color del cielo sobre la chimenea de la incineradora le recordó el azul concentrado y surrealista de la sombra de ojos de Joni, con la perspectiva plana de los cuadros de Mondrian. Entonces se dio cuenta de que estaba redibujando el cielo, el mundo, para adaptarlo a su imagen de ese lugar, y que las líneas de los edificios eran rectas y las ventanas normales. Se enderezó el nudo de la corbata y empujó las puertas contra incendios, contento de poder descansar la vista.

El interior del hospital era deslucido. Los pasillos estaban caldeados por el vapor procedente de las cocinas y los equipos de esterilización. Un tubo fluorescente defectuoso parpadeaba. Caffery estaba solo, su única compañía era el eco de unas pisadas más allá de un recodo en el pasillo y un estornino que aleteaba entre las tuberías del techo. El pájaro dejó caer una bolita plateada a solo unos centímetros de sus pies mientras empujaba una puerta con un rótulo que decía PERSONAL.

Tómatelo con calma. Si te apresuras verán que estás desesperado.

La oficina era amplia, dividida con mamparas móviles, y el único sonido perceptible era el repiqueteo de un teclado.

Caffery se asomó por una de las mamparas. Vio a un oficinista menudo, con la espalda encorvada y entradas muy pronunciadas, que llevaba una camisa de nailon gris. Escribía en el teclado.

Un cuadro poco prometedor.

Caffery carraspeó.

El empleado alzó la vista.

—Buenos días, señor. Viene usted a la reunión de la junta, ¿verdad?

—No, no. No soy miembro de la junta, señor —dijo comprobando el rótulo sobre el escritorio—, señor Bliss. Soy el inspector Caffery. ¿Está el jefe de personal?

—*La jefa* —corrigió incorporándose un poco—. Está en la reunión de la junta. No acabará antes de las once —añadió alargando una mano que Caffery estrechó—. Quizás yo pueda ayudarle, inspector..., ¿cómo dijo?

—Caffery.

—... inspector Caffery.

—Quisiera consultar sus archivos de personal.

—Ya —dijo volviendo a sentarse y escrutándole con ojos de miope—. Si le dijera que no, traería usted una orden de registro, ¿verdad?

—Así es —respondió Jack, secándose con discreción la mano en los pantalones. Como el propio hospital, la mano del oficinista estaba húmeda—. Eso es, una orden de registro.

—Y entonces obtendría la información que necesita de todos modos, ¿no es cierto?

—Correcto.

—¿Le importaría mostrarme su placa?

—Con mucho gusto.

Caffery permaneció delante del escritorio, con las manos en los bolsillos, observando cómo el empleado anotaba con meticulosidad los detalles de la placa.

—Gracias, inspector Caffery —dijo empujando la placa hacia el borde del escritorio e inclinándose hacia delante—. Le pediré el visto bueno a mi jefa cuando salga de la reunión. Pero ¿a quién busca? ¿A alguien en especial?

—No, a nadie en concreto. Médicos, forenses, enfermeros. Cualquiera que tenga experiencia en un quirófano.

—Bien —susurró el empleado rascándose una oreja sonrosada—. ¿Qué necesita? ¿Direcciones particulares?

—Edad, domicilio, teléfonos de contacto.

–Va a llevar cierto tiempo. ¿Puedo mandárselo por fax? Creo que nuestro fax aún funciona.

Caffery garabateó un número al dorso de su tarjeta. Por suerte, había asestado el golpe de forma correcta.

–Otra cosa. ¿Hay una sala para el personal? ¿Algún sitio tranquilo donde pueda entrevistar a las personas que me interesen?

–Déjeme ver. Wendy, una de nuestras empleadas, está a cargo de la biblioteca. Tal vez podría abrirle la sala de consulta que hay en la parte de atrás. Vamos a echar un vistazo.

Salió de detrás del escritorio, y cuando se marchaban se detuvo un momento para cerrar con llave la oficina.

–Espero que haya aparcado en buen sitio. Esta zona antigua es bastante complicada.

–En lo alto de la colina, cerca del parque.

–Hoy día es difícil encontrar un hueco, con todos los miembros de la junta, sus cochazos y sus permisos de aparcamiento. Pero yo no tengo otra elección, no quiero dejar el coche en casa, hay demasiadas obras por allí, no sea que a alguno de los obreros se le escape una herramienta y me reviente el parabrisas. Así que me lo traigo y peleo por un sitio con los gerifaltes. Estarán aquí toda esta semana, ya sabe, no se puede uno librar de ellos,

Se detuvo.

–Aquí es. Esta es la biblioteca.

Abrió la puerta y dijo:

–¿Wendy?

Estaban en un pequeño vestíbulo de paredes paneladas. Detrás de un cristal corredizo, una mujer, con una rebeca gris perla y unas gafas en forma de alas de mariposa, alzó la vista e interrumpió su lectura del *Reader's Digest*. Cuando vio a Caffery se ruborizó y se guardó en la bocamanga el pañuelo de papel que apretujaba en la mano.

–Hola –saludó.

–Esta es Wendy. Normalmente está conmigo en la oficina de personal.

Wendy dirigió a Caffery una sonrisa cálida y extendió la mano.

–Hola, Wendy.

Su sonrojo se hizo mayor cuando él le estrechó la mano. Tenía la misma humedad flácida que la de su colega.

–Nos preguntábamos si podrías ayudar al inspector Caffery. Necesita un lugar discreto para hacer unas entrevistas. ¿Está disponible esa pequeña habitación que tienes ahí atrás?

Wendy se puso en pie y se ajustó la rebeca sobre el busto. Caffery vio que era más joven de lo que le había parecido; era la ropa lo que la hacía mayor.

–¿Por qué no? Aquí somos muy tradicionales con la policía. Nos gusta ofrecerle toda la colaboración posible.

–Entonces seguiré con mis cosas –dijo el oficinista.

Estiró la mano para despedirse y Jack se la estrechó.

–Muchas gracias por su ayuda. Espero su fax.

Una vez solos, Wendy se quedó mirando a Caffery con una mezcla de respeto y

fascinación, esperando que hablara, hasta que a él empezó a irritarle aquel silencio.

—¿Puedo ver la habitación?

El hechizo se rompió.

—¡Ay, lo siento! —exclamó ruborizándose de nuevo y dándose un toquecito en la nariz—. ¡Qué estúpida! Perdón, no solemos recibir a muchos policías. Pero les admiramos. Admiramos el trabajo que ustedes realizan. A decir verdad, nos parecen maravillosos. Mi hermano quiso entrar en la policía, pero no daba la talla. Bueno, venga, vamos.

Extrajo una tarjeta naranja del ordenador y la enganchó a una cadenilla que llevaba alrededor del cuello.

—Es la pequeña habitación acristalada de ahí atrás. Se la enseñaré y veremos si le parece bien.

La biblioteca estaba muy tranquila. La luz del sol entraba a través de unas ventanas con los cristales sucios y se posaba sobre las losetas polvorientas del suelo. Había algunos médicos sentados ante unos pequeños pupitres, absortos en el estudio. Una atractiva mujer india con una bata blanca alzó la vista y les sonrió. Delante de ella había una revista abierta por una página cuyo encabezamiento rezaba «Secuencia de la ruptura del amnios», y debajo se veía una gran fotografía en color de una deformidad sanguinolenta: un feto sin cabeza, extendido junto a una cinta métrica, como un pollo deshuesado. Caffery no le devolvió la sonrisa.

Wendy se detuvo al llegar a la pequeña habitación acristalada. Las persianas de las ventanas estaban bajadas, lo que la aislaba de la biblioteca.

—Esta es la habitación —dijo abriendo la puerta—. Oh, señor Cook.

Al fondo de la habitación, entre las sombras, una figura se puso en pie desde detrás de un escritorio. Llevaba una bata verde, abierta, bajo la que podía verse una camiseta con un teñido de nudos. Tenía los ojos enrojecidos, extrañamente incoloros, y sus largos cabellos rojizos recogidos en una redecilla sobre la nuca. Cuando los ojos de Caffery se acostumbraron a la oscuridad vio que por el cuello de la camiseta asomaban pelos grises.

Cook captó su mirada.

—¿Tan fea es? —preguntó mirando con cara de pena la camiseta en la penumbra de la habitación—. Soy daltónico. Desvalido como un niño cuando se trata de elegir ropa.

—Resulta muy juvenil —comentó Caffery.

Cook levantó la vista hacia el techo.

—Eso creía yo. Los dependientes de las tiendas siempre te engañan. Para ellos es como un juego.

Rodeó el escritorio arrastrando los pies y por primera vez Caffery advirtió que había un libro sobre la mesa. Antes de que lo cerrara de golpe, se lo pusiera bajo el brazo y se dirigiera hacia la puerta, Caffery tuvo tiempo suficiente para ver una foto en blanco y negro de una sierra de huesos modelo Stryker.

— Y ahora tengo que dejarles —dijo sacando de la bata unas gafas de sol y frotándose los ojos—. Toda suya —añadió mientras salía de la habitación y cerraba la puerta despacio.

Caffery y Wendy permanecieron en silencio durante un rato hasta que Wendy movió la cabeza y emitió un ruidito seco de desaprobación con la garganta.

—Algunos de nuestros empleados son realmente una lástima —dijo enjugándose la nariz con el pañuelo de papel que guardaba en la manga y enderezándose las gafas—. Bien, inspector Caffery, ¿le apetece una taza de té? Lo siento, es de máquina, pero tengo un poco de leche evaporada Nestlé en un cajón de mi escritorio que me encantaría ofrecerle...

En el despacho de Caffery y Maddox las persianas estaban subidas y el sol de la tarde que entraba por la ventana polvorienta achicharraba todo lo que había en el escritorio. Caffery podía oler la baquelita caliente del teléfono mientras abría la ventana, bajaba las persianas, se apoyaba en un codo y marcaba el número de Penderecki en el teclado. Dejó que sonara y vio cómo avanzaban las manecillas del reloj. Sabía que no habría respuesta.

Un día, hacía un año, había intentado llamar a Penderecki a media tarde desde su casa. Conocía sus movimientos tan al detalle que le sorprendió que no contestara al teléfono. Mientras miraba por los ventanales dejó que sonara, preguntándose si habría ocurrido algo inimaginable y Penderecki yacería muerto en el suelo.

Pero la figura robusta de Penderecki apareció por la puerta trasera, luciendo unos tirantes sobre una camiseta sucia. Aunque los árboles estaban cuajados de hojas, Caffery pudo distinguir su rostro y el viscoso cimbreo de su brazo blanquecino moviéndose entre las hojas. Tardó un rato en darse cuenta de que Penderecki le saludaba, con el pulgar hacia arriba en señal de victoria, y le sonreía burlonamente con su boca desdentada. Le estaba diciendo que sabía quién le llamaba por teléfono.

Desde aquel día, le llamara desde casa o desde la oficina, Penderecki dejaba sonar el teléfono. En raras ocasiones, contestaba con una voz seca, sin ningún acento, y decía: «Hola, Jack». Caffery suponía que se había comprado un aparato digital para saber desde qué número le llamaban. Ahora el único placer consistía en saber que el sonido del timbre del teléfono inundaría la casa durante el tiempo que él quisiera. *Un pequeño placer infantil, Jack. Quizás Veronica tenga razón.* En ocasiones llamaba varias veces al día.

Dejó que sonara durante diez minutos. Luego colgó el auricular y se dirigió al centro de coordinación para ver si había llegado algún fax del oficinista de St. Dunstan.

Medio italiana, medio alemana, Lucilla era la presencia más volcánica en la casa de los Harteveld. De huesos robustos y piel color nogal, alta y ancha como el marco de una puerta, en las fiestas era imposible disuadirla de que cantara, apoyada en el Steinway, con el rímel corrido debido a las lágrimas provocadas por la emoción de alguna aria. A Toby Harteveld, distante tras su altanería de guapo niño inglés, le parecía imposible creer que esa mujer, con su brillante pelo negro y sus ataques de celos, fuera en realidad su madre. Aprendió pronto a odiarla.

Fue durante el verano entre la escuela preparatoria y el prestigioso internado privado de Sherborne cuando entró en un cuarto de baño cuya puerta no estaba cerrada con pestillo y se la encontró desnuda, con una pierna en el inodoro, afeitándose los espesos pelos negros que se extendían desde el pubis hasta el interior de los muslos.

Ella sonrió.

—Hola, cachorrito. Ven aquí, —dijo tendiéndole la cuchilla—. Ayúdame.

—No, madre —respondió Toby con serenidad, como si siempre hubiera sabido que eso acabaría ocurriendo.

—¿Cómo que no? —dijo riéndose—. ¿Cómo que «no, madre»? —repitió bajando la cabeza—. ¿Es que eres mariquita, Toby? Dime: ¿es que eres un pequeño maricón? ¿Eh?

—No, madre.

—Le diré a tu padre que has intentado tocarme.

—No, madre.

—¿No, madre? ¿Crees que no lo haré? —preguntó examinándole con sus brillantes ojos negros y ladeando la cabeza como si decidiera qué parte de él devorar primero. Tras sacudir la cabeza con impaciencia, abrió la ventana de golpe y se asomó al patio de gravilla, derramando sus pechos blandos por el alféizar—. ¡Henrick! ¡Henrick! Por favor, ven por tu hijo.

Toby aprovechó la oportunidad para escabullirse. Sin hacer caso a los gritos de indignación procedentes del cuarto de baño, se precipitó escaleras abajo y, dejando atrás arañas de cristales tintineantes y sirvientes estupefactos, atravesó pasillos revestidos de paneles hasta salir a los jardines. Encontró un tronco de olmo a la orilla del lago, se acurrucó a su lado y permaneció allí oculto hasta la caída de la tarde.

Cuando regresó, la casa estaba tranquila, como si nada hubiera ocurrido. En la cena, su padre, con sus finos labios algo más pálidos de lo habitual, sirvió la sopa de langosta con un cazo y el incidente no se volvió a mencionar jamás.

Durante los meses siguientes Toby se encerró en sí mismo. Pidió que le pusieran un

cerrojo en su dormitorio y se pasaba las tardes tumbado, con sus manos pálidas cruzadas sobre el abdomen, oyendo los explosivos ataques de cólera de Lucilla por los pasillos. Su mera existencia hacía que se le contrajeran las vísceras; a veces imaginaba que ella sustraía astutamente sus fundas de almohada del cuarto de la ropa sucia y las frotaba contra su cuerpo para impregnarlas de sus secreciones. Parecía percibir su olor dondequiera que fuese. Se acostumbró a dormir boca abajo, con el estómago apretado con firmeza contra el colchón por si ella conseguía entrar en su habitación. Nunca se quedaba dormido hasta estar completamente seguro de que su madre estaba acostada en el otro extremo de la casa.

Dos años más tarde, cuando estaba en la biblioteca familiar después de su primera cacería, Toby conoció a Sophie, la hija de un abogado de prestigio. Esbelta, delgada y distante como el mármol, su prestancia y su blancura destacaban sobre los suntuosos entrepaños. Era todo lo opuesto a Lucilla. Toby, que tenía entonces catorce años, le ofreció una copa de champán y descubrió, excitado, que los dedos de la joven estaban más fríos que el tallo helado de la copa.

Lucilla se dio cuenta enseguida del intenso vínculo entre ellos y eligió aquel verano para que el joven tuviera su rito de iniciación. Envio al padre y al hijo al extranjero. Llegaron hasta el sudeste asiático, hasta Luzón para ser precisos, y Henrick, que tenía sus propias ideas sobre cómo educar a su hijo, llevó a Toby a un burdel en Makati, donde le mostraron quince chicas jóvenes, arrellanadas en sus *salungpuwets*, tras un cristal que iba desde el suelo hasta el techo.

Toby eligió la más delgada y pálida. En la cama le ordenó que no hablara ni se moviera, y le prohibió restregarse o gemir. A la mañana siguiente, mientras contemplaba las calles de Pasay llenas de sol, dando sorbitos a su café y comiendo *sinangag* en el balcón, se sintió abrumado por la sensación de que algo anormal estaba naciendo en él.

Un mes después, su madre le pilló en el paseo de los tejos con Sophie: él con los pantalones de montar bajados hasta las rodillas y ella con los ojos cerrados, la cara alargada y tranquila, completamente inmóvil como si le estuvieran haciendo una radiografía. Antes de que Toby se hubiera subido los pantalones y regresado a la casa, Lucilla ya había provocado un tremendo alboroto. Los criados se arremolinaron bajo el sol y Toby evitó a duras penas ser atropellado por Henrick, que, con gesto adusto, conducía el Land Rover marcha atrás por el patio delantero, entre una lluvia de gravilla, para quitarse de en medio.

El mensaje era claro: Toby tendría que apañárselas con Lucilla él solo.

Observado por la servidumbre, Toby subió las escaleras a toda prisa y puso su mano blanca sobre la pesada puerta de roble, entornando los ojos como si esperase captar los suaves temblores que le indicarían en qué parte de la casa le aguardaba su madre.

Lucilla estaba en el comedor de gala, yendo de un lado para otro entre los tapices de Amberes que colgaban de las paredes, resoplando sonoramente. La luz azulada de la ventana iluminó el fino rastro de las lágrimas en sus mejillas. Era la primera vez que estaban solos desde el incidente en el cuarto de baño.

—Madre.

–Siéntate.

Se sentó a la cabecera de la mesa, el lugar de su padre. Desde la ventana de cristales azules, a su izquierda, se divisaba la brumosa extensión de las praderas de césped y los sombríos cipreses, pero el comedor cubierto de paneles resultaba oscuro, como si todos los años de tensión se hubieran acumulado allí. Lucilla se dejó caer en su silla de caoba, cerró los ojos, se agarró el cuello caliente con ambas manos y movió la cabeza.

–Esa criatura anémica. Su padre es un maldito pederasta y ella un error de la naturaleza.

Toby mantuvo la calma.

–No tengo tiempo para escenas, madre. Solo dime qué quieres que haga ahora.

Al oírle abrió los ojos, con las manos temblorosas aún sobre el cuello.

–¿Qué he hecho para merecer un hijo como tú?

–Dime qué quieres que haga.

–Volverás al internado de Sherborne hasta que llegue el momento de que vayas a la universidad.

–¿Es eso todo?

–Y ya que me desprecias tanto, durante las vacaciones te marcharás con los Chase-Grey a Connecticut. Te pasaremos una asignación.

–¿No quieres volver a verme?

Lucilla se santiguó, un gesto antiguo que recordaba haberle visto hacer antes solo una vez.

– No, no quiero volver a verte.

Toby regresó a Sherborne, y Sophie y él dejaron de verse. Tres años después ella se casó con un coordinador de presupuestos de defensa y se fue a vivir a Walton-on-Thames. Toby se adaptó bien. Se había dado cuenta de que Sophie no era la causa, sino un síntoma de algo mucho más grande. Podía sentir cómo le bullía por dentro, siniestro y malformado, impetuoso como una tormenta.

Durante su último año en Sherborne se centró en preparar el acceso a los estudios de medicina. Hizo un examen brillante y lo aceptaron en la recién creada UMDS, la escuela de medicina de los hospitales de St. Guy y St. Thomas.

Fue en la UMDS donde Birdman empezó a desplegar y batir sus alas.

Las farolas de Shrivemoor Street se encendieron a las nueve y el sodio amarillento atravesó el calor de la noche. El edificio estaba silencioso y oscuro, a excepción de la luz de un tubo fluorescente que asomaba entre las persianas de un despacho del primer piso donde Caffery y Essex, sin corbatas y con los cuellos de la camisa abiertos, sentados uno frente a otro ante un escritorio, daban buena cuenta de un paquete de cuatro latas de cerveza Speckled Hen y un envase de Kentucky Fried Chicken de tamaño familiar.

A su regreso desde el centro de coordinación aquella tarde, Caffery había preferido no hablar a Maddox de sus progresos. Cuando el fax llegó a las cuatro, justo en el momento en que el inspector Diamond se marchaba en busca de una orden de registro para el GTI rojo de Géminis, Jack hizo señas a Essex para que entrara en el despacho del superintendente jefe.

—¿Tienes planes para esta noche? —le preguntó mostrándole el largo rollo de papel—. Esto supone un gran avance, pero solo es el comienzo.

El fax, desplegado sobre el escritorio, caía por el borde y se acumulaba en el suelo formando pliegues.

—Hay ciento sesenta y ocho mujeres —masculló Essex con la boca llena de pollo—. Si las restamos a trescientos veinte nos quedan...

—Ciento cincuenta y dos.

—Gracias —dijo garabateando los números al final de la lista y dejando unas manchas de grasa plateada con los dedos—. Eliminaremos a los mayores de..., digamos, cincuenta.

—Que no serán muchos.

—A simple vista..., ¿qué?, ¿unos veinte más? Y nos quedan ciento...

—Treinta y dos.

Caffery abrió una lata de cerveza tirando de la lengüeta.

—Compruébalo en HOLMES y si no sale nada empezaremos a hacer las entrevistas. Durante el fin de semana no podemos hacer nada, pero si empezamos el lunes, a una media de veinte minutos por entrevista, podremos quitarnos unos cincuenta al día entre los dos y para el miércoles habremos acabado con la lista, lo que nos mantiene dentro del calendario. Por poco.

—Está chupado —dijo Essex agarrando su cerveza.

—Eres un mentiroso —replicó Caffery levantando su lata—. Y por ello te estaré eternamente agradecido.

Entrechocaron las latas y bebieron.

—Es extraño —dijo Essex limpiándose la boca y echándose hacia atrás en su asiento—. Es extraño que no se dé cuenta.

–¿Darme cuenta de qué?

–De la confianza que Maddox tiene en usted.

–¿Confianza? –dijo meneando la cabeza y sonriendo con ironía–. ¿A esto le llamas tú confianza? Si solo me ha dado *cuatro días*.

–Son cuatro días más de los que le habría dado a cualquier otro inspector. Es un tipo que actúa según las reglas, Jack. Un trabajador tenaz. Y usted...

Al otro lado de la habitación la impresora del sistema de comunicaciones internas se puso en marcha.

–Bueno, póngase en su lugar –añadió incorporándose.

Se dio un paseo hasta el aparato y levantó la cubierta de plexiglás.

–Aunque teme que pueda arruinar el caso, le está dando un margen. Piénselo.

Se asomó al interior del aparato mientras el cabezal de impresión golpeaba sobre el papel.

–Vaya, es de nuestra especialista de Lambeth.

–¿Del laboratorio? –preguntó Caffery, encantado de cambiar de tema.

–Sí –contestó Essex con una sonrisa–. Jane Amedure, el pequeño genio de Bootle. Me explicó cómo se hacían las cosas cuando me encargué de las pruebas de la operación Ambleside.

–¿Ambleside?

–El año pasado –respondió Essex sin levantar la vista–. El argelino se cargó a la vieja y la metió en un congelador en un piso de protección oficial de Old Kent Road. Seis meses antes de que la encontraran –explicó dando un trago a la cerveza–. La luz llevaba tres meses cortada.

–A ti no hay nada que te altere, ¿eh?

–No. Y allí estaba nuestro amigo Colin Ireland. Mató al gato de la víctima y puso la boca del animal muerto alrededor de su...

–No sigas. Ya he oído hablar de eso. Gracias.

De pronto Caffery se sintió cansado. Se restregó los ojos.

–Bueno, venga. ¿Qué nos cuenta tu amiga?

Essex recorrió el informe con la vista.

–Veamos. Toxicología e histología, análisis de cabello. Vale, aquí está: análisis toxicológico, Nuestra víctima sin identificar, la primera en morir, era drogadicta. Había restos de benzoilecgonina y diamorfina en los tejidos internos.

–Benzoilecgonina y diamorfina. Eso quiere decir coca y heroína.

–Exacto. Bien. De Shellene Craw realmente no necesitábamos confirmación, pero la especialista nos la manda de todos modos: positivo para heroína, crack, éxtasis..., de todo. Y para Wilcox también confirma heroína. Hatch, tal como preveíamos, positivo, y..., sorpresa, sorpresa –añadió alzando la vista–, negativo para Spacek. Ni siquiera crack. Limpia.

–¿Causa de las muertes?

–Ah, sí.

Examinó el informe y lanzó un sonoro silbido.

–Krishnamurthi, ¡Ese hombre es un Einstein! Preciso de cojones –dijo mirando a Caffery con excitación–. Heroína. Inyectada directamente en el tronco encefálico. Todo se habría paralizado en el acto, el corazón, los pulmones..., todo. No se habrían enterado de nada.

–¿Ves? –dijo Jack–. ¿Ves adónde quiero llegar?

–Sí, el asunto del hospital.

–En el *tronco encefálico*, por el amor de Dios. ¿Puedes imaginarte a un camello de los barrios bajos que sepa dónde está el tronco encefálico? Me refiero...

–Está predicando a los conversos –murmuró Essex mientras leía el informe–. ¿Sabe qué? –añadió levantando el papel–. Esto le va a gustar, Jack. Birdman..., ¿puedo llamarlo así?

–Si no sale de esta habitación...

–Birdman es un fanático de la limpieza. O eso, o sabe lo suficiente sobre medicina legal para eliminar pruebas.

Llevó el informe hasta el escritorio y lo dobló con cuidado por las líneas perforadas que separaban las páginas.

–Parece que hubo sexo consentido, pero Birdman usa un condón y Amedure dice que obliga a las chicas a lavarse después. O las lava él mismo después de muertas. Todas tienen restos de jabón en la vagina. Todas las muestras tienen la misma concentración de estearato de sodio y de grasa. Fabricante: nuestro viejo amigo Wright's Coal Tar.

–Pero si es tan cuidadoso, ¿cómo explicas el semen en el abdomen?

–Quizás siempre derrama un poco al quitarse el condón –conjeturó Essex encogiéndose de hombros–. O se retira, se quita el condón y acaba haciéndose una paja, perdón, seamos técnicos, masturbándose, sobre el estómago de la víctima. Le hace que se lave, o la lava él mismo luego, después de matarla. Pero –añadió levantando la mano– no es tan cuidadoso como él cree, porque siempre deja rastro.

Acabó su cerveza y estrujó la lata.

–A ver qué tenemos aquí. Hematología, el análisis del espectrómetro de masas de la bolsa de basura y los cabellos. Aquel pelo negro no tenía folículo, así que no hay ADN. Pero es pelo de la cabeza y es afrocaribeño.

Alzó la vista y dijo:

–El objetivo se pone una peluca.

–¿Una peluca?

–Sí, escuche. Los cabellos rubios que Krishnamurthi encontró en las víctimas...

–¿Sí?

–Amedure dice que «Los pelos eran teñidos, de origen asiático, ninguno de ellos tenía raíces y sus dos extremos estaban cortados con un objeto sin filo. No habían sido arrancados ni estaban rotos. Se esperaba ver algo así en los pelos procedentes de una peluca».

–Eran pelos largos –dijo Caffery–. Una peluca de mujer.

Essex alzó las cejas y dijo:

–Michael Caine.

–¿Qué?
 –*Vestida para matar*. ¿No la ha visto?
 –Paul... –dijo Caffery suspirando.
 –Vale, vale –replicó levantando la mano—. Siempre me olvido: en esta asociación yo soy el comediante y usted el tipo serio.
 –Y muy orgulloso de serlo.
 –Sí, y triste.
 Volvió a concentrarse en el informe, mordisqueándose la uña del dedo pulgar.
 –Y sin amigos, no se olvide de eso –añadió.
 Hizo una pausa.
 –¿Y esto? Ah, la prueba de precipitinas.
 –¿Prueba de precipitinas? ¿Qué es eso? ¿Para saber si es sangre humana?
 –Sí, y distinguirla de la sangre animal.
 –¿Estamos hablando de los pájaros?
 –Así es.
 Essex escudriñó la hoja, moviendo la boca en silencio.
 –Aquí dice que el tejido de los sacos aéreos de los pájaros era humano.
 –¿Qué? –exclamó Caffery alzando la vista.
 –Lo que ha oído. Humano.
 –¿Sabes lo que eso significa?
 –No.
 –Bien, ¿cómo crees que ese tejido llegó hasta los pulmones?
 –¿Lo inhalaron al respirar?
 –Eso es. Lo que significa...
 –Lo que significa... ¡Oh! –exclamó de repente al comprenderlo—. *Joder*, sí.
 Essex se sentó ante el escritorio de Kryotos. Toda su alegría había desaparecido.
 –¿Quiere decir que los pájaros estaban todavía vivos? ¿Que murieron ahí dentro?
 Caffery asintió.
 –¿Sorprendido?
 –Pues sí. Un poco.
 Permanecieron en silencio durante un rato, reflexionando sobre el asunto. El aire de la habitación había cambiado ligeramente, como si la temperatura hubiera descendido uno o dos grados. Caffery se puso en pie, acabó su cerveza y señaló el informe.
 –Anda, sigue.
 –Bien, de acuerdo –dijo Essex carraspeando y volviendo a coger el informe—. ¿Qué quiere saber?
 –¿Cómo las sedó?
 –Espere... –dijo recorriendo el papel con los dedos—. Hematología dice...
 –¿Qué dice?
 –Dice que no.
 –¿Que no qué?
 –Que no las sedó.

–Eso es imposible.

–Es lo que dice aquí. Nada excepto alcohol, un poco de cocaína, pero no suficiente para causar algún daño. No hay fenoles, ni benzodiacepina, ni barbitúricos, salvo en Wilcox y la joven Kayleigh. A ver...

Sus ojos corrían por la página.

–Nada. A excepción de nuestra anónima víctima número uno, que está hasta las cejas de caballo. Pero la heroína siempre es complicada: la tolerancia de cada persona es distinta.

–Pero debe de haber utilizado algo.

–No, Jack. No lo hizo. Hay un poco de todo en todas ellas, pero nada que haya servido para sedarlas.

–¿Estás seguro?

–Seguro que estoy seguro. Si lo dice Jane Amedure debe de ser verdad.

Caffery estaba exasperado.

–¿Entonces cómo consiguió mantenerlas inmóviles para meterles una puñetera aguja por el cuello?

–No son magos, ya sabe –arguyó Essex con solemnidad, apartando la vista del informe–. Estos tipos que hacen desaparecer a nuestras personas queridas en nuestras propias narices no son especialmente listos. Cuando pienso en la mayor parte de los casos pasados me doy cuenta de lo torpes que eran.

–¿Torpes? –repitió Caffery dirigiendo la vista distraídamente a la uña negra de su dedo pulgar. Se preguntaba lo *torpe* que era Birdman. Lo torpe que era Penderecki. Lo torpe que se podía llegar a ser.

–Digamos que tuvo suerte –dijo Essex.

–No. Birdman no tiene suerte. Él *sabe* cómo hacerlo.

Se levantó y fue hasta donde estaban las fotos.

–¿No es verdad? –preguntó dirigiéndose a las chicas muertas que miraban de manera ausente desde la pared–. Bien. ¿Cómo lo hizo?

–Jack –dijo Essex desde el escritorio–. Mire esto.

Las chicas devolvieron la mirada a Caffery: Petra, con sus brazos delgados, su sonrisa chispeante y sus leotardos; la pobre y triste Michelle Wilcox, con su pelo salvaje recogido.

–¡Jack!

... la corpulenta y dentada Shellene. Kayleigh, con su vestido de fiesta rosa, mostrando una copa hacia la cámara. «Pero ¿y si es mi niña la que está ahí dentro? ¿Y si es mi niña, mi pequeña? ¿Y si es ella?»

–¿Cómo lo hace? –preguntó de nuevo Caffery mirando las fotografías.

–¡Jack!

–¿Qué? –dijo dándose la vuelta–. ¿Qué pasa?

–Entomología –dijo Essex moviendo la cabeza–. Ya sé por qué parece que no las viola. Cabrón asqueroso.

–¿Por qué?

–¿Sabe lo que tenemos entre manos, Jack?

–No. ¿Qué tenemos entre manos?

–Tenemos a un necrófilo. Un auténtico necrófilo.

Dio un golpecito sobre el informe y se lo pasó a Caffery.

–Está todo aquí. Por escrito.

Principios de los años ochenta. UMDS. Anatomía macroscópica 1.1. Rotación de prácticas de laboratorio, grupo B.

En una clase de diez alumnos, repartidos entre las formas tendidas en camillas de acero inoxidable y cubiertas con sábanas verdes, con el olor acre y dulzón del formaldehído en las fosas nasales, Hartevelt sabía a sus diecinueve años que estaba ocurriendo algo que le cambiaría la vida.

Tenía como compañera a una joven estudiante y les habían asignado el cadáver de una mujer de mediana edad. Durante el resto del curso la guardarían en un contenedor de acero inoxidable por la noche, y la sacarían por el día en una camilla de ruedas, bajo una sábana de algodón verde, para ser diseccionada, desmenuzada y recompuesta por sus temblorosas manos enguantadas.

Era de facciones angulosas, con unas pequeñas bolsas amarillentas en el lugar de los pechos, escaso pelo púbico y unas caderas muy afiladas que sobresalían bajo la piel, fina como el papel. Tenía el pelo rubio oscuro alisado hacia atrás sobre el cuero cabelludo.

—¿Se ha despertado ya Doris? ¿Está preparada? —solía preguntar alegremente su compañera a los auxiliares forenses cuando entraba en el laboratorio poniéndose los guantes.

—Esta mañana se ha quedado dormida, mírala, no se puede hacer nada con ella —contestaban mientras la sacaban—. Eh, Doris, despierta, hora de trabajar.

Y se la pasaban a Hartevelt, que permanecía tembloroso y callado, ajeno a las bromas, sudando de solo pensar en la sugerente inmovilidad frígida que esperaba bajo la sábana verde. A veces temblaba tanto junto al cuerpo tendido boca arriba que el escalpelo se le escurría entre los dedos.

—No tienes estómago para estas tripas —murmuró su compañera, dándole un codazo en las costillas mientras estudiaban la topología del tracto gastrointestinal superior y el peritoneo—. ¿Pillas el chiste? No tienes estómago... Bah, olvídale.

Había ahorrado la asignación que le mandaban sus padres y comprado un piso en Lewisham, un apartamento en una planta baja con un jardín cuadrado y una pared de ladrillo enfrente. Al volver de clase se tumbaba en el dormitorio, con las cortinas cerradas, y fantaseaba sobre el cadáver con tanta frecuencia que parecía haberle vaciado parte del cerebro. En su mente aquella mujer adoptaba las proporciones de una diosa, con su rostro blanco e inerte, como de cera. Parecía una musa de mármol, serena y fría, con algunas tenues venas azules en los labios y el pelo rubio desplegado en forma de abanico sobre la almohada para él. Esperando en una infinita quietud. Era esa inmovilidad y palidez lo que le atraía: tan distinta a la rolliza y sinuosa Lucilla.

Presa del pánico, hizo torpes intentos para administrarse una terapia de aversión. Escribió a investigadores de los Estados Unidos para pedirles que le proporcionaran Depo-Provera y tratar de bloquear su producción de testosterona. Cuando se negaron, probó a inyectarse diamorfina antes de la clase de Anatomía. Pero el opioide le hacía sentir náuseas y no podía tenerse en pie. Y lo que era peor: no le liberaba de sus fantasías.

Fue seis semanas después, casi al final del primer trimestre, justo antes de Navidad, cuando se produjo la auténtica catástrofe.

Los auxiliares se habían entretenido más de la cuenta en el Standard y no habían devuelto los cadáveres a los contenedores de la antesala. Hartevelde, enfermo y nervioso ante la posibilidad que se le brindaba, se rezagó después de la última clase de Anatomía de aquel trimestre y se quedó agachado en una esquina, con los ojos a la altura de las pulidas válvulas neumáticas utilizadas para subir y bajar las mesas de disección.

Eran las dos de la tarde y la fría luz del norte empezaba a perder intensidad. El viejo sistema de calefacción crujía y vibraba en las tripas del edificio, pero el aire del laboratorio era gélido y viciado. Hartevelde se rodeó las rodillas con los brazos y se mecía con suavidad. Los cuerpos yacían en silencio bajo la débil luz invernal, con la piel de los brazos arrancada en limpias secciones mientras las abrazaderas, los hemostatos y los retractores brotaban como pequeñas púas de sus estómagos fríos y grisáceos. *Ella* estaba en el centro de la habitación. Desde donde él se hallaba podía ver su pelo deslustrado y lacio.

Y en ese momento la gran puerta situada en el extremo más alejado del laboratorio se abrió.

La ronda de seguridad.

Casi se le para el corazón. No podían encontrarle allí. Debía levantarse y fingir que estaba recogiendo algo. Deprisa. Pero las piernas le temblaban y no le respondían. Un sudor frío le cubrió el cuero cabelludo. Estaba atrapado.

Y entonces ocurrió algo que lo cambió todo.

El guardia de seguridad cerró la puerta por dentro y bajó las persianas.

A las 10.30 de la noche, cuando Caffery salió de Shrivemoor, todavía hacía calor. Condujo en silencio, sin encender la radio, haciéndose el firme propósito de tomar un baño y un saludable trago de whisky de malta cuando llegara a casa. A pesar de la sucesión de inconvenientes –el cansancio, los semáforos, los faros deslumbrantes en la South Circular– era consciente de que algo nuevo ocupaba sus pensamientos, como una imagen borrosa al fondo de un lago de aguas turbulentas: eran los primeros trazos de un dibujo, de un retrato real de Birdman.

Un necrófilo. ¿Cómo se les podía haber pasado por alto?

Giró a la izquierda en Honor Oak y siguió por Peckham Rye, desde donde vislumbró las lápidas del cementerio de Nunhead, que emergían como fantasmales pinceladas blancas detrás de los árboles. La sangrienta trayectoria de la carrera de Birdman se desarrollaba en su cabeza. Un hombre –¿alto?, ¿bajo?– agazapado como un incubo, como una corneja negra, con los ojos ahitos de excitación, recorriendo un cadáver con las manos. Los muertos y los muertos vivientes. Una alianza sacrílega.

El rumor de preguntas sin respuestas continuó: un pájaro vivo cosido en el interior de una cavidad corporal mucho después de la muerte. ¿Por qué? ¿Por qué no puedes olvidar esa imagen? Las marcas, extrañas y ordenadas, en el cuero cabelludo –*excepto* en Kayleigh, le apuntó el subconsciente–. ¿Por qué no en Kayleigh? ¿Y cómo mantuvo Birdman inmóviles a sus víctimas para la inyección? Esto le provocaba un especial desasosiego. Daba a entender la existencia de un control mental; o peor, sugería la posibilidad del uso de una toxina que la ciencia forense moderna no podía identificar.

Aparcó el coche bajo el árbol de su vecino, un plátano de corteza descascarillada, y salió del coche fatigosamente con la cabeza a punto de estallarle. En ese momento todo lo que deseaba era tranquilidad. Se echó la chaqueta sobre el hombro. «Y ahora un Glenmorangie y un baño», pensó.

Pero algo extrañamente pálido le esperaba entre la penumbra de la entrada.

Se detuvo, con la mano en la verja, mientras sus ojos se habituaban a la oscuridad. Cuando se dio cuenta de qué era lo que brillaba bajo la media luz supo que era obra de Penderecki.

Dos muñecos de plástico desnudos, del color de un bebé inerte, estaban enlazados por las piernas, con el rostro de uno frente a los genitales del otro. Sobre el escalón, delante de ellos, había una nota escrita en un resguardo rosa de la casa de apuestas Ladbrokes: «*llamarme por teléfono es como llamar al sufrimiento*».

Caffery se desabrochó el botón de la manga de la camisa, la estiró hasta cubrir la palma de la mano y, con cuidado, sin coger el bulto, le dio la vuelta. La muñeca, con el

pelo de nailon rubio, colgaba hacia el exterior con la mirada ausente y los brazos extendidos como si fuera a atrapar una pelota de playa. Parecía una Barbie o una Sindy. Los pechos eran lisos, sin pezones, la cintura no más ancha que un dedo y, en la curva de plástico que se formaba entre las piernas, hinchada como si estuviera infectada, tenía garabateada con tinta roja una vulva abierta.

Típico de Penderecki.

Dio un empujón al muñeco y lo giró sobre su espalda. Era un Action Man, o GI Joe, con la misma mirada perdida, los genitales arañados y las mismas rígidas manos suplicantes. Estampada en la región lumbar llevaba la marca HASBRO.

Caffery lo reconoció al instante. Era un juguete de Ewan.

Recordaba claramente su misteriosa desaparición. Fue una tarde soleada a comienzos de los años setenta. Antes de comer estaba sobre la hierba del jardín trasero, boca abajo, hundido por el peso de las granadas y cantimploras de plomo en miniatura. Y después de comer había desaparecido. Como por arte de magia. «Escucha, Ewan», le dijo su madre mirando hacia el cielo con recelo, tan desconcertada como ellos, «quizás se lo ha llevado un cuervo». Al día siguiente le compró el último modelo de Action Man en los almacenes Woolworth's de Lewisham. «Fíjate en las manos, Ewan. Pueden agarrar cosas. ¿No es mucho mejor?»

Esta sutil tortura por parte de Penderecki no era nueva. Caffery recogió los muñecos, buscó las llaves y empujó con desgana la puerta de entrada.

La luz de la cocina estaba encendida y vio un montón de camisas suyas apiladas y dobladas en la tabla de planchar.

Veronica.

Con el cansancio no había visto su coche en la calle.

Sé bueno con ella, Jack. Está enferma. No lo olvides, sé bueno.

Dejó la chaqueta en la silla de la cocina, cogió un rollo de película transparente y envolvió con cuidado los dos muñecos por separado para guardarlos en la habitación de Ewan. La cazuela de Le Creuset estaba en el fuego y en la sala de estar sonaban las notas de *Rhapsody in Blue* de Gershwin, que se mezclaban con los aromas culinarios del jengibre y el cilantro. Cogió la botella de Glenmorangie y un vaso de la repisa y se sirvió un buen trago. Le dolía el cuerpo por el cansancio. Necesitaba silencio, un whisky, un baño y luego la cama. Nada más. Con toda certeza, no necesitaba a Veronica.

—¿Jack?

—Sí, hola —saludó sin entusiasmo desde el pasillo.

—Entré con mi llave. Espero que no te importe.

Bueno, Veronica, y si me importa, ¿de qué me sirve?

—Sube.

Otra vez en el cuarto de Ewan. ¿Por qué le tenía tanta querencia a esa habitación? Cogió los muñecos y el vaso de whisky y subió las escaleras lentamente.

Estaba sentada en el centro de la habitación, y llevaba un traje de chaqueta y falda azul hecho a medida, con unos puños blancos almidonados con botones dorados. Se había quitado los zapatos y, a través de las medias color carne, se distinguían las pálidas medias

lunas de las uñas. Esparcido a su alrededor estaba el contenido de todas sus carpetas sobre Penderecki.

—¡Veronica!

—¿Qué?

—¿*Qué* estás haciendo?

—Ordenando tus carpetas. Pensé que la gente querría echar un vistazo a la casa durante la fiesta y te estoy ordenando las carpetas.

—Bueno, no lo hagas —dijo dejando el whisky y los muñecos en el escritorio y empezando a recoger las cosas—. Por favor.

Veronica le miró fijamente.

—Solo intentaba ayudar...

—Te pedí que no entraras aquí —añadió dándose la vuelta—. Te lo diré otra vez: no entres aquí. Y no andes husmeando en mis carpetas.

Veronica frunció el ceño e hizo una mueca de enfado.

—Perdona, los guardaré...

—No —dijo apartándola con brusquedad—. ¡Déjalo ya!

Estás gritando, Jack. No le grites.

Veronica dio un respingo y se detuvo.

—Mira —dijo cogiendo aire—. Lo siento de verdad, Veronica...

Demasiado tarde. Ella mudó el rostro, arrugó la frente y la boca comenzó a temblarle. Se puso en pie y rompió a llorar.

—¡Oh, Dios mío! —dijo cerrando los ojos.

Jack se sintió obligado a acercarse y rodear sus hombros temblorosos.

—Lo siento, Veronica, lo siento... He tenido un mal día.

—Es el cáncer, ¿verdad? Quieres dejarme por culpa del cáncer.

—Pero si no quiero dejarte. ¿Dónde voy a ir? —dijo abrazándola y apoyando el mentón en su cabeza—. Mira, he estado acumulando guardias. Si quieres puedo tomarme algunos días libres y acompañarte a las sesiones de quimio.

—¿De verdad te has pedido días libres? —preguntó dejando de sollozar y mirándole a la cara.

—Quiero estar contigo.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Venga, siéntate.

La cogió por los hombros y se sentaron juntos en el suelo, de espaldas a la pared.

—No quiero volver a hablar de esto, ¿de acuerdo? —dijo entrelazando sus dedos con los de ella—. No me da miedo el Hodgkin.

—Lo siento, Jack —dijo secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Siento que me ocurra esto. Ojalá pudiera cambiarlo, de verdad.

—No es culpa tuya —dijo hundiendo el rostro en su pelo—. Y no olvides —añadió carraspeando—. no olvides que estamos juntos en esto.

—No lo haré.

Permanecieron sentados en silencio, observando cómo las polillas, marrones como

champiñones, rebotaban silenciosamente contra los cristales de la ventana en la oscuridad de la noche. Jack se llevó su mano a la boca, le dio un beso suave y la giró para mirarle la palma.

—¿Estás bien?

—Sí —murmuró.

Le besó el cabello y dirigió la mirada a su mano esbozando una sonrisa.

—¿Por qué no te has hecho la prueba de contraste esta vez?

—¿Cómo? —dijo adormilada.

—La prueba de la que me hablaste. La que te hicieron la última vez.

—Me la he hecho —respondió con aire ausente.

Examinó su mano con atención. La piel era muy blanca, con unas leves motitas, como la de un pez. Pero no había rastro de líneas ni trama subcutánea bajo la carne.

—Creía que después se podía ver el tinte.

—No, desaparece muy pronto —explicó echándose el pelo por detrás de las orejas y mirándole a la cara. El rímel realzaba sus ojos—. ¿Jack?

—Dime.

—Tal vez debería ir sola. Me gustaría demostrar al doctor Ca—vendish que no necesito que nadie me lleve de la mano.

—¿Estás segura?

—Sí, en serio.

—Bueno, si es lo que quieres... —respondió subiéndole el dobladillo de la falda con suavidad y estudiando la superficie curva de su rodilla. Nunca antes había visto llorar a Verónica y, curiosamente, eso le había excitado—. ¿Te dejan tomar una copa entonces? —preguntó deslizando la mano hacia el interior de su muslo—. Queda algo de Gordons en la nevera si te apetece.

En 1984 Lucilla Harteveld, de cincuenta y cinco años y más de cien kilos de peso, fue ingresada en el Hospital King Edward VII de New Cavendish Street con dolores en el pecho. Le hicieron un electrocardiograma en la unidad de atención coronaria y vieron que había sufrido un infarto de miocardio leve. Le administraron anistreplasa y disopiramida. Henrick Harteveld avisó enseguida a su hijo.

Tras una cautelosa reunión madre-hijo –la cama de Lucilla olía como si hubiera hecho algo íntimo bajo las sábanas y disfrutara con el malestar que provocaba a las visitas–, Toby y Henrick dieron un paseo en silencio hasta Mayfair para cenar en el comedor del Oxford and Cambridge Club. A solas, sin la compañía de Lucilla por primera vez en muchos años, estuvieron charlando hasta medianoche. Henrick, que esperaba perder a su mujer, se sentó muy erguido en su silla y pidió una botella de champán Perrier-Jouet. Toby le confesó que había abandonado sus estudios de medicina y pasaba los días sin hacer nada en su pequeño apartamento al sudeste de Londres.

Al día siguiente, Henrick se puso manos a la obra.

Sin consultar a Lucilla, emitió acciones en bolsa de su compañía farmacéutica –Harteveld Chemicals–, conservando una participación mayoritaria y traspasando a su hijo una parte de los beneficios obtenidos en la operación: un millón y medio de libras. Había excluido a Lucilla, y solo pensar cuál sería su respuesta a ese acto irracional le hacía temblar: en la soledad de su panelada biblioteca llegó a estremecerse por el miedo y el nerviosismo. Para dar al asunto cierta respetabilidad, nombró a Toby director adjunto del departamento de *marketing*, una pantomima que solo le exigía ponerse un traje de vez en cuando y dejarse ver por el edificio de acero cromado y cristal de la sede de la compañía en Sevenoaks.

Y de ese modo Toby Harteveld se hizo muy rico.

Abandonó temporalmente su diminuto apartamento en Lewisham –con sus ancianos vecinos y sus gatos adormilados junto a la fachada– y se compró una casa en Croom's Hill, para la que contrató los servicios de paisajistas y constructores, limpiadores y jardineros. Aprovechando el prestigioso nombre de Harteveld en la industria farmacéutica, consiguió que le nombraran miembro de la junta directiva de la fundación del hospital de St. Dunstan en representación del sector privado. Celebró fiestas y llenó la mansión de personajes de elevada posición social: cardiocirujanos y herederas, armadores de barcos y actrices, mujeres que sabían llevar vestidos de seda cruda y hombres que conocían cómo requerir los servicios de un sumiller con solo una mirada. Los temas de conversación eran los negocios futuros, el teatro experimental o la navegación en bote en Kennebunkport. Intentó dar forma y significado a su vida y en

poco tiempo fue capaz de mantener la ilusión de estar en su sano juicio.

Pero mientras se esforzaba por alcanzar una perfección aparente, mientras su vida adquiría visos de éxito, su desesperación y alienación interiores aumentaban. Su mal secreto se acrecentó.

Ninguno de sus conocidos sabía nada sobre las chicas a las que, después de conocerlas en la calle y llevarlas a su casa de Croom's Hill, pagaba para que se desnudaran, salieran al jardín hasta amoratarse de frío y se metieran en su cama de matrimonio con la piel tersa y tiritando. Ni tampoco sobre su exigencia de que se tumbaran, inmóviles e insensibles, con la mirada ausente.

«No puedo, me da dolor de cabeza.»

«Cállate, ¿quieres? Cállate y no te muevas.»

Mientras las montaba, incapaz de alcanzar el clímax si no cerraba los ojos con fuerza, se entregaba de manera atroz a sus fantasías íntimas.

Un día, mientras estaba en su despacho climatizado y con doble acristalamiento de Sevenoaks, sentado con un aperitivo al lado y observando cómo las ocas del Canadá se posaban en los lagos artificiales, consideró de repente el peso de su carga bajo una nueva luz. «Quizás», pensó, «era incurable». La idea le dejó paralizado. ¿Era posible, se preguntó, que todo ser humano estuviera condenado de por vida a una conducta determinada con la obligación de aceptarla con resignación y de buen grado? ¿Podía ser que en su obsesión hubiera encontrado su propio reto vital?

Inspiró profundamente y se enderezó en la silla. Muy bien. Lo aceptaría. Viviría con una limitación y un conflicto perpetuos.

Pero necesitaba ayuda.

Recorrió con el dedo el vaso de *pastis*, alto y blanquecino. Necesitaba acallar su conciencia, y tendría que ser con algo mejor que la bebida.

Encontró la válvula de desahogo que buscaba dos semanas después, mientras cenaba con un antiguo compañero de Sherborne recién llegado de las selvas de Tanjung Puting en Borneo, donde acababa de realizar una investigación para su tesis doctoral. Tras la cena, su amigo fue a coger un pequeño bolso de viaje Gladstone y lo puso sobre la mesa delante de Hartevelt.

—¿Un poco de cocaína, Toby? ¿O algo que ayude a evadirse mejor? Tengo opio. Opio dulce y aterciopelado —dijo frotándose los dedos—. Cultivado con amor por los malayos.

Hartevelt dudó un momento y luego dejó caer los párpados. Puso las manos sobre la mesa, con las palmas hacia arriba en un gesto de alivio y gratitud. Ahí estaba, pues, lo que había estado buscando. Una perfecta y acogedora vía de escape.

–Señor Henry, soy el inspector Diamond. Nos conocimos el otro día en The Dog and Bell.

Se oyó un ruido, como si alguien buscara algo, y la tapa del buzón se levantó. A través de ella apareció una placa de policía y la conocida nariz bronceada y pequeña.

–Le paso algunas fotos por el buzón. Creo que ya las ha visto antes.

Un montón de fotografías de formato 20 por 25 aterrizó en el suelo. Géminis, pegado a la pared, observaba sin hablar aquellas caras junto a la puerta.

–Tenemos declaraciones que confirman que al menos tres de estas chicas estuvieron con usted. ¿Hay algo que le gustaría comentar al respecto?

Géminis permaneció en silencio. Al otro lado de la puerta Diamond tosió.

–Tal vez debería ir pensando en acompañarnos a la comisaría para charlar un rato –añadió.

Esperó un momento, pero Géminis siguió callado, mirando al buzón y oyendo cómo alguien doblaba un papel. Su madre aún dormía en la habitación al fondo del pasillo y no quería despertarla ni que nadie la molestara.

–Le paso también una copia de nuestra orden de registro. Según la Ley de Policía y Pruebas Delictivas, estoy obligado a preguntarle si consiente en que registremos su coche, matrícula C966 HCY, y darle la oportunidad de que me entregue las llaves.

Géminis se deslizó por la pared hasta quedarse en cuclillas.

–Entiendo que ese ruido significa «No».

Una copia en papel de calco aleteó hasta el suelo.

–Ahí va la orden, señor Henry. Volveremos con una relación de todo lo que incautemos, que para los fines de esta investigación quiere decir el coche y su contenido.

–No se van a llevar ningún coche –dijo por fin Géminis.

–Vaya, si está ahí...

Un ojo azul pálido parpadeó en la rendija del buzón.

–Se quieren llevar mi coche, ¿no?

–Eso es.

–Porque creen que las chicas estuvieron en él, ¿no?

–Usted ya sabe por qué estamos interesados en ellas, ¿no es así?

Desde donde estaba, Géminis pudo oler el aliento amargo de Diamond.

–¿No es así? –repitió.

–Quizás –susurró Géminis–. Quizás.

–No ha sido Géminis –dijo Caffery–. No ha podido ser él.

Maddox se alzó el cuello de la gabardina para protegerse de la débil llovizna y le miró con ojos enrojecidos. Estaban ante un bloque alto de viviendas de protección oficial, perteneciente a la colonia Pepys de Deptford, mientras los técnicos del Servicio de Ciencias Forenses, vestidos con monos de color verde, aseguraban el GTI rojo de Géminis a la plataforma de la grúa del laboratorio. En el cielo, unos vientos invisibles arrastraban las nubes lejos de Deptford en dirección al Támesis. Era sábado, las entrevistas de St. Dunstan estaban programadas para el lunes y Caffery no tenía nada que hacer. Había elegido pasar el tiempo junto al Grupo.

—¿Has oído hablar de la serotonina? ¿De las histaminas libres? ¿Del primer y segundo estadio ninfal?

—No soy ningún científico —dijo Maddox.

—Las heridas fueron post mórtem —explicó Caffery—. Quiero decir, *muy* post mórtem.

Maddox se metió las manos en los bolsillos.

—Eso ya lo sabemos por la autopsia.

—No. Pensamos que habían sido producidas en el frenesí del momento, nada más morir, como parte del acto homicida —dijo dirigiendo la vista a un técnico del laboratorio que estaba atando una etiqueta blanca con la leyenda PROPIEDAD INCAUTADA a un limpiaparabrisas del GTI—. Escucha, Steve. Las mujeres fueron *violadas*. Utilizó un condón porque es un monstruo muy limpio, o tiene fobia al sida, y lo hizo después de matarlas.

—¿Después de matarlas?

—Por eso no había señales de resistencia ni lesiones en los genitales. El tejido muerto no reacciona a la violencia no invasiva.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Los análisis forenses dicen que las heridas pudieron ser causadas hasta *tres* días después de la muerte.

—¿Tres días?

—Nos ha traído de cabeza averiguar por qué parecía que no las violaba. Y esta es la explicación. Conservaba los cuerpos. Las violaciones se produjeron probablemente al mismo tiempo que las mutilaciones, quizás de forma repetida, y con toda probabilidad cuando el rigor mortis ya había desaparecido.

Caffery notó la tensión en el rostro de Maddox.

—Es un necrófilo, Steve. Eso no explica la facilidad con que las mató, pero *sí* por qué quiere que la muerte sea tranquila y por qué no había grandes contusiones ni hematomas en los ojos.

—Creo que no me va a gustar escuchar esto.

—La muerte tiene que ser rápida y sin complicaciones. No está interesado en matarlas. Eso no es lo divertido. Lo divertido es el cadáver. Solo se deshace de ellos cuando están muy descompuestos.

Maddox se estremeció como si el sol se hubiera ocultado tras una montaña. Las últimas gotas de lluvia cesaron. Caffery se metió las manos en los bolsillos y dio un paso adelante, acercándose a Maddox.

–Bird,, *el agresor* conserva los cuerpos durante tres días y luego, cuando el asesinato es solo un recuerdo, *entonces* los mutila. ¿Sabes lo que eso significa?

–¿Aparte de que está más chalado de lo que pensamos?

–Es mucho más que eso.

Maddox se mordió el labio. La luz del sol, nueva y vacilante, centelleó sobre el bloque de hormigón y de pronto le hizo parecer más viejo.

Dirigió la vista hacia el apartamento de Géminis, en el edificio más cercano, y preguntó:

–Dispondrá de un lugar privado, ¿no?

–Sí, y además vive solo –respondió Caffery, siguiendo la mirada de Maddox. Las cortinas estaban echadas–. Y es muy probable que tenga un congelador.

Maddox carraspeó.

–No podemos obtener una orden para registrar el apartamento: nuestros amigos los jueces ahora se han vuelto «políticamente correctos».

–Muy bien –dijo Caffery dirigiéndose a la entrada del edificio.

–¿Dónde vas?

–Ven. Tengo algo que enseñarte.

–¡Eh! –exclamó Maddox dándole alcance–. No quiero que le sacudas, Jack.

–No voy a hacerlo.

En el vestíbulo, una jovencita de unos diez años, con una melena rubia y sucia y un niño con la nariz llena de costras de mocos apoyado en la cadera, se les quedó mirando a través del cristal. Llevaba una mugrienta camiseta rosa y tenía los pies descalzos llenos de rozaduras. Caffery dio un golpecito en el cristal. La niña abrió la puerta, se apartó y los miró en silencio.

–Gracias.

Caffery dio un manotazo al botón del ascensor y las puertas se abrieron. Entró y se volvió hacia Maddox para preguntarle:

–¿En qué piso vive?

–En el diecisiete. Pero no vamos a hablar con él, Jack. Aún no.

–Claro que no –respondió Caffery apretando el botón del piso diecisiete–. Entra y veamos cuántas veces se abren las puertas antes de llegar al piso diecisiete. Vamos a comprobar si la suposición de Mel Diamond es factible.

Los dos hombres permanecieron con las manos en los bolsillos y la mirada fija en la luz roja del panel situado encima de la puerta.

–Imagina que eres él, Steve. Tienes un cuerpo en una bolsa de basura, justo aquí, en el suelo. Estamos hablando del cuerpo de una mujer, acuchillado y hecho un ovillo. Y apestoso.

El ascensor subía: nueve, diez, once... Maddox estaba callado, observando el movimiento de la luz roja. doce, trece, catorce. De pronto se detuvo y las puertas se abrieron. Una anciana con una bolsa impermeable para la compra y un pequeño y tembloroso Jack Russell sujeto con una correa se les quedó mirando.

–¿Bajan?

—No, subimos.

—Iré con ustedes de todos modos —dijo entrando en el ascensor, sonriente, atándose una capucha de plástico para protegerse la permanente—. Nunca se sabe si parará cuando baje.

Caffery miró a Maddox y susurró:

—Recuerda. En el suelo.

Una madre con dos niños pequeños se subió en el piso quince y, tras detenerse en el piso diecisiete, el ascensor continuó hasta el veinte, el último. En ese momento, en el ascensor había seis personas y un perro. Maddox, nervioso, apoyaba el peso de su cuerpo alternativamente en un pie y en otro. Durante el descenso se detuvieron tres veces más. Cuando llegaron al vestíbulo el ascensor estaba lleno.

—Es de día —dijo Maddox al salir a la calle frotándose los ojos. La joven del niño pegó la nariz al cristal mientras se alejaban—. Él las movía por la noche.

—Sí, pero ¿te lo imaginas bajando todos esos pisos de día o de noche, mirando los números como hemos hecho nosotros y, después de todo eso, sacando el cuerpo del ascensor?

Comenzó a caminar hacia el aparcamiento. Más allá, la rampa hidráulica de la grúa dio una sacudida al cerrarse y el GTI se estremeció en sus amarras.

—Y luego todo este recorrido por el patio delantero.

De pronto se detuvo, con las manos abiertas.

—Mira hacia arriba. ¿Cuántas ventanas ves?

—Jack, esta es la colonia Pepys. No sería la primera vez que un fardo de aspecto sospechoso es arrastrado por este patio en medio de la noche. De eso puedes estar seguro.

—Tú viste esos cadáveres, Steve —dijo bajando la voz—. No me digas que no notaste cómo olían. Tres días después de la muerte huelen, Steve. *Apestan*. Ya sabes. Es un olor que nunca se olvida, un olor que no se puede borrar.

—Es posible que tuviera otro lugar.

—Claro —asintió Jack, cogiendo aire por la nariz—. Sí, claro. Tú te agarras a eso. Te aferras a esa esperanza.

Al oírle, Maddox mudó el rostro. Una vena azul empezó a latir en su sien y cuando habló su voz era suave, casi inaudible.

—Hoy he tenido la visita del jefe: ha oído decir que tenemos un aficionado a la elaboración de perfiles en el Grupo. Así que ahora estoy intentado protegerte.

—¿Así que el superintendente jefe prefiere las vigilancias de chiripa y las pruebas circunstanciales? —dijo negando con la cabeza—. Steve, afóntalo, el Grupo F ha llamado a las puertas de casi todos los racistas del este de Greenwich y todos se van a alegrar muchísimo con la posibilidad de atrapar a un mísero traficante de drogas local. De meterlo en la trena y quitárselo de encima durante unos cuantos días. Al inspector Diamond le *encanta*, lo lleva en las venas, y me pregunto, Steve, si no será solo porque sabe que puede hacerlo, porque —dijo, hundiendo las manos en los bolsillos y lanzando una mirada directa, desafiante, con sus ojos azules, a los ojos grises de Maddox—...,

porque *se lo permites*.

—Te recuerdo, Jack, que aún estás en período de prueba de tres meses con nosotros. No lo olvides.

—No lo he olvidado.

—Te veré en Shrivemoor. Buena suerte a Veronica con la quimio.

—Espera, Steve.

Pero Maddox ya se había alejado y Caffery tuvo que gritar por encima del ruido del motor de la grúa.

—*¡Superintendente Maddox!*

Su voz resonó entre los bloques de pisos. Los niños se asomaron al patio delantero, sobresaltados por el ruido.

—*¡Voy a demostrar que sospecháis de la persona errónea! ¡Voy a demostrar que ni siquiera es negro!*

Pero Maddox siguió andando. La grúa arrancó y el GTI de Géminis, cubierto por una lona blanca, inició su desfile por las calles de Deptford como si fuera parte de la comitiva de una boda india.

El pub estaba vacío. Un pastor alsaciano, dormido junto a una estufa de gas con la cabeza sobre las patas, abrió un ojo para observar a Caffery, que se acercaba a la barra. Betty, la camarera, vestida con una blusa de encaje de nailon muy escotada y unas gafas de montura grande sujetas por una cadenilla alrededor del cuello, ni se molestó en saludarle. Apagó el cigarrillo y simplemente se quedó allí, con las uñas pintadas sobre los grifos de cerveza, esperando que él hablara.

Caffery le mostró la placa.

—Soy de la poli.

—Ya, le recuerdo. ¿Quiere un trago?

—Adelante, póngame un Bells —dijo viendo que no había whisky de malta. Rebuscó en los bolsillos para encontrar cambio—. ¿Cómo va el negocio?

—Fíjese en cómo está esto. Los periodistas han salido de no se sabe dónde y han espantado a la mitad de los clientes.

—¿Ha hablado usted con ellos?

Betty soltó un bufido y sus largos pendientes azul turquesa temblaron.

—No aceptaría su sucio dinero. Si quiere que le diga, preferiría que nada de esto hubiera ocurrido.

—Todos lo preferiríamos —añadió Caffery levantando los pies de la moqueta pegajosa y sentándose en un taburete—. Betty, ¿se acuerda del joven al que interrogamos aquí?

—¿El chico de color? ¿El que salió corriendo?

—Sí.

—Es Géminis. Le ponen unos nombres tan raros a los muchachos, ¿no le parece? Acérquese —añadió haciendo un gesto con una mano de venas muy marcadas. No había nadie más en el pub, pero parecía gustarle que Caffery se inclinara para oírla susurrar—. Ese Géminis —prosiguió agarrándole la muñeca—..., los periódicos dicen que las chicas

consumían drogas.

—Sí.

—Bueno, tienen que conseguirlas en algún sitio, ¿no? —dijo dándose un golpecito en la nariz en tono cómplice—. Y no quiero decir más.

Pasó un paño a un vaso, lo examinó para asegurarse de que estaba limpio y lo puso delante de él.

—Dice que solo hacía de taxista para ellas, pero yo no soy ciega. Sé que les daba la oportunidad de hacer sus pequeñas, ya sabe, *transacciones*.

—¿Joni lo conoce?

—Pues claro.

Betty entornó los ojos y Caffery captó todo el brillo de sus párpados, que destellaban como la pechuga de un martín pescador.

—Géminis siempre la lleva en el coche. A ella y a Pinky, si no se trae la bici.

—¿A ella y a quién?

—La llamaban Pinky cuando trabajaba.

—Rebecca —murmuró Caffery, extrañamente avergonzado al oír ese apodo.

—Esa misma. Ahora es artista. Se sienta en aquel rincón del salón con sus pinturas, muy seria, y no despega el pico en toda la tarde.

De pronto el alsaciano se sentó y emitió un gruñido. A Caffery le dio tiempo a girarse y ver cómo se cerraba la puerta: la sombra de un hombre desapareció tras el cristal esmerilado.

—Pasa, encanto, está abierto —dijo Betty en voz alta, echándose el paño sobre el hombro y saliendo de detrás de la barra. Abrió la puerta y se quedó un momento mirando hacia la calle, mordisqueándose las uñas, antes de abandonar y dejar que la puerta se cerrara—. Uno de los clientes habituales. Debe de haberle visto y habrá pensado que era usted periodista.

Pasó el paño por la barra, recogió el vaso de Caffery y lo puso sobre una alfombrilla limpia.

—O quizás sabía que era usted de la pasma.

El perro se sentó junto a la estufa y se rascó la oreja con una pata trasera grisácea, bizqueando de placer.

Cuando Caffery salió, las calles estaban vacías. Las aceras se habían secado, pero los árboles aún goteaban y las lombrices se deslizaban entre los huecos de las baldosas. De pronto advirtió que una sombra se acercaba y oyó el débil chirrido de los piñones de una bicicleta. Se dio la vuelta.

—Buenas tardes, inspector.

Rebecca detuvo la bicicleta y apoyó una larga pierna en el bordillo para mantener el equilibrio. Llevaba unos pantalones cortos marrones, un holgado suéter color avena y se había recogido la melena en una coleta. Sobre la rueda trasera había una carpeta de piel sujeta con unas cintas de lona desgastadas.

Jack se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—¿Se trata de una coincidencia?

—No exactamente.

El lilo junto al que estaban goteó en su suéter dejando unas pequeñas manchas oscuras.

—Sigo viniendo al pub, ya sabe, me hace pensar..., y le vi salir.

—Ya.

Se dio cuenta de que ella quería decirle algo.

—¿Se ha acordado usted de algo?

—Bueno, sí —dijo torciendo la boca a modo de disculpa—. Pero puede que no sea nada, solo una pérdida de tiempo —añadió, toqueteando con sus uñas duras y blancas las diminutas puntadas de las tiras de lona. Caffery se había olvidado de lo guapa que era.

—Nada ya es algo.

—De acuerdo —dijo con cautela, dispuesta a aceptar que se riera de ella—. Me acordé de algo relacionado con Petra.

—¿De qué?

—A veces, cuando estoy a punto de quedarme dormida., ¿conoce usted ese ratito justo antes de caer completamente rendido, ese instante en el que recuerdas todos los sueños de la noche anterior?

—Sí.

Caffery lo conocía muy bien. Era allí donde solía encontrarse con Ewan y Penderecki.

—Seguro que no es importante, pero anoche estaba adormilada y me acordé de que Petra me había dicho que era alérgica al maquillaje. Nunca llevaba. Puede comprobarlo en mis cuadros. Siempre está pálida.

El sol se abrió paso entre las nubes y los iris verde oro de Re-becca quedaron velados por la sombra de sus párpados.

—Aquella foto en su maletín, ella parecía,, parecía una muñeca. He visto otras cosas muertas antes y parecían más reales que ella.

—Siento que tuviera que ver aquello.

—No tiene por qué.

—¿Rebecca?

—¿Sí? —respondió ladeando la cabeza y mirándole a la cara. Una gota de lluvia cayó del árbol y rodó por su mejilla—. ¿Qué ocurre?

—¿Por qué no me habló de Géminis?

—¿Qué pasa con él?

—Se marchó con Shellene aquel día. ¿Por qué no nos lo dijo?

Rebecca cruzó los brazos bajo sus pequeños pechos y bajó la cabeza.

—¿Por qué cree que no lo dije?

—No tengo ni idea.

—No sea ingenuo. Vende drogas y provee a Joni. Esa es la razón.

—Por Dios santo —exclamó Caffery meneando la cabeza con frustración—. ¿Sabe usted lo serio que es esto, Rebecca?

—Claro que lo sé. ¿Cree usted que puedo pensar en otra cosa?

Se mordió el labio y añadió:

—Además, Géminis no tiene nada que ver con esto.

—Vale, vale —respondió Caffery pasándose la mano por la frente—. Coincido con usted. Pero el problema es que soy el único. Los que mandan creen que Géminis es la mejor elección ahora mismo. Está metido en un lío, Rebecca, un auténtico lío. No es ninguna broma.

—*No* ha sido él. No sé cómo puede siquiera pensarlo,

—Yo *no* lo pienso, acabo de decírselo. ¡No creo que haya sido él!

—¡Dios!

Giró el manillar de la bicicleta y, algo más tranquila, añadió:

—No hay por qué enfadarse.

—Rebecca, escuche... —dijo Jack con voz suave, sintiéndose estúpido—. Lo siento. Es que necesito un poco de ayuda con esto. Necesito que alguien sea sincero conmigo, que, para variar, me dé un respiro.

—Oh, por el amor de Dios —murmuró Rebecca—. Todos necesitamos un respiro. Pero a usted le pagan para resolver esto.

—Rebecca...

Ella no volvió la vista. Se alejó pedaleando, con el suéter caído sobre uno de sus hombros bronceados, dejando a Caffery en medio de la acera, enojado y confuso, con la mirada fija en el punto exacto por el que la ciudad se la había tragado.

Lucilla Harteveld no logró perder los cuarenta kilos recomendados por los médicos y sufrió un segundo infarto de miocardio en 1985. Este le produjo arritmias incontrolables y a los treinta minutos resultó fatal.

Después del funeral, Henrick regresó a Greenwich con Toby y dieron juntos un paseo por el parque. Henrick se detuvo a la sombra de la *Figura de pie* de Henry Moore. Se volvió hacia su hijo de forma espontánea y, con tranquilidad, con su rico acento de Güeldres, comenzó a contar la historia que había mantenido en secreto durante casi sesenta años. Ella era una enfermera holandesa, explicó, a la que había visto por última vez en Ginkel Heath el 20 de septiembre de 1944. Después le dijeron que había muerto en la confusión de la batalla de Arnhem junto a varios miembros de la Brigada South Stafford a los que atendía. Él siguió creyéndolo así hasta que treinta y cinco años más tarde ella reapareció. Acababa de enviudar de un acaudalado cirujano belga y trabajaba en un orfanato de la isla de Célebes.

Mientras Henrick hablaba, Toby miraba distraídamente hacia el valle, donde las columnatas rosa pálido de la Queen's House resplandecían como el interior de una concha. Poco a poco se fue dando cuenta de que durante la mayor parte de su matrimonio su padre no había hecho otra cosa que esperar.

Un mes después de la conversación, Henrick vendió la finca del condado de Wiltshire, entregó otros dos millones de libras a su hijo y se trasladó a Indonesia.

Con su padre en el extranjero y más dinero, Toby se fue aislando cada vez más y apenas iba por el despacho de Sevenoaks. Solo se ponía traje para asistir a las reuniones de la junta de St. Dunstan. El resto del tiempo ni siquiera se afeitaba. Vestía como si estuviera siempre de vacaciones: trajes de lino y camisas caras con las mangas recogidas, y alpargatas o mocasines de piel de becerro sin calcetines. El opio, y más tarde la cocaína y la heroína, hacían su trabajo. Enmascararon sus peores impulsos, le frenaron y aplacaron, sin dejar rastro del daño físico que le causaban. Tenía la precaución de no acumular mucha cantidad en Croom's Hill y utilizaba el pisito solitario de Lewisham como piso franco. Ninguno de sus conocidos sabía la dirección y él podía ir y reponer sus existencias de manera gradual.

Durante más de una década mantuvo un precario control de su vida.

Pero a finales de los años noventa las fiestas habían tomado un rumbo diferente, más desenfadado. Junto a los vasos escarchados de Cristal y Stolichnaya llegó la cocaína, servida en cuencos de *miso* japonés con dibujos orientales. Las jóvenes que había conocido en los clubs de Mayfair se reclinaban en las paredes, fumando cigarrillos St. Moritz y estirándose hacia abajo las minifaldas. Además, compraba la mercancía más

cerca de casa, utilizando una discreta red de contactos que le llevaba hasta los proveedores. Algunos de sus conocidos siguieron asistiendo, pero pronto fueron superados en número por el nuevo tipo de invitados: las chicas y sus acompañantes.

—Esto es de locos, ¿verdad? —comentó una de ellas dirigiéndose a Hartevelt, que acababa de inyectarse un chute de heroína y estaba a punto de sentarse en el sillón de nogal, de respaldo alto, que había en la biblioteca.

—¿Perdón? —dijo levantando la vista confuso—. ¿Cómo dice?

—Digo que esto es una locura.

Era una joven esbelta, de aspecto tranquilo, que rondaba los veinticinco años, de huesos delgados, cabello castaño ondulado y piernas largas y suaves. Nunca la había visto antes. Parecía estar fuera de lugar con su maquillaje sencillo, su vestido de lana gris con botones y sus bailarinas.

¿Es realmente una de esas chicas? ¿De veras lo es?

—Sí —consiguió contestar a duras penas—. Supongo que así es.

—No he visto nada igual. Al parecer el tipo que da la fiesta ofrece chutes a todo el que quiera. Solo tienes que ir al cuarto de baño y allí está, repartiéndolos como si fueran golosinas. Incluso te pincha él mismo si a ti te da miedo hacerlo.

Hartevelt la miró si poder creerlo.

—¿Sabes quién soy?

—No. ¿Debería saberlo?

—Mi nombre es Toby Hartevelt y esta es mi casa.

—Ah —exclamó esbozando una sonrisa, sin ningún nerviosismo—. Así que *tú eres* Toby. Bien, encantada de conocerte por fin, Toby. Tienes una casa muy bonita. Y ese Patrick Heron del rellano..., ¿es original?

—Claro.

—Es una maravilla.

—Muchas gracias —respondió haciendo un esfuerzo para incorporarse y extender una mano temblorosa—. Con respecto a la heroína, entiendo que una invitación a participar no sería rechazada...

—No, no —dijo negando con la cabeza con una sonrisa—. Gracias, pero soy un desastre con las drogas. Me da por vomitar y me pongo patética.

—Muy bien. ¿Entonces mejor un *schnapps*? En el invernadero. Allí hay un..., déjame pensar..., un Frida Kahlo. Creo que te interesará.

—¿Un Frida Kahlo? Lo dices en broma, ¿verdad? Desde luego que me interesa.

En el invernadero de naranjos, situado en la parte trasera de la casa, hacía frío. Unos reflejos de luz color mango, procedentes de la fiesta, iluminaban algunos tiestos con árboles y proyectaban unas sombras grises y aterciopeladas sobre las losas del suelo. Olía a abono de plantas y a tierra húmeda, y las voces de los invitados llegaban amortiguadas. Hartevelt comenzó a rascarse los brazos mientras sus pensamientos discurrían sin rumbo. ¿Por qué estaban allí? ¿Qué era lo que quería?

El azul vívido de sus venas. Toby, insinuante y gélido. Su cabello humedecido y alisado hacia atrás, dejando la frente a la vista.

La joven se giró y le miró.
—¿Y bien?
—¿Perdón?
—El cuadro. ¿Dónde está?
—El cuadro —repitió él.
—Sí, el Frida Kahlo.
—Ah, eso... —dijo Hartevelt, rascándose el abdomen y observando las facciones suaves de su rostro.
—Me equivoqué. No está en el *invernadero* sino en el estudio.
—Oh, vaya.
La joven se volvió para marcharse, pero él la cogió del brazo.
—Espera, hay algo que necesito que hagas. Normalmente —dijo mientras la cabeza le daba vueltas—..., normalmente pago doscientas libras, pero a ti puedo darte trescientas. Ella le lanzó una mirada incrédula.
—No estoy en el *negocio*, ¿sabes? He venido con mi compañera de piso. Eso es todo.
—¡Venga! —exclamó, alarmado de pronto por su rechazo—. Cuatrocientas, lo dejamos en cuatrocientas. Y no soy nada difícil. Todo lo que tienes que hacer es no moverte, eso es todo. Yo no...
—He dicho que no me dedico a eso.
—No tardaré mucho —añadió apretándole el brazo—. Si te quedas inmóvil acabaré en unos minutos. Vamos.
—He dicho que no —replicó agitando el brazo para liberarse—. Suéltame o grito.
—Por favor...
—¡NO!
Hartevelt, sorprendido por el tono categórico de su voz, soltó su brazo y dio un paso atrás. Pero la chica estaba hecha una furia y no pensaba olvidar el asunto. Dio un paso adelante y se le encaró enfurecida.
—Me importa un bledo —le espetó, clavándole sus uñas rosas y limpias debajo de la barbilla hasta hacerle sangre— quién coño seas...
—Mierda —exclamó Hartevelt tocándose el cuello, sorprendido por su repentina agresividad—. ¿Por qué has hecho eso?
—Para que aprendas a aceptar un no por respuesta —dijo girándose sobre los talones—. ¿Te enteras?
—¡Eh, escucha! —le gritó, palpándose el cuello—. ¡Escucha, pequeña zorra! No vuelvas por esta casa, ¿entendido?
Pero sus blandas bailarinas negras se alejaron sobre las losas de piedra. Engreída y satisfecha.
—Vienes aquí y te aprovechas de mi hospitalidad, de mi vino y mis drogas..., y después me haces esto, pequeña puta. ¡Ni se te ocurra volver por aquí!

Pero ya había desaparecido. Mientras se retiraba las manos del cuello y examinaba las manchas oscuras de sangre, se dio cuenta de que estaba perdiendo el control y los problemas afloraban.

No regresó a la fiesta. La asistente lo encontró al día siguiente, hecho un ovillo en un sofá, hasta el que se había arrastrado a altas horas de la noche, con las manos cruzadas sobre la cabeza como un cangrejo, lágrimas en el rostro y manchas de sangre en el cuello de la camisa. La mujer no dijo nada, abrió las ventanas de par en par y vació los ceniceros sin escatimar ruidos.

Después le llevó café, rodajas de fruta y un vaso de Perrier. Puso la bandeja sobre la mesa de mármol de Carrara y le lanzó una mirada de compasión. Hartevelt se apartó y aspiró el aire puro que entraba por las ventanas. Había una promesa de invierno en él, de nubes y de nieve. Y algo más. Algo perverso se acercaba a la ciudad desde la distancia. Presentía que se avecinaba una crisis.

Fue el día cuatro de diciembre, su treinta y siete cumpleaños, cuando llegó. Encontró a la joven debajo del piano justo antes de las tres de la madrugada, cuando la fiesta empezaba a decaer. Tenía la mirada perdida y se rodeaba los hombros con los brazos. De vez en cuando emitía un gemido y se retorció con suavidad como un orondo capullo de seda. Estaba entrada en carnes y llevaba un vestido corto azul pálido. Había un tatuaje en su bíceps que parecía como si se hubiera escapado de su piel y unas hebras de una sustancia blanquecina le cubrían la boca.

Divertido por su presencia, apoyó un codo en el piano y se inclinó para mirarla.

—Eh, oye, ¿cómo te llamas?

La chica hizo un esfuerzo por abrir los ojos, intentando concentrarse en el ruido. Abrió la boca y la volvió a cerrar dos veces antes de que el sonido saliera.

—Sharon Dawn McCabe.

Esas tres palabras la identificaron como alguien que había pasado su infancia en Gorbals, el barrio obrero de Glasgow.

—Sabes que se te ha ido un poco la cabeza, ¿verdad?

Soltó un hipido y asintió con los ojos cerrados:

—Sí, lo sé.

Llevó a la pobre y regordeta Sharon al dormitorio, la desnudó en la oscuridad y la metió en la cama. La folló muy deprisa y en silencio, con indiferencia, agarrándose a sus pechos fríos por detrás. Ella no se movió ni hizo un ruido. En el piso de abajo la fiesta había acabado y se oía al servicio de *catering* retirar los vasos. Fuera, unos copos de nieve caían con rapidez por detrás de la ventana oscura.

A su lado, Sharon Dawn McCabe comenzó a roncar con fuerza. La folló otra vez —«estaba demasiado borracha para enterarse de nada», pensó— y se quedó dormido.

Soñó que estaba en el laboratorio de anatomía del hospital Guy's aquella tarde de invierno, agachado en el suelo, observando con terrible agitación cómo el rollizo guardia de seguridad hacía crecer el fino tallo de su erección con una mano blanca y floja y, de puntillas junto a una mesa de disección, con una mirada de intensa concentración en el rostro, deslizaba las caderas de aquella mujer sin vida contra las suyas.

Hartevelt no pudo soportar por más tiempo y se le escapó un leve suspiro.

El guardia de seguridad dejó de moverse, paralizado en la semioscuridad, y dirigió

nerviosamente la vista a su alrededor para intentar descubrir quién le estaba vigilando. No era muy alto, pero a Hartevelt, agachado en el suelo, le pareció que tapaba el horizonte. Sus ojos eran húmedos y fríos.

Habría podido ponerse en pie, protestar y alejarse de la escena, pero Hartevelt estaba bloqueado por el miedo. Y cuando ya había decidido no moverse, el guardia de seguridad, con la frente llena de sudor, se dio cuenta de que el delgado estudiante de medicina, con su pijama sanitario, había estado esperando en la oscuridad para hacer exactamente lo que él estaba haciendo.

Por un momento no ocurrió nada. Luego el guardia sonrió.

Años después, Hartevelt se despertó en su casa de Greenwich, gimoteando como un animal, con la imagen de aquella sonrisa obscena en la mente. Todavía no había amanecido y un pequeño rayo de luna asomaba entre las cortinas. Se quedó tumbado, empapado en sudor, con la mirada fija en el techo, escuchando cómo los fluidos de su corazón se ralentizaban y esperando a que sus pensamientos se calmaran.

Te comprendo, le había dicho aquella sonrisa. *Soy como tú, el enfermo y el desalmado no pueden estar mucho tiempo separados. Al final siempre se encuentran.*

Hartevelt se mesó los cabellos y emitió un gemido. Se dio la vuelta, y al ver lo que yacía junto a él sobre la almohada, tuvo que meterse los dedos en la boca para contener un grito.

Sharon Dawn McCabe estaba a menos de treinta centímetros, tumbada sobre la espalda, con los ojos abiertos. Una espuma sanguinolenta le salía por la nariz y la boca, dejando un rastro mucoso por la barbilla y el cuello.

–¡Dios santo! –susurró Hartevelt asustado–. ¡Dios mío! ¿Qué coño te ha pasado? –añadió hundiendo una mano bajo las sábanas para buscarle el pulso.

El reloj de la mesilla de noche mostraba las 4.46.

Con el corazón a punto de estallar, corrió al cuarto de baño, llenó de agua fría el lavabo y metió la cabeza hasta el cuello. Contó hasta veinte.

Tantos días conteniéndose, tantas semanas y años reprimiendo la persistente tentación del deseo y ahora ocurría *esto*, esta trampa del destino que yacía rígida y blanca sobre la cama. Precisamente lo que había estado esperando todos esos años, lo único que no había podido obtener de las jóvenes por mucho que les pagara.

Se incorporó y dio una boqueada chorreando agua. Su rostro le miraba desde el espejo. Bajo la luz indirecta, demacrado, de pronto fue consciente de sus treinta y siete años; como si le hubieran absorbido desde dentro y la tensión le hubiera dejado seco. Se pellizcó las mejillas con fuerza, esperando que el dolor le aportara claridad. Pero lo único que consiguió fue reavivar el conocido golpe sordo en el estómago.

–Ayudadme, por favor, ayudadme.

Su voz era tenue, apenas un susurro. Nadie iba a ayudarle. Eso lo sabía. Se secó la cara y regresó al dormitorio.

La luz previa al amanecer llenaba la habitación de manchas color púrpura. La joven yacía con la mirada fija en el techo, la boca abierta y las sábanas recogidas con recato hasta los hombros como si hubiera querido morir con pudor. Hartevelt cruzó la habitación tembloroso y abrió la ventana. El aire de la noche era dulce y frío, impregnado de nieve. El cedro del Líbano destacaba contra un cielo salpicado de estrellas.

Si tú quisieras, si de verdad quisieras..., ella no podría impedírtelo. Nadie se enteraría. Nadie tiene por qué saberlo...

Tembloroso, se acercó a la cama y descubrió el cuerpo lentamente, retiró la sábana del torso y la recogió a los pies. Tenía los brazos abiertos. Hartevelt se los extendió a lo largo del cuerpo, pegados a las caderas, con las palmas de las manos, aún rosáceas, hacia dentro. El rastro mucoso de la barbilla centelleó bajo la débil luz. Edema. De los pulmones. Trajo una toalla húmeda del cuarto de baño y retiró esa asquerosidad. Después la limpió entre las piernas, donde el vientre se había exonerado, y cambió las sábanas sucias. El rígor mortis no había empezado y, bajo la luz azul verdosa, era fácil mover aquella apacible masa de curvas blancas y flexibles, pechos redondos, barriga

abultada, rodillas gruesas y fofas, y muslos largos y ovalados: todas las líneas se deslizaban con suavidad hasta converger en la mancha oscura del pubis.

En el interior del brazo derecho se veían señales de costras. Pensó que probablemente se había inyectado un poco de la magnífica heroína que proporcionaba a sus invitados. Debía de estar acostumbrada al caballo que se vendía en las calles de Gorbals y su cuerpo no había podido soportar la pureza de la mercancía que él ofrecía. Aniquilada por la pureza. Hartevelt alcanzó a captar la ironía.

Se sentó en cuclillas, a la altura de los pequeños pies blancos. La piel, plegada sobre los tendones del empeine, parecía la de un pez de agua salada. Los ojos sin vida brillaban bajo la luz púrpura. Le acarició los tobillos con cuidado, sintiendo los leves pinchazos del vello rasurado en la punta de los dedos, y la frialdad de su piel aceleró los latidos de su corazón. Era suave. Suave y fría. E *inmóvil*.

La casa estaba a oscuras y en silencio cuando él aflojó la tensión de sus puños y se metió en la cama.

Más tarde sintió tanta repugnancia por su persona que se bebió una botella de *pastis* de un solo trago. Por la mañana vomitó la mayor parte y sintió rabia al descubrir que aún seguía vivo junto a aquel cadáver gris y utilizado.

Cerró con llave la gran puerta de roble al fondo de las escaleras y regresó a la cama. Allí permaneció todo el día, tumbado a su lado con las manos pegadas al cuerpo, mirando por la ventana la aguja de la iglesia cercana mientras esta absorbía la luz de la atmósfera invernal: pasó del frío gris hueso al cálido coral, a través del azul y el blanco, hasta tornar de nuevo al gris. La asistente llegó y llamó a la puerta. Al no obtener respuesta se marchó, y al cabo de poco tiempo los sonidos cotidianos se reanudaron: la aspiradora arriba y abajo en el pasillo, el goteo del hielo en el cedro y el tintineo de los vasos al ser colocados en su lugar habitual.

Hartevelt siguió contemplando la iglesia.

Estaba extrañamente tranquilo. Había cruzado el puente, había accionado una palanca que nunca volvería a su posición. Sabía que su mundo se replegaba sobre sí mismo.

Se dio la vuelta y acarició con suavidad los pezones rígidos.

Cuando la asistente regresó unos días después, la recibió en la puerta de la calle con un sobre de papel vitela blanco en cuyo interior había doscientas cincuenta libras y una nota de despido. Estaba resignado y sabía con exactitud qué iba a ocurrir en las semanas siguientes. No podía permitirse testigos.

El mecanismo de la muerte era simple para alguien con su preparación. Se deslizó fácilmente hacia el asesinato. A lo largo de los seis meses posteriores vinieron otros. Uno cada cinco semanas, más o menos. Hartevelt creyó que se moría, que algo le consumía por dentro. Solo lograba olvidarse de ello durante las horas que pasaba con las mujeres.

A finales de mayo había cinco cuerpos, todos eran obra suya.

Peace Nbidi Jackson tenía veinte años y era la encantadora segunda hija de Clover

Jackson. Había aparecido en la casa el jueves por la noche, justo en el momento en que el superintendente jefe estaba emitiendo en Eltham un comunicado para la prensa. Cuando sonó el timbre, Hartevelt aún no sabía nada del hallazgo de la policía, de esos cinco cuerpos cubiertos de gusanos encontrados en un descampado al este de Greenwich.

Dejó su vaso en la repisa de la chimenea, rozó ligeramente el rostro barnizado de Lucilla y se dirigió a la puerta.

—Has venido. ¡Qué bien!

Estaba en el umbral, con sus bruñidos brazos desnudos bajo la media luz. Hartevelt se quedó mirando a la joven durante largo rato, consciente de ser la última persona en verla con vida.

—¿Puedo entrar o qué?

—Sí, sí, claro. Perdona —dijo retrocediendo para dejarla pasar. Sus ojos se abrieron de par en par al ver los amplios espacios de la casa. Si había notado el olor que a él tanto le preocupaba, pareció no molestarle.

—Pasa, pasa, te pondré una copa.

La guio hasta la sala de estar, encendió las luces y abrió el mueble bar.

—¿Te apetece algo de esto o prefieres vino?

Peace se sentó muy erguida y refinada junto a los cojines de seda Braquenié del sofá.

—¿Tienes Baileys?

—Desde luego —respondió Hartevelt rebuscando al fondo del mueble.

Debería haberlo imaginado. Las chicas siempre querían algo dulce. Sirvió el Baileys en un grueso vaso de cristal.

—Supongo que tienes un nombre, ¿verdad? —dijo levantando el vaso a la luz con sus dedos alargados.

—Peace.

—Es bonito —dijo sin sonreír.

Peace le miró de reojo.

—¿Por qué no debo comentar esto con nadie?

Hartevelt dejó el vaso de Baileys en la mesa y volvió al mueble bar para servirse un poco de *pastis*.

—Peace, mi posición es lo bastante afortunada para que me preocupe menos el dinero que la discreción. Toma.

Abrió su cartera de piel y sacó diez billetes de veinte libras, que dobló y plegó con destreza con un rápido movimiento afeminado de los dedos antes de entregárselos.

—Yo cumpliré mi parte del acuerdo. Y créeme, si tú no cumples la tuya, me enteraré.

Peace miró a su alrededor, al piano de cola, al retrato de Lucilla y Henrick sobre la chimenea, a las licoreras de cristal, y pareció satisfecha. Cogió el vaso de Baileys y se acomodó sobre un cojín.

—No se lo contaré a nadie.

—Bien. Veamos. —dijo sentándose en el brazo del sofá—. Si te fijas en aquella mesa del fondo verás una cajita de marfil. ¿La ves?

Sobre la mesa de laca china había una caja de madera de olmo y marfil de un gusto exquisito. Peace se acercó y la examinó.

—Sí.

—Ábrela.

La joven levantó la tapa y vio una cucharilla de plata sobre un lecho de polvo blanco.

—Es la mejor. La más pura. A no ser que... —dijo dando un trago a su bebida— prefieras un poco de heroína.

—¿Heroína?

—Sí —dijo alzando la vista y esbozando una amplia sonrisa.

—Si es buena, claro que la prefiero.

—La mejor, es la mejor.

Harteveld se puso en pie y el brillo de su camisa de rayón se reflejó en el cristal oscuro de la ventana.

—Ven conmigo. Vamos a buscarla —dijo ofreciéndole la mano.

Peace quiso saber qué había detrás de la puerta de roble.

—Aquí huele mal —comentó—. ¿Es que no limpias nunca?

—No te preocupes ahora de eso —dijo Harteveld apartándola de la puerta y guiándola por el corredor principal.

—Pero ¿qué hay ahí dentro? ¿El resto de la casa?

—Después te lo enseñaré —prometió cogiéndola por el hombro—. Ahora no te preocupes por nada.

En la cocina calentó rápidamente un poco de heroína en un recipiente del tamaño de una huevera. Peace sonrió al ver las burbujas brotar mientras los laterales del cacharro permanecían limpios como la plata.

—Buen material —dijo.

—Puro. Te la inyectaré. No te causaré ningún dolor.

—¿Seguro?

—He sido médico.

—Pero no en el brazo, ¿vale? Mi madre me mira los brazos.

—De acuerdo.

Se sentó en un taburete y le ató un paño de cocina por debajo de la pantorrilla. Cuando la vena se puso azul, atrapada entre la suave piel color café y el hueso del tobillo, Harteveld la atravesó con la aguja y vació el contenido de la jeringuilla.

—¡Ay! —se quejó débilmente, con una sonrisa burlona, agarrándose el tobillo con las manos—. ¡Ay! *Menudo carnicero* —dijo mientras el subidón se apoderaba de ella y se dejaba caer en el asiento corrido de cuero rojo—. Tú no eres médico; tú lo que eres es un carnicero —susurró esbozando una sonrisa distante. Se le caía la cabeza y en la ventana se reflejaban sus grandes ojos—. Oh, Dios, es genial, ge... nial.

Harteveld cogió su vaso de *pastis* y se quedó junto al frigorífico, observándola. Pensó en lo que podía hacer con ella esa noche, en lo que *ella* podía hacer por él, y notó una sensación fuerte y profunda en el abdomen. Podía ayudarle a olvidar de un modo que ni

la heroína igualaba. Era una joven amnésica, preciosa y dulce.

–Si quieres un chute aún mejor, puedo hacerlo de otro modo –dijo dando un sorbo a su bebida–. ¿Quieres?

–Sí, sí quiero –dijo con una risa perezosa. Se levantó del asiento, tambaleándose y con la cabeza caída–. Pero antes voy a vomitar, si no te parece mal.

–Ahí tienes el fregadero.

–Vale.

Esbozó una sonrisa mientras se apartaba el pelo de los ojos y vomitó sobre la pila de platos y vasos.

–¡Qué asco!

Le sonrió y se secó la nariz húmeda.

–Esto lo odio. ¿Tú no?

–¿Quieres el chute rápido?

–Sí, sí, sí –dijo cerrando el grifo.

Su cabeza se bamboleaba.

–Lo quiero, lo quiero, lo *quiero* –repitió riéndose al oír su voz cantarina–. Peace lo quiere, dáselo a Peace.

Mientras Harteveld llenaba una segunda jeringuilla, la joven volvió a desplomarse en el asiento y echó la cabeza hacia atrás, mirando al techo y balanceando un pie.

–Dáselo a Peace.

Subía y bajaba los hombros, abría la boca, daba sacudidas, bailaba sentada al son de una melodía interior, dejando caer las manos con fuerza sobre el asiento y riéndose de modo descontrolado como si nunca hubiera habido nada en el mundo tan divertido.

Harteveld la observaba mientras trabajaba. Pese a la excitación nerviosa, tenía la suficiente sangre fría para contemplar ese momento tal como era: sus últimos minutos de vida. Un aliento de vida perfeccionado por la muerte. Su aspecto –derrumbada en la cocina, arrullándose a sí misma– solo había sido tan hermoso una vez antes: cuando nació. Iluminado por la débil luz de la cocina, aquel instante era su esencia atrapada en ámbar.

–Levántate el pelo, Peace.

Tenía que pronunciar las palabras con decisión para evitar que la voz le temblara.

–Levántatelo y déjame que me ponga detrás de ti. No sentirás nada.

Ella obedeció, girando sus ojos vidriosos hasta ver su reflejo en la ventana.

–¿Qué es eso?

–Heroína. Solo un poco. Pero si te la inyecto así el chute es mucho mejor de lo que jamás hayas sentido.

–Bieeeeeen –ronroneó doblando el cuello hacia abajo.

Una gota de sudor rodó por el rostro frío de Harteveld hasta el asiento de cuero, pero él no se inmutó. Solo una vez, solo una, había salido mal. La joven se había negado y había tenido que sujetarla, amordazarla con una toalla y atarle los pies y las manos con dos de sus camisas. Había luchado como un animal, pero era muy pequeña y Harteveld había conseguido tumbarla en el suelo –ignorando la orina caliente que ella expulsaba y le

mojaba las pantorrillas– e introducir la aguja entre las vértebras cervicales.

Los intestinos de Peace se relajaron sobre el asiento y su cabeza dio una sacudida. Fue el único movimiento.

Harteveld se echó contra la pared y comenzó a temblar.

Eso había ocurrido hacía dos noches. Ahora estaba sentado en la oscuridad, con Peace en el suelo, envuelta en film transparente. Había estado con él bastante tiempo. Era hora de hacer lo que debía; despedirse de ella y proceder como era necesario.

Cogió las llaves del Cobra y abrió el invernadero.

Soñaba con Rebecca, de pie en la calle, con la lluvia que goteaba del lilo mojándole el pelo, y se despertó sobresaltado. Eran las 6.15 de la mañana. Veronica ya estaba en la cocina, cortando pan y abriendo las persianas para que entrara el sol. Llevaba un traje de seda tailandés, sin mangas, de color aguamarina. Dos medias lunas oscuras asomaban en la tela bajo sus axilas mientras apartaba la sartén del fuego y untaba un rizo de mantequilla de Normandía en los arenques ahumados color azafrán. Cogió un ramillete de perejil de la maceta de terracota que había en la ventana y Jack, medio adormilado junto a la puerta, se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuándo había llegado la maceta ni cómo había acabado allí.

–Buenos días.

Veronica ladeó la cabeza y le miró con atención, fijándose en el pelo revuelto, la camiseta y los calzoncillos tipo bóxer que acostumbraba a ponerse para dormir. No había hecho ningún comentario sobre ellos antes y era evidente que no iba a hacerlo ahora. En vez de eso, cogió una cucharilla para retirar una rama de vainilla de la cafetera, sirvió un tazón y se lo pasó.

–Buenos días.

–¿Cómo te encuentras?

–Digamos que no estoy para ir a la oficina –dijo moviendo la sartén y echando un puñado de hierbas cortadas–. Esto no es para mí. No podría comer nada.

–¿Has pasado mala noche?

–Fatal. Esta mañana oriné rojo y esos arenques me huelen a petróleo.

–No quise despertarte –dijo poniéndole una mano en el hombro. Una mano plana, neutra–. ¿Cómo te fue?

–Como era de esperar, supongo –contestó apartándose el pelo de los ojos–. ¿Qué es eso?

–¿Qué?

–Esa *cosa* que hay en la entrada.

–Ah...

La muñeca Barbie de Penderecki, todavía envuelta con film transparente, yacía encima de su Samsonite junto a la puerta. Su imagen le había perseguido toda la noche. A las dos de la madrugada se había despertado, había salido de la cama, convencido de que guardaba alguna relación con Birdman, y había cogido la muñeca del dormitorio de Ewan y la había dejado en la entrada para acordarse.

–Nada –susurró–. Solo una idea.

Sin darse cuenta, cogió un trozo de vegetal retorcido de la tabla de cortar.

–¿Qué es esto? ¿Ginseng?

–Jengibre, tonto. Voy a hacer mi dal kofta para la fiesta.

–¿Estás segura de que quieres dar la fiesta?

–Pues claro que estoy segura. Quiero saber si tus compañeros se parecen a David Caruso.

–No te hagas ilusiones –dijo Caffery asomando la cabeza por la ventana para vigilar el jardín trasero de Penderecki–. Desde el asunto de la muñeca ha estado muy tranquilo.

–Venga, no seas tan cotilla –dijo exprimiendo un limón sobre los arenques y poniéndolos en un plato–. Anda, siéntate y come.

A las siete ya había desayunado, se había afeitado y vestido –*Veronica, puedo plancharme mi propia ropa. A decir verdad, preferiría plancharme mi propia ropa*– y estaba en la oficina. Essex tenía noticias.

Había localizado a la familia de Petra Spacek, y Rebecca tenía razón: Petra era alérgica al maquillaje, nunca llevaba. La inexistencia de signos de una reacción alérgica significaba que el maquillaje había sido aplicado o mucho antes del asesinato o post mórtem.

Por lo que Caffery sabía de Birdman, dudaba de que hubiera sido ante mórtem.

Se retiró al despacho para echar un cigarrillo sin que le vieran, antes de marcharse con Essex a St. Dunstan. La muñeca, momificada en su mortaja de plástico, yacía sobre el escritorio como una crisálida plateada. A su lado había una carpeta azul con hojas sueltas sobre la que un oficial de pruebas anónimo había sujetado con cinta adhesiva, a modo de comentario, una copia en papel carbón de una carta enviada al *Commissioner*, máximo responsable de la Policía Metropolitana, por el grupo de derechos sadomasoquistas Spanner. En el interior de la carpeta, ordenadas y plastificadas, había numerosas fotografías con ejemplos de la parafernalia sadomasoquista acumulada por la Brigada contra el Vicio durante los últimos diez años. Caffery aprendió más de lo que hubiera deseado sobre barras separadoras y arneses de suspensión, máscaras con mordazas y penes, almohadillas con anclajes, anillos en forma de D y en forma de O, sábanas de servidumbre, tijeras de cirujano de punta curva y máscaras con mordaza de goma con dos tubos nasales para dejar respirar al «sodomizado».

Todavía pensaba en las marcas sobre la frente de las víctimas. Había rebuscado en la carpeta para ver si encontraba algo utilizado para perforar la piel, pero había sido en vano. Los cortes de las víctimas eran demasiado pequeños, demasiado limpios para haber sido producidos por cualquiera de los objetos que aparecían en las fotos. Si Birdman hubiera colocado una máscara con clavos o con púas sobre las víctimas, la carne habría sido desgarrada, arrancada, y los círculos serían irregulares. Pero las heridas eran tan precisas y uniformes como los agujeros hechos con punzón en la cabeza de una muñeca.

Una muñeca.

Quitó la envoltura a la Barbie y sujetó la cabeza entre sus dos dedos pulgares, el de la uña blanca y el de la uña negra.

«Como los terrier escoceses de las botellas de whisky Black and White», solía decir su madre.

Se acordó de Rebecca, apoyada en el sillín de la bici, con los ojos oscuros entornados por el sol, toqueteando con los dedos bronceados las puntadas de las tiras de lona mientras le hablaba de Petra.

«Era como una muñeca, con todo ese maquillaje.»

¡Eso es!

Sintió un hormigueo en las manos. *Aquí estaba el vínculo. Maquillaje. Perforaciones. Maquillaje. Agujeros hechos con punzón. Síguelo. Venga, Jack, ¡piensa!*

¿Por qué no se lo hizo a Kayleigh? ¿Por qué era ella diferente?

Era la única que no tenía marcas. Alguien, cuando ya estaba cerca el momento de su muerte, le había cortado su larga melena y se la había dejado a la altura de los hombros. Era rubia, del mismo rubio blanquecino que las muestras de pelo de peluca encontradas. Peluca. Maquillaje. Perforaciones. *Los dedos bronceados de Rebecca. Las uñas blancas jugando con las puntadas.* «Como una muñeca con todo ese maquillaje.» El corte había dejado el cabello de Kayleigh casi a la misma altura de una peluca.

Giró la muñeca sobre su eje y recorrió con las uñas las filas de perforaciones en el cuero cabelludo —en cada una de las cuales asomaba una brizna de pelo sintético—, hasta que de repente surgió la respuesta, que vio clara.

Las puntadas.

—Marilyn —dijo abriendo de golpe la puerta del centro de coordinación—. Marilyn.

Marilyn levantó la vista, sorprendida.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está Essex?

—En el almacén de pruebas.

—Bien.

Caffery sintió que los tendones de las manos se le contraían.

—Necesito echar un vistazo a las fotos post mórtem. Creo que ya sé qué son esas marcas.

En el diminuto almacén solo había espacio para una estantería modular Flex-Stax, que contenía pruebas relacionadas con la operación en curso. Las pruebas de los casos anteriores eran muy abundantes y se guardaban en unos armarios en el cuarto donde preparaban el té.

—Essex. Necesito, —comenzó a decir, pero se dio cuenta de que interrumpía una conversación.

Essex estaba sentado ante un diminuto escritorio, con aspecto cansado y sin moverse. Detrás de él, Diamond se apoyaba sobre uno de los estantes con aire despreocupado, las mangas de la camisa subidas y una leve sonrisa en el rostro. Logan, el oficial de pruebas, estaba sentado con la caja de herramientas amarilla a los pies, una hoja de papel impresa en una mano y el libro de registro color marrón en la otra. Cuando vio a Caffery, se levantó con rapidez y las bolsas de papel transpirable para pruebas que tenía sobre los

muslos se escurrieron.

–¡Ah! –exclamó agarrando las bolsas con torpeza–. Buenos días, jefe.

–Logan, quiero las fotos post mórtem.

–Ahora mismo, señor. No hay problema.

Con un ágil movimiento apiló las bolsas sobre el escritorio y se puso a rebuscar en una caja azul que había en un rincón. Essex intercambió una mirada con Caffery por un instante y después apartó la vista. Fue suficiente. Caffery cerró la puerta y se apoyó contra ella con los brazos cruzados.

–¿Y bien? –dijo–. ¿Qué hay de nuevo?

–Nuestra especialista en Lambeth ha estado examinando el coche de Géminis –respondió con calma el inspector Diamond.

–Ya. ¿Y qué ha descubierto?

–Ha encontrado cuatro pelos.

Las pupilas de sus ojos azul pálido eran de un intenso color añil.

–No correspondían a ninguna de las víctimas –añadió.

–¿No?

–Pero eso no importa.

Logan soltó una tosecilla de desconcierto desde el rincón y Essex se miró las manos. Diamond se tomó su tiempo y se pasó la mano por el duro casquete gelatinoso que tenía por cabello. Aspiró hondo, se enderezó y cogió el informe del escritorio con un pomposo movimiento de muñeca.

–Hay numerosas manchas de huellas parciales y alguien había utilizado Kodian–C en el interior.

–Un líquido para la limpieza industrial –explicó Logan.

–Lo que me parece bastante sospechoso –añadió Diamond con un lento parpadeo, como un lagarto tumbado al sol–. Además, los chicos de Lambeth encontraron tres huellas con suficientes puntos característicos que pueden encajar.

–Ya veo.

–Una con Craw y otra con Wilcox.

–Hacía de taxista para ellas –apuntó Caffery.

–Sí, pero él dice que ni siquiera las *conoce*.

–Bien –concedió Caffery apartándose de la puerta–. ¿Lo sabe el «Súper»?

–¡Oh, sí! Se lo dijimos cuando iba a hablar con el Jefe.

Diamond sonrió, se bajó las mangas de la camisa y abotonó los puños con cuidado.

–Solo falta que Greenwich lo autorice. Vamos a darle a ese ratero de mierda la oportunidad de que se pase por aquí y conteste algunas preguntas de forma voluntaria. Y si no lo hace, lo detendremos. No queremos que vuelva a casa y luego desaparezca en las Blue Mountains jamaicanas.

–Se podría entender –dijo Essex, y Caffery sintió su empatía. –Supongo –replicó con frialdad. Se dio la vuelta para marcharse y se detuvo un instante con la mano en la puerta–. ¿Essex? –¿Señor?

–Sigo queriendo esas fotos post mórtem en mi escritorio.

La señora Frobisher se quitó el abrigo y lo colgó con cuidado en el perchero del despacho del inspector Basset en Greenwich. Se dejó el sombrero y los guantes puestos.

—¿Una taza de té, señora Frobisher?

—Me encantaría —dijo esbozando una sonrisa.

Basset la miró con discreción mientras abría las persianas y pulsaba el interruptor del hervidor de agua. Una sensación de desasosiego le escarbaba en el estómago. La señora Frobisher era muy conocida por el personal de la comisaría de Greenwich. Durante los seis últimos meses había sido una visitante asidua, siempre quejándose de cualquier cosa: de las peleas que se producían en el bloque de pisos de protección oficial frente a su casa, de la suciedad y el ruido causados por las obras de construcción, y del comportamiento antisocial del inquilino del piso de abajo. Se había negado a que la remitieran al departamento de salud ambiental, y el personal de servicio la consideraba parte de la monótona y fatigosa tarea matutina de los lunes.

Hasta ese lunes en que, a las 10 de la mañana, había entrado con su paso lento, como de costumbre, con su mejor sombrero y su mejor abrigo en un caluroso día de verano, y había expuesto ante el sargento del mostrador de recepción unos hechos que hicieron que este agarrara el teléfono. El inspector Basset, que había sido uno de los primeros oficiales del CID en llegar al depósito de áridos el fin de semana anterior, canceló su reunión matutina con el oficial de enlace con la comunidad e invitó a la señora Frobisher a pasar a su despacho.

Se sentó en el borde de la silla, como un gorrión, y se quedó mirando por la ventana mientras el sol caía sobre el toldo de la lechería Mullins en Royal Hill.

—Qué agradable es esto, ¿verdad? —dijo con un suspiro—. Muy agradable.

—Muchas gracias —contestó Basset—. A mí también me lo parece.

Cogió las bolsas de té con una cuchara y las dejó caer en la papelería.

—Veamos, señora Frobisher, nuestro sargento de recepción me ha dicho que ha sufrido algunas molestias. ¿Qué le parece si hablamos de ello?

—Vaya, por fin. Hace meses que ocurre y nadie parece haberle prestado la menor atención.

Se quitó los guantes, los guardó en una bolsa de la compra marrón, imitación de cuero, y cerró la cremallera. No se quitó el sombrero.

—He venido aquí como un reloj todas las semanas y hasta hoy nadie me ha hecho caso. No han querido oírme. Puede que sea mayor, pero no soy estúpida. Sé que dicen que soy una vieja bruja loca, les he oído.

—Sí, sí —dijo Basset tendiéndole una taza—. Lo siento mucho, señora Frobisher. Lo

siento de veras. Ya le mandamos a un par de nuestros muchachos y resultó que...

—¡Esa vez fueron los zorros! En esta época del año insisten en tener sus aventuras amorosas o lo que quiera que sea. ¡Y no vea el ruido que arman! Parece como si gritara una mujer. Nunca se puede fiar uno de nadie, y menos en estos días.

Agarró la taza de té y la apoyó sobre su rodilla.

—Cuando vivía mi George les tiraba ladrillos. Él sabía muy bien la diferencia entre el chillido de un zorro y el grito de una mujer —dijo inclinándose hacia delante, complacida con la audiencia.

»Nací en Lewisham, oficial, y llevo viviendo en Brazil Street cincuenta años. Siento un cariño especial por este lugar, a pesar de todo. He visto a los alemanes bombardearlo, al ayuntamiento meter mano en el barrio, luego a los extranjeros y ahora a los promotores. Han derribado todo lo que me importaba y ahora están levantando nuevos edificios. Híper por aquí, híper por allá, antiguas industrias convertidas en apartamentos y no sé cuántas cosas más.

—Señora Frobisher —interrumpió Basset, dejando su taza de té junto a su bloc de notas y sentándose frente a ella—. En su declaración al sargento habla usted de uno de sus vecinos, ¿no es así?

—¡Él! —exclamó, echando la cabeza hacia atrás y frunciendo los labios—. Sí, y además eso. Como si no tuviera una bastantes preocupaciones.

—Hábleme de él. Es el dueño del piso de abajo, ¿no?

—Sí, es el dueño. Lo que no quiere decir que lo cuide. Nunca está en casa.

—Y lleva mucho tiempo allí, ¿no?

—Años. Desde que murió George. Acababa de enterrarlo y mi hijo decidió que nuestra antigua casa era demasiado grande para mí. Llamó al ayuntamiento, a los constructores, a la compañía de gas y no sé a quién más. Y de nuevo más polvo, ¡a quién se le ocurre! Tapiaron la escalera, pusieron una puerta a un lado y construyeron uno de esos horribles cobertizos para coches a la americana. No los soporto. Luego sé que vendieron el piso a ese hombre y yo y el gato tuvimos que instalarnos en el piso de arriba como un par de leprosos en nuestra propia casa.

—¿La entrada a su casa es por un lateral?

—Por atrás, a través del cobertizo. Así que se ha quedado con el jardín, ya ve. Pero no lo cuida, ¡qué va!

Tomó aliento y sacudió la cabeza.

—Cómo lo va a cuidar si nunca está allí. A este paso, en julio estará lleno de enredaderas. Pero aunque lo cuidara, ¿quién querría sentarse ahí fuera con el ruido, el polvo y todo ese martilleo a todas horas? Y cuando no es eso, es todo ese griterío y alboroto en la calle. No tiene solución, oficial, ninguna solución.

—Desde luego —asintió Basset—. Parece que no. Concentrémonos ahora en lo que usted contó al sargento sobre ese hombre.

—Le he dicho al sargento que creo que se ha dejado el frigorífico desenchufado otra vez. ¡Qué olor! No se puede usted imaginar, oficial. Sea lo que sea no es nada bueno. Al principio, cuando se mudó, todo iba bien. Podría decirse que se ocupaba de la casa de

una manera aceptable. Pero ahora, ahora ha llegado al punto de irse y no volver durante un montón de días, ni siquiera para ver cómo está. Y esta. –dijo dando golpecitos con un dedo artrítico sobre el escritorio para resaltar cada palabra– *esta* es la *clase* de *cosas* que *acaban* sucediendo. Cualquiera creería que al ser un profesional mostraría un poco de respeto –añadió dejando la taza en el escritorio de Basset y empezando a quitarse los alfileres del sombrero como si por fin se sintiera cómoda–. Lo siento por sus pacientes.

–¿Es que es médico?

–Quizás no sea exactamente médico, pero tiene algo que ver con la profesión médica; eso es lo que dice mi hijo. Debe de ser alguien importante, con su bonito coche y sus dos propiedades. Pero eso no quita para que sea bastante raro. Por lo poco que cuida el piso...

–Pero hay algo que a usted le molesta en particular –prosiguió Basset–, ¿no es así? Usted le dijo al sargento algo sobre..., sobre unos *animales*, ¿no?

Basset hizo una pausa mientras la señora Frobisher parpadeaba. Durante un instante pensó que tal vez el sargento no había oído bien. Que todo era un error.

–¿No le dijo usted que había unos animales por ahí en medio? ¿Unos animales a los que maltrataba?

–¡Ah, eso! –exclamó mientras la luz descendía–. Sí. Encima eso. No los cuida. Encontré dos de ellos en el cubo de la basura. Parece que los dejó morir de hambre.

Dio un sorbo al té y suspiró.

–El té está muy bueno. Dicen que no es posible conseguir un buen té de bolsa, pero en este caso no puedo estar de acuerdo.

–Señora Frobisher –insistió Basset cogiendo aire–. Señora Fro–bisher, ¿estamos hablando de *pájaros*? ¿Eran *pájaros* los animales que usted vio en el cubo de la basura?

–Eso es lo que dije –contestó mirándolo como si le pareciera algo torpe–. Eso dije. Pájaros.

–¿Y qué clase de pájaros? ¿Grandes? ¿Palomos? ¿Cuervos?

–Oh, no. No, no. Pequeños –explicó abriendo un hueco de unos cinco centímetros entre sus dedos artríticos–. Pequeñitos, como los que uno tendría en una jaula si no tuviera gato. Con plumas rojas. Una especie de plumas rojizas.

–¿Podrían ser pinzones?

La señora Frobisher hizo una pausa, mientras unas cataratas blancas como clara de huevo se le paseaban por los ojos.

–Sí, eso es. Eso es. Pinzones. Apostaría a que eran pinzones.

–Bien –dijo Basset secándose la frente–. Bien –repitió inclinándose hacia delante y apoyando las manos en la mesa–. Veamos. Me pregunto si a usted le importaría contar esta historia a uno de mis colegas.

–¿Podrá él hacer algo?

–Seguro que le va a interesar mucho.

La señora Frobisher se echó hacia atrás, encantada de recibir atención.

–Me sentiría mucho mejor –dijo poniendo las manos en el regazo–. ¿Va a venir a hablar conmigo?

–Le llamaré ahora mismo.

Basset se sentó en el borde del escritorio y marcó el número de la centralita de Croydon para que le pusieran con Shrivemoor. Mientras la línea emitía chasquidos antes de establecer la conexión, observó cómo la señora Frosbisher daba unos sorbitos a su té. Se sentía ligeramente mareado.

Essex se estremeció al ver los ojos imperturbables de la muñeca, color azul nomeolvides, fijos en él.

–No cierre las ventanas o esa cosa cobrará vida. ¿No ha visto *Doctor Who*?

Caffery se agarró la cabeza con las manos. Sentía el cansancio en los músculos.

–Géminis mintió.

–Sí. Eso son malas noticias –dijo Essex echando un vistazo a su alrededor–. ¿Dónde le dejó las fotos?

–Podría haber dado la vuelta a todo el asunto con solo una palabra: *Sí*. Sí, conocía a Shellene. Sí, estuvo en mi coche. Sí, le proporcionaba droga, practicaba sexo con ella o cualquiera de las otras cosas que hiciera. Sabemos que hacía de taxista para ellas, así que debería haberlo dicho.

Caffery se arrellanó en la silla y abrió los brazos.

–Hasta el momento, todo lo que tenemos es el grupo sanguíneo de aquella muestra; conociendo nuestra suerte, coincidirá.

El teléfono de su escritorio empezó a sonar. Jack lo miró de modo inexpresivo.

–¿Tenemos la orden de registro para su apartamento?

–Diamond acaba de ir a recogerla. Después lo llevarán a comisaría para interrogarlo.

–¡Dios! –exclamó Caffery tamborileando en el escritorio con impaciencia–. Cada vez nos quedan menos opciones. Más vale que obtengamos algo de las entrevistas en St. Dunstan.

Iba a coger el teléfono, pero en ese instante dejó de sonar.

–¡Mierda! –dijo hundiéndose en la silla y frotándose la cara.

–¿Quiere las fotos o no?

Caffery asintió y estiró la mano.

–Creo que ya sé de qué son las heridas en la cabeza.

Sacó las fotos del sobre y las extendió sobre el escritorio.

–Aquí está. ¿Ves? Estos pequeños cortes, tan limpios. Krishnamurthi aún no está seguro del arma.

–¿Y usted sí?

–Sí.

–¿Y bien?

–Los agujeros son puntadas.

–¿Puntadas?

Essex cogió la fotografía de Shellene, la acercó a la ventana y entrecerró los ojos.

–De acuerdo. Coincido con usted. Pero ¿qué cose?

–¿Recuerdas lo que dijo la tía de Kayleigh?

—¿Qué?

—Dijo que Kayleigh había cambiado su corte de pelo.

—Sí.

—Kayleigh no tenía esas marcas de pinchazos. Su pelo era casi del mismo color que los de la peluca. El rubio de Shellene era más oscuro. Dorado, no ceniza.

—¿Y?

—No cosió nada a la cabeza de Kayleigh porque no lo necesitaba. Le cortó el pelo como a él le gustaba. ¿Recuerdas la peluca que creíamos que llevaba el agresor, tu peluca de *Vestida para matar*?

—Sí, me acuerdo.

—No era él quien la llevaba. Eran las chicas. Se la cosía para que no se les cayera mientras jugaba con los cuerpos. Cuando se la arrancaba, la piel entre las puntadas se abría, se desgarraba. Él intenta que todas las chicas se parezcan.

Caffery volvió a guardar las fotografías en el sobre.

—Y eso guarda relación con el maquillaje y la mutilación de los pechos. Crea clones. Probablemente las tiene en la cama durante días.

Se levantó y se puso la chaqueta.

—Si pudiéramos encontrar *a quien* quería que se parecieran las víctimas habríamos recorrido la mitad del camino hasta los tribunales de Old Bailey.

Sacó las llaves del coche y dijo:

—¿Nos vamos?

—Nos vamos, ¿adónde?

—Creo que a St. Dunstan.

El centro de coordinación estaba muy concurrido. Los oficiales, con camisas de manga corta debido a la llegada anticipada del verano, trasladaban expedientes de acá para allá. Las persianas estaban bajadas y las luces encendidas. Kryotos se había quitado los zapatos bajo la mesa y comía despacio un trozo de dulce de azúcar mientras cotejaba datos en HOLMES para las entrevistas de Jack en el hospital de St. Dunstan. Tendría que crear hasta ciento ochenta nombres más para cruzar todos los datos necesarios.

—Jack, Jack, Jack —murmuró—. ¿Qué tienes en la cabeza?

La impresión que Caffery causaba en las mujeres no pasaba desapercibida para la maternal Kryotos, una auténtica matrona de atenta mirada. Cuando él atravesaba la habitación, ella observaba a las chicas, sentadas frente a las pantallas de ordenador, y veía cómo se arreglaban el pelo, cruzaban y descruzaban las piernas, alargaban la mano distraídamente para rascarse la pantorrilla o colocarse la tira del zapato. Él se alejaba despacio, dejando un despreocupado aire de indiferencia a su paso, con el accidental corte en el rostro propio del afeitado. A Kryotos no le cabía ninguna duda de lo que a las chicas les gustaría hacer con esos cortes accidentales. Pero Caffery parecía *apartado* de todo eso en cierto modo, como si en su mundo hubiera preocupaciones más dignas de atención. Kryotos tenía curiosidad por conocer a Veronica, la conocida y esforzada Veronica, que daba una fiesta esa semana, a pesar de las sesiones de quimioterapia.

Cuando nadie contestó al teléfono en la oficina del superintendente jefe después de que sonara cinco veces, la llamada del inspector Basset fue transferida de modo automático al centro de coordinación, al aparato que había en el escritorio más cercano al de Kryotos. El inspector Diamond, que estaba poniéndose la chaqueta y se disponía a marcharse para recoger la orden de registro de Géminis, se detuvo y cogió el teléfono.

—Centro de coordinación, dígame.

Hizo una pausa y después dijo:

—El inspector Caffery no está aquí. ¿Quién le busca?

Kryotos alzó la vista y dijo, vocalizando despacio:

—Está en su despacho.

—Ahora mismo está ocupado. ¿Puedo ayudarle en algo?

Diamond prestó atención por un instante mientras rascaba una pegatina verde sobre el teléfono en la que ponía «MetCall», abreviatura de la unidad responsable de los sistemas de telefonía.

—Si tiene a alguien con una pista, tómeme declaración, mándenosla por el sistema de comunicaciones internas y si nos parece conveniente la tendremos en cuenta.

Hizo una pausa.

—De acuerdo, amigo, lo que usted diga —añadió, cogiendo un bolígrafo, quitándole la caperuza y disponiéndose a tomar nota—. ¿Qué es lo que tiene?

Apuntó unas cuantas notas, dirigió una mirada hambrienta al dulce de azúcar de Kryotos, escuchó, volvió a poner la caperuza al bolígrafo, con el teléfono sujeto con el mentón, miró al dulce otra vez y se rascó el tobillo distraídamente por encima del calcetín. «Más calcetines de fantasía», pensó Kryotos. Wallace y Gromit esta vez. Justo lo que era de esperar, caviló volviendo la vista a la pantalla.

—Escuche, Basset... ¡Basset! Si me deja un momento le diré algo... Gracias. Ahora, dígame. Estamos hablando de un hombre de raza blanca, ¿no es así? Bien. Y esa mujer... les visita con frecuencia, ¿no?

Escuchaba y sonreía.

—Entiendo. No, no, no. Todas las denuncias nos parecen serias. Gracias por la sugerencia. La pasaré a los miembros del grupo. ¿De acuerdo?

Colgó el auricular, arrancó la página de la libreta y se puso en pie, estirándose y rascándose el abdomen.

—¡Dios! —exclamó bostezando—. ¡Qué cantidad de mierda te echan encima en cuanto la gente se huele algo! —añadió humedeciéndose los labios—. ¿Dónde tienes el archivo número trece, muñeca?

Kryotos levantó la mirada.

—¿Perdón?

—¿Dónde está la papelera?

Con un golpe de su pie descalzo, Marilyn sacó la papelera, que llevaba rotulada la palabra «confidencial», de debajo del escritorio.

—La trituradora está averiada. Tendrá que conformarse con esto.

—Eres una buena chica, ¿sabes? —dijo estrujando la hoja de papel. Luego retrocedió

unos pasos y encestó la bola en la papelera—. ¡Jodidos listillos!

—¡Jodido Grupo F! —dijo Kryotos entre dientes. Después arrancó con cuidado un trocito de dulce de azúcar que tenía pegado en los dedos, se limpió las manos con un pañuelo de papel y volvió al trabajo.

Mientras Diamond, autoproclamado director de la misión para detener a Géminis, conducía victorioso en dirección a Deptford, la ruta de Caffery y Essex se desviaba hacia el hospital de St. Dunstan en Greenwich. Hacía un día luminoso y, por las calles donde las ramas de los castaños asomaban por encima de la tapia del parque, algunas mujeres con vestidos estampados de flores caminaban con sillitas de paseo, deteniéndose de vez en cuando para esperar pacientemente, con la mano extendida, a algún pequeño de piernas regordetas que intentaba alcanzarlas. Había muchos coches y tuvieron que recorrer casi un kilómetro hasta encontrar un hueco donde aparcar.

–Me pregunto qué estará haciendo un día como hoy –dijo Essex mirando al cielo–. Me refiero a Birdman. ¿Estará pensando en la próxima?

–Pensando en una mujer de pelo rubio.

–El clon. ¿Será alguien que conoce?

–O alguien que cree conocer.

Caffery subió la ventanilla, dejando una rendija abierta, cerró el coche y se puso la chaqueta.

–De modo que buscamos a alguien que conduce, tiene conocimientos de anatomía y le ponen las rubias de tetas pequeñas.

–Poético.

–Sí.

Se apartaron para dejar pasar a una joven que hacía *jogging* con una sudadera Nike blanca y negra. Essex se volvió para mirarla, fijándose en el vaivén de su coleta rubia al sol.

–Tal vez tenga ya a la siguiente –dijo mirando a Caffery–. Tal vez lo está haciendo ahora con ella.

Caffery se imaginó esa posibilidad mientras caminaban en silencio hacia el hospital. Durante un rato ninguno de los dos habló. Fue Essex quien rompió el silencio, se detuvo de repente y, girándose sobre los talones, soltó un largo silbido de asombro.

–¡Hala! ¡Mire eso!

Cerca de la entrada del hospital, en un aparcamiento para médicos residentes, había un Cobra deportivo verde centelleando bajo el sol, con ruedas de radios, tapicería color crema y volante de madera de nogal. Essex, fascinado, se acercó al coche con la misma expresión vidriosa en los ojos con la que había mirado a Joni y a Rebecca.

–*Mamma mia*, perdón si me corro de gusto.

Caffery dirigió la vista al cielo y lanzó un suspiro.

–Por el amor de Dios, sargento Essex, sea discreto. Y dese prisa. Esta hermosa ciudad

cuenta con usted.

Wendy, la bibliotecaria, con su atuendo acostumbrado, se sonrojó al ver a Caffery. Tenía la habitación preparada.

—Pero ha estado a punto de quedarse sin ella. Hoy se reúne una de las juntas y creía que iban a utilizarla. Supongo que le costaría aparcar, ¿verdad?

Las persianas estaban cerradas y, situado convenientemente en el escritorio, había un bloc que no tenía intención de usar y dos vasos de poliestireno con té caliente y leche evaporada. Essex se deshizo discretamente del té, vaciando el vaso en los urinarios, y compró café y unas barritas de chocolate Twix en la cantina. Luego salió con la lista para ir haciendo pasar a algunos de los seleccionados.

A las doce y media de la mañana, cuando Caffery ya había entrevistado a tres terapeutas ocupacionales y a un técnico del departamento de oftalmología, la puerta se abrió y entró Cook. Tenía el pelo cobrizo y greñudo recogido con una redecilla, y se había quitado el pijama sanitario para mostrar una camiseta de tirantes de nailon, a rayas arco iris, con un detalle de tela —una hoja de marihuana— en el pecho. Llevaba unas enormes gafas oscuras, que solo se quitó cuando la puerta estuvo cerrada. A Caffery le impresionaron una vez más sus ojos enrojecidos y húmedos.

—Creo que ya nos conocemos —dijo Caffery alargando la mano.

—Thomas Cook.

—Un nombre fácil de recordar.

—Esto es por lo de esas chicas, ¿verdad? —dijo ignorando la mano de Caffery y cogiendo una silla sin esperar a que le invitara a sentarse—. Desde que le vi la última vez he estado esperando su visita.

Caffery juntó las manos y unió las puntas de los dedos.

—¿Ya se ha enterado?

—Está en todos los periódicos y aquí todo el mundo habla de Krishnamurthi. Dicen que fue un imitador de Jack el Destripador.

Tenía una voz suave, nasal, algo femenina.

—De todo ello deduzco que ese tipo las rajaba. ¿Es así?

—¿Conoce a Krishnamurthi?

—Soy un técnico. Le ayudé en unas cuantas autopsias antes de que se fuera con los gerifaltes del Home Office.

—¿Es usted ayudante forense?

—Quería ser médico —dijo con rostro inexpresivo—. Este trabajo era la categoría más baja, pero sirve para pagar las facturas.

—Señor Cook. Estoy haciendo unas preguntas rutinarias. Como creo que le ha explicado el sargento, no tiene ninguna obligación de contestar. Entiendo que está usted hablando conmigo por voluntad propia.

—Por eso he venido.

—Vive usted —comenzó Caffery poniéndose las gafas y comprobando la dirección en la lista—... en Lewisham, ¿no?

–En la parte que pertenece a Greenwich. Cerca del río Ravensbourne.
–¿Conoce un pub en Trafalgar Road llamado The Dog and Bell?
–No bebo.
–¿Y no lo conoce?
Cruzó sus manos pálidas, sin vello, delante de él sobre la mesa.
–No bebo –repitió.
Caffery se quitó las gafas y volvió a preguntar:
–¿Lo conoce?
–Sí, lo conozco. Pero nunca entro.
–Gracias –dijo poniéndose las gafas de nuevo–. ¿Ha visto usted alguna vez a esta mujer? –añadió dando un empujoncito a la fotografía de Shellene sobre la mesa.
–¿Es esta a la que le machacó la cara una excavadora?
–Sabe usted mucho.
–La gente habla –dijo ladeando la cabeza y examinando la foto–. No, no la reconozco.
Caffery deslizó las fotos de Petra, Kayleigh y Michelle ante él. Cook puso un dedo sobre la cara sonriente de Kayleigh y la acercó más.
–¿La conoce?
Empujó la fotografía hacia atrás y miró a Caffery con sus ojos incoloros y sanguinolentos.
–No. Me acordaría de ella.
–Si sirviera para nuestras investigaciones, ¿aceptaría usted someterse a un frotis bucal, una muestra de saliva, para los análisis de ADN?
–No hay problema.
Caffery le miró con atención y dijo:
–¿De verdad no tiene usted ninguna objeción?
–¿Lo dice porque parezco un hippy y vivo según la biblia de las libertades civiles? Bien, pues no, no tengo ninguna objeción: confío en la ciencia. Soy un científico. Aunque algo atípico.
–¿Podría decirme qué estaba haciendo la noche del día dieciséis de abril? ¿Y la del diecinueve de mayo, es decir, hace dos semanas?
–No tengo ni idea. Preguntaré cuando llegue a casa. Ella se acordará. Es mi norte, mi sur, mi este y mi oeste –dijo sin cambiar la expresión–. Mi secretaria para asuntos sociales, mi memoria.
Caffery sacó una tarjeta de su chaqueta.
–Cuando se acuerde, llámeme.
–¿Esto es todo?
–A no ser que tenga algo más que decirme.
–Parece que no tienen mucho para seguir adelante.
–Tenemos las pruebas de ADN.
–Sí, claro –añadió poniéndose en pie. No era alto. Tenía los brazos torneados y las manos grandes–. Estaré disponible –concluyó.
Sacó sus gafas de sol del bolsillo trasero de sus pantalones y, después de ponérselas,

salió a la luminosa biblioteca.

En la penumbra de la habitación Caffery olfateó el aire. Cook había dejado un ligero olor amargo. Como una mezcla de pachuli y leche rancia. Pensativo, dio varios golpecitos en la mesa con el bolígrafo.

Después de un rato escribió: *Cook: dice que está casado / vive con alguien. ¿¿¿Le crees???* Se quedó pensando un momento y luego garabateó debajo: *No*.

Para comer pidieron pasta *funghi* y cerveza Spitfire en el pub Ashburnham Arms. Al volver al hospital para la sesión de la tarde, la biblioteca estaba más tranquila. Essex salió a buscar al personal de radiología y Caffery se sentó cerca de la ventana para repasar las notas de la mañana. Al cabo de un rato se dio cuenta de la presencia de un individuo de pelo gris con una bata blanca, sentado en el extremo más alejado de la sección de publicaciones periódicas, con la cabeza inclinada entregado al estudio. Había algo familiar en él.

Caffery se acercó.

–Buenas tardes.

El hombre se quitó las gafas de montura metálica y alzó la vista con lentitud.

–Buenas tardes.

–Perdone la interrupción.

–No se preocupe. ¿Puedo ayudarle en algo?

–Sí –dijo Caffery sentándose a su lado y apoyando los codos en el pupitre–. Usted es el doctor Cavendish, ¿verdad?

–Así es.

–¿Le han trasladado desde el Guy's?

–No, no –dijo cerrando el libro y guardando las gafas en el bolsillo–. Estoy aquí por una colaboración clínica. Anemia falciforme. Tiene una incidencia excepcionalmente alta en el sudeste de Londres.

–¿Sabe? Nos hemos visto antes.

Cavendish parecía un poco incómodo.

–Discúlpeme, pero si hay alguna laguna en mi carácter es la capacidad de recordar las caras. No soy un tipo que se rija por estímulos visuales, una anomalía que para mi mujer ha sido muy beneficiosa a lo largo de los años.

Caffery sonrió.

–Nos conocimos hace cuatro meses. Usted hacía el seguimiento clínico a una amiga mía que padece Hodgkin. Le hizo una ecografía.

–Es muy posible, es muy posible. Para comprobar el estado del bazo.

–Le estamos muy agradecidos.

–Muchas gracias. ¿Qué tal sigue?

–No muy bien. Ha sufrido una recaída. Ayer por la tarde la trató usted en el Guy's.

Cavendish entornó los ojos.

–Ah, sí, ya sé. Creo que me confunde con el doctor Bostall.

–No, Veronica Marks. La vio usted ayer.

–Bueno, sí. Conozco su nombre, pero yo no...

De repente se interrumpió y cruzó y descruzó las piernas bajo el pupitre.

–Supongo que se dará cuenta de que el código ético de mi profesión me impone restricciones. Aun a riesgo de parecerle descortés, debo abstenerme de comentar casos individuales.

–Pero la vio usted ayer, ¿no?

–Hummm –musitó, abriendo el libro y poniéndose las gafas de nuevo–. Creo que deberíamos dar por zanjada esta conversación, señor...

–Caffery –respondió, sentado frente a él, mientras el corazón le latía con fuerza–. Doctor Cavendish, quisiera hacerle una pregunta.

–Mejor no. Me pone usted en un compromiso.

–No guarda relación con ningún caso en particular. Es solo que, estoy intrigado por algunas de las nuevas pruebas de diagnóstico para la enfermedad de Hodgkin.

Cavendish levantó la vista.

–La intriga es sana y deseable. En especial en los jóvenes.

–Es sobre la prueba de contraste.

–¿Me asegura que no está relacionada con ningún caso concreto? –Sí.

–¿Se refiere a un cintigrama con galio o a un linfangiograma?

–A la prueba en la que se inyecta una sustancia en los pies. La que deja rastros visibles.

–Un linfangiograma. Se hace para saber si el cáncer se ha extendido por la parte inferior del cuerpo. Mis pacientes dicen que es un procedimiento bastante molesto.

–¿Han cambiado ustedes las pruebas recientemente? Quiero decir..., ¿inyectan ustedes un contraste distinto, uno que desaparece más rápido?

–No, no. Seguimos utilizando aceite de linaza. Tarda varios días, a veces semanas, en abandonar el organismo –dijo pasándose un dedo por sus labios secos–. Señor Caffery, si de verdad tiene interés, me gustaría recomendarle un artículo sobre la vinblastina publicado en el *British Medical Journal* de este mes. Es muy interesante. Escrito por un colega, por cierto, pero se lo recomiendo con absoluta imparcialidad.

–Muchas gracias –dijo Caffery ofreciéndole la mano–. Creo que me ha dicho todo lo que quería saber.

Hacia las siete de la tarde se había levantado viento, la brisa arrastraba unas nubes marrones por el cielo y los conductores bajaban los parasoles de sus coches para protegerse de los destellos del último sol del día.

Caffery no quería ir a casa. Veronica estaría allí, con su palidez y su agotamiento fingidos, y tenía miedo de lo que podría ser capaz de decirle o hacerle. Tampoco deseaba ir a la oficina y ver cómo las conversaciones se apagaban a su alrededor, pues todo el mundo sabía que se obstinaba en apoyar a un perdedor, en defender a Géminis, que en ese momento iba camino de la comisaría de Greenwich. Lo que Caffery quería era ver a Rebecca. La excusa, cuando se le ocurrió, era totalmente legítima.

Dejó a Essex en la estación en medio de un chaparrón, dio la vuelta y volvió sobre sus pasos, a través del denso tráfico de Trafalgar Road en hora punta. Al llegar a Bugsby Way la lluvia cesó tan de repente como había empezado y el sol del atardecer hizo un último intento por secar el ambiente, reflejando su débil luz en un Támesis cargado de sedimentos y proyectando sobre la calle las largas sombras de las deslucidas vallas publicitarias. Lo único que se movía eran las bolsas de plástico que rodaban sin rumbo por las vías de servicio vacías. A Caffery le impresionó una vez más la extraña soledad apocalíptica de aquel paisaje.

El depósito de áridos había cambiado radicalmente. El acceso a la escena del crimen todavía era restringido, pero el equipo forense ya había completado su labor de búsqueda de huellas. El radar de penetración terrestre había sido desmontado, las cintas transportadoras y las cribas yacían abandonadas, y las barreras de seguridad metálicas, destinadas a mantener alejada a la prensa, resultaban superfluas: atada a una de ellas, un trozo de cinta policial ondeaba con desidia.

El detective Betts estaba sentado tranquilamente en el coche patrulla aparcado al final de la vía de servicio, calentándose el rostro al sol de la tarde. Caffery lo saludó y pasó por debajo de la cinta que rodeaba el recinto. Desde la última vez que había estado allí el terreno se había cubierto de una fina capa de vegetación estival, húmeda por la lluvia. Se dirigió hacia Bugsby Way, recorriendo el trayecto que había realizado con Fiona Quinn la primera noche. Era difícil avanzar, con todas aquellas hierbas altas, de color barro, pegadas a los tobillos. Cuando por fin llegó al extremo más alejado de la valla del recinto las sombras se habían alargado, tenía los calcetines empapados y tachonados de semillas de abrojo.

Se detuvo y levantó el rostro hacia el aire, con los ojos medio cerrados, oliendo el perfume amargo y desagradable de la amapola silvestre mezclado con los olores del río. La búsqueda había revelado un único boquete bastante grande a este lado de la valla.

Pero en la vía de servicio los huecos eran numerosos. La hipótesis aceptada era que Birdman había aparcado en la vía de servicio, había acarreado los cuerpos unos cuatrocientos metros por un terreno difícil y había regresado al coche para coger la pala de jardín con la que, pensaban, había cavado las tumbas. Caffery creía que Birdman había ido allí antes de los asesinatos o había pasado cerca cuando se dirigía a otro lugar. Para el personal de St. Dunstan esta zona era paso obligado en su desplazamiento cotidiano hacia varios destinos: Kent, Essex, e incluso algunas partes de Blackheath.

Un trozo de la cinta fluorescente utilizada por la sargento Quinn, rota y desechada después de la búsqueda de huellas, yacía a sus pies. Lo recogió y examinó atentamente, girándolo entre los dedos. Todas las botellas y latas recuperadas –Heineken, Tennants, Red Stripe, Wray & Nephew– habían sido rociadas con polvo dactilar y estaban guardadas en bolsas en Shrivemoor.

Wray & Nephew-Géminis-drogas. Algo en esa conexión resultaba especialmente significativo. Las drogas y las marcas de ataduras en las muñecas y los tobillos de Spacek.

Era la única que había opuesto resistencia. Una conexión que estaba enterrada allí, en algún sitio. Dos gaviotas que sobrevolaban el depósito se lanzaron en picado. Los pensamientos de Caffery avanzaban lentamente, como las nubes.

Cuatro de las chicas eran drogadictas. Solo Spacek no lo era. *Tenía que haber* algo en común. Dejó caer la cinta y le dio la vuelta de un puntapié.

Algo –¿cinta?– para atar a Spacek. Drogas.

Entonces, de repente, se dio cuenta. Echó la cabeza hacia atrás y respiró profundamente, sorprendido al notar cómo le latía el corazón.

El agresor tuvo que atar a Spacek porque era la única que no se estaba quieta. No era drogadicta y no pudo convencerla para meterle la aguja por detrás del cuello. El objetivo no era drogar a las chicas para inmovilizarlas, ni tampoco las amenazaba. La verdad era mucho más simple, mucho más trágica.

Las víctimas lo hacían voluntariamente. Se daban la vuelta, quizás hasta se recogían el pelo, levantándolo sobre la muñeca, para permitirle acceder a ese punto vulnerable donde se juntan hueso, ligamentos y fluidos, ese centro neurálgico del cuerpo que, día a día, segundo a segundo, regula la actividad del organismo. El bulbo raquídeo. Las convencía de que era eso lo que querían, un modo rápido de colocarse –«la forma más rápida de que llegue a la corriente sanguínea»–, y ansiaban probarlo. Él tenía conocimientos médicos rudimentarios suficientes, soltura y un poco de jerga. Era una posibilidad real, en especial si las chicas, con la voluntad menoscabada por años de consumir heroína, conocían y confiaban en su asesino.

–¡Eh! ¡Oiga!

Caffery se dio la vuelta. El hombre que se dirigía hacia él era alto y corpulento, vestido con un traje de raya diplomática. Los faldones de la chaqueta se abrieron de golpe y dejaron ver unos tirantes sobre una camisa azul oscuro y una corbata azul. Tenía el pelo fino y grasiento como el de Diamond, peinado hacia atrás. El oro brillaba en su cuello y sus muñecas.

—La poli no debería haberle dejado entrar. Ya estoy harto de gente como usted rondando por aquí.

Caffery le mostró su acreditación y el hombre se detuvo.

—No, amigo. Lo siento. Una ojeada rápida no es suficiente. Póngala aquí —añadió dándose un golpecito en la palma de la mano—. Una puñetera tarjeta de prensa, ¿verdad?

Caffery se inclinó hacia delante y sostuvo la placa en alto.

—¿Satisfecho?

El hombre se restregó la nariz y hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Vale, vale. No me culpe. Ayer tuve el lugar plagado de gente.

—¿No es usted North, el propietario?

—Sí señor.

—No nos han presentado, pero le conozco. Le vi la primera noche que estuve aquí —dijo guardándose la placa en el bolsillo—. Estoy echando un vistazo.

—Cree que él volverá a husmear por aquí, ¿verdad? Dicen que el asesino siempre regresa al lugar del crimen.

Se inclinó hacia atrás sobre los talones y miró al cielo.

—¿Y bien? ¿Cuándo puedo esperar que abandonen mi propiedad?

—En cuanto haya un inculpado.

—Estuve con su jefe esta tarde. He oído que tienen a alguien en la comisaría. ¿Es verdad?

—No puedo hablar de eso.

—Un tipo negro, ¿no?

—¿Quién se lo ha dicho?

North cambió de postura y se frotó la nariz.

—Esta mañana he oído que toda la zona está sujeta a expropiación forzosa. Parece que llueve sobre mojado, ¿verdad?

Hizo sonar la calderilla en sus bolsillos y miró al cielo, donde las nubes se agrupaban de nuevo.

—Quizás debería pedirles una indemnización. ¿Qué le parece?

—No seré yo quien se lo impida —dijo Caffery dándose la vuelta—. Ahora, si me disculpa...

—Sí, claro.

Permaneció inmóvil, observando cómo Caffery reemprendía su tortuoso camino de regreso hacia la calle. Solo se movió cuando Caffery hubo desaparecido. Bajó la cabeza y se puso en cucullas, con la cara entre las manos.

Sobre la Barrera del Támesis caía de nuevo la lluvia.

Después de haber hecho lo que debía con el cuerpo de Peace, siguió conduciendo. Solo podía hacer una cosa: seguir adelante.

Mejor no mires hacia abajo, Toby.

Pasó todo el día conduciendo bajo el sol y la tormenta, como si el viaje interminable pudiera ayudarle a olvidar. Recorrió las hileras de casas construidas por Nash en

Camden, con árboles frondosos empapados de lluvia, las verdes praderas de Hampstead y el pavimento rojizo y viscoso de las calles de Hyde Park hasta que el motor del Cobra se calentó y enronqueció. El sol caía por detrás de Westminster.

Poco después del crepúsculo llegó al puente de Londres. El aliento se le quedó atrapado en la garganta. Londres se extendía a sus pies, desde la punta de diamante de la torre de Canary Wharf, pasando por el millón de luces que se reflejaban en el Támesis hacia el oeste, hasta la sede del Parlamento.

Detuvo el Cobra, sacó la caja de cocaína que llevaba en el bolsillo y la abrió. Con la ayuda de una uña se llevó un poco de polvo al orificio nasal izquierdo. A su derecha, más allá de la torre del hospital Guy's, donde todo había empezado, la luna flotaba tenue y tranquila. Hartevelt se echó hacia atrás en el asiento y se quedó contemplándola.

Debajo del puente, el agua lamía los pilares.

Se frotó las sienes y arrancó el Cobra apresuradamente.

Mejor no mires hacia abajo.

Llevaba un vestido corto color naranja, los brazos al aire y un pesado brazalete Kara de cobre en la muñeca; cuando Jack llamó al timbre Rebecca se estaba preparando para salir. Una visita privada al Barbican: normalmente habría evitado ir, pero era una oportunidad para pasar la tarde fuera de Greenwich. Necesitaba entretenerse. Desde el día en que Caffery y Essex estuvieron en su casa no había podido pensar en otra cosa. Pasaba los días delante del caballete, sin trabajar, con aire ausente, acariciando un pincel de pelo de marta entre el pulgar y el índice. Recordaba los rostros de Kayleigh, Shellene y Petra mientras Joni canturreaba, se liaba canutos de Acapulco Gold con el té con tostadas y seguía ciega hasta la hora de irse a la cama. Joni había dejado claro que no quería hablar de lo ocurrido; apenas estaba en casa y, cuando aparecía, una tranquilidad falsa y extraña se instalaba entre ellas.

En medio de ese silencio Rebecca se dio cuenta por primera vez de que las cosas empezaban a cambiar.

Bueno, hacía tiempo que se veía venir.

Eran completamente distintas, todo el mundo lo decía. Y su único vínculo, que antes parecía tan importante, ahora estaba desapareciendo.

Rebecca era una chica de los Home Counties, los condados de alrededor de Londres. Su padre, un hombre alto y solemne con la típica cara de filósofo, solo alcanzaba la verdadera felicidad cuando se retiraba a su estudio y se encontraba entre sus ediciones de sonetos románticos isabelinos con estampaciones en oro. Mientras tanto, su mujer, atiborrada de trazodona, daba traspiés en el piso de arriba. Los profesionales hablaban de un desorden bipolar. A veces se pasaba los días en la cama, sin lavarse ni comer. Y sin acordarse de que tenía una hija a la que cuidar.

Así que Rebecca tuvo que construir su identidad entre los *Amoretti* de Spenser y la amitriptilina. Y los azotes a la hora de acostarse. Si la pequeña Becky hacía ruido, los tranquilizantes de mamá acababan en su zumo de naranja.

Se convirtió en una adolescente seria y delgada, que se creía muy distinta, muy peculiar.

Son los padres los que maltratan a los hijos –no las madres–, los periódicos y la televisión no dicen nada de las madres.

Salió huyendo de Surrey con la intención de ir a la universidad, pero en lugar de eso aterrizó en Londres. Y de repente se encontró a Joni, con pantalones cortos, gafas de sol en forma de corazón y un porro en la boca, paseando sin rumbo por las calles de Greenwich y despotricando sobre su desdichada infancia como un predicador. Para ella, la culpa la tenían los bloques de viviendas de protección oficial, las colas del paro, los

vómitos por el hueco de la escalera y los palomos apareándose en el alféizar de su ventana. El asunto sonaba tan familiar que Rebecca se quedó de piedra.

«Mamá. Fue mamá la que me metió en las drogas. Si había tenido un mal día me obligaba a tomar sus tranquilizantes para tenerme callada. Me los metía en la boca y empezaba a gritar como una loca si no me los tragaba. Deberían haberla rajado antes de que me pariera. Jodida gorda.»

Y luego Rebecca:

«Una vez me hizo que la lavara en el baño. Lloraba. Yo tenía ocho años y también me puse a llorar. Me dio dulces para tranquilizarme.»

«No me digas: Tofranil.»

«Sí, o algo parecido. Y si ella no comía yo tampoco lo hacía. Una vez me pasé una semana solo con un Nesquik de plátano. Mi padre decía que estaba adelgazando y eso a ella le asustaba. Cogió el coche y se fue derecha a la tienda de congelados Bejam de Guildford y volvió con cinco botes de helado de tres sabores y me obligó a comérmelos todos hasta que vomité.»

«Y luego te molió a palos, me imagino.»

Sabían que eran distintas, pero estaban seguras de que en el fondo eran como hermanas. Cumplidos los veinte, disfrutaron de unos años felices y desenfadados, compartiendo novios y lápiz de labios, sin detenerse a pensar en que mientras Joni se pasaba los días durmiendo los excesos de la noche anterior, Rebecca madrugaba y cogía un autobús hasta Goldsmiths College. Poco a poco, la confianza entre ellas fue deteriorándose y ahora Rebecca confiaba a Joni menos de lo que habría confiado a una niña.

En especial, las cosas que había pensado sobre el inspector Caffery.

—¿Un poli? ¡Por Dios! ¿Es que estás loca?

El otro día, fuera del pub, se había quedado paralizada al ver en su cuello el contraste de la piel morena y el cuello blanco de la camisa, con el pelo tan corto en torno a las orejas. Era una cosa estúpida, pero le había obsesionado. Después se había sorprendido varias veces pensando en qué aspecto tendría durante un orgasmo.

En aquel momento, sentada en el estudio con su bonito vestido, apartó esa imagen de su mente.

En serio, Becky, trata de meter en esa morbosa cabecita tuya algunos pensamientos típicos de la clase media, agradables, limpios.

Esperó a que se le bajaran los colores y pulsó el botón del portero automático para abrirle el portal. Al rato Caffery estaba en el umbral, con aspecto cansado y sin afeitar.

—Pase —dijo abriendo completamente la puerta y levantando un pie para ponerse un zapato de piel—. No tengo mucho tiempo.

Se calzó el otro pie y le guio hasta la cocina, encendiendo las luces a su paso.

—¿Quiere una copa de Pouilly?

—¿Está abierto?

—El vino *corre* cuando estoy nerviosa.

—¿Y por qué está nerviosa?

—¿Aparte de lo evidente? ¿Del destripador del Millennium?

—¿Es que hay algo más?

—Miedo a las reuniones artísticas, por si quiere saberlo. Terror a los jerseys de cuello vuelto negros, a las perillas, a las discusiones interminables: Flexus frente al expresionismo alemán, etcétera, etcétera. «A los petimetres que pagan doscientas guineas para que les arrojen pintura a la cara», o como sea que diga el texto². Así que si tengo que salir de mi taller y construir frases inteligentes, más vale que reúna fuerzas con un poco de inteligente Fuissé.

Al ver que Caffery no sonreía, se calló, sacó el vino del frigorífico y lo puso sobre la mesa de madera, donde la condensación formó un charquito de agua alrededor de la botella.

—Dijo que quería contarme algo —comentó poniéndose de puntillas para coger unas copas del armario.

—Han arrestado a Géminis para interrogarlo.

Rebecca se detuvo con dos copas de tallo largo en el aire.

—Entiendo.

—Pensé que querría saberlo.

Se apoyó en los talones y permaneció inmóvil, con la mirada fija en el frigorífico.

—Ya habíamos hablado de esto.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Cuando hablamos era ya demasiado tarde. Si me hubiera dicho algo más sobre Géminis y Shellene cuando le pregunté por primera vez...

—¿Me está echando la culpa?

—O cuando estuvimos en la morgue...

—Así que me está echando la culpa...

—Lo que vio en aquella bolsa, ¿no era más importante que el suministro de droga de su amiga? Tal vez debería haberle mostrado otras partes del cuerpo de Petra. Los *cortaba*, ¿sabe? Les cortaba los pechos, los abría...

En ese instante ella se volvió. Caffery se detuvo, con una expresión vaga en el rostro, como si no pudiera creer lo que acababa de decir.

—¡Mierda! Lo siento.

Rebecca se estremeció.

—No pasa nada.

Puso las copas sobre la mesa, sirvió el vino y le tendió una. Le temblaban los dedos.

—Trabajé en ese pub. Podría haber sido yo. O Joni —dijo mirándole—. Es allí donde las localiza, ¿verdad?

—Eso es de lo que tenemos que hablar usted y yo.

—Así que allí es donde las localiza.

—Es probable.

—Y las sigue cuando se marchan.

—Es lo que suponemos.

Levantó la copa y, mirándola con aire pensativo, la giró para capturar los últimos rayos de sol que entraban por la ventana.

—Pero quiero que sepa lo que *yo* pienso.

—Adelante. ¿Qué es lo que *usted* piensa?

—Creo que ellas *accedieron* a verse con él para conseguir droga u ofrecerle sexo. Creo que lo conocían, incluso que confiaban en él en cierta medida. Al menos lo suficiente para estar a solas con él en algún sitio: en su coche, probablemente hasta en su casa. Creo que está bien situado; tal vez sea médico, auxiliar de laboratorio o trabaje en un hospital.

Hizo una pausa para elegir bien las palabras.

—Sin duda es alguien que les merecía la suficiente confianza para dejar que les inyectara algo en la corriente sanguínea.

Rebecca iba a llevarse la copa a los labios, pero se paró en seco.

—¿*Cómo*?

—Les dijo que era la forma más rápida de colocarse. Tal vez era alguien con quien habían tratado antes. Alguien que les había proporcionado droga.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque creo que usted lo ha visto, que quizá lo conoce. Y Joni también, aunque no lo sepa. Por eso le pregunto si está protegiendo a alguien por alguna razón, por insignificante que esta sea,

—Pare, pare —dijo levantando la mano—. No estoy protegiendo a nadie. Lo juro.

—Y yo la creo.

Bebió un sorbo de vino con aire meditabundo, observándola por encima del borde de la copa.

—¿Recuerda haber conocido en el pub a alguien que trabajara en el St. Dunstan, en el hospital?

Rebecca frunció el ceño.

—No sé. Bueno, Malcolm, supongo. Tiene algo que ver con un hospital. Es alguien que Joni conoce desde hace años.

—¿Apellido?

—No lo sé. Sale con él si no tiene nada mejor que hacer... Le deja que la invite a un trago y esas cosas.

—¿Tiene pinta de hippy?

—No.

—¿Conoce a un tal Thomas? ¿Thomas Cook?

—¿Como la agencia de viajes? Creo que lo recordaría, ¿no?

—Pelirrojo, con el pelo largo. Ojos extraños. Muy peculiar.

Rebecca negó con la cabeza.

Caffery suspiró.

—Bien. Después de todo lo que le he contado esta tarde la tramitación de mi formulario de despido P45 es solo cuestión de tiempo.

Dejó la copa vacía sobre la mesa y le sonrió.

- Quizás me haga crítico de arte –bromeó Caffery.
- Mantendré la boca cerrada.
- Gracias –dijo con sinceridad–. Muchas gracias.

Permaneció en la puerta del piso y le vio desaparecer por las escaleras. Estaba a punto de salir del edificio cuando le llamó.

–Señor Caffery.

Su cabeza oscura apareció al fondo por el hueco de las escaleras.

–¿Qué ocurre?

Las palabras salieron de su boca antes de que se diese cuenta.

–Me da miedo. Ya sabe. Me da miedo el asesino.

Caffery no respondió. De repente se sentía muy cansado.

–Lo siento –se limitó a decir frotándose la frente–. Tengo que irme. Llámeme si se le ocurre algo.

Las farolas del centro de Greenwich se habían encendido y los edificios, con luces blancas y doradas, parecían tan animados como los transatlánticos atracados en un puerto. Todo lo que quedaba del día era un delgado halo rosa en el horizonte por detrás de los tejados. Los taxis se detenían y la gente hacía cola fuera del cine. Rebecca se encontraba junto al Hotel Ibis, intentando coger un taxi, con una chaqueta de punto sobre los hombros.

Estaba más nerviosa que de costumbre. Desde que había dejado High Road había tenido la desconcertante sensación de que la observaban desde algún lugar elevado entre las gárgolas de St. Alfege. Sintió un hormigueo y un sudor frío en la espalda. No veía el momento de salir de Greenwich esa noche.

Desde el restaurante Spread Eagle llegaba el tintineo discreto del cristal y la cubertería fina. Los maceteros con naranjos y laureles dejaban caer sus hojas sobre la calle y la iluminación soterrada proyectaba sus sombras sobre la pared encalada.

Algo en esas hojas temblorosas hizo que Rebecca se detuviera.

¿Qué había dicho Jack? Que *el asesino les merecía la suficiente confianza para dejar que les inyectara algo*.

La respuesta le vino de repente, como un soplo de aire fresco y limpio. El invernadero de naranjos de Croom's Hill. *Toby Hartevelde*.

Claro. Echó la cabeza hacia atrás y dirigió la mirada al cielo. *Hartevelde*. Cómo no se había dado cuenta antes. De las miles de posibilidades que se le habían pasado por la imaginación, esa nunca se le había ocurrido. Ahora le parecía más clara que el agua.

A pesar de que la noche era cálida, sintió un escalofrío. Se abotonó bien la chaqueta y se dio la vuelta para regresar a casa. Nada de ir al Barbican. Quería hablar con Jack Caffery.

Veronica estaba sentada a la mesa de la cocina preparando la fiesta, con una copa de vino a mano mientras picaba hierbabuena y troceaba tomate que amontonaba en la tabla de cortar de mármol. Llevaba una blusa de seda cerrada en el cuello con un broche dorado y se había colocado un paño de cocina Heals sobre los pantalones de raya diplomática azul marino. El *couscoussier* emitía un ligero silbido y empañaba la oscuridad de la ventana.

—Estaba a punto de organizar un pelotón de búsqueda —dijo sonriendo—. Te esperaba a las siete.

Caffery estiró el brazo para coger la botella de Glenmorangie de la repisa que había sobre la puerta. Se llenó un vaso, mojó un dedo y se lo chupó.

—Hay un par de cajas de Oddbins en la terraza que hay que abrir.

Veronica limpió el cuchillo con el paño.

—Si te apetece podrías coger unas especias y preparar un poco de *garam masala* para las espinacas. Y hay que lavar el mortero.

Dejó el vaso encima del frigorífico y buscó tabaco y papel de liar en el bolsillo de la chaqueta.

—No he podido encontrar unas copas decentes, así que mamá me va a dejar sus copas florentinas. Habrá que cuidarlas, ¿vale?

Partió dos limones, exprimió uno y le miró por encima del hombro.

—¿Jack? He dicho *vale*.

Caffery puso un montoncito de tabaco en el papel, lo lio, pasó la lengua por la tirilla engomada y se tentó el bolsillo para buscar el encendedor.

—Jack, ¿me has oído?

—Sí.

Dejó el limón en la mesa y pasó el brazo por encima del respaldo de la silla.

—¿Y qué te parece?

—¿Qué me parece qué?

—Mamá nos va a prestar sus joyitas más preciadas. Sus copas favoritas. Imagina. Se fía de que nuestros descuidados amigos no las rompan. Deberíamos echarnos al suelo y hacerle reverencias en señal de agradecimiento.

—No seré yo.

Veronica cambió la expresión.

—No, en serio. Deberíamos estarle agradecidos.

Caffery se retiró una hebra de tabaco de la lengua.

—Estoy hablando en serio.

Lo observó con atención y luego soltó una pequeña carcajada.

—De acuerdo, Jack —añadió dándose la vuelta para seguir con su tarea—. Tengo un millón de cosas que hacer para mañana. No tengo ganas de...

—Me mentiste.

—¿Cómo? —dijo girándose despacio—... ¿Qué has dicho?

—Pensé que podrías morir.

—¿Qué?

—Te creí. Creí que el Hodgkin había vuelto.

Ella frunció los labios y sacudió la cabeza como si no creyera lo que estaba oyendo.

—Estás enfermo, ¿sabes? De veras que lo estás. ¿Crees que he podido inventarme una cosa así?

—He visto al doctor Cavendish.

Veronica se quedó quieta. Él casi podía ver la larga lista de posibles mentiras, de posibles excusas, asomando tras sus ojos como la cinta de un teletipo. Tras un momento, apretó los labios con tal fuerza que Caffery advirtió la tensión de los músculos del cuello. Se dio la vuelta y se puso a partir limones con rabia, exprimiéndolos y vertiendo el zumo en una jarra con movimientos bruscos.

—He dicho que he visto al doctor Cavendish.

—Sí, ¿y qué? —dijo tirando las cortezas de los limones en un montón—. *Creí que había* vuelto. No puedes culparme. Eres muy complicado, Jack. Y para mí estar contigo está siendo muy complicado.

—Muchas gracias. Para mí también está siendo jodidamente complicado estar contigo.

—No sé si te das cuenta del desastre que eras cuando te conocí. Un auténtico desastre. Solo salías de la cama para trabajar o espiar a ese gordo asqueroso al otro lado de las vías, siempre con cara mustia por el idiota de tu hermano. Yo te saqué de eso.

Apoyó la palma de la mano con fuerza en el cuchillo para hundirlo en los limones.

—Sí, he sido yo quien te ha sacado de eso, quien te ha hecho olvidar toda esa abulia. Todo el mundo —mamá, papá—, todos decían que estaba perdiendo el tiempo, pero yo no hice caso... ¡Dios mío! ¡Qué idiota he sido!

—No te quiero, Veronica. No quiero verte más en esta casa. Puedes dejar las llaves.

Soltó el cuchillo y se volvió hacia él sorprendida. Lo miró fijamente durante largo rato y Jack no supo si estaba pensando en contestarle o esforzándose por no llorar. Finalmente soltó una carcajada estridente y forzada.

—De acuerdo, Jack, de acuerdo —dijo inclinándose hacia delante mientras movía los hombros—. Porque yo también he estado pensando —prosiguió, apuntándole con un dedo tembloroso—. Yo tampoco te quiero. Ni siquiera estoy segura de haberte querido alguna vez.

—Entonces estamos en paz.

—Sí, en paz —dijo temblando—. Me quedaré para la fiesta y luego saldré de tu vida. Y no esperes que cambie de idea porque no lo haré.

—Vamos a cancelar la fiesta.

—No, no puedes hacerlo. Ya no. Si la cancelas te juro... —dijo conteniendo sus palabras,

con lágrimas en los ojos—. Oh, por favor, Jack, te juro que si lo haces me matarás.

—¡Por Dios santo!

—Por favor, Jack. También es mi fiesta. Van a venir mis amigos. ¡Por favor, no me la arruines!

Caffery cogió su vaso.

—¿Adónde vas?

—A tomar un baño.

—Escucha —dijo poniéndose en pie de un salto y colocándole en el pecho una mano temblorosa—. Lo siento, Jack, de verdad que lo siento. Pero es que te quiero tanto...

La miró con tal desprecio que sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Caffery retiró lentamente la mano de su pecho y la empujó hacia la silla. Veronica se hundió en el asiento y se puso a sollozar de forma incontrolada.

—Cabrón... Eres un cabrón. Me obligaste a hacerlo, me obligaste a mentir. Tú y esa jodida obsesión tuya...

Caffery cogió la botella de encima del frigorífico, cerró la puerta y subió las escaleras.

Más tarde, cuando recobró la calma, se llevó la botella al cuarto de baño, se metió en el agua, cerró los ojos y apoyó el vaso empañado por el vapor en el borde de la bañera. Una oleada de agotamiento le recorrió el cuerpo. Se quedó tumbado, respirando por la nariz, compadeciéndose de sí mismo y pensando absurdamente que la culpa era de Penderecki. Que Penderecki había puesto en su corazón una pequeña piedra que le había impedido crecer sano y le había privado de un derecho universal, el derecho a amar.

Creyó oír a Veronica en el piso de abajo, moviendo algo pesado antes de cerrar la puerta de la calle con suavidad. Bebió otro trago de whisky y se deslizó bajo el agua; el san Cristóbal de su madre, que llevaba colgado al cuello en una cadena, ascendió a la superficie y volvió a hundirse lentamente bajo su barbilla como un pez cuando pica el anzuelo.

Pensó en Rebecca. En su rostro en lo alto de las escaleras. «Me da miedo. Ya sabe. Me da miedo el asesino.»

Oyó un crujido en la escalera. Por un instante le pareció que sonaba su móvil. Se incorporó intentando escuchar.

Silencio. Volvió a hundirse en el agua. *Rebecca*. Sintió el conocido cosquilleo en el estómago y pensó: «¿Le haría a ella lo mismo que había hecho a otras, la obligaría a mostrarse tal como era, a desprenderse de su frágil dignidad, para luego perder interés y abandonarla porque tenía algo mucho más importante en que pensar?».

Se acabó el whisky, salió de la bañera y se secó. Veronica estaba en el dormitorio, tumbada boca arriba, sin apenas moverse.

—¿Veronica?

Permaneció callada, con la mirada perdida.

—Veronica, lo siento.

Siguió sin decir nada.

—He estado pensando...

–¿Qué? –dijo al fin sin ningún entusiasmo–. ¿Qué has estado pensando?

–La fiesta. La daremos.

Veronica lanzó un suspiro y se dio la vuelta.

–Gracias.

–Esta noche dormiré en el sofá.

–Sí –contestó, dejando caer los brazos sobre la cama–. Haz lo que te parezca.

La enfermería de la comisaría de Greenwich carecía de ventanas. La única decoración era un póster amarillento sobre la heroína y una copia plastificada que explicaba el derecho del detenido a asesoramiento legal. Esparcidos sobre una mesa de formica baja había folletos que nadie leía: *VIH – ¿Está usted en peligro?*, *Crack/ Cocaína – Guía legal* y *Grupo de Apoyo a las Víctimas – Ayuda para las víctimas de delitos*.

–Súbase la manga.

El médico forense se frotó la piel, introdujo sus manos, blancas y limpias, en unos guantes de látex y abrió un kit de muestras: jeringuilla, una bandeja con forma de riñón, viales, etiquetas y bastoncillos de algodón. Géminis se fijó en un hilo suelto del tercer ojal de la bata blanca. Tenía que admitir que las cosas se habían puesto feas.

Cuando el inspector Diamond asomó la nariz por la rendija del buzón dos días antes y dijo: «Usted ya sabe por qué estamos interesados, ¿no es así?», Géminis no había visto las noticias. La actividad de la policía le había impresionado lo suficiente para suponer que las chicas estaban muertas y que la culpa era de la mercancía que le había pasado Dog. Pero cuando el inspector Diamond llamó a su puerta por segunda vez las cosas habían empeorado, Géminis había leído los periódicos y sabía la verdad. Sabía que ese no era un asunto de drogas. Sabía que se había acercado demasiado a la gente equivocada. Y ahora estaba lo bastante asustado como para ponerse a rezar.

Ellos no querían detenerle, le aseguró el inspector Diamond, no estaba obligado, solo querían hacerle unas preguntas para descartarle, ¿no había oído hablar del deber cívico? Y por eso se había puesto su sudadera YSL y había ido sin perder la calma.

Tú como si nada.

En la comisaría todos parecían relajados. Le habían dado café, cigarrillos y le habían prometido que pronto le devolverían el GTI. Alguien le mostró otra vez las cuatro fotos y, aunque estaba muy asustado, se encogió de hombros y dijo:

–No. No las he visto nunca.

Ellos sonrieron y le preguntaron si podía facilitarles unas muestras para analizarlas.

«Es solo una formalidad para descartarle, señor Henry. Luego puede marcharse.»

Pelo de la cabeza, arrancado desde la raíz con pinzas. Pelo púbico (mismo procedimiento). Orina: el médico se quedó a su lado en el retrete, viendo cómo su meada caía en un vaso de plástico blanco. Y luego, en el pasillo, al volver del váter, la mano del inspector Diamond apoyada con suavidad en su brazo, su aliento amargo, y sus ojos pálidos parpadeando con rapidez como si no pudiera contener la emoción.

–No cantes victoria, jodido farsante –dijo con voz queda para que el médico no le oyera–. Todos sabemos que mientes.

–Súbase la manga, por favor.
–¿Cómo?
–La manga –repitió el doctor. Abrió un manguito para la tensión arterial, lo restalló como un látigo y se inclinó para ajustárselo en el brazo.
–¿Y ahora qué quieren?
–No se preocupe.
El médico le dio un golpecito en una vena del interior del codo, pasó por encima un algodón con un antiséptico y le introdujo una cánula. Géminis dio un respingo.
–¡Coño, tío! ¿Cómo va eso a demostrar que le hice algo a esas chicas? ¿Eh?
El médico le miró sin pestañear.
–Puede negarse, pero la ley dice que negarse a facilitar una muestra puede considerarse prueba directa.
–¿Cómo?
–Y si no me deja que le extraiga sangre podemos obligarle a someterse a un frotis bucal, quiera o no quiera.
Tiró lentamente del émbolo y el tubo *vacutainer* comenzó a llenarse.
–No se mueva, por favor, señor Henry.
Pero Géminis retiró el brazo bruscamente.
–No, tío. Primero me va a decir qué tienen contra mí y cómo mi meada en un vaso va a demostrar que yo hice a esas chicas lo que ustedes dicen que hice.
El médico forense observó la aguja colgando de la vena.
–Usted ha dado su consentimiento y las cosas serían más fáciles si se estuviera quieto.
–Bien, ahora escúcheme –dijo estampando las manos sobre la mesa, con el interior del codo hacia delante.
El médico echó su silla hacia atrás. La aguja se cimbreaaba, pero seguía doblada dentro de la vena mediana basilica.
–Retiro mi consentimiento. Ya se lo he dicho a ese hombre. Ya le he dicho que no conozco a esas chicas. ¡Yo no he hecho nada!
El forense apretó los labios.
–Muy bien, señor Henry.
Tras echar una mirada a la aguja, se levantó y abandonó la habitación. Segundos después reapareció, acompañado por el inspector Diamond, que se quedó en la puerta mostrando una amplia sonrisa.
–¡Señor Henry!
–¡Usted! –exclamó Géminis apretando los dientes y cogiendo aire–. ¿Por qué va largando por ahí que estoy mintiendo?
–Porque *nos* está mintiendo. Esas chicas estuvieron en su coche. Hay pruebas forenses.
–¡Ande y que le jodan!
Diamond frunció el ceño y se volvió hacia el policía que estaba en el pasillo.
–Que venga el agente encargado de la custodia de detenidos.
–La última vez que vi a aquella chica estaba viva y bien viva, tío. Si quiere, vaya a

buscar a uno de sus ricachones clientes en su lujosa casa de Croom's Hill. ¡Y quíteme esta cosa del brazo!

Mel Diamond se cruzó de brazos.

–Jerry Henry...

–¡Yo no he hecho nada!

–*Jerry Henry...* Queda detenido por la presunta violación y asesinato de Shellene Craw, de Stepney Green, Londres, la noche del diecinueve de mayo.

–¡Yo no he violado a ninguna chica!

–Tiene derecho a guardar silencio. Pero podría perjudicar su defensa si cuando lo interroguen omite mencionar algo que luego quiera utilizar en su audiencia ante el juez. Y ahora, en aplicación del artículo 54e, debo pedirle que se quite la ropa.

Miró al médico, que se había situado detrás del escritorio.

–Que le traigan uno de esos peleles a rayas de Andy Pandy y se lo ponga.

–¡Yo no he violado a nadie! ¡Ni he matado a ninguna chica!

La aguja se le salió del brazo y de la vena brotó un chorro de sangre que se derramó por el suelo. Diamond se echó hacia atrás de un salto hasta llegar al pasillo. Detrás de él aparecieron dos agentes.

–¿Hace falta que lo esposemos, señor?

–Cuidado con la sangre. Es un estúpido yonqui.

–Sí, soy un estúpido yonqui negro y les voy a contagiar a todos el sida –dijo Géminis, extendiendo el brazo hacia ellos y mostrando los dientes–. ¡Cerdos!

Detrás del escritorio, el médico forense rasgó la tapa de una caja de guantes de látex. Géminis se revolvió contra él.

–¿Qué está haciendo usted?

–Proteger a mis colegas, señor Henry –contestó el médico sin perder la calma y tirando unos guantes a Diamond y a los dos agentes.

–¿Es que quiere cabrearme o qué? –dijo Géminis frunciendo los labios y acercándose a él mientras la sangre seguía cayendo al suelo–. Quiere que le pegue el sida, ¿verdad?

–Tranquilícese.

–Sí –intervino Diamond, más confiado ahora, con los guantes puestos–, creo que hay que esposarlo.

–*¡Yo no he hecho nada!* –exclamó dándose la vuelta–. *¡Les di un poco de crack, eso es todo! ¡No he matado a nadie!*

–De acuerdo, hijo –terció el agente de más edad agarrándole las manos con pericia, colocándoselas sobre la espalda y cerrando las esposas con un ruido seco–. Acabemos con esto.

–¡NO SOY NINGÚN ASESINO! ¡NO SOY UN PUERCO ASESINO! –gritó mientras se retorció y escupía a Diamond, moviendo los pies como un loco y echando la cabeza hacia atrás–. ¡SI QUIERE UN ASESINO, BUSQUE AL CLIENTE DE CROOM'S HILL!

Diamond lanzó un suspiro y levantó la mano.

–Tiene derecho a asesoramiento legal, nos pondremos en contacto con el abogado de

oficio si así lo desea. Si prefiere renunciar a ese derecho debe decirme por qué. Según establece el código de detención, los tiempos de descanso a los que tiene derecho se contarán a partir de ahora y no desde el momento en que usted entró aquí. Ahora, ¿quiere *alguien* decirle al jodido agente de custodia que venga?

Un jamaicano anciano y encorvado entró en la enfermería con un cubo y una fregona para limpiar la sangre de Géminis en el suelo. El superintendente Maddox, recién llegado de Shrivemoor con un montón de expedientes y un dolor de cabeza, se encontró el cuarto de detenidos en una situación caótica.

—¿Que hizo *qué*?

—Se estaba poniendo muy violento.

—Bien, ahora sí que estamos de mierda hasta las cejas.

Desde el calabozo llegaban los lamentos de protesta de Géminis.

—Veinticuatro horas, eso significa hasta mañana por la mañana a las diez. ¿Sabe lo que le digo, Diamond? Que usted va a ser el guapo que interrumpa el desayuno del juez de paz para pedirle una prórroga.

El médico forense salió de la enfermería y agitó un fajo de impresos en dirección a Maddox.

—Los informes para el Servicio de Ciencias Forenses. ¿Quién los quiere?

—Vale, vale. Mandaré a nuestro oficial de pruebas.

—Hemos repartido las muestras. Cuando llegue el sumario estarán listas.

—Antes de enviarlas, deje que nuestro inspector, aquí presente, les de un beso para ver si hay suerte. Son todo lo que tiene.

Diamond lanzó un suspiro y dirigió la mirada al techo.

A diez kilómetros de allí, en el centro de coordinación de Shrivemoor, Caffery, aprovechando que las oficinas estaban casi desiertas, acababa de liar un cigarrillo y se disponía a encenderlo.

—¡Pero bueno! —exclamó Kryotos alzando la vista desde su puesto.

—Lo necesito, créeme.

—Te creo.

Dio un sorbo a su lata de Dr. Pepper, se echó hacia atrás en el asiento y cruzó los brazos.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu última teoría?

—Algo disparatado.

—¿Disparatado?

—Sí.

Se puso las gafas y se colocó tras ella, mirando por encima del hombro a la pantalla del monitor para ver cómo HOLMES ejercitaba su poderoso cerebro.

—Creo que lo he visto. Creo que está ahí dentro, en alguna parte. ¿Puedes simplemente —dijo señalando las columnas con los nombres y las acciones que se arrastraban por la pantalla como luciérnagas verdes—... dejar que siga desplazándose?

—Claro.

Observaron en silencio cómo los nombres pasaban mientras el ritmo digital de su sucesión traía a la mente los últimos días de la investigación: nombres que habían aparecido en interrogatorios, gente sin rostro que nunca había sido investigada, pistas falsas, callejones sin salida, pubs en Archway, coches deportivos rojos, Lacey, North, Julie Darling, Thomas Cook, Wendy...

—¡Para!

Kryotos dejó caer un dedo sobre el teclado y contuvo el aliento.

—¿Qué? ¿Qué has visto?

—Aquí —dijo Caffery dando un golpecito en la pantalla—. ¿Qué es esto que aparece al lado del nombre de Cook? ¿Este número dos?

—Solo significa que ha aparecido dos veces en la base de datos.

—¿Y esta anotación?

—De tus entrevistas en St. Dunstan.

—¿Y por qué aparece su nombre otra vez?

—Porque...

Marilyn se desplazó por los nombres, mordiéndose la lengua.

—Aquí está —dijo señalando la pantalla—. Mira. Ha aparecido esta mañana. ¿Ves esa letra T?

—Sí.

—Significa que dejó un mensaje por teléfono. Y según parece me lo dejó a mí. ¿Ves mi número, el veintidós?

—¿Hablaste con él?

—Sí, me dijo que había comprobado las fechas y que estuvo en casa las dos noches que le habías preguntado.

—Ah, sí. La supuesta novia. No me convence —dijo Jack dándose un golpecito en los dientes con su uña negra—. Dijo que era daltónico. Y que no tenía a nadie que le ayudara a elegir la ropa.

—*Ergo* no hay novia?

—Suenas raro, ¿no?

Caffery se quitó el cigarrillo de la boca, levantó una de las persianas y miró hacia fuera. Hacía un día soleado y caluroso.

—Sí, creo que iré a verle.

—Deberías darte prisa. Mañana se va a Tailandia.

Caffery dejó caer la persiana.

—*Estás de coña*.

—No. Dice que le encanta el aire de la montaña del Triángulo de Oro.

—Ya me imagino.

Cogió su chaqueta y las llaves del coche del despacho del superintendente. Estaba a punto de marcharse cuando Kryotos lo llamó.

—¡Jack! —dijo reclinándose en la silla con el auricular del teléfono apoyado contra el pecho—. Es Paul. Más vale que te desvíes y vayas a Greenwich. Alguien quiere hablar contigo. Dice que sabes quién es. Dice que —y me limito a repetir sus palabras— *es un*

bombón.

–¡Oh, Dios! –exclamó poniéndose la chaqueta–. Rebecca.

–Parece que los vecinos andan chismorreando y eso la pone nerviosa.

–De acuerdo. Voy para allá –dijo sacando las llaves del bolsillo–. Mientras tanto llama a Cook, ¿quieres? No lo asustes, pero procura enterarte de dónde va a estar hoy.

–Lo haré.

–Te veo esta noche.

–¿Estás seguro de lo de los niños?

–Claro que estoy seguro. Tengo muchas ganas de verlos.

Le lanzó un beso con la mano y cerró la puerta, mientras Kryotos se quedaba pensando en qué le importaba a ella, una mujer casada y con hijos, que a Caffery le interesara alguien llamada Rebecca.

Caffery se encontró a Maddox en las escaleras de la comisaría de Greenwich. Estaba al sol, comiéndose una empanadilla india que había sacado de una bolsa grasienta, mirando distraídamente a unos estudiantes que bebían unas botellas de cerveza en el exterior de Funnel & Firkin. Las marcadas arrugas de preocupación en su entrecejo parecían aún más profundas. Cuando Caffery le preguntó qué pasaba, frunció el ceño, hizo un gesto con la cabeza en dirección a la comisaría y dijo:

–Es ese estúpido cabeza de chorlito de ahí dentro. Ha detenido a Géminis sin consultarme siquiera. Eso es todo.

¿Te sorprende, Steve? ¿De verdad que te sorprende?

–Supongo que entonces la fiesta se cancela –dijo Caffery.

–¡Oh, Dios santo! –exclamó Maddox dándose un golpe en la frente–. No –añadió negando con la cabeza y dejando caer una mano, exasperado–. Que se jodan. De todos modos ya no quedan más horas extras por hacer. No, Diamond se quedará en el centro de coordinación y así nos desquitamos. Betts puede empezar el interrogatorio con alguien más y yo me pasaré a verlos más tarde.

–Solo tienes que decirlo, Steve, y la cancelo. Lo hago solo por,

–Sí, lo sé. *Todos* lo hacemos por ellas. Ese es el asunto. Esa es la última iniciativa del jefe: los hogares felices hacen policías felices. Nada de maridos violentos, nada de alcohólicos ni suicidas.

–Muy años noventa.

Jack abrió la puerta para entrar.

–A las ocho, entonces.

Maddox acabó la empanadilla, hizo una bola de papel con la bolsa y la tiró a una papelera que había al pie de las escaleras.

–Muy bien, a las ocho.

Caffery evitó pasar por el cuarto de detenidos y subió directamente al segundo piso, a las habitaciones reservadas para uso exclusivo de los miembros de la AMIP que había en todas las comisarías de la policía metropolitana. En una de ellas estaba sentada Rebecca, sola, mirando por la ventana. Movía con elegancia un pie en un gesto de impaciencia y chupaba el colgante de plata mexicana que llevaba alrededor del cuello en una cadena. Vestía unos pantalones holgados verde oliva y una camisa de popelín clara. Cuando vio a Caffery dejó caer el colgante y sonrió con los labios apretados.

–Hola.

–Me alegro de verla –dijo Caffery.

–¿De verdad?

Caffery hizo una pausa.

—¿Está preocupada?

—Sí.

Se sentó frente a ella y juntó las puntas de los dedos con aire pensativo.

—Cuénteme.

—¿Le estoy molestando? No quiero parecer pesada, pero lo decía muy en serio. Creo que él es importante.

—Espere. No sé de qué me habla. Me he perdido.

—Le dejé el aviso en su servicio de llamadas.

—¿Mi *servicio de llamadas*?

Caffery hizo un gesto con la cabeza.

—¿Y eso fue...?

—Ayer por la tarde.

—¿En mi móvil?

—Sí.

Veronica. Caffery sacudió la cabeza.

—Rebecca, no recibí el mensaje. Lo siento.

Al oírle suavizó la mirada.

—No quiero atosigarle, pero no he pegado ojo en toda la noche. Se trata de lo que dijo acerca de que él era alguien bien situado, alguien en quien ellas podían confiar. Alguien que les merecía la suficiente confianza para —se estremeció y él vio cómo la carne de gallina asomaba en sus muñecas—... dejar que les inyectara algo.

—No debería haberle contado eso. Espero que...

—No se lo he contado a nadie.

Se inclinó hacia él y su melena, limpia y larga, le cayó por delante de los hombros.

—El año pasado Joni me llevó a una fiesta. El anfitrión decía a todo el mundo que tenía heroína en casa y que podía inyectársela a quien quisiera. Decía que había sido médico y sabía hacerlo sin que doliera, pues conocía exactamente cuánto debía poner..., ese tipo de cosas.

Se reclinó en la silla.

—No faltaban voluntarios —añadió.

—¿Y dice que era médico?

—Lo había sido, o había estudiado para serlo, hacía años. Ahora es alguien importante en una empresa farmacéutica y creo que tiene algo que ver con St. Dunstan.

Se apartó el flequillo de la frente para relajarse.

—Muchas chicas de la zona acababan en su casa. Tenían todo lo que quisieran gratis, lo mejor de lo mejor, servido en unos pequeños cuencos. Al final de la noche se iba a la cama con alguna dispuesta a ofrecerle sus servicios. Un buen cliente. Lleva años así.

—No ha aparecido en ninguna de las entrevistas.

—Es muy discreto. Si quieres que te vuelva a invitar no debes soltar prenda. Es muy rico, inteligente, con un extraño atractivo. ¡Ah! Y tiene un Patrick Heron de morir —añadió moviendo la cabeza como si no pudiera creerlo—. Allí, colgado en la pared, con

todas esas fulanas alrededor, esnifando coca con sus risillas tontas, sin enterarse de qué es lo que tienen delante.

Hizo una pausa y se miró las manos. Cuando alzó la vista su expresión había cambiado.

—Aquella noche fue a por mí. Nada del otro mundo. Creyó que era una furcia y me pidió que me quedara. Le dije que no y, bueno, discutimos. Nada dramático. Le hice unos buenos arañazos en el cuello.

—¿Y desistió?

—Al final sí. Pero si me preguntara mi opinión sobre si es capaz de ser cruel, violar, e incluso asesinar...

—¿Qué diría?

—No sé por qué, pero... diría que sí. Sin dudarlo. Hay una cierta *desesperación* en él.

—¿Dónde vive?

Rebecca se dio la vuelta en la silla e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la ventana.

—Al otro lado del parque. En una de esas grandes casas al final de Croom's Hill.

—¡Otro plato menos!

Veronica cerró la puerta de la cocina, dejando atrás las voces de los invitados, y pisó el pedal del cubo de la basura para tirar los pedazos rotos.

—Estoy pensando en esconder las copas de mamá antes de que también se rompa alguna.

Caffery descorchó una botella de Sancerre, olió el corcho, le dio la vuelta y comprobó que no estaba picado. Se había retirado allí en busca de un momento de paz y no le sorprendió que Veronica eligiera ese mismo momento para entrar en la cocina. Sacó un tá-per del frigorífico y al ver que Jack no le iba a contestar, cerró la puerta de un portazo.

—¿Sabes quién me resulta rara?

—No. ¿Quién?

—No quiero ser desagradable, Jack, pero hablo de Marilyn. ¡Vaya estúpida! Estaba teniendo una amena conversación con su marido, que es un verdadero encanto, y entonces, sin razón alguna, llega ella y empieza a comportarse de un modo engreído y receloso conmigo.

Jack no respondió. Sabía exactamente adónde quería llegar Veronica. Se había estado haciendo la mártir toda la tarde, recorriendo la casa muy ufana con una sonrisa satisfecha y osada en el rostro, llevando de acá para allá fuentes repletas de *crostini*, pimientos asados y *tapenade*. Pero lo que de verdad quería era llamar la atención, que surgiera algún problema para hacer la velada completa.

—No me estás escuchando, ¿verdad, Jack?

Se puso a echar cucharadas de *hummus* en un bol, golpeando la cuchara con fuerza en el borde del recipiente.

—Creía que al menos seguíamos siendo amigos, pero parece que ni siquiera podemos mantener una conversación.

—Esta vez no voy a morder el anzuelo, Veronica.

Tiró el corcho al cubo y cogió una botella de Medoc del armario. No le quedaba energía para ella esa noche. La propia fiesta era un sacrificio y su tiempo muy valioso. Maddox no podía saber que ahí había una relación que escapaba a las buenas intenciones del superintendente jefe.

—No voy a discutir contigo, así que no te esfuerces.

—¡Dios! —exclamó ella moviendo la cabeza con resignación—. Estás trastornado, Jack. Tan trastornado que deberías ir a que te vieran. Te lo digo en serio.

—Estás borracha.

—No, no lo estoy. ¡Menuda contestación!

Puso de golpe el bol en una bandeja y su rostro se relajó de repente, como si no hubiera ocurrido absolutamente nada.

—Veamos —dijo cogiendo un paño de cocina—. ¿Qué tal vamos con el Piper Heidsieck? ¿Sacaste esas botellas del congelador? Si las dejas un segundo más estallarán.

Se acercó a la ventana con aire despreocupado, levantó el estor con un dedo, se asomó como si buscara algo más allá de su propio reflejo y chasqueó la lengua.

—Esos niños, —dijo dejando caer el estor—. Es demasiado tarde para que estén levantados. Ahí fuera no puede pasarles nada bueno. Acuérdate de lo que te digo.

La noche era cálida y los ventanales estaban abiertos, pero los invitados, al igual que las moscas que acudían a las luces halógenas de la terraza, quizás sentían el peso de la lluvia en el cielo: solo los niños correteaban por el jardín. Los adultos estaban dentro, distribuidos de modo cordial en pequeños grupos, manteniendo en equilibrio platos y copas y alzando la vista de vez en cuando para contemplar sus propios reflejos en las ventanas. Aun cuando los niños no podían oírles, nadie mencionaba el caso, como si un mero comentario pudiera envenenar la reunión. Caffery, que se paseaba por la habitación con la botella de Sancerre en una mano y la de Medoc en la otra rellenando las copas, se detuvo para que Kryotos le metiera en la boca un triángulo de pan *naan*.

—Jack —dijo mirando por encima del hombro y bajando la voz—, tu amigo Cook, ¿está todavía bajo sospecha? Lo digo porque no has vuelto a preguntarme por él y...

—¡Oh, mierda!

Intentó limpiarse la boca con el dorso de la mano sin derramar el vino.

—Lo siento, Marilyn, lo siento. Tenía la cabeza en otro asunto y lo olvidé por completo.

—Ha reservado billete en el vuelo de Air India que sale de Heathrow mañana a las dos de la tarde. Podría hablar con Identificación de Pasajeros del aeropuerto si quieres.

—No, déjalo que se marche. Él era solo. No sé, supongo que me agarraba a lo único que tenía.

Kryotos dejó su plato y le tendió la copa para que se la rellenara.

—De acuerdo, pero si cambias de opinión.

No acabó la frase. Su hija pequeña, Jenna, entró corriendo desde el jardín y se abrazó a sus piernas, chillando y sacudiendo la cabeza.

—¡Mami! ¡Mami!

—¿Qué pasa? —preguntó Marilyn inclinándose—. Cuéntale a mamá.

—*Alguineneljádín* —balbuceó.

—¿Alguien?

—*Unmonstuo*.

—Jenna.

Kryotos cogió la pequeña mano de su hija, cerrada con fuerza, y la agitó con suavidad.

—Haz el favor de hablar bien.

—*Unmonstuo en en* —titubeó para recobrar el aliento, mirando por encima del hombro en dirección al jardín—. *en el jardín*.

Kryotos miró a los demás y puso los ojos en blanco.

—¿No sabéis? Ahora que empezábamos a pasarlo tan bien va y aparece un monstruo en el jardín.

—Es verdad, mami.

Dean, el hermano mayor de Jenna, apareció junto al ventanal, con la cara blanca como la nieve.

—Lo hemos oído.

Kryotos se sonrojó.

—Dean, déjate de tonterías. Te lo advierto.

—Pero si es verdad.

—¡Dean! —exclamó levantando un dedo—. Basta ya.

—Jenna, vamos a hacer una cosa, cariño —intervino Maddox, subiéndose las mangas de la camisa con ese leve aire de seriedad de quien recuerda muy bien haber tenido hijos pequeños—. ¿Qué te parece si mis policías y yo salimos fuera y arrestamos al monstruo? Tienes que decirnos exactamente qué *clase* de monstruo es, claro. Y así sabremos cómo ponerle las esposas.

—No sabemos qué clase de monstruo es —dijo Dean con gesto formal—. No lo hemos visto, lo hemos oído. Andando por las hojas.

—Oh, eso está muy bien —terció Essex, levantándose de la silla de golpe—. Seguro que es uno de esos monstruos invisibles que viven en un montón de hojas.

—Seguro —convino Dean con seriedad.

—Los policías tratamos con muchos todos los días. Hasta vuestra anciana mamá, con las manos atadas a la espalda, podría hacer salir a uno de esos.

—¡NOOOOOO! —protestó Jenna, agarrándose a la falda de su madre y golpeando el suelo con sus piecitos—. ¡Mamiiiiiiii, no te vayas!

Kryotos le acarició la cabeza.

—Mami no se va a ir. Escucha. La policía va a asegurarse de que el monstruo se ha marchado.

—¡LOS CAZAMONSTRUOS!

Essex dio un salto desde la terraza, cayó sobre el jardín y, adoptando la pose de un guerrero, con las manos tensas como planchas de acero y los ojos entrecerrados, emitió un lamento poco convincente desde la parte posterior de la garganta.

—¡Mon-STAR contra Suzi Wong, flor de Oriente y gran *Doshu* de la Senda del Loto, dueña de las artes de dislocación secretas *kan, set, su* y *waza*! —vociferó asestando golpes en el aire.

En la terraza, la sombra de una sonrisa cruzó el rostro de Dean.

—Golpeo sin control. ¡*Ki-ai*!

Caffery, complacido con la distracción, dejó las botellas sobre la repisa de la ventana y se dirigió hacia el centro del jardín mientras Essex agitaba y retorció los brazos frente a los arbustos, proyectando una sombra sobre el césped que recordaba a la diosa Kali. Maddox se sumó a la acción, golpeando los arbustos con gran aparatosidad, mirando debajo de un planta de flores de altramuz y apartando con cuidado una rama del sauce.

–No. ¡Aquí no están! –gritó–. ¡Por aquí no hay monstruos!

–¡Ahí no está! –repitió Caffery mirando a Jenna, que se arriesgó a separar de Kryotos su cara lagrimosa para meterse los nudillos en la boca y mirar tímidamente hacia el jardín.

Essex, sorprendentemente ágil para su tamaño, lanzó unas cuantas patadas al aire.

–Suzie Wong dice: COLE, MONSTLUO, QUE TE MATO.

Jenna sonrió de modo ingenuo con un dedo en la boca y volvió a dejar caer la cabeza sobre Kryotos, no por miedo esta vez sino por timidez infantil, mientras una sonrisa tensaba sus mejillas.

–Suzie es un nombre de chica –dijo sorbiéndose las lágrimas–, y él es un chico. Es tonto.

–¿Verdad que sí? –coincidió Marilyn.

–*¡Munen mushin! ¡Ki-ai, ki-ai!*

–Sí, *Ki-ai, ki-ai* –repitió Caffery con paciencia mientras subía los escalones de entrada a la casa, sonriendo a las caras agrupadas en la ventana iluminada–. ¿No os sentís mucho más seguros sabiendo que tenemos hombres como Essex para proteger a la sociedad?

Kryotos estiró el cuello para ver mejor el jardín.

–Pero ¿cómo demonios ha hecho eso el maldito bribón?

–¿Qué?

–Ha desaparecido.

Caffery se dio la vuelta. El jardín se había quedado en silencio.

Kryotos rio nerviosamente.

–Se lo debe de haber comido el monstruo.

–¡Uf! Eso estará lleno de porquería.

–No sé, Jack.

Maddox se acercó con las mejillas encendidas y una sonrisa burlona en el rostro, y le tendió la copa para que se la rellenara.

–Creo que hasta un monstruo pasaría de largo con Essex.

–No hay que preocuparse –suspiró Caffery–. Recogeré lo que quede de él por la mañana.

–No, no lo hagas –dijo Maddox meneando la cabeza–. Déjalo. La carne de cerdo es buena para las rosas.

–Eso ha sido muy desagradable –sentenció Kryotos.

Todos se quedaron con la mirada fija en el jardín silencioso, oyendo el suave silbo del sauce producido por una brisa que anunciaba tormenta. Essex, ciertamente, había desaparecido sin dejar rastro. Caffery recorrió con la vista los rincones oscuros, tratando de descubrir el truco y adivinar cómo había conseguido ocultarse tan rápido.

–¿Dónde está?

–El *monstuo* se lo ha llevado.

Jenna empezó a lloriquear.

–No seas tonta.

Maddox lanzó una mirada a Caffery, alzando las cejas.

Caffery se encogió de hombros.
 –A mí no me mires.
 –El *monstuo* se lo ha comido.
 –Eso es ridículo –dijo Veronica saliendo a la terraza y mirando al jardín con asombro–. En nuestro jardín no hay monstruos, ¿verdad, Jack?
 Caffery puso las botellas en el suelo y bajó los escalones hasta llegar al césped.
 –¿Paul?
 El silencio reinaba en los parterres, salpicados de espectrales *Clematis stellata* flotando en la oscuridad. Levantó una rama del sauce y miró debajo. En el desmonte del ferrocarril la oscuridad era más densa. Las luces de Penderecki estaban apagadas.
 –Le voy a matar por esto.
 Maddox se acercó y se puso detrás de Jack.
 –Te mataré por esto, Essex. Se acabó la broma. Estás asustando a los niños... De repente se detuvo.
 –¿Qué pasa?
 –¿Has oído eso?
 –¿El qué?
 –Eso.
 Algo oscuro salió de las sombras y se precipitó sobre ellos. Maddox agachó la cabeza instintivamente y en la terraza Dean lanzó un grito. Caffery se echó hacia atrás de golpe, exclamó «¡Dios!», y entonces vio que era Essex quien se acercaba por el césped a grandes zancadas agitando los brazos como un mono salido de la jungla.
 –*Ki-ai, ki-ai*.
 –Imbécil.
 Caffery movió la cabeza riéndose.
 –Date por muerto.
 En la terraza los invitados se partían de risa.
 –¡Maldito perturbado! Eres un lunático –exclamó Maddox agitando un dedo–. Me las pagarás por esto.
 Essex estaba dolorido.
 –¿*Ki-ai, Ki-ai*? ¿*Munen mushin*?
 –¿Dónde te habías escondido?
 Se pasó la mano por el pelo y movió la cabeza.
 –Ya sabe, me abdujeron en una nave espacial.
 –E hicieron experimentos sexuales contigo, supongo.
 –¡Vaya! ¿A usted también le ha ocurrido? Es espeluznante.
 Rodeó con los brazos a Maddox y a Caffery y les condujo hacia la casa.
 –¿En qué año estamos? ¿Sigue la encantadora señora Thatcher en el poder?
 En la sala de estar Jenna miró a Essex, sin saber si reír o llorar. Kryotos, ruborizada, le dio un golpe en el bíceps.
 –No vuelvas a hacerlo, pedazo de morsa –dijo sonriendo mientras tapaba los oídos de Jenna con las manos y bajaba la cabeza para dirigirse a Veronica–. Dios no les ha dado

sangre suficiente para irrigar el cerebro y la picha. Y cuando intentan utilizar los dos al mismo tiempo –añadió moviendo la cabeza con pena–. la palabra calamidad se queda corta.

–No hace falta que me lo digas –asintió Veronica en un tono inexpresivo.

Hacía bochorno en las habitaciones por la amenaza de lluvia. Llegaron más invitados y el montón de *ficelles* quedó reducido a unas cuantas migas aquí y allá, el hielo se derritió en las cubetas de acero inoxidable y las bandejas de queso y chorizo yacían saqueadas y abandonadas. Alguien había descubierto un CD de vales de Strauss y Marilyn bailaba con Essex, chocándose con la gente y riendo. A veces la habitación se iluminaba con el resplandor azul metálico de los relámpagos distantes.

Caffery cuidaba del vino en una esquina mientras observaba a Dean. Debía de tener aproximadamente la misma edad que Ewan. Para él, la habitación tendría las mismas dimensiones, acogería los mismos temores y el jardín cobijaría las mismas oscuras emociones. De pie, los ojos le llegaban a la altura de la moldura de la pared, igual que a Ewan.

–Bonita casa –dijo Maddox acercándose por detrás–. Esto no lo conseguiste con el sueldo de inspector.

Caffery se dio la vuelta, arrancado de sus recuerdos.

–No, no –dijo mirando su copa de vino–. Mis padres me dejaron en ella.

–¿Te la dejaron?

–No. Me dejaron a mí en ella –contestó con una sonrisa, girando el vino en la copa–. Me la vendieron por cuatro perras, casi regalada. Se alegraron de dejarla atrás. Y también a mí.

–¿Aún viven?

–Oh, sí. Por ahí andan.

–Interesante –asintió Maddox con aire pensativo–. Resulta interesante que nunca antes lo hayas mencionado.

–Sí, bueno... –titubeó.

Cambió de postura y soltó una tosecilla.

–¿Un poco de vino?

–Adelante. Uno más no importa –respondió Maddox tendiéndole la copa–. Romaine ha dado su aprobación oficial a la cocina de Veronica. Lo ha hecho estupendamente esta noche.

Se bebió la mitad de la copa de un trago y añadió:

–Pero yo voy a tener que marcharme, amigo. Quiero pasar por Greenwich a ver cómo le va a Betts.

–¿Qué tal iba la cosa?

–¿Al cierre de la edición? Bastante mal.

–No va a funcionar, ¿verdad?

Maddox se quedó mirándole un instante, le cogió del brazo e hizo un aparte.

–¿Sin que salga de aquí?

—Sí.

—No lograremos que prospere. Al menos no en cuarenta y ocho horas.

—No digas que no te lo dije.

—Gracias —dijo Maddox con un suspiro—. Mañana por la mañana, a las nueve, comienza nuestra primera prórroga, y cuando termine tendremos que acusarle, tengamos pruebas o no: los análisis serológicos van muy lentos y el registro en el piso no ha aportado nada. Los de la oficina de mandamientos judiciales nos consideran unos jodidos chistosos y se ríen de nosotros por todo Greenwich cuando están delante de sus vinos con soda. Y...

—¿Y?

Maddox apuró la copa y se enjuagó la boca con el vino como si no le gustara lo que iba a decir. Estiró la espalda y dijo:

—Nos ha dado una pista. Dice que las chicas tenían un cliente en Croom's Hill. Dejó a la última allí diez días antes de que le detuviéramos. Cree que era Shellene Craw. Dice que hubo sexo. Eso explica lo del pelo.

—¿Croom's Hill?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Steve —dijo Caffery inclinándose y hablando con nerviosismo—. Lo tenemos. Essex y yo estuvimos trabajando en ello esta tarde.

—Bien —asintió—. Te escucho.

—Está forrado. Quiero decir, está en lo más alto, entre los cien más ricos. Pero tiene un pequeño problema: es un desequilibrado que funciona a base de droga de la mejor calidad. Coca muy buena, colombiana, y el opio procede del Triángulo de Oro. Es cliente habitual de Khun Sa, el rey del opio. Y el mayor accionista de HCC Plc.

—¿Y quiénes son esos?

—Una compañía farmacéutica. ¿Has oído hablar de Snap-Haler?

—Me suena.

—Es para los asmáticos. HCC acaba de hacerse con la licencia para comercializarlo en todo el mundo. Las acciones están subiendo como la espuma, la vida le sonríe. Y además...

En el jardín retumbó un trueno e hizo vibrar una bandeja de copas de tallo largo tan relucientes que su temblor provocó reflejos de luz. Algunas mujeres se asustaron y a Marilyn se le escapó una risita nerviosa. Essex dejó de bailar con ella y fue a cerrar los ventanales, pero Veronica lo detuvo apoyándole una mano fría en el brazo.

—No, déjalo. Me gusta la lluvia —dijo dirigiendo la mirada hacia el jardín como si esperara que algo ocurriera. Las gotas comenzaron a caer en la terraza y el olor a tierra mojada entró en la habitación. Jack se volvió hacia Maddox y dijo en voz baja:

—Además está en la junta directiva de St. Dunstan.

Maddox permaneció en silencio, mirando la lluvia. Cerró los ojos un momento, se enderezó el nudo de la corbata y asintió:

—Continúa.

—Ha hecho estudios de medicina. Ofrece chutes a los invitados a sus fiestas. Aunque

era una pista débil, estaba a punto de implicar a un técnico de St. Dunstan cuando aparece este y, ¡bingo!, empiezan a caer las monedas. Todo encaja. Y ahora vienes *tú* y metes Croom's Hill en el bote.

Alzó la copa y la vació de un trago.

—Déjame que lo vigile. Una semana. Estoy tan seguro que iría ahora mismo allí y me encargaría de ello.

—Jack, no es tan fácil como chasquear los dedos y.

Vio la cara de Caffery y movió la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo. Conseguiré que el jefe nos dé cuarenta y ocho horas. Luego ya veremos.

—Bueno, Jack, creo que te conozco bastante como para echarte una buena reprimenda —intervino Romaine pasando su brazo bajo el de Maddox y sonriendo a Caffery—. Tienes que aprender la regla de oro. En las fiestas no se habla del trabajo.

—No lo hacíamos —dijo Maddox.

—Estás mintiendo. Se te nota en la cara.

—No le hagas caso, Jack. Es que quiere que me jubile anticipadamente.

—Hay que entender a mi marido —dijo dándole un golpecito en el pecho—. Quiere que todo el mundo sea feliz. Y eso le pesa.

Maddox le cogió la mano y le dio un beso en la palma.

—Ya hemos acabado, te lo prometo. Solo estaba mirando a Marilyn y a los niños. Me recordaban a Steph y Laure a su edad.

—¡Pero bueno! No me digas que te estás poniendo sentimental.

Le dio un beso y se echó hacia atrás arrugando la nariz.

—Bien, veo que tendré que conducir yo —dijo rebuscando en su bolso—. Creí que tenías trabajo esta noche.

—Y así es —contestó abriendo la boca y dejando que su mujer le pulverizara una dosis de refrescante bucal—. Solo he tomado un par de copas.

—Es culpa mía —dijo Caffery—. Soy el responsable del vino...

Se detuvo. La expresión del rostro de Romaine había cambiado, y ahora se llevaba un dedo a la boca para pedirle que se callara.

—Mira —dijo susurrando, con los ojos fijos en los ventanales que había detrás de él—. Date la vuelta.

Mientras ella hablaba se dio cuenta de que el resto de las conversaciones se iban apagando. Los invitados dejaban las frases sin acabar y se giraban para mirar a la puerta de cristal. Extrañados, asombrados. El entusiasmo de Caffery se desvaneció.

Lentamente, como si temiera, como si supiera lo que iba a ver, se dio la vuelta.

Dean estaba sentado en el umbral, con la cara pálida y tensa, paralizado por la aparición que tenía ante sus ojos. Tras él, Veronica sonreía ligeramente, medio fascinada. Los ventanales estaban abiertos de par en par, y bajo el débil fulgor de la luz eléctrica se hallaba Penderecki, sosteniendo en los brazos una extraña mezcla de cosas color ocre, empapado de lluvia, con su pelo escaso y revuelto resplandeciente bajo la luz de los relámpagos.

La habitación cayó en el silencio más absoluto. Caffery se quedó boquiabierto, mirando aquellos ojos de pesados párpados, incapaz de adivinar qué era lo que Penderecki sostenía en sus brazos.

Entonces Penderecki se lamió sus gruesos labios y, dando un paso hacia delante, sonrió. La gente se apartó, él pestañeó lentamente y, emitiendo un sonido que parecía un suspiro, dejó caer un montón de huesos astillados que se desparramaron entre los pies de los invitados.

Solo Logan y Essex se quedaron hasta la una de la madrugada. Maddox tuvo que marcharse a Greenwich y los demás invitados salieron apresuradamente, lanzando incómodas miradas a Caffery que, sentado en los escalones, se miraba las manos y respiraba hondo para recuperar el ritmo cardíaco.

Veronica, con una tranquilidad casi surrealista, intentaba retenerlos.

«No hay por qué preocuparse. No os vayáis. Podemos sentarnos en el comedor.»

Cuando se dio cuenta de que la batalla estaba perdida, cerró la puerta de la casa de un portazo y se retiró malhumorada a la cocina para cargar el lavavajillas. Logan se fue a Shrivemoor a recoger la bolsa con su material y Essex se pasó la siguiente media hora con Caffery, repartiéndole el Glenmorangie que quedaba en una serie de tragos cortos y digeribles.

—Igual que un niño —susurró Caffery mirando fijamente el vaso.

—Igual que un niño de pañales grande, lleno de mocos —convino Essex—. Bueno, ¿me va a contar o no?

Caffery dirigió la mirada a la puerta corredera de la sala de estar, cerrada para que no viera el macabro montón de huesos en el suelo.

—Creo que podría ser mi hermano.

La expresión del rostro de Essex cambió.

—¿Su *hermano*?

—El catorce de septiembre de 1974 echó a andar por la vía del ferrocarril que hay detrás de la casa y no lo volvimos a ver.

Bajo la tenue luz eléctrica, Caffery se desahogó contando a Essex la historia. Le habló de la casita del árbol, de la pelea que le había dejado para siempre el pulgar ennegrecido, de cómo Ewan se había alejado por la ladera del desmonte del ferrocarril —«Lo llamábamos "el sendero de la muerte". ¡Menuda ironía!»—, del modo en que su madre sollozaba y gritaba en el jardín trasero, mordiéndose los brazos desesperada, mientras la policía registraba la casa de Penderecki durante diez horas sin encontrar nada, ni una sola prueba de que Ewan hubiera puesto el pie allí. Después las sospechas se dirigieron hacia su propio padre, al que la policía se llevó y tuvo detenido durante dos días —«¡Dios mío! Eso casi acaba con su matrimonio.»

La botella de Glenmorangie iba menguando.

—Al final todo el mundo se dio por vencido y abandonó. Supongo que no podían hacer otra cosa. Pero yo no pude. Yo sé que él escondió el cuerpo de Ewan, al menos mientras registraban la casa. Quizá lo llevó al campo. Tengo algunas cosas, facturas, cartas —dijo señalando con la cabeza al piso de arriba—, indicios que he ido recuperando a lo largo de

los años, que sigo intentando ordenar, sentándome a analizarlos para obtener alguna pista. Pero de una cosa estoy seguro –dijo apurando su bebida de un trago–, él lo retuvo. Penderecki tiene todavía a Ewan.

–¿Así que sigue esperando que le devuelva a su hermano?

Caffery se miró el pulgar, parpadeando con esfuerzo.

–Quizá sea eso lo que acaba de hacer esta noche, ¿no? ¿Crees que esos huesos de ahí son de Ewan?

Essex se puso en pie lentamente, haciendo una mueca mientras la sangre retornaba a sus piernas.

–No sé, Jack. Pero lo averiguaremos.

La tormenta de verano se desplazó hacia el sudoeste de Greenwich y la antena plateada del transmisor de Crystal Palace oscilaba a la luz de la luna. Hasta las casas diseminadas en los límites de Blackheath parecían acercarse unas a otras para impedir que el viento arrancara los viejos brezos.

Harteveld estaba sentado a la mesa de caoba de la sala de estar, en silencio, con *The Times* extendido ante él y una botella de *pastis* al lado. Notaba la presión atmosférica en las sienes. A pesar de los analgésicos que había tomado y de la coca que había consumido no conseguía librarse del dolor. Y las manos. Tenía las manos frías. Heladas. Estaba leyendo la noticia sobre los cuerpos que habían encontrado cerca del Millennium. Kayleigh Hatch, Petra Spacek, Shellene Craw, Michelle Wilcox y una joven que no habían podido identificar debido a su avanzado estado de descomposición. Él sí sabía quién era: la niña de las calles de Glasgow cuya muerte había ocurrido mientras él estaba durmiendo. Nadie había denunciado su desaparición.

De pronto dio un manotazo al periódico y hundió el rostro entre las manos. Estuvo así varios minutos, moviendo la cabeza de un lado a otro, arañándose el cuero cabelludo con los dedos como si pretendiera arrancarse los pensamientos. Luego, temblando con violencia, se puso en pie de un salto. Agarró la botella de *pastis* y se encaminó dando traspiés hacia el invernadero, abriendo de par en par las puertas a su paso. El viento que bramaba en el jardín haciendo vibrar los cristales de las ventanas le golpeó la cara.

Toby Harteveld se quedó inmóvil, arrostrando el vendaval y escuchando cómo las largas hierbas se combaban en los parterres y producían un sonido como el de la lluvia al caer. La tormenta se aproximaba. Surgía con fuerza en el cielo nocturno y se dirigía hacia él con la rapidez de un cometa: su objetivo era el mismísimo centro de su pecho.

El camión de la basura del Servicio Municipal de Medio Ambiente de Greenwich se detuvo en el centro de la calzada detrás de una furgoneta blanca, sin ningún distintivo, donde Croom's Hill desciende y gira por delante del antiguo convento de las ursulinas. Minutos después el camión siguió su camino colina arriba, haciendo una parada, como de costumbre, en el exterior de la casa de Hartevelde. La furgoneta se desvió y dio un amplio rodeo a través de Blackheath, llegando a la curva en la cumbre de Croom's Hill justo a tiempo para coincidir con el camión por segunda vez. Los operarios entregaron dos sacos llenos de basura al conductor, que los pasó con cuidado a un colega en la parte trasera de la furgoneta y cerró las puertas. Una vez en su asiento, ajustó el espejo retrovisor hasta ver un Ford Sierra gris aparcado en un recodo de la colina, semioculto bajo un roble que goteaba. El conductor de la furgoneta no se giró. Con un ligero movimiento, casi imperceptible, extendió el pulgar y lo puso ante el espejo retrovisor.

Esperó hasta que los dos hombres del Sierra asintieron en respuesta, arrancó la furgoneta y se dirigió colina arriba.

Tras los muros del jardín, Hartevelde no vio ninguno de esos movimientos. Estaba apoyado en un banco de piedra, escudriñando el amanecer con los ojos enrojecidos. A su lado, en un macizo de violetas y margaritas, había una botella de *pastis* vacía y un pequeño montón de colillas. Había pasado toda la noche allí, a la intemperie, oyendo cómo el temporal y las sirenas se perseguían por todo Greenwich, inmóvil mientras las nubes se henchían, descargaban lluvia sobre su rostro y convertían el laberinto de senderos en torrentes de agua. Los relámpagos habían vuelto azul la blanca aguja de la iglesia, y al amanecer los frutales habían perdido varias ramas, el césped estaba anegado y los hermosos iris que bordeaban la tapia oeste yacían arrasados. Las puertas del invernadero seguían abiertas y las páginas de *The Times*, arrastradas por el viento desde la sala de estar, se encontraban esparcidas por el invernadero y el patio. El rostro de Kayleigh Hatch colgaba de una de las ramas de un cedro del Líbano.

Mientras las sombras del jardín se desvanecían y el sol del nuevo día secaba las telarañas impregnadas de lluvia en las ramas de las hayas rojas, Hartevelde comenzó a moverse.

Dentro del Sierra, Betts se dio la vuelta y miró a Logan. En algún lugar del callejón junto a la casa de Hartevelde alguien había arrancado el motor de un coche. Al cabo de un rato se abrieron las puertas de un garaje y un soberbio coche verde, un coche clásico

precioso, salió al callejón. Giró a la izquierda por Croom's Hill y desapareció en la mañana luminosa.

Betts movió ligeramente los labios y puso el coche en marcha.

A unos diez kilómetros de distancia, en el cuartel general de Shrivemoor, el teléfono de Caffery sonó.

—¿Inspector Caffery? Soy Jane Amedure, la especialista del Servicio de Ciencias Forenses. Acabo de recibir dos bolsas de basura negras con su contenido. Voy a analizarlas con el cromatógrafo de gases y el espectrómetro de masas y cotejaré los resultados con los de las autopsias. Tendré las conclusiones al final del día.

Se aclaró la garganta y añadió:

—Otra cosa: el sargento Essex me trajo algo más esta mañana.

—Sí —contestó Caffery sin mucho entusiasmo. Estaba agotado—. Eso era algo personal. De mi parte. Todavía no lo estamos investigando. Al menos no de manera oficial.

—Ya. El sargento Essex me ha puesto al corriente. Si todo queda entre nosotros, podría incluirlo en la operación Walworth.

—Es usted muy amable.

—Es que me han contado la historia.

—¿Y hay algo que pueda decirme?

—A primera vista no mucho. Son restos antiguos y muy fragmentados. Si resultaran ser humanos les haría un análisis de ADN mitocondrial, por lo que necesitaría saber si su madre aún vive. ¿Sigue usted ahí?

—Sí, sí, estoy aquí.

—Le preguntaba si su madre aún vive. O alguno de sus parientes.

—Sí, todavía vive. ¿Cree usted que son humanos?

—Se lo podré decir con seguridad al final de la tarde, o quizás mañana.

—Gracias, doctora Amedure. Muchas gracias.

Colgó el auricular, se reclinó en la silla y se quedó mirando por la ventana unos minutos. Sentía un dolor sordo e intenso en el entrecejo. Se había ido a la cama a las cuatro de la mañana. Cuando Betts regresó, estuvieron trabajando una hora. Mientras Verónica envolvía las copas de su madre y las guardaba en una caja de embalaje, Essex, encerrado en la sala de estar, se puso a etiquetar los huesos y a meterlos en bolsas con mucho cuidado, como si manipulara los sentimientos de Caffery con sus manos. A las diez de la mañana, justo cuando comenzaba la prórroga del período de detención de Géminis, todo el mundo en Shrivemoor conocía la historia, sabía quiénes eran Ewan y Penderecki y entendía a Caffery un poco mejor. Las chicas del centro de coordinación le miraban de un modo distinto, de un modo que, curiosamente, para él se parecía al miedo. Sabía que si se dejaba llevar podía derrumbarse antes de que Amedure tuviera listo el informe sobre los huesos.

—¿Tienes un minuto?

Maddox estaba junto a la puerta.

—Alguien quiere verte.

—Sí, sí, adelante.

—¿Quiere que les deje solos? —preguntó Maddox al individuo que esperaba en el pasillo—. Puedo marcharme si lo desea.

—Me da igual que lo oiga.

North, el dueño del depósito de áridos, entró en la habitación. Llevaba un polo blanco de cuello vuelto debajo del traje, zapatos lustrosos, una pesada cadena de oro alrededor del cuello y sudaba abundantemente por el calor. Con la mirada inquieta, se sentó en la silla que Maddox le ofreció.

—Me siento como un auténtico gilipollas al venir aquí, con perdón de la expresión.

Jack y Maddox se sentaron, apoyaron los codos en los escritorios enfrentados y cruzaron los dedos de las manos. Maddox ladeó la cabeza.

—Parece que quiere usted decirnos algo.

—Supongo que debo hacerlo —dijo cogiendo la arruga que se había formado en la rodilla de su pantalón y sacudiéndola ligeramente para que se asentara—. Lleva varios días rondándome en la cabeza, y mi mujer... Bueno, se ha enfadado tanto que no está dispuesta a dejarme entrar en casa hasta que haya hecho lo correcto y haya hablado con ustedes.

—¿De qué se trata?

—Es ese tipo de Greenwich...

—¿Qué sabe usted de él?

—¿La verdad?

—Sí. Si le parece bien.

—Tengo un amigo en este departamento.

Caffery y Maddox intercambiaron una rápida mirada.

—Se trata de un chico negro, ¿verdad? —preguntó North.

—¿Es eso importante?

—En cierto modo.

North se quedó mirando la arruga del pantalón y a Caffery le pareció que se esforzaba en ocultar su vergüenza.

—Puede que haya dicho algo a alguien... Bueno, algo que no es del todo cierto.

—¿Cuando le interrogaron, quiere decir?

—No, después. En el pub —dijo relajando el rostro—. Se llama Mel Diamond. Inspector Diamond.

Maddox suspiró.

—¿Qué pasa con él?

—Es un viejo amigo. Somos hinchas del Old Charlton.

North se mordió el labio.

—Mire, mi hija vive al este de Greenwich, cerca del depósito. Tiene problemas con los vecinos. Son nigerianos. Hacen mucho ruido, huele muy mal, son unos brutos ignorantes, tienen ratas que entran por los huecos de la pared, por debajo de la tarima del suelo, y llegan hasta el cuarto del niño.

Hizo una pausa.

—No es que tenga nada contra ellos, pero andan por ahí conduciendo sus coches flamantes. Dios sabe de dónde los sacan porque ninguno de ellos trabaja... Y ahí está mi hija, buscándose la vida y sin poder conseguir un puesto de trabajo cerca de casa porque, tal como están las cosas, todos se los llevan los negros.

—¿Adónde quiere llegar, señor North?

—Mentí.

—¿Mintió?

—¿Es que no entienden mi situación? Estoy seguro de que ustedes habrían hecho lo mismo si su hija viviera donde la mía.

—Cuando dice que mintió...

—Verá. Le dije a Mel Diamond que había visto a un nigeriano en un deportivo rojo merodeando por el depósito. Creí que así podría asustar un poco a esos chicos... Pero entonces llegaron ustedes y detuvieron a otro.

—Teníamos muchos testigos que también decían haberlo visto.

North hacía girar su anillo de boda alrededor de un dedo hinchado y amoratado.

—Bueno, no sé lo que habrán dicho ellos, pero la pura verdad es que yo no vi a nadie merodeando por ahí. Sé que me he comportado como un auténtico canalla. Espero que estén ustedes contentos.

—Señor North —dijo Maddox poniéndose en pie y alargando la mano. El teléfono de su escritorio estaba sonando—. Le agradecemos su sinceridad. Ahora, si nos disculpa.

Mientras North se marchaba, Maddox cogió el teléfono.

Era Betts, que llamaba para decir a Jack que Harteveld había salido de Croom's Hill.

El interior del Cobra olía a cuero y, levemente, a asfalto caliente porque el aire acondicionado succionaba partículas del exterior. Al llegar al semáforo donde Tooley Street asciende para confluir con el puente de Londres, se detuvo. Hacía un día despejado y luminoso y el sol centelleaba en los nuevos edificios a lo largo del Támesis dándoles la apariencia de terrones de azúcar.

Desde su burbuja metálica, Harteveld dirigió una mirada vacía al puente. No se había percatado del impecable Sierra, cinco coches más atrás, ni de los dos hombres que había en su interior, inmóviles tras sus gafas de sol. Aunque estaba muy delgado —debía de haber perdido más de diez kilos desde las últimas Navidades—, ahora sudaba como un hombre grueso: a pesar del aire acondicionado, un sudor amarillento empapaba la pechera de su camisa.

El semáforo se puso verde, pero el coche de delante no se movió. Harteveld apenas se dio cuenta. Sus largas manos, apoyadas en el volante, parecían querer cerrarse sobre sí mismas. Pensó —casi era un deseo— que su cuerpo quizás comenzaba a ceder.

El murmullo de la gente cruzando la calle, los trajes oscuros, las mujeres con zapatos de tacón y medias color carne, la chaqueta blanca de un médico internista que salía apresuradamente del hospital Guy's para echar el correo antes de la recogida... A su izquierda, la torre del hospital, tachonada de antenas parabólicas, parecía reconocer su vehículo entre el resto. Se estremeció. Tenía que encontrar algún sitio donde aparcar:

necesitaba parar, salir del coche y caminar los metros que quedaban hasta la Clínica York. Pero parecía más fácil acarrear la Tierra sobre los hombros por toda la galaxia.

El plan era confuso y desesperado. Después de haber pasado días deseando que su corazón estallara de forma espontánea y así evitar la necesidad de tomar la decisión, ahora sabía que debía ponerse en manos de la comunidad psiquiátrica. Y hacerlo en la Clínica York, en los terrenos de la escuela de medicina donde se había plantado la semilla, parecía simbólico y adecuado. Catártico, si para lo suyo había catarsis posible.

Pero mientras lo pensaba, mientras se imaginaba desembarazándose de aquella carga en una habitación decorada de forma austera, los ojos se le llenaron de lágrimas. Ni siquiera un psiquiatra podría perdonar lo que había hecho. Hasta un profesional retrocede ante el hedor de la mierda. Estaba atrapado. No había salida.

Siguió allí sentado con las manos aferradas al volante. El semáforo se puso verde una vez. Dos veces. El tráfico no se movía. Hartevelt se inclinó hacia un lado y el reflejo del sol sobre una insignia metálica le hizo darse cuenta de que dos coches delante del suyo había un control de policía.

Sin moverse, de manera discreta, rompió a llorar.

Diamond se encontró a North en el exterior del edificio.

—¿Qué cojones haces aquí?

North cruzó los brazos sobre el abdomen y continuó su camino.

—He dicho que qué cojones haces aquí.

—Tenía que contar la verdad.

—¿Qué les has dicho?

—Que no vi a nadie fuera del depósito.

—¡Mierda!

—Lo siento, amigo.

—¿De qué coño sirve decir ahora lo siento? Me fie de lo que me dijiste y seguí adelante. Construí todo el caso a partir de lo que me contaste.

Mientras el sol centelleaba sobre la cadena que le colgaba del cuello, North se detuvo y miró a Diamond.

—Tú sabías que mentía.

—De eso nada.

—Claro que lo sabías. ¡Pues no te pusiste contento ni nada cuando dije que había visto a un negrata merodeando!

Diamond se metió las manos en los bolsillos y movió la cabeza.

—No es así como yo lo recuerdo, amigo. No es así como yo lo recuerdo.

El agente Smallbright de la comisaría de Vine Street estaba de buen humor. Era bien parecido y estaba enamorado. Hacía un día estupendo, luminoso, y el sargento les había permitido ponerse manga corta bajo el chaleco fluorescente. Los diez agentes de tráfico se encontraban a escasos metros del puente de Londres con sus camisas blancas

aleteando por la cálida brisa. Era maravilloso sentirse vivo, pensó mientras se inclinaba para mirar al conductor del Cobra verde por la ventanilla.

—Buenos días, señor.

La expresión cadavérica del conductor no afectó a la sonrisa de Smallbright. Dio un golpecito educado en la ventanilla.

—Por favor, podría...

El cristal bajó. Una ráfaga de aire frío, viciado, y la cara macilenta del conductor le hicieron detenerse. Se mordió el labio.

—Siento molestarle, señor, pero estamos realizando un control. Es algo rutinario. Solo se trata de echar un vistazo, ¿de acuerdo?

Dedujo que el silencio era un signo de conformidad y mientras se dirigía hacia la parte trasera del Cobra, volvió la vista y una nueva inquietud nubló sus pensamientos. Parecía que el conductor, cosa extraña, estaba llorando.

Maddox apoyó la frente en el cristal de la ventana y suspiró.

—Me pregunto qué habré hecho para merecer esto. Es a mí a quien van a machacar los huevos, no a Diamond.

—¿Crees que inventó los interrogatorios a los vecinos?

—¿A ti qué te parece?

—Creo que deberíamos comprobarlo. Si Géminis ha estado pudriéndose todo este tiempo en un calabozo por un falso testimonio...

—No lo digas, Jack. Por favor, no lo digas.

Harteveld permaneció sentado, impasible como una roca, mientras el agente comprobaba la parte de atrás del Cobra y pasaba los dedos por el parachoques y las luces traseras. El sudor se había detenido. El fuerte brillo de la luz del sol sobre el agua se reflejaba en los edificios de cristal. Al norte del río se veía el hilo de una nube que ascendía en espiral sobre la cúpula azulada de la catedral de St. Paul como si un espíritu estuviera abandonando un cuerpo. Un vapor que se transformaría en un estrato diferente de la atmósfera, se mezclaría con otro vapor, cristalizaría, se licuaría y un día volvería a caer a la tierra. Más puro. Limpio como el diamante.

—¿Quién es el ciento sesenta? —gritó Caffery por encima de las cabezas de los receptores de documentación y los oficiales que pululaban por la habitación. Estaba en mangas de camisa, con una mano apoyada en el escritorio, mirando la pantalla de una de las operadoras responsables de la indexación de datos. El cursor parpadeaba en la parte superior junto al siguiente mensaje:

«Registro bloqueado puerto 160».

Alguien en la sala había abierto el archivo de las indagaciones realizadas en el vecindario y el sistema no le dejaba acceder a él.

—He preguntado QUIÉN ES EL CIENTO SESENTA.

Una docena de ojos imperturbables le miraron por encima de los montones de hojas de

servicio azules y expedientes de color marrón. En un rincón, junto al almacén de pruebas, estaba la única persona que no había alzado la vista. La cabeza de Diamond, inclinada sobre la elipse gris del monitor, parecía resplandecer. Pegada a la pantalla había una tira de Dymo azul con el número 160.

Caffery y Maddox cruzaron la habitación.

—¿Qué coño está haciendo aquí?

Diamond los miró con sus tranquilos ojos azules.

—Simplemente cruzando unos datos.

—Eso es tarea de Marilyn.

—Vaya —dijo apartando el teclado a un lado—. Lo siento. Espero no haber jorobado nada.

—No me gustaría pasarme el día —dijo Maddox— repasando las medidas disciplinarias por falsedad y prevaricación.

—Lo comprendo, señor.

Más tarde, cuando Kryotos revisó los datos en HOLMES, descubrió que, en las entradas referentes a los interrogatorios a los vecinos, los números de las casas habían sido borrados o no habían sido introducidos jamás.

—¿Inspector Diamond?

Maddox lo encontró en el almacén de pruebas, con los pies encima del escritorio.

—¿Señor?

—Acompáñeme, tenemos que hablar.

Caffery permaneció en el pasillo viendo cómo Maddox abría la puerta de la oficina del Grupo F, colocaba la mano en la espalda del inspector Diamond, animándole a entrar con delicadeza, y cerraba la puerta tras ellos con un golpe seco.

Cuando el agente Smallbright acabó de hacer sus comprobaciones se quedó asombrado del cambio en la expresión del conductor. Parecía que le hubieran pasado una mano por la cara y alisado todas las arrugas como cuando un rastrillo borra las huellas en la arena. Estaba muy tranquilo, con la mirada fija en un punto al otro lado del río.

—¿Sabe que tiene un piloto trasero roto, señor?

—No me diga —contestó Hartevelde. Abrió la puerta y salió del coche, exponiendo a la luz del sol su cuerpo largo y cadavérico. Se quedó parado, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia el cielo, como si nunca antes hubiera sentido el sol sobre la piel. El traje le quedaba grande y las manos le colgaban de las mangas como los badajos de las campanas antiguas.

—¿Señor?

—Sí.

—Solo es un piloto roto. Nada serio. Un simple piloto.

—Sí, claro. Y por favor no se olvide de las chicas muertas.

—¿Cómo dice, señor?

—Dígales lo que he hecho, si es usted tan amable.

El agente Smallbright lanzó una mirada nerviosa a su sargento, que estaba a punto de

introducir la cabeza por la ventanilla del conductor de un Mazda.

—¿Quiere usted decirme algo, señor?

—No, no, muy amable. Creo que debo irme.

El agente Smallbright nunca había visto nada parecido a lo que ocurrió a continuación. «Jamás había visto el río con mejor aspecto» —contaría más tarde—. «Tan azul, tan brillante. Pero aquel tipo parecía un cadáver, una cosa muerta, de un gris amarillento, como el color de la leche cuando se corta.»

Mientras Harteveld localizaba con precisión las coordenadas del lugar de su muerte, cinco coches más atrás, dos hombres, no mucho más jóvenes que él, presintieron a la vez lo que solo él sabía. Aunque quedaba fuera de sus atribuciones, el detective Betts comprendió que era una emergencia.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Salieron del coche a toda prisa, apartando a los transeúntes, que se echaron a un lado, asustados por aquellos dos hombres con gafas de sol y caras tensas, completamente trajeados y con las corbatas al viento. Recorrieron los casi cien metros que les separaban del puente en menos de veinte segundos, pero Harteveld, a pesar de su paso lento, les llevaba ventaja. Si se dio cuenta de su presencia, su única reacción fue una ligera inclinación de cabeza, como si acabara de oír algo que atrajera su atención de manera vaga y momentánea. Llegó al parapeto del puente casi sin romper el paso y, como si el siguiente movimiento no fuera distinto a los anteriores, se arrojó al vacío.

El agente Smallbright soltó un grito. Los dos hombres rodearon la parte delantera del control de tráfico y corrieron hacia el parapeto. Smallbright salió tras ellos, alcanzándolos unos segundos más tarde. Los tres hombres se detuvieron, jadeantes, mientras quince metros más abajo el rostro sereno de Toby Harteveld asomaba a la superficie como si fuera la panza amarillenta de un pez. Se retorció, agitó los brazos como una marioneta un par de veces y, dándose la vuelta, desapareció bajo las aguas verdes.

–¿Te encuentras bien, amigo? –preguntó Maddox a Caffery en la oficina.
 –Solo estoy cansado.
 –Respecto a lo ocurrido, ya sabes, lo de tu hermano, Podemos hablarlo y, si quieres, puedo darte un permiso por asuntos familiares. Hasta dos semanas.
 Caffery asintió con la cabeza.
 –Gracias.
 –¿Cuándo quieres...?
 –No, no voy a coger ningún permiso.
 –Como tú digas –contestó jugueteando con un clip–. Ojalá me lo hubieras dicho. Podríamos haber hecho algo.
 –Antes me gustaría que hicieras algo con Mel Diamond.
 –Se lo he advertido. Otro error y, sin más amonestación, iremos directamente a la vista oral.
 –Se ha librado con mucha facilidad, ¿no?
 –Es todo lo que puedo hacer por el momento: una advertencia verbal. No puedo hacer otra cosa.
 –¡Dios! –exclamó Caffery arrojando su bolígrafo con estrépito. Maddox alzó la vista, sobresaltado.
 –¿Qué pasa?
 –No sé, Steve. Lo único que sé es que ese tipo es un cabrón. Jode todo lo que toca, y tú...
 Hizo una pausa para recobrar el aliento.
 –... y tú vas y te amilanas. Tú y tu Club Náutico Metropolitano, y tu regata Frostbite y tu red de viejos amigos...
 –Para, para, Jack –replicó Maddox levantando la mano–. No soy estúpido. Todos sabemos cómo se las arregla Diamond: a base de dar coba. Y eso de la red de viejos amigos, ¿a qué viene? No existe. Quizás en otros lugares, pero no en la AMIP.
 Se detuvo un instante y, bajando la voz, prosiguió:
 –Escucha, Jack...
 –¿Qué?
 –No debería ser necesario decirlo, pero lo haré. *Eres* mejor policía que él. Tarde o temprano acabará dando un paso en falso. Tú –añadió partiendo el clip en dos y tirándolo a la papelera–..., tú no, Jack. Tú... –titubeó reclinándose en la silla, con los brazos cruzados y mirando a su inspector con expresión de satisfacción–. Bueno, tú no te preocupes, ¿vale?

–Señor...

Kryotos asomó el rostro por la puerta, chupando una barrita de chocolate Twix.

–El mensajero del Servicio de Ciencias Forenses está aquí.

–Gracias –contestó Maddox poniéndose en pie con desgana–. Esto debería ayudarnos a decidir si presentamos cargos o no.

Salió de la habitación, dejando a Kryotos y a Caffery frente a frente.

–¿Sí? ¿Qué pasa?

–Oh, nada. Solo espero que estés bien. Eso es todo. Estamos preocupados por ti.

Caffery se hundió en el asiento avergonzado por su salida de tono.

–Es muy amable por tu parte.

–Amable, no. Humano.

Se dio la vuelta para marcharse y se detuvo en el umbral con un dedo manchado de chocolate en la boca.

–Deduzco que ya no quieres interrogar a Cook.

–No.

–Bien, porque el vuelo de Air India sale dentro de una hora. ¿Estás seguro?

–Sí, deja que se vaya.

–Ah, anoche llegó un mensaje para ti. Que llames a Julie Dar–ling. Ya sabes, de Little Darlings –dijo esbozando una sonrisa.

Por la voz supo que la había despertado.

–Lo siento.

–No se preocupe.

Julie contuvo un bostezo.

–Me suelo levantar tarde. Gajes del oficio.

–Recibí su mensaje –explicó sujetando el auricular con la barbilla–. ¿Hay algo que haya recordado?

–No recordado. Ocurrido. Ha ocurrido algo.

–Soy todo oídos.

–Usted me dijo que lo llamara si alguna otra me dejaba plantada.

–Sí.

–Pues alguien lo ha hecho.

Caffery hizo una pausa.

–Bien. ¿Quién?

–Se llama Peace. Peace Nbidi Jackson. Es, no sé, medio ghanesa o algo así. No se presentó a una actuación en Earl's Court y desde entonces no le he vuelto a ver el pelo.

–¿Dónde actuó por última vez?

–Tenía un contrato al este de Greenwich. En The Dog and Bell. El miércoles pasado. *El día antes de que estuviéramos allí. Él llegó antes que nosotros...*

–Julie –dijo estirando el brazo para coger un bolígrafo del cajón y quitarle el capuchón con los dientes–, ¿tiene su dirección? Así nos quedaremos tranquilos, ¿de acuerdo?

En el centro de coordinación, Kryotos ya sabía todo acerca de Peace Nbidi Jackson.

–Es una de las treinta chicas sobre las que nos ha pedido información Scotland Yard.
Deslizó el cursor por la pantalla.

–Aquí está. Clover Jackson, que es la madre de Peace, denunció su desaparición ayer. Peace tiene un pequeño problema con las drogas. Heroína. Cogió un autobús en East Ham cerca del túnel de Blackwall. La madre cree que últimamente había estado en Greenwich. Al ver que no había vuelto a casa, se preocupó y llamó a la policía bastante alterada.

–De acuerdo. Que alguien vaya a su casa. Y abre un expediente. Quizás haya cometido un error por primera vez al llevarse a alguien cuya desaparición ha sido denunciada.

Alzó la vista. Maddox estaba en la puerta con un papel en la mano. Caffery reconoció el rombo azul y rojo del Servicio de Ciencias Forenses en la esquina superior derecha. Solo podía significar una cosa.

Maddox esperó hasta que el centro de coordinación estuvo en silencio.

–Bien. La buena noticia es que podemos dejar de molestar al juez.

Nadie habló.

–Ese pobre gilipollas que está en Greenwich va a marcharse a casa. Aunque hubieran tenido una muestra de sangre mejor no la habrían necesitado. Ni siquiera es del mismo grupo sanguíneo.

Sentado en su silla junto a la pared del fondo, Diamond contrajo los músculos de la mandíbula bajo la piel bronceada y sus arrugadas fosas nasales comenzaron a latir despacio como si quisieran ensancharse. El teléfono de Kryotos sonó de repente, sobresaltando a todo el mundo. Marilyn se quedó mirando al aparato un instante, ruborizada por haberse convertido en el centro de atención. Era Betts que llamaba desde el puente de Londres. Kryotos escuchó, miró a Maddox, luego a Diamond y, sin decir nada, pasó el teléfono a Caffery.

Géminis clavó la mirada en un sucio pegote negro sobre la pared del calabozo y se preguntó si aquello era lo que él creía.

Joder, ¿es que aquí no limpian o qué?

La puerta se abrió y entró el sargento de custodia con la ropa de Géminis en una funda de plástico. Las Nike estaban apoyadas encima como dos barras de pan blanco recién salidas del horno.

–Señor Henry.

–¿Qué pasa?

–Se marcha a casa.

Géminis puso los ojos en blanco con recelo.

–¿Seguro?

–Sí.

El oficial dejó la ropa sobre el camastro que había al lado, la estiró, le lanzó una mirada de aburrimiento y añadió:

–Seguro.

Caffery estaba hablando por teléfono con Fiona Quinn cuando Essex y Logan llamaron a la puerta. Essex tenía una expresión seria.

—Nos vamos a casa de Hartevelt —dijo sujetando la conocida caja de herramientas amarilla.

—Enseguida voy. Quinn ha dicho que la esperemos.

—Jack.

—¿Qué hay?

Essex se inclinó hacia delante para que Logan no lo oyera.

—La doctora Amedure ha estado intentando hablar con usted desde el laboratorio.

—¿Sí? —dijo Caffery estirándose y tapando la boquilla del teléfono con la mano—.

¿Tiene algo?

Essex hizo una pausa.

—Parece que sí.

—¿Y bien?

—Dice que son de animales. Huesos de cerdo. Lo lamenta.

Caffery se hundió en la silla.

—¿Está bien?

—Sí, sí. No es ninguna sorpresa.

—Podrían acusar a Penderecki de perturbar el orden público. Llevarle a juicio. Hay montones de testigos.

—No.

Caffery estaba cansado. Cansado de lo mucho que estaba costando Ewan.

—Gracias. Pero lo dejaré estar. No será la última vez.

Las puertas del invernadero estaban abiertas. Caffery sujetó la orden de registro y las cédulas con cinta adhesiva al cristal de una ventana y se echó hacia atrás para dejar que entraran la sargento Quinn y el detective Logan, que parecían un par de sesudos fantasmas con sus monos blancos. Essex y él se quedaron fuera arrastrando los pies por la gravilla y examinando un montón de colillas húmedas en un macizo de margaritas.

Ese día, más propio de otoño que de comienzos de verano, hacía viento, y la luz del sol oscilaba como en un estroboscopio sobre los frondosos árboles, entre los que destacaban unos arces japoneses y un ginkgo imponente que inundaban el jardín con sus chispeantes reflejos verdes y amarillos. Le recordó a aquel día de septiembre en el que Ewan se había alejado siguiendo el murmullo de las vías del tren. Huesos en un banco anónimo del laboratorio del Servicio de Ciencias Forenses. Huesos de cerdo. Penderecki seguía hurgando en la herida.

—¿Señor?

La sargento Quinn estaba al principio del corredor de losetas blancas y negras con la mano enguantada apoyada sobre una pesada puerta de roble.

—Está cerrada —dijo cuando Caffery se acercó—. No encuentro las llaves por ningún sitio.

—Bien. ¿Usted qué cree?

—No puedo decir que esté deseando entrar.

Echó la cabeza hacia atrás y olisqueó el aire.

—Quiero decir, no...

—Sí —asintió Caffery—. Huele desde el jardín.

Essex encontró un escoplo en el garaje y, después de que Quinn espolvoreara una pequeña ventana de la planta baja en busca de huellas, hizo palanca con cuidado para arrancar la moldura y dejó que la hoja de cristal se desplazara del marco. El olor liberado hizo que dieran un involuntario paso atrás.

Quinn sacó rápidamente una mascarilla de su maletín y sonrió.

—Quédense aquí y pónganse estas bolsas en los zapatos.

Logan y ella se movieron con precaución, deteniéndose un instante en el alféizar para dirigir la luz de la linterna hacia las cortinas y la parte inferior de la ventana.

—¡Menudo pestazo hay aquí, Jack! —confirmó Logan.

—No hace falta que lo digas.

—Deme unos cuantos escalones de paso de esos que hay en la bolsa.

Caffery les pasó una pila de ligeros bloques de plástico amarillos y Quinn y Logan desaparecieron tras las cortinas. Essex y Caffery no podían hacer otra cosa que ponerse

unas bolsas sobre los zapatos y esperar a la sombra del cedro del Líbano, silbando y agitando las monedas de sus bolsillos.

—Bueno —dijo Essex tras un largo silencio—, ¿a qué cree que se debe el olor?

A Caffery le sorprendió descubrir un leve brillo en su rostro. Essex estaba *nervioso*. A pesar de sus bravuconadas, tenía miedo de lo que podían encontrarse dentro.

—¿A *ti* qué te parece que puede ser? —preguntó Jack.

—¿Pájaros?

—Tal vez.

—¿Peace Nbidi Jackson?

—Eso espero.

—¡Dios santo! —exclamó Essex aflojándose el cuello de la camisa y frotándose el rostro—. Es usted más hombre que yo, Jack. Lo digo en serio.

Quinn reapareció en la ventana. Habían encendido una luz en la habitación.

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué?

Caffery suspiró.

—¿De dónde sale ese olor?

—Ah, eso. Hay comida tirada en el suelo. Pero, —dijo mirando por encima del hombro.

—Pero ¿qué?

—Pero sobre todo procede del cuarto de baño que hay en el segundo piso. Métense las manos en los bolsillos y se lo enseñaré.

Avanzaron con cuidado por la planta baja. Quinn les permitía que echaran un vistazo a las habitaciones, pero no les dejaba entrar.

—Aún no. Quiero que los del equipo fotográfico hagan antes unas fotos.

Había encendido todas las luces y trazado un sendero en el suelo con cinta fluorescente. Se asomaron a la primera habitación. El equipo de sonido Bang & Olufsen de Hartevelt estaba en un rincón, con una botella de *pastis* vacía y dos vasos de leche reseca encima del amplificador. Los suelos estaban cubiertos de papeles y cajas de comida rápida, las sillas, patas arriba, y había una mesa cubierta con un mantel. En el pequeño cuarto de la lavadora, situado en la parte delantera de la casa, espantaron una nube de moscas, que alzó el vuelo y dejó ver una pila de platos sucios con dos caparazones de pollo encima. En todas las habitaciones las cortinas estaban cerradas.

—Vale, ahora subamos arriba.

Quinn les guio por la escalera. Logan los esperaba en el pasillo, junto a la puerta del cuarto de baño, con gesto inexpresivo.

—De aquí sale el olor —dijo Quinn con una sonrisa—. Ahora verán por qué.

Logan abrió la puerta.

—¡Joder! —exclamó Essex.

El cuarto de baño era pequeño y de techo alto, y un estor de rayas de color vivo cubría una gran ventana alargada. Sobre el lavabo de mármol empotrado alguien había dejado tubos de dentífrico vacíos, metros y metros de seda dental gris, maquinillas de afeitar usadas, dos o tres paquetes de condones y una mugrienta barra de jabón. Todo estaba

cubierto de polvo.

—Ahí está el problema —dijo Logan señalando el inodoro—. De ahí viene el olor.

La tapa y el asiento estaban levantados. En la taza de porcelana nadaba una mezcla de heces y papel higiénico. En algún momento el agua del retrete se había desbordado y la sopa de excrementos y papel había sido arrastrada hasta las paredes alicatadas, el borde de la bañera y el plato de la ducha. Luego el agua se había evaporado, dejando un sedimento negruzco y pestilente salpicado de papel rosa.

—Y de Peace, ¿nada? —preguntó Essex.

—No hay restos humanos. Unos cuantos pelos púbicos, nada más. Y tomaremos muestras de *eso* —dijo mirando la ciénaga marrón en la taza del váter—. También hemos encontrado algunas huellas.

Bajó el asiento del inodoro para mostrarles dónde había aplicado el polvo dactilar y señaló las huellas de dos pulgares en la parte trasera. Luego lo levantó y les indicó cuatro pequeñas huellas invertidas, que parecían de mujer, sobre la parte inferior del asiento.

—Fíjense en el espacio que hay entre ellas. ¿Qué suponen que estaba haciendo?

Caffery puso sus manos de la misma forma.

—¿Sujetándolo? Para vomitar. Por la heroína tal vez.

—Con esa porquería yo no necesitaría heroína para vomitar.

—Antes de que se *atascara*, se supone.

—¿Y por qué está atascado? —preguntó Caffery asomándose con cautela a la taza.

—De acuerdo.

Quinn se colocó la mascarilla y tiró de los puños de los guantes de látex para cerrar herméticamente su mono blanco.

—Echemos un vistazo.

Se puso de cuclillas en el suelo y hundió la mano hasta el codo del sifón. «Como un veterinario tanteando con cautela en un parto de nalgas», pensó Caffery. Mientras el brazo de Quinn desaparecía, Logan desplegó un plástico en el suelo.

—Sí, aquí hay algo.

Essex palideció y volvió los ojos a Caffery con asombro mientras Quinn le miraba de reojo con la cara apoyada en el borde de la taza para llegar mejor al interior.

—Aquí está.

Dejó caer un amasijo chorreante y apestoso de pelos, preservativos, papel higiénico y heces sobre el plástico extendido en medio del cuarto de baño. Essex se tapó la boca y dio un paso hacia atrás, moviendo la cabeza mientras la nuez le subía y le bajaba en la garganta. Quinn aspiró aire por la nariz, se enderezó y removió con un dedo aquella inmundicia.

—Esto...

Separó dos objetos enmarañados y los dejó caer en la bolsa que Logan sujetaba.

—Esto es lo que provocaba el atasco.

—Una falda y un par de leotardos.

Caffery estaba decepcionado.

—Tendrán que secarlos en el laboratorio.

–Es solo ropa.

–¿No es lo que esperaba?

–A decir verdad, no.

Essex, con la mano aún sobre la boca, observó cómo Logan cerraba y etiquetaba la bolsa.

–¿Sabes una cosa? –dijo más tarde dándole una palmada en la espalda–. Tienes un don especial para esta tarea. Si en el próximo caso me encargan recoger pruebas te contrato.

Al final de la jornada habían encontrado huellas de Shellene en un vaso, en un tenedor con mango de hueso y en una botella de ron de coco Malibu al fondo del mueble bar de la sala de estar. En el bote sifónico de los servicios de la planta baja aparecieron dos pelos color berenjena, y Logan encontró jeringuillas en una caja lacada y pequeñas cantidades de heroína y cocaína en dos tinteros antiguos de cristal azul y tapón de plata. Todo fue escrupulosamente guardado y sellado en bolsas de pruebas.

–Pero sigo preocupada –reconoció Fiona Quinn en la reunión celebrada por la tarde–. Esperaba hallar alguna prueba orgánica de las mutilaciones. Y no creo haber encontrado nada de eso en el registro de hoy.

Tampoco se encontró material de sutura, ni el escalpelo que, según Krishnamurthi, habría sido utilizado en las mutilaciones, ni la pastilla de jabón Wright's Coal Tar.

–Debería haber muchos más residuos. Cuando las abrió tuvo que salir sangre, materia pútrida. Tendríamos que haber encontrado algunas pruebas indiciarias, al menos en los botes sifónicos. Los del Servicio de Ciencias Forenses han encontrado muchas en el coche, en el maletero, y creo que esa es la clave: debió de trasladarlas a otro sitio. Quizás para matarlas; aunque también es posible que lo hiciera *después* de matarlas. Debe de ser allí donde guarda las jaulas de los pájaros.

–Schloss-Lawson & Walker –dijo Caffery–. Un bufete de abogados de la familia. Están elaborando una lista del resto de sus propiedades. Y estoy de acuerdo con Quinn: encontraremos algo más si buscamos.

–Sí –murmuró Quinn–. Y cuando lo hallemos, encontraremos a Jackson.

Nadie habló durante un rato. La primera tarea de Essex al día siguiente sería llamar a Clover Jackson y pedirle que se pasara por la oficina para echar un vistazo a las Polaroids de los artículos recuperados en el cuarto de baño de Hartevelt y certificar si la falda color verde lima era la misma que llevaba su hija la noche en la que desapareció.

–De acuerdo –suspiró Maddox–. Marilyn, mañana por la mañana hay que cruzar datos en relación con las otras residencias de Hartevelt. Y quiero ver a la madre de Jackson antes de que esté más afectada.

Después de la reunión, Caffery, agotado, se quitó la corbata y llamó a Rebecca.

–Estaba a punto de ir al parque –dijo–. Quiero pintar el Colegio Naval.

–¿Nos vemos allí?

–Sí, claro. ¿Dentro de media hora? Oiga., ¿está usted bien?

–Sí. ¿Por qué?

–Bueno –dijo haciendo una pausa–. No lo parece.

–Estoy bien. En serio.

Cuando Essex le oyó hablar empezó a meterse con él.

–Es usted un cachondo y un pequeño bribón. ¡Qué callado se lo tenía! Dígale que le hable a Joni sobre mí, ¿vale? Que le cuente lo sensible que soy o alguna gilipollez así.

Caffery guardó la corbata en el cajón del escritorio, se echó agua en la cara en el cuarto de baño, cogió el móvil y se marchó hacia Greenwich. Cuando llegó al parque, el sol de la tarde doraba las antiguas ventanas del Observatorio Real. Muerto Harteveld, debería sentir alivio. Sin embargo, estaba intranquilo, con los nervios en tensión, como si su cuerpo se estuviera preparando para afrontar otras dificultades. Solo estás cansado, Jack, se dijo. *Duerme bien esta noche y mañana verás las cosas mucho mejor.*

Rebecca estaba sentada en la hierba delante de la cúpula bulbosa de Flamsteed, con un bloc de papel de acuarela sobre las rodillas. Tenía un pincel entre los dientes mientras mezclaba pintura con otro. Caffery se detuvo y disfrutó del placer de observarla sin ser visto. El sol iluminaba la curva de su mejilla y creyó distinguir el delicado vello dorado sobre su piel. Con su falda corta escocesa parecía sorprendentemente vulnerable. Era como una incitación sobre la alfombra de hierba esmeralda.

Dejó el pincel a un lado, se limpió las manos con un pequeño trapo y, como si hubiera advertido su presencia, alzó la vista, entornó los ojos y se llevó una mano bronceada a la frente, a modo de visera, para protegerse del sol crepuscular.

–Hola.

No llevaba maquillaje, y Caffery vio el esbozo de una sonrisa en la parte derecha de su boca.

–Hola, Jack.

–Sabes mi nombre.

–Sí –dijo bajando la mirada. Al deslizarse hacia delante, su melena veló su expresión–. Mira, tengo borgoña –añadió. Abrió una mochila y le tendió una botella y un sacacorchos–. Y esto. Una bolsa de nectarinas frescas. Espero que no pensaras ir a un McDonald's.

–Eso significa que vamos a tomar una copa juntos.

–¿Y qué?

Caffery se encogió de hombros, se quitó la chaqueta y, mientras se sentaba en la hierba, cogió la botella.

–No soy yo quien está preocupado.

–Da igual, eras *tú* quien quería verme.

–Cierto.

–¿Entonces qué? ¿Qué es lo que quieres?

¿Te digo la verdad? Me gustaría...

Interrumpió su pensamiento y comenzó a retirar el precinto de aluminio del cuello de la botella.

–Lo tenemos. Fue Toby Harteveld. Lo anunciamos a la prensa hace una hora.

–¡Oh! Toby.

Rebecca dejó caer la mochila y le miró.

–Hay algo más.

–¿Qué?

–Está muerto. Lo verás en televisión, pero quería decírtelo. Saltó desde el puente de Londres esta mañana a las diez.

–Entiendo.

Suspiró lentamente y se quedó mirando a la ciudad, que se extendía a sus pies como un lecho oceánico: río arriba, el puente de Londres alzaba sus brazos como un náufrago por encima de la neblina azul, y río abajo, brillando con luz trémula entre la bruma del horizonte, surgía el Millennium Dome como una limpia estructura ósea sobre el cielo azulado. Más allá estaba el depósito de áridos...

–Entonces se acabó.

–Supongo que sí.

Rebecca permaneció callada. Al cabo de un rato, como si hubiera decidido olvidar el asunto, sacó dos copas de la mochila y las puso junto a él sobre la hierba. Le miró y sonrió.

–Tú y yo tenemos algo en común.

–¿De veras? –dijo Caffery subiendo los brazos del sacacorchos–. ¿Qué?

–Las uñas –dijo mirándose las manos–. Desde que empezó todo esto no he podido tocar nada sin que se me rompieran. Es como si descargara toda la tensión por ahí.

Hizo una pausa.

–Y tú, ¿qué excusa tienes?

Él sonrió y levantó su pulgar amoratado.

–¿Para esto?

–Sí.

–¿De verdad quieres saberlo?

–Por supuesto.

–Bien, veamos. Teníamos una casita en un árbol. Eso es lo primero.

–¿Una casita en un árbol?

–Ya casi no queda nada. Quizás un día te enseñe dónde estaba.

–Me gustaría mucho.

–Mi hermano Ewan me empujó. Tenía ocho años. El color negro debería haber desaparecido, pero no lo ha hecho. Los doctores están asombrados. Soy un caso único.

–Imagino que le matarías por ello.

–¿A quién?

–A tu hermano.

–No... Yo...

Hizo una pausa.

–No. Le perdoné. Supongo.

Jack se quedó callado y Rebecca frunció el ceño.

–¿He dicho algo que...?

–No, no es nada –dijo descorchando la botella y sirviéndole vino en la copa.

–Lo siento, no pretendía... A veces parece que tengo poco tacto.

—¡No, qué va! —exclamó levantando la mano—. De verdad que no, Rebecca. No te preocupes.

Se miraron a los ojos: Rebecca confundida y Caffery con una sonrisa confiada y mentirosa en el rostro. En el bolsillo de su chaqueta el móvil aprovechó ese incómodo silencio en la conversación y se puso a sonar con fuerza, sobresaltándolos.

—Vaya.

Dejó la botella y, estirando el brazo, cogió la manga de la chaqueta con dos dedos y la arrastró sobre la hierba. —¡Qué oportuno! Lo siento.

—No te preocupes —dijo reclinándose, casi agradecida por la interrupción.

Caffery contestó.

—Lo he hecho.

Su voz parecía muy débil.

—¿Veronica?

—Lo he hecho.

Caffery miró a Rebecca y se dio la vuelta, cubriendo el teléfono con la mano.

—Veronica, ¿dónde estás?

—Lo he hecho. Por fin.

—No me vengas con acertijos.

Silencio.

—¿Veronica?

—Eres un cabrón.

Su respiración era entrecortada, como si estuviera llorando.

—Te lo merecías.

—Escucha...

Pero ya había colgado.

Caffery suspiró, dejó el teléfono a sus pies y miró a Rebecca. Estaba trazando unas líneas en la hierba con el extremo del pincel, sin mirarle.

—¿Quién era? —preguntó al cabo de un rato. —Una mujer.

—¿Veronica? ¿Se llama así?

—Sí.

—¿Qué quería? —Atención.

—Bueno —dijo apoyando la barbilla en la mano y levantando la vista—. ¿Y se la vas a prestar? —No.

Rebecca meneó la cabeza.

—Ya.

No te cree, Jack.

Buscó un cigarrillo y, de pronto, por detrás de los tejados rojos del observatorio, una bandada de chillones estorninos alzó el vuelo. Caffery hizo una pausa y se quedó mirándolos, inexplicablemente sorprendido.

—Pájaros.

Rebecca echó la cabeza hacia atrás para verlos y el último sol de la tarde se deslizó sobre su rostro.

—¡Oh! —dijo sonriendo—. Tú no naciste para la muerte, ¡pájaro inmortal! No te hollarán caído generaciones hambrientas³.

Los estorninos describieron un giro en el aire, vacilaron un instante y se precipitaron en picado hacia tierra llenando el aire de plumas. Rebecca levantó los hombros para protegerse.

Los pájaros giraron de nuevo y, alzando el vuelo sobre la colina, desaparecieron con la misma rapidez con que habían aparecido. Una pluma se balanceó por el aire y fue a caer a los pies de Jack.

—¡Creí que iban a atacarnos! —exclamó Rebecca, alisándose el pelo y riéndose de su nerviosismo. Entonces vio la cara de Jack y se detuvo—. ¿Qué pasa?

—No sé —respondió moviendo la cabeza. Había visto los pájaros de cerca, el iris jaspeado de sus ojos y se le habían revuelto las tripas. Pensó en Veronica y en el montón de huesos, en su sonrisa malsana y tensa cuando Penderecki, como si ella lo hubiera planeado, entró en la habitación. De repente apagó el cigarrillo en la hierba y se puso en pie—. Más vale que me vaya.

—Así que vas a prestarle atención.

—Sí —dijo bajándose las mangas—. Supongo que sí.

El Tigra rojo de Veronica estaba aparcado fuera de la casa. Presuntuoso. Como si tuviera todo el derecho a estar allí. Había anochecido y sobre los tejados, en la zona del desmonte que daba al jardín de Penderecki, se alzaba una delgada columna de humo. La casa estaba a oscuras. Caffery entró con cautela, preparado para lo peor.

—¿Veronica? —dijo desde la entrada, nervioso en su propia casa—. ¿VERONICA?

Silencio. Encendió la luz de la entrada y se detuvo parpadeando. Todo estaba como lo había dejado: la alfombra del vestíbulo algo arrugada y la bolsa de la tintorería que él había olvidado aquella mañana aún apoyada contra el zócalo. A través de la puerta de la cocina se podía distinguir sobre la mesa el contorno de la taza de café que había tomado por la mañana. Cerró la puerta de entrada, colgó la chaqueta en la barandilla y se dirigió a la cocina.

—¿Veronica?

Allí dentro faltaba aire. En el alféizar, una buganvilla se había llenado durante el día de flores exuberantes de color rojo, y le pareció que a través de sus hojas carnosas estaba absorbiendo el oxígeno de la casa. Se apresuró a abrir la ventana, dejó que entrara el aire de la noche con un penetrante olor a humo y se echó un trago de Glenmorangie, directamente de la botella, a modo de bienvenida.

La sala de estar estaba en calma. Las preciadas copas de Veronica continuaban en su caja de embalaje esperando que las recogieran. Abrió los ventanales y regresó a la entrada. Fue en el comedor donde encontró el primer indicio de su presencia. La habitación había sido limpiada a conciencia, de manera obsesiva, y el olor a lavanda del abrillantador de muebles impregnaba el ambiente.

Permaneció en el umbral durante un rato antes de descubrir, sobre la repisa de la chimenea, una tarjeta ribeteada en negro de las que se emplean para las condolencias. El

mensaje era escueto:

*Que te jodan, Jack.
Con cariño, Veronica*

—Gracias, Veronica.

Se guardó la tarjeta en el bolsillo, abrió los balcones y volvió al vestíbulo. El único ruido era el tictac del reloj del abuelo y el zumbido perezoso y mecánico de una mosca moribunda.

Vamos arriba entonces. Debe de estar allí.

—Veronica, estoy aquí.

Antes de llegar al descansillo se detuvo para dirigir la mirada a las puertas cerradas de las habitaciones.

—Veronica.

Silencio. Subió el último tramo de la escalera e hizo una pausa, apoyando la mano en la puerta del dormitorio.

De repente sintió un agotamiento irresistible. Si se había tomado una sobredosis y estaba echada en su cama habría que pasar otra noche en vela. A urgencias. Lavado de estómago. Valoración psiquiátrica. Su familia, gris como el granito, sentada en silencio en la sala de espera responsabilizándole sin decir palabra.

Podía, simplemente *podía* —y solo de pensarlo se echó a temblar— darse la vuelta e irse. Llamar a Rebecca, disculparse por haberse marchado, quedar con ella para tomar una copa y pasar la noche intentando seducirla para llevársela a la cama mientras Veronica pasaba a mejor vida, sola y en silencio.

Esperó un instante, con el pulso acelerado, hasta que ese pensamiento se desvaneció. Entonces cogió aire y espacio, muy espacio, abrió la puerta del dormitorio.

—¡Mierda!

Había hecho la cama y también había limpiado. Pero no había ninguna imagen mortal alarmante, ni salpicaduras de sangre en la pared ni botes de pastillas vacíos. Y Veronica tampoco estaba.

Rápidamente miró en los armarios. Todo estaba como debía. Las toallas habían sido dobladas con esmero y ordenadas en pilas que alternaban una blanca y una de color, y el despertador de la mesilla emitía su leve sonido acompasado. El dormitorio de Ewan. Volvió al rellano y vio que la puerta de la habitación de Ewan estaba abierta. En el umbral, Veronica estaba de pie observándole.

—Veronica.

Se miraron durante un instante mientras sus corazones latían con fuerza. Llevaba una blusa de seda blanca, unos pantalones de lino del mismo color y un pañuelo estampado con diminutas hebillas doradas sujeto al cuello con un alfiler con un diamante. Su semblante era pálido y contenido. Nada sugería que hubiera intentado lesionarse.

—¿Qué haces en mi casa?

—He venido a recoger las copas de mamá. ¿Puedo?

—Cógelas y lárgate.

—Educación.

Cogió aire aspirando entre los dientes y arqueó las cejas.

—¿Conoces esa palabra, Jack? *Educación*.

—No quiero discutir.

Se detuvo. Acababa de dirigir la mirada a la habitación: las estanterías vacías, las cajas volcadas con todas las carpetas esparcidas y rotas por el suelo.

Se quedó parado un instante en silencio, conteniendo la rabia, sin más compañía que el machacante golpeteo de su corazón.

Joder, sabe exactamente dónde atacarme.

Dio un paso adelante, ignorando su presencia, y se agachó entre aquellos restos con las manos temblorosas. Mientras examinaba algunas carpetas —levantándolas, dándoles la vuelta y sacudiéndolas, recorriendo con los dedos sus espacios vacíos— fue consciente de que apenas encontraría nada. Sabía con qué precisión hace su trabajo un corazón retorcido como el de Veronica.

—Bueno —dijo al cabo de un instante, sentado sobre los talones y con la respiración alterada—. ¿Qué es lo que has hecho? ¿Dónde has puesto todo?

Ella se encogió de hombros, como si el interés que él mostraba le sorprendiera, y dirigió una mirada distraída hacia la ventana. Él la siguió sin demasiadas ganas. Los estores estaban subidos y, más allá, unas espesas volutas de humo atravesaban la aureola de la luna.

—¡Mierda! —exclamó—. Claro, joder, debería haberlo imaginado.

Se puso en pie con esfuerzo, cruzó la habitación y colocó sus dedos fríos sobre el marco de la ventana. Allí, justo como suponía, al otro lado del desmonte, estaba Penderecki, iluminado por las ascuas rojinegras, sujetando la tapa de la caldera para echar otro montón, silbando y sonriendo como si hubiera estado esperando la llegada de Jack.

—Oh, Veronica —dijo apoyando la frente cálida sobre el cristal y soltando un largo suspiro—. Podías haberme arrancado el corazón en vez de hacerme esto.

—Venga, Jack, no exageres.

—Puta —murmuró—. Eres una puta.

—¿Qué? ¿*Qué* me has llamado?

—Puta —dijo volviéndose hacia ella con calma—. Te he llamado jodida puta.

—Estás loco —contestó mirándole incrédula—. A veces me haces desear que ese perverso matara de verdad a tu hermano. Y además lentamente —añadió con el rostro desencajado—. Porque te lo *mereces*, Jack. Te lo mereces por el modo en que me estás matando. Porque me estás *matando*...

Caffery la agarró violentamente por el brazo. Los botones del puño saltaron y rodaron por la habitación.

—¡Jack!

La empujó hacia la puerta, pisoteando y esparciendo las carpetas vacías.

—¡Jack! —exclamó dándole un puntapié—. ¡Suéltame, Jack!

—¡Cállate!

La ira le daba fuerza y serenidad. La arrastró por la escalera, disfrutando de su impotencia, su baboseo inútil y su vano esfuerzo, y oyendo cómo sus cuidadas uñas se quebraban contra la barandilla. Al llegar abajo se detuvo y la sujetó con el brazo extendido, observándola con calma.

—¡¡*Por Dios!!*

Ella dio un tirón y consiguió liberarse; inmediatamente retrocedió, con los ojos desorbitados y el pelo revuelto, y se frotó el codo. Se le había reventado una venilla en el ojo izquierdo, pero no había rastro de lágrimas. Caffery notó que la había asustado.

—No me vuelvas a tocar, ¿vale? Ni te atrevas...

—Cierra el pico y escucha...

—*Por favor*, Papá se enfadará mucho si te me acercas.

—¡He dicho que *cierres el pico de una puta vez y escuches!*

Acercó su cara a la de ella y dijo:

—Solo lo diré una vez: si vuelvo a verte por aquí te mato. Hablo en serio. *¡Te juro que te mato!* ¿Queda claro?

—Jack, por favor...

La sacudió con violencia.

—He dicho que *si queda claro*.

—¡SÍ, sí queda claro! —exclamó estallando en lágrimas—. Ahora, quítame las manos de encima. Aparta tus jodidas manos.

—Fuera de mi casa.

La soltó y, con una mueca de asco, abrió la puerta de golpe.

—Venga. Largo de aquí, *ya*.

—Vale, vale.

Bajó los escalones deprisa, refunfuñando, y miró por encima del hombro para ver si la seguía.

—Vale, ya me voy.

Caffery regresó al cuarto de estar, cogió la caja de las copas y la llevó hasta la puerta. Veronica aún estaba allí, en el sendero del jardín, marcando con nerviosismo un número en el móvil. Cuando la puerta volvió a abrirse, retrocedió asustada. Entonces se dio cuenta de lo que él sostenía en las manos y su expresión cambió.

—Oh, *no* —gimió—. Valen una fortuna.

Pero él no hizo caso. Pasó a su lado, salió a la calle y arrojó el embalaje por los aires. Tras dar varias vueltas, despidiendo copas de cristal emplomado y papel verde por todos lados, rebotó sobre el capó del Tigua, hizo añicos el parabrisas y fue a estrellarse en medio de la calle.

—Lo digo en serio, Veronica —le susurró al oído cuando pasó a su lado de regreso a la casa—. Te juro que te mato.

Dio un portazo, echó el cerrojo y se dirigió a la cocina para coger la botella de Glenmorangie.

A las siete de la mañana sonó el despertador y se quedó tumbado en la cama, de lado, contemplando las sombras de las hojas en las paredes. Después de una eternidad se puso boca arriba, se tapó los ojos y comenzó a respirar.

Demasiado lejos. Esta vez las cosas habían ido demasiado lejos.

A lo largo de los años había habido otras como Veronica; otras relaciones que al cabo de unos meses habían fracasado. Pero aunque había habido amargura, la venganza nunca se había desatado con tanta violencia. Nunca le había hecho tanto daño.

¿Qué es lo que esperas aprender de todo esto? ¿Se supone que esto es una «lección vital»?

Se frotó las sienes y pensó en Rebecca apartándose la melena castaña de los ojos. Se preguntó si también se equivocaría con ella, si tardaría mucho tiempo en estropearlo. Seis meses tal vez. O un año si le ponía empeño. Y después volvería a estar como ahora. Solo. Sin descendencia. Pensó en sus padres, optimistas, esperanzados: viendo crecer a sus dos hijos, justo ahí mismo, en ese dormitorio iluminado por el fuerte sol estival.

—Jack, Jack —murmuró—. Contrólate.

Se apoyó en los codos para incorporarse, guiñó los ojos por la luz del día y acercó el teléfono a la cama. Rebecca contestó enseguida, adormilada.

—¿Te he despertado? —Sí.

—Soy el inspect... Rebecca, soy yo, Jack.

—Lo sé.

El tono era apagado.

—Siento lo de ayer.

—No pasa nada.

—Me preguntaba...

—Dime.

—Quizás podríamos vernos esta noche para tomar una copa. O cenar.

—No.

Una pausa.

—No. Mejor no.

Colgó.

Así aprenderás, Jack, pensó.

Y salió de la cama.

En el pasillo de Shrivemoor se encontró a Maddox con el rostro descansado y una camisa de manga corta. Sostenía una taza de café en la mano.

—Jack, ¿qué te pasa? ¿No será ese perverso otra vez?
—No me pasa nada.
—Tienes un aspecto de mierda.
—Gracias.
—¿Qué tal el tráfico?
—No está mal. ¿Por qué?
Sacó del bolsillo las llaves del coche del Grupo y las hizo tintinear.
—Porque vas a dar media vuelta y vas a volver a salir.
—¿Ha ocurrido algo?
—Creo que tenemos a Peace Jackson. Han encontrado una mujer en un contenedor de basura hace quince minutos.

Royal Hill, que comunica Greenwich con Lewisham, serpentea hacia arriba como si pretendiera ascender hasta Blackheath pero en cierto punto se desanimara; después de quinientos metros gira a la izquierda y se precipita hacia abajo hasta llegar a South Street. Cuando llegaron y aparcaron el coche ya se había congregado un grupo de gente. Los vecinos de los pisos altos habían descornado los visillos y se asomaban a las ventanas con los brazos cruzados. Los empleados de la funeraria enviados por el forense, dos tipos corpulentos con chalecos bordados y corbatas oscuras, esperaban junto a su furgoneta Ford Transit negra. Un agente acordonaba con cinta policial el pequeño jardín delantero y sobre el minúsculo sendero de cemento, sin otra señal que la distancia impuesta por los oficiales, se hallaba el contenedor con la tapa levantada. El inspector Basset estaba en la verja, con la cabeza inclinada, atento a la conversación con la sargento Quinn. Cuando vio a Maddox identificarse ante el agente, se acercó con la mano extendida.

—Inspector Basset —dijo Maddox estrechándole la mano—. ¿Qué tenemos?
—Parece uno de los cuerpos del caso Hartevelt, señor. Mujer desnuda, parcialmente envuelta con tres bolsas de basura. Quinn ha echado un vistazo ahí dentro y puedo asegurarle que hemos tenido buenas razones para llamarle. Tiene unas pequeñas puntadas muy significativas en los pechos y la cavidad torácica abierta. No le hemos visto el rostro porque está boca abajo, pero es afrocarí-beña, por si sirve de algo.
—Sí. Coincide con quien tenemos en mente.
—Tiene las piernas pegadas al pecho, lo que indica que el rígor mortis ha desaparecido.
—Ah, estupendo.
Maddox arrugó la nariz y miró al cielo.
—¿Cuándo vamos a tratar con cadáveres recientes? —se preguntó en voz alta.
Cogió la mascarilla y los guantes de látex que Logan le ofrecía y se dio la vuelta.
—Jack, ¿por qué no hablas un rato con la mujer que la encontró? Logan y yo nos ocuparemos de las cosas aquí fuera.

Dentro de la vivienda adosada de dos dormitorios, Caffery encontró a la mujer en la cocina, acompañada de un agente de policía femenino. Miraban en silencio al hervidor de agua eléctrico. Al entrar él se sobresaltaron.

–Lo siento, la puerta estaba abierta.

La agente frunció el ceño.

–¿Quién es usted?

Caffery buscó su placa y se la mostró.

–AMIP. Inspector Caffery.

La agente se sonrojó.

–Lo siento, señor –dijo señalando con la cabeza en dirección al hervidor–. La señorita Velinor y yo estábamos haciendo un poco de té. ¿Le apetece?

–Gracias.

La mujer le dirigió una débil sonrisa. Era atractiva, de facciones severas y angulosas, casi egipcias, y llevaba el cabello oscuro estirado hacia atrás y recogido con una cinta. Vestía un traje de chaqueta caro hecho a medida. Su maletín estaba sobre la mesa junto a una serie de publicaciones: tres revistas de *Management Today*, un montón de cuadernillos de pruebas psicométricas de Saville & Holdsworth y un ejemplar de *The Guardian* doblado, con la fotografía de Hartevelt a la vista. En el tendedero de la ventana que había detrás colgaban cuatro toallas de baño con dibujos de margaritas.

–Supongo que quiere hacerme algunas preguntas –dijo–. Déjeme que beba un poco de té antes. He vomitado hace un rato, lo siento.

–Tómese su tiempo, no hay prisa.

Las ayudó a coger la leche y el azúcar y a llevar todo a la pequeña mesa. Se acomodaron cerca de la ventana y la señorita Velinor dio un sorbo a su taza de té. Recuperó el color lentamente y sus rasgos se suavizaron.

–Mucho mejor.

Caffery sacó su cuaderno.

–Cuénteme lo ocurrido, despacio, tal como lo recuerde. Usted iba a tirar la basura antes de irse al trabajo, ¿no?

Ella asintió y dejó la taza sobre el plato.

–Pensé que alguien había tirado algo maloliente para gastar una broma desagradable. El chico con el que salgo es blanco, y yo..., bueno, como verá soy mulata. A la gente le sigue extrañando, ya sabe. Hace dos semanas nos llenaron la puerta de pintadas. Me imaginé que era el comienzo de una campaña. Se oye hablar de todas esas cosas repugnantes que meten en los buzones. Creí que era algo de eso.

–Así que abrió el contenedor.

–Tenía que ver de qué se trataba. Olía tan mal. Estaba preparada para algo...

Se presionó el caballete de la nariz y torció el rostro.

–Pero no para eso. Eso no lo esperaba.

–¿Cuánto tiempo cree que lleva allí?

–No sé. No tengo ni idea.

–¿Cuánto cree?

–Supongo que desde anoche. Pero puede que no sea así, ¿no? Porque Hartevelt murió, ¿cuándo?, ¿ayer por la mañana?

Dirigió sus serios ojos castaños hacia *The Guardian*.

—Esa... esa chica de ahí fuera, tiene algo que ver con él, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar que fue anoche?

—Bueno... —dijo confundida—. No sé. Imagino que de haber tenido un cuerpo en mi contenedor me habría enterado.

Se rio ligeramente por lo absurdo del argumento.

—Pero supongo que no tiene por qué ser así. Quiero decir que la tapa estaba cerrada, y si no hubiera sacado la basura esta mañana habría pasado a su lado y ni me habría enterado.

—¿Cuándo fue la última vez que sacó la basura?

—He intentado hacer memoria. El camión de la basura pasó el lunes. Mi pareja vino el martes por la noche y tomamos unas copas. Era su cumpleaños. Así que había una bolsa llena de botellas y papel de regalo. Creía haberla sacado esa noche. Pero debo de haberme equivocado. La debí de sacar ayer por la mañana.

—¿Dónde trabaja, señorita Velinor?

—En el hospital de St. Dunstan.

Caffery enarcó las cejas.

—¿St. Dunstan?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Cree que puede haber alguna razón por la que el señor Hartevelt la hubiera elegido para hacerle esto?

—¿*Haberme elegido*? —dijo moviendo la cabeza—. No. Es decir, le conocía muy poco. Nos habíamos visto una o dos veces en la junta del hospital. Él conocía a uno de mis colegas, pero no creo que se fijara en mí más que en otras personas. Apenas sabía de mi existencia.

Cuando Caffery acabó y salió a la entrada del edificio, el contenedor, cubierto de polvo dactilar plateado, había sido tumbado sobre una gran sábana de plástico para cadáveres. Logan estaba agachado cerca de la abertura con un mono y unos botines blancos. A su lado estaba Quinn, a gatas, con la parte superior del cuerpo metida casi en el contenedor. Maddox se había quedado fuera de la zona acordonada pestañeando nerviosamente sobre la mascarilla.

Quinn se retiró un poco hacia fuera y miró a Maddox.

—¡Bingo! —exclamó, y su voz fue amortiguada por la mascarilla. Hizo un movimiento con la mano alrededor de su cabeza—. Tiene las marcas en la cabeza. Vamos a sacarla.

Caffery seguía en la entrada, con las manos en los bolsillos. Estaban a apenas unos cuatrocientos metros del apartamento de Rebecca. Seguramente ella pasaba por el final de esa misma calle cuando se dirigía al centro. «Extraño», pensó, «cómo se entrecruzan los hilos invisibles de la vida».

Quinn y Logan pasaron las manos por debajo de la pelvis del cadáver. Mientras la sacaban del contenedor a Caffery le vino a la mente un parto: la piel estaba húmeda y llena de manchas, el pelo cubierto por una capucha pringosa de descomposición, y las extremidades, inertes, junto a los dos profesionales vestidos de blanco. La arrastraron,

con la cabeza colgando, hasta depositarla sobre la sábana de plástico. El agente que estaba en la puerta apartó la vista y se cubrió la cara con la mano. Los rasgos habían desaparecido por la putrefacción, pero desde el umbral de la vivienda los dos hombres pudieron reconocer el consabido maquillaje sobre los ojos y la boca, la sutura azul cobalto sobre los pechos y el desgarró de la incisión torácica.

Quinn se acercó al rostro de la mujer. Entrecerró los ojos, alzó la vista en dirección a Maddox y se retiró la mascarilla.

—Creo que hay un lunar sobre el labio superior.

Maddox asintió, y la tensión le asomó en el rostro.

—Jackson. Es Jackson.

Malpens Street, situada a unos cien metros del jardín delantero de Lola Velinor, es una calle tranquila bordeada de árboles. Las imponentes casas del período eduardiano se encuentran algo apartadas de la calle, ocultas tras frondosos jardines repletos de tilos, jazmines e hibiscos.

Poco antes de las 9 de la noche, en la cocina de un sótano cuya ventana estaba abierta para que entrara el perfume a madreselva, Susan Lister preparaba una marinada de carne con vino para la cena. Había salido a correr por Trafalgar Road, siguiendo su ruta habitual por delante de St. Dunstan y a través del parque, y todavía llevaba puestos unos pantalones de chándal grises y una sudadera Nike blanca y negra sobre el sujetador deportivo. Tenía el pelo rubio, algo húmedo, recogido en una coleta. No tenía tiempo de tomar un baño antes de ir a buscar a Michael a la estación, pues él trabajaba hasta tarde y cogía el tren de las 8.55 en el puente de Londres. A su espalda, sobre la mesa de pino encerada, un televisor portátil emitía las noticias del primer canal de la BBC.

Pellizcó la punta de un diente de ajo y le quitó la piel. Detrás de ella sonó una campanada del reloj y el primer titular apareció en la pantalla: «Hallado otro cuerpo en el sudeste de Londres. Scotland Yard no descarta que guarde relación con los asesinatos de Hartevelt».

Susan dejó el ajo sobre la mesa, subió el volumen y se apoyó en la encimera con su copa de vino. «A la espera de más detalles, los miembros del Parlamento solicitan una rápida evaluación del Programa de Investigación Criminal propuesto por la Unidad de Prevención y Reducción de Delitos». El ministro del Interior aparecía sobre el césped próximo al Parlamento mientras la brisa encrespaba algunos mechones de su fino cabello. Reiteraba sus condolencias a los parientes de las víctimas y sacaba a relucir la reducción del número de delitos cometidos en el año en curso. Después, el Commissioner, muy elegante en el estrado durante una rueda de prensa, decía ante las cámaras que los responsables de la investigación –CID y AMIP de Greenwich– eran perfectamente competentes, daba las gracias y añadía que no podía confirmar o negar que se tratara de una víctima de Hartevelt.

Susan dio un sorbo al vino con aire pensativo. Hartevelt vivía a poco más de medio kilómetro de distancia. ¡Dios santo! Se había enterado de que el inconfundible coche verde que solía ver aparcado en St. Dunstan durante sus recorridos matutinos era suyo. Y ahora esto. Otro cuerpo.

La escena cambió y dio paso a la imagen de una calle de Londres, reconocible al instante como Royal Hill: tres oficiales vestidos con trajes grises llegaban con una caja amarilla. Luego una vista aérea desde un helicóptero, un recorrido fugaz por los tejados

de Malpens Street y, por último, un plano breve de unas figuras fantasmales con trajes blancos deambulando por la zona acordonada por la policía.

«Ello eleva la cifra no oficial de víctimas a seis, de las cuales solo cuatro han sido identificadas. El superintendente jefe Days, responsable de la AMIP en el sudeste de Londres, rehusó confirmar que estuvieran investigando una posible relación con Toby Harteveld.»

Susan, presa de un miedo irracional, se acercó a la ventana de la cocina y la cerró. Un cuerpo en Royal Hill. ¿Habría estado ella cerca? Consternada, acabó de picar el ajo con una sensación incómoda, consciente de que su reflejo en la ventana se insinuaba con sigilo por entre las ramas espectrales de la madreselva. Las cinco especias chinas, un chorrito de salsa de soja y después la carne de cerdo. Se enjuagó las manos deprisa y cogió las llaves del coche de encima del frigorífico. Michael estaría esperando.

Fuera la brisa era suave y cálida y la fragancia de los jazmines en flor procedente del jardín vecino impregnaba la noche. Se detuvo un momento. Todo había acabado. Harteveld estaba muerto y su cuerpo yacía en alguna morgue. No había motivo alguno para el sentimiento de angustia que le rondaba. La calle tenía el aspecto habitual a esas horas, los insectos revoloteaban bajo la amarillenta luz de las farolas y las palmeras del jardín contiguo aportaban al aire un olor húmedo, como si las cigarras fueran a ponerse a cantar. Todo parecía normal. Lo único que le extrañó fue un coche desconocido. Parecía un coche francés, quizás un Peugeot, vacío.

Esa noche iba a sugerir a Michael que instalaran un sistema de alarma en la casa. Si él trabajaba hasta tan tarde, ella se sentiría más segura. O tal vez un perro. Caminó los metros que le separaban de su Ford Fiesta. ¡Qué idea! Un perro.

Después de todo un día al sol, el interior del coche había acumulado calor y desprendía un olor fuerte. Su marido tenía la costumbre de dejar el equipo de críquet en el maletero durante días.

—Te voy a matar, Michael —murmuró mientras manipulaba las llaves. Esa noche le haría sacar toda la ropa y lavarla antes de acostarse. Y le recordaría que los dos trabajaban y debía contribuir a las tareas domésticas.

Se mordió el labio por dentro y se abrochó el cinturón. Un perro era una buena idea. Un bóxer o un dóberman. Un perro grande, musculoso. Podría sacarlo a correr con ella. Quizás así los camioneros que circulaban por Trafalgar Road se lo pensarían dos veces antes de gritarle groserías. Aprovechando la luz de una farola buscó la llave de contacto; luego arrancó el coche y echó un vistazo al espejo retrovisor. Sentado en el asiento de atrás había un hombre que le sonreía.

A la mañana siguiente el cuerpo de Hartevelt fue sacado del río en Wapping y trasladado a Greenwich para hacerle la autopsia. Simultáneamente, sus abogados, Schloss-Lawson & Walker, regresaron a la AMIP con la relación de propiedades de su cliente. Maddox y Caffery la examinaron y en el acto vieron lo que buscaban.

—Una orden de registro para Halesowen Road, ¿no?

Maddox asintió.

—¿Cuándo es la autopsia de Jackson?

—Esta tarde, después de la de Hartevelt.

—Bien. Tú irás a la de Jackson. Logan se encargará de ir a Halesowen. Que alguien le acompañe. Quinn si está libre.

Cuando Caffery llegó al depósito de cadáveres de Devonshire Street a Peace ya la habían pasado por rayos X y el examen externo había terminado: fotografías, recogida de restos capilares y fibras con cinta adhesiva, y realización de frotis oral, anal y vaginal para la obtención de muestras. Una de las ayudantes forenses entregó a Caffery una mascarilla y aceite de alcanfor.

—Su móvil —murmuró—, si hace el favor.

—Claro, claro —contestó. Apagó el teléfono, ocupó un lugar en la rampa de observación, se apoyó en la barandilla y dirigió la vista a la sala de disecciones.

—Buenas tardes, señor Caffery.

Krishnamurthi, con su delantal verde impoluto, no levantó la mirada. Estaba realizando la incisión coronal mastoidea, cortando el cuero cabelludo de Peace de oreja a oreja.

—Veo que le ha tocado otra vez la china.

—Así es.

—Me he enterado de que el señor Hartevelt que me encontré en la mesa de disección esta mañana es el mismo señor Hartevelt que me ha tenido tan ocupado estas últimas semanas.

Agarró el cuero cabelludo de Peace con los dedos pulgar e índice y lo retiró lentamente hacia delante, separándolo del rostro, hasta dejar a la vista el cráneo lleno de coágulos de sangre.

—¿Estoy en lo cierto?

—Lo está. ¿Sabemos ya cuándo se produjo la muerte de Jackson?

—No soy entomólogo, pero le invito a que eche un vistazo —dijo haciendo un gesto hacia la hilera de viales tapados que había en la mesa de al lado—. Creo que encontrará a los sospechosos habituales: *Diptera* y *Calliphoridae*, primer y segundo estadio ninfal, en la boca, la nariz, la vagina. Y luego, en las heridas, larvas de moscas de la carne. Hay un

gráfico del intervalo post mórtem en la zona de esterilización si está interesado.

—No, está bien. Parece lo mismo que en las otras.

—Así es, señor Caffery. Es *idéntico* a las otras.

A menos de un kilómetro, Susan Lister se despertó. Se oía el canto de un pájaro y una luz cálida acariciaba la red de venillas que cubría sus párpados. Desde algún lugar llegaban las risas enlatadas de un televisor. Creyó que estaba en su casa, en la cama, hasta que olió a orina y se dio cuenta de que la cara interna de sus muslos estaba mojada. Entonces recordó.

El ruido de un taladro junto a la sien. Un taladro..., ¿o era una sierra eléctrica?

Abrió los ojos e intentó incorporarse. Dio varias sacudidas inútiles en el suelo, golpeándose la cabeza. Había algo que le impedía moverse. Se fue calmando y se quedó quieta, con el corazón a punto de estallar.

No llames la atención, Susan. Espera un momento. Primero analiza las cosas.

Se pasó la lengua por los labios resecos y miró alrededor para valorar la situación.

Estaba en una habitación iluminada por un tubo fluorescente, tumbada sobre una moqueta. A un metro de distancia, bajo un sofá cuya tapicería le pareció de terciopelo, se veían unos rizos de pelo y algunos envoltorios de chocolate. Todo estaba cubierto por una fina capa de polvo gris... Podía sentir las motas arenosas en la boca y en las pestañas. La había colocado de costado, con las manos y los pies atados a la espalda y anudados juntos por debajo de las nalgas con algo resistente. Parecía cuerda de nailon. Y lo peor de todo era —se le cayó el alma a los pies porque ese detalle le dijo más de lo que deseaba saber sobre la agresión— que estaba desnuda.

Ese hombre iba a violarla.

¡Dios mío! Cogió aire y se esforzó por no gritar. Vamos, Susan, pensó para darse ánimos, no pierdas la calma. Piensa con sensatez. Harteveld está muerto. Se trata de una violación y tú siempre has dicho que podrías soportar una violación si llegaba el caso. Has leído sobre ello. Sobrevivirás si no te resistes, si haces todo lo que te pida y tomas buena nota de todo lo que veas y oigas. Notas precisas. Sobre cualquier detalle. ¿De acuerdo? Ahora..., prepárate.

Hizo cuatro inspiraciones profundas y giró la vista hacia arriba.

La habitación tenía techos altos de yeso texturizado. Había dos puertas de madera chapada. Encastrada en la pared —probablemente por una reforma— había una chimenea con molduras de madera flanqueada por unas estanterías con libros encuadernados en tapa dura sobre temas técnicos. Las risas lejanas procedían de un episodio de *Embruja* en alguna televisión: tal vez era un canal por cable, lo que limitaría el número de calles en las que podía encontrarse. Su confianza aumentó por un instante. Pero entonces vio lo que había en las paredes y se le escapó un pequeño grito.

Eran fotografías, fotografías arrancadas de revistas pornográficas; actos que jamás podría haber imaginado en sus peores sueños. Una de ellas mostraba a un niño en el momento de ser sodomizado.

Comenzó a temblar.

¡Susan! ¡Susan! NO. No te dejes llevar por el pánico. Si lo haces puedes morir. Procura distanciarte. Sé imparcial, como un observador. LIMÍTATE A OBSERVAR.

Pero su confiada mente de superviviente comenzaba a debilitarse. Al mover la cabeza arriba y abajo vio unos siete u ocho libros esparcidos por el suelo a medio metro de distancia. Unos estaban abiertos, otros cerrados, con los títulos estampados en letras de oro mate.

Estudio para... –leyó forzando la vista– Estudio para el examen de las técnicas quirúrgicas de Appleton y Lange. A su lado, Atlas de cirugía plástica craneofacial, Tratamiento quirúrgico paliativo del carcinoma no reseccionable; Biopsia de mama estereotáctica con aguja de núcleo.

El miedo hundió nuevas raíces en su pecho.

Dejó caer la cabeza y empezó a sollozar.

Krishnamurthi había realizado las tres cuartas partes del análisis post mórtem. Con ayuda de un cacillo, extrajo con cuidado fluidos de la cavidad corporal de Peace y los vertió en una jarra graduada apoyada en la mesilla de disección sobre las piernas del cadáver.

–Muy bien, colegas.

Estiró la espalda y miró a su alrededor.

–Démosle hoy una oportunidad al maestro Virchow, para no perder la costumbre. Pinzas, Paula.

La ayudante forense le puso unas tenacillas en la palma de la mano. Sacó con cuidado la pequeña forma húmeda de la cavidad corporal de Jackson y la depositó en la balanza. Paula anotó con tiza el peso en la pizarra. A nadie pareció sorprenderle aquel pájaro. El caso de Hartevelt era sobradamente conocido. Y todos sabían lo que había esperar.

–Bien. Sigamos, –dijo examinando la cavidad torácica–. Sí, hay una avulsión significativa por debajo de la glándula mamaria igual que en los otros casos. Que alguien consulte el código para avulsión en el nomenclátor de términos clínicos, por el amor de Dios, no vaya a ser que me regañen los investigadores.

–¿Avulsión? –preguntó Jack–. ¿Qué significa avulsión?

–Tejido desgarrado del hueso o de su tejido conectivo natural.

Krishnamurthi se levantó el visor de plástico y le miró.

–Señor Caffery...

–¿Sí?

–Su especialista del Servicio de Ciencias Forenses, Jane Amedure, me ha dicho que esta víctima fue hallada en un lugar distinto a las otras.

–Así es.

–¿Y jamás estuvo en el descampado?

–No, lo hemos estado vigilando durante las dos últimas semanas. ¿Por qué?

–Porque hay polvo de cemento en el cabello y en la cara, como en las otras. Creímos que procedía del mismo descampado.

Caffery frunció el ceño.

–Bien –dijo frotándose las sienes con los dedos.

El apartamento de Halesowen Road.

—La coordinadora de la escena del crimen va a registrar otra vivienda esta tarde. Le diré que lo tenga en cuenta.

Dios santo, ¿qué encontrarán allí?

Susan le oyó entrar en la habitación y dejó de sollozar en el acto. Se quedó inmóvil. Le oyó cruzar de extremo a extremo la habitación y dar unos golpecitos en la pared. Como si estuviera nervioso.

Razona con él. Puedes convencerle hablando. Habla, haz que se dé cuenta de que eres una persona. Te considera un objeto. No se lo permitas.

Despacio, con los músculos tensos, dispuesta a empezar a hablar, a luchar por su vida, se atrevió a levantar la mirada.

Pero él ni siquiera la estaba mirando.

Estaba de lado, a un metro de distancia. Llevaba un pijama sanitario azul y una mascarilla quirúrgica. Tenía el pelo cubierto por un gorro cuadrado de los que se usan en los quirófanos. A sus pies había una caja de herramientas roja de plástico. Era bajo, rechoncho, pero ella sabía que era ágil por el modo en que había saltado por encima del asiento del coche la noche anterior. Y fuerte. Más fuerte de lo que había imaginado.

Estaba observando con atención la fotografía del rostro de una mujer sobre la que golpeaba con un dedo. Era una cara pequeña y delicada, como la de una muñeca. Con el pelo rubio. Llevaba maquillaje, sombra de ojos azul y los labios pintados de un color rojo brillante. Puso las manos sobre la foto, cubriendo sus facciones, con los pulgares sobre la boca como si quisiera metérselos para tocarle los dientes, la lengua y llegar hasta las amígdalas.

De pronto se giró.

—¿Y bien?

Susan dio un respingo. *Sabía que ella estaba mirándole. Sin ni siquiera mirarla sabía que le estaba observando.*

—¿Bien? —repitió avanzando hacia ella. Por encima de la mascarilla sus ojos eran redondos, inquietos.

—Me llamo Susan —dijo con rapidez, sin tartamudear. *Que no vea que estás asustada—*. Mi padre es magistrado. Y tiene muy buenas relaciones.

—¡Un magistrado!

Su voz era ligera y sonaba divertida.

—¿Quiere eso decir que debo preocuparme?

—No... Yo... *Oh, Dios mío, ¿qué quiere de mí?*

—¿Tú qué crees? ¿Qué crees que quiero?

Pide a Dios que solo te viole, Susan. Reza para que no sea nada más.

—Por favor, no me haga daño.

Se hizo un ovillo, sollozando, tratando en vano de cubrirse los pechos con los brazos, como un pavo sin patas atado con un cordel.

—Por favor...

—¿No te resulta incómodo tener unas tetas tan grandes?

Alargó sus manos húmedas y le agarró los pechos, intentando vencer su resistencia.

—¿Cómo te sientas a una mesa con eso delante? ¿No te molestan?

Ella se echó hacia atrás. Había sentido esas manos deslizarse hacia su abdomen. Su vientre. Con alevosía.

—*Por favor, no, por favor...*

El hombre se incorporó y un escupitajo marrón fue a estrellarse contra el suelo a unos centímetros del rostro de Susan.

—Tú ya sabes lo que tengo que hacer, ¿verdad?

Susan negó con la cabeza mientras las lágrimas le caían sobre el pelo.

—Contéstame.

—No me haga daño...

—¡HE DICHO QUE YA SABES LO QUE TENGO QUE HACER, ¿VERDAD?, CON TUS JODIDAS TETAS GORDAS! —repitió dándole una patada en el costado. De pronto bajó la voz—. Y deja de lloriquear. Vas a preocupar a la señora Frobisher.

Susan resolló y se giró boca abajo, gimoteando. Se puso a horcajadas encima de ella, le sujetó los hombros entre sus robustas rodillas, y le tiró del pelo para que levantara la cabeza.

—Ahora mira.

Se inclinó hacia delante y abrió la caja de herramientas.

Susan pudo ver unas tijeras Wilkinson, pinzas, un pincel fino de pelo de marta, paletas curvas de maquillaje iridiscente, azul turquesa, color melocotón, fucsia, rojo,

—Creo que este.

Oyó el clic del metal, el chasquido de los guantes de goma al pegarse a la piel y el ruido de algo que había sacado de la caja. *Dios santo, ¿qué es eso? ¿Un bisturí?* Él se agachó y le agarró un pecho.

—Veamos —dijo, y una gota de sudor rodó por su frente hasta caer sobre el pelo de Susan—. ¿Estamos listos?

A las tres de la tarde los sargentos Logan y Fiona Quinn llegaron al pequeño apartamento situado en el límite entre Lewisham y Greenwich. Acompañados por un agente uniformado se acercaron con expresión seria y las placas de identificación en la mano. No esperaban obtener respuesta. Quinn dirigió la voz a su grabadora Sony Professional:

—Tres catorce de la tarde, en el número siete de Halesowen Road. Nota para el registro de datos: el apartamento está vacío y nadie nos puede franquear la entrada. No hay vecinos, así que según el Código de Registro de Domicilios.

Presionó el botón de pausa y se apartó para permitir que el agente pasara.

—Utilizaremos la fuerza para entrar en cumplimiento de la sección ocho, orden de registro H/00... ¡Mierda! Espere.

El móvil estaba sonando en su bolsillo. Apagó la grabadora y sacó el teléfono. Era Caffery: quería que le llamara a un teléfono fijo. Lo hizo desde una cabina.

—¿Qué tal va?

–Si me deja que entre podré contárselo.

–Busque polvo de cemento, quizás en un cobertizo. O en un garaje. Ahí es donde guardaba los cuerpos.

–De acuerdo. ¿Puedo continuar ya?

–Sí, claro, claro. Perdone.

En Shrivemoor a los grupos de investigación no les preocupó que el registro –la última formalidad– no hubiera acabado. Tenían la sensación de que el caso estaba llegando a su fin. Maddox se dirigió a ellos para pedirles que no se relajaran y recordarles que todavía faltaba el cotejo definitivo de las muestras, pero tuvo que levantar la voz para que le oyeran. Kryotos había subido las persianas y el sol de la tarde entraba a raudales por primera vez en muchos días. Las fotos de las chicas asesinadas estaban vueltas del revés en las pizarras blancas, y Betts y Essex se habían escapado a buscar unas cervezas mientras sus compañeros acercaban sillas a las ventanas, se quitaban los zapatos y recuperaban los sacacorchos del fondo de los cajones de los escritorios. Maddox meneó la cabeza confundido.

–De acuerdo, pero no olvidéis que mañana volvemos a la normalidad.

El Grupo F enjuagó unas tazas de café y las llevó para repartir la cerveza. Al ver que no habría más trabajo durante el resto de la jornada, las operadoras de la base de datos apartaron sus sillas de los escritorios y dejaron que Betts les sirviera vino en vasos de papel. Caffery, recién llegado de la morgue, se aflojó el nudo de la corbata y abrió una Pilsener, mientras Essex, feliz como un niño, se quitaba la camisa, se anudaba la corbata alrededor del cuello desnudo y buscaba un lugar por el que entrara el sol para reclinarse con los pies en el escritorio. Giró su silla para mirar a los miembros del Grupo F, reunidos en la cabecera del escritorio en forma de T con una lata de cerveza delante de cada uno.

–Qué pronto os vamos a perder de vista. Dentro de nada regresaréis a Eltham.

–Así podrás volver a dedicarte a leer *Woman's Realm* sin pasar vergüenza –dijo uno–. Lejos de nuestros terribles ojos críticos.

–Y a ponerme otra vez mi chaqueta favorita –replicó Essex con nostalgia–. La de color melocotón.

–De ese modo estarás entre gente que te entiende.

–Te sentirás más cómodo.

–Más tranquilo.

–Más confiado.

–Más atractivo.

Caffery se reclinó en la silla y dirigió la vista hacia el pasillo. La puerta de al lado de su despacho estaba abierta: era la oficina del Grupo F, el cuartel general de Diamond. El pasillo estaba oscuro y a través de la puerta se veía una franja rectangular de luz solar sobre el suelo. De vez en cuando una sombra la enturbiaba. El inspector Diamond estaba dentro, moviéndose de acá para allá, guardando sus pertenencias para regresar a Eltham.

Las risas continuaban. Essex tenía a Kryotos sentada sobre las rodillas.

—Con ayuda de la encantadora Marilyn voy a enseñaros cómo comprar ropa a juego en esta época tan difícil en la que el ahorro es tan importante...

Caffery se levantó sin que nadie reparara en él. Quitó la anilla a otra lata de Pilsener y abandonó en silencio el centro de coordinación.

El inspector Diamond estaba metiendo sus cosas en una caja de plástico amarilla. El pelo, desprovisto del gel habitual, le caía sobre la frente y él se lo echaba hacia atrás con frecuencia. Por los pequeños tiestos de cactus y la fotografía familiar del escritorio, Caffery dedujo que Diamond había contado con estar allí más de dos semanas. Permaneció en silencio junto al umbral, observando mientras el inspector soplaba el polvo de las plantas y descolgaba el calendario Michelin de la pared. Transcurrieron cinco minutos. Diamond dio el último repaso al escritorio, vació un bote de clips en la papelera y estiró la espalda.

—¿Sí?

Caffery entró.

—Te traigo una cerveza.

La dejó en la mesa e hizo un gesto hacia la fotografía que descansaba sobre el montón de carpetas encima de la caja: dos niños, de aspecto inteligente, con sus corbatas escolares de color azul.

—Se parecen a ti. Debes de estar muy orgulloso.

—Gracias.

Diamond le lanzó una larga mirada con sus ojos azul pálido. Tenía la boca perlada de sudor y se secó la frente con la manga. Dio la vuelta a la foto, empujó con cuidado la lata de cerveza y, volviendo la espalda a Caffery, aseguró la caja con cinta adhesiva.

—No bebo cuando estoy de servicio.

Cuando Susan despertó él se había ido. Estaba en un dormitorio —la había atado a la cama— atontada y desorientada, con heridas y contusiones, y sentía unos latidos punzantes en la cara y los pechos. Tenía los ojos tan hinchados que los párpados superiores rozaban con los inferiores, como si las pestañas se hubieran vuelto del revés.

La había amordazado con cinta de embalar, le había hecho fotos con una Polaroid mientras la torturaba y se las había enseñado después. Al ver la primera, Susan había gritado: no reconocía aquella cara abultada ni aquellos ojos hinchados. Pero después de aquella foto recordaba muy poco, pues pasaba de la consciencia a la inconsciencia sin darse cuenta.

El reloj de la pared marcaba las cinco y media. Había estado durmiendo —¿*inconsciente*?— ocho horas. Sabía que tenía fiebre, lo que significaba que las heridas estaban infectadas. Podía olerlas. Y tenía la punta del pezón derecho amarillenta e inflamada alrededor de la costra negra de la incisión.

Permaneció inmóvil, escuchando con atención. En algún lugar del apartamento se oía un pájaro. Pero no cantaba,, piaba en tono lastimero. Y desde fuera llegaba el chirrido —¿*qué era aquello*?, ¿*una grúa*?— y el runrún de la atronadora vibración ocasional de un

volquete al ser descargado. Obras de construcción. Entonces no estaba cerca de Malpens Street. En esa zona no había obras.

Por tanto, ¿dónde? ¿Dónde estás, Susan?

Algo le hizo pensar que no estaba lejos de casa. Debía de seguir en Greenwich o Lewisham.

Cerró los ojos e intentó hacer memoria. *¿Dónde* estaba el solar en construcción más próximo a Malpens Street? *¿Dónde?* Pero el esfuerzo la agotó. Decidió descansar un rato. Luego trataría de llegar hasta la ventana.

La fiesta empezaba a disgregarse. Essex se había vuelto a poner la camisa y recogía las latas vacías de los escritorios. Kryotos, que había cogido todas las jarras que podía con las dos manos, enganchando las asas con los dedos, estaba cerca de la impresora y vio llegar un informe SPECRIM. Betts retiraba las fotos de las paredes.

Caffery había tenido más problemas que los demás para relajarse: le picaban los ojos por el formaldehído de la morgue y quería que el registro acabara y las muestras de polvo de cemento coincidieran. Se había pasado casi toda la tarde sentado junto a una ventana abierta fumando con aire pensativo, observando cómo se disolvían las espirales de humo en el aire de la tarde. Eran las siete y unos minutos cuando el coche de Fionna Quinn se detuvo en la calle.

Jack se inclinó hacia delante y aplastó el cigarrillo. Algo iba mal. Lo presintió por los movimientos de la sargento Quinn al salir del coche.

Los esperó en el pasillo.

—¿Qué ocurre?

Logan dejó en el suelo la caja amarilla de las pruebas y se pasó una mano cansada por el pelo.

—Mejor no pregunte.

En el centro de coordinación todos alzaron la vista en actitud expectante. Cuando Maddox vio las expresiones de Quinn y Logan se le cayó el alma a los pies.

—Por lo que más queráis, no me digáis que no...

—Lo sentimos, señor. Había todo tipo de objetos asociados con drogas y casi tres cuartos de kilo de heroína, pero en cuanto a lo que andábamos buscando, el lugar estaba limpio.

—No había ningún resto orgánico —dijo Quinn.

—¡Mierda! —exclamó pasándose la mano por la frente—. ¡Vuelta a empezar! ¿Nos libraremos alguna vez de esto?

—¿Señor?

Todos se volvieron. Kryotos estaba al lado de la impresora con una expresión de perplejidad en el rostro. En la mano sostenía un SPECRIM, una tira de papel ondulada con los detalles de un delito que parecía importante.

—¿Qué pasa?

—Tenemos una emergencia en Greenwich. Una víctima abandonada en un contenedor de basura. Está viva pero. —añadió levantando la vista— el agresor le hizo un trabajo de

cirugía propio de un aficionado.

Susan Lister estaba inconsciente en la Unidad de Cuidados Intensivos cuando llegaron. El paramédico que la había traído, Andrew Benton, un joven negro de cara lozana con el pelo cortado al rape –tan corto que parecía haberle crecido solo un día–, estaba muy afectado por la experiencia. Hablaron con él en una pequeña habitación que había al lado del control de enfermería.

–Joder, déjenme que les cuente. He visto muchas cosas en mi trabajo, pero esto, –dijo meneando la cabeza–. Esto me ha impresionado de verdad. Y en cuanto a él, al marido,

–¿La encontró él? –preguntó Maddox.

–¿Se imaginan? Encontrar a tu mujer en ese estado. Estaba en el contenedor que hay delante de su casa. Ese es el valor que le dio ese canalla. Una vida humana como si fuera basura.

–¿Qué hora era cuando le avisaron?

–Las once. Me dijeron que era un código *purple plus*, un cadáver que empezaba a descomponerse –explicó mirando a Maddox y Caffery a la cara–. Ya saben, el señor Lister creyó que era ya fiambre cuando llamó a los servicios de emergencia. El tipo, ese *animal*, había tirado a la señora en el contenedor, cabeza abajo, dándola por muerta.

Su cara se contrajo.

–Dios. Si yo no voy a poder dormir esta noche,, imagínense cómo se sentirá el marido.

–Háblenos de ella. ¿Estaba vestida?

–No, no estaba vestida. Estaba envuelta en una bolsa de basura. Creo que uno de sus colegas se la llevó como prueba o algo así. Estuvieron rastreando el lugar. Ni siquiera esperaron a que yo la sacara de allí para acordonar la zona.

–Debemos proteger la escena del delito –dijo Maddox algo incómodo–. Para que las pruebas no se deterioren.

–Ya, ya lo sé. No pretendía ofenderle.

–No se preocupe. ¿Y las heridas?

–Muy feas. Tiene tantos cortes que es probable que muera por la pérdida de sangre o por septicemia. El especialista dice que tiene bronconeumonía y fallos renales. La han conectado a un oxigenador ECMO. Cuando llegué estaba semiinconsciente.

–¿Dónde tiene los cortes?

–En los pechos –respondió frotándose la cara–. La habían cosido. Lo primero que pensé es que acababa de pasar por un quirófano, no sé, que algún granuja le había hecho ese trabajo. Pero luego el marido se puso a lamentarse de cómo había desaparecido y yo la cogí, la puse en la camilla y.

–¿Y?

–No soy ningún genio, pero me di cuenta de que había algo raro.

–¿Algo raro?

–La infección estaba tan extendida que no era fácil verla, pero todas las suturas eran, ya me entiendes, una locura.

Caffery se miró las manos. Se acordó de unas palabras parecidas pronunciadas por un oficial del CID en el depósito de áridos aquel sábado por la noche.

–¿Y la cabeza?

–Le habían dado un par de buenos golpes en la sien y estaba llena de maquillaje, como una furcia. El marido dice que se había cortado el pelo. No dejaba de repetirlo una y otra vez: «¿Por qué le cortaría el pelo? ¿Por qué le cortaría el pelo?». Como si eso fuera lo más importante del mundo.

–No había peluca. A esta la eligió –murmuró Caffery.

Benton le lanzó una mirada.

–¿Qué ha dicho?

Caffery se levantó y se puso la chaqueta.

–Nada –dijo mirando a Maddox–. Voy a echar un vistazo a la señora Lister. Te veré en el lugar de los hechos dentro de..., digamos, un par de horas.

–¿Adónde vas?

–No tardaré mucho. Tengo una idea. Déjame que antes hable con alguien en Lambeth. Para ver si voy por buen camino.

Tenía la cabeza apoyada sobre una funda de almohada azul y estaba tumbada boca arriba, con los brazos extendidos y el rostro girado hacia la puerta como si hubiera estado esperando una visita, se hubiese cansado de esperar y se hubiera quedado dormida. El pelo que le cubría los ojos amoratados era casi blanco, del color de la arena blanqueada por el sol. Alguien había hecho el intento de lavarla, pero en la boca aún le quedaban rastros de carmín rojo y tenía las manos y las uñas llenas de suciedad.

El aliento de Caffery empañó el pequeño cristal de la puerta. Se estiró el puño de la camisa sobre la mano y lo frotó para limpiarlo. Una enfermera apareció en su campo de visión para comprobar el sistema de goteo y no pudo ver más. Jack se apartó de la puerta. Había visto todo lo que necesitaba.

«Parece lo mismo que en las otras.»

«Así es, señor Caffery», había dicho Krishnamurthi en la autopsia de Jackson. «Es idéntico a las otras.»

Entonces creyó comprender lo que estaba ocurriendo.

Cuando aparcó fuera de los laboratorios del Servicio de Ciencias Forenses de Lambeth estaba anocheciendo y tenía el parabrisas del Jaguar salpicado de mosquitos. Las luces del vestíbulo proyectaban las largas sombras de las plantas de yucas sobre el mosaico del pasillo: Catherine Howard sujetaba con abnegación su rosario en la penumbra.

El guardia de seguridad se espabiló en el mostrador de recepción y dio a Caffery un pase de acceso.

—La llamaré para decirle que está usted subiendo, pero cerramos en diez minutos, señor, Recuerde que dentro de diez minutos debe usted haber salido.

Se la encontró en la puerta del ascensor. Llevaba unos pantalones de chándal de color gris claro, una sudadera verde y unas zapatillas Reebok, y en la mano sujetaba una lata de Coca-Cola abierta. Con el pelo cano cortado a lo *gargon* y una estatura parecida a la suya, a Jack le pareció que la doctora Jane Amedure era extrañamente atractiva.

—Lo siento, inspector Caffery —dijo antes de guiarle en silencio por unos corredores flanqueados con grabados de Audubon cuidadosamente dispuestos. Pasaron junto a varios guardias de seguridad que hacían las últimas comprobaciones y algunos técnicos de laboratorio que se despojaban de sus batas desechables—. Siento las noticias y lamento haber tenido que encomendar el asunto a terceros. Intenté llamarlo, pero,

—No, no se preocupe. Gracias por su ayuda, pero no estoy aquí por eso.

Le miró de reojo.

—Bueno, por desgracia no creo que haya venido para invitarme a salir con usted. Así que mi astuta mente científica solo puede concluir que está aquí por el asunto Walworth. ¿Qué le parece?

—Es usted admirable —dijo sonriendo.

—Adelante, pase —dijo sujetando la puerta de su despacho—. Hoy hemos recibido muchas cosas de ustedes. Muestras de Harteveld, un pelo que me ha parecido especialmente interesante.

—Y larvas.

—Oh, sí, eso también. Esos pequeños y repulsivos canallas. Por suerte ya los hemos enviado al Museo de Historia Natural. El doctor Jameson realizará una serie de pruebas para reproducir el medio en el que se encontraron y seguir su desarrollo hasta el estado de crisálida.

Le acercó una silla y, con cierto esfuerzo, logró pasar de soslayo por detrás de un escritorio repleto de montones de documentos, latas de Coca-Cola y ceniceros. Sobre la superficie de trabajo había un flexo con el brazo inclinado y, apoyada en la ventana detrás de la doctora Amedure, una máscara ritual nigeriana acechaba el interior del despacho con sus ojos vacíos.

—A primera vista todo parece correcto, ya sabe, apenas un par de anomalías, pero por lo demás es exactamente igual a las otras.

—Entiendo. Eso fue lo que dijo Krishnamurthi. Y eso es lo que me resulta preocupante.

—¿Preocupante?

Caffery acercó la silla al escritorio.

—Solo explíqueme... las moscas de la carne, las que ponen los huevos en las heridas...

—No, no. No se trata de huevos. Nuestras pequeñas amigas, las *Sarcophagidae*, no se molestan en poner huevos. Ponen larvas.

—¿Siempre en una herida?

—Sí.

Cogió una lata de Coca-Cola y la agitó. Vacía. Cogió otra, tratando de distinguirla de la que acababa de dejar.

—Mire, por lo poco que sé de entomología, la cosa funciona así: las moscardas ponen sus huevos en las membranas mucosas, es decir, en la boca, el ano, la vagina, los ojos, los orificios nasales, etc. En las muertes violentas más habituales hay heridas, sangre. Así que mientras las *Diptera* hacen su trabajo, las moscas de la carne se concentran en las heridas.

—Pero eso no fue lo que ocurrió en el caso de Jackson.

—Ni en ninguna de las otras víctimas. Aunque las *Sarcophagidae* eran larvas, como las *Diptera*, la mosca de la carne no atraviesa una serie de estadios: por eso supimos que su llegada había sido mucho más reciente. Ese fue el destello que nos iluminó: nos dimos cuenta de que las heridas eran post mórtem. Los niveles de serotonina en las heridas nos ayudaron a estrechar el cerco.

Localizó la lata de Coca-Cola llena. Bebió un trago y le miró.

—Estamos hablando de un intervalo de entre sesenta y setenta y dos horas.

—¿*Sesenta*? ¿Eso es el mínimo?

—Se trata solo de un cálculo aproximado.

—Bien, pero el primer momento en el que pudieron haber puesto las larvas, ¿cuál es?

—¿Poco más o menos? ¿Con el margen más amplio posible sin pillarme los dedos? Diría que, bueno, el miércoles por la mañana. Como en el caso de las otras, un intervalo de unos tres días.

La doctora Amedure hizo una pausa y dejó la lata en el escritorio.

—Señor Caffery, ¿le dice esto algo?

—Sí —dijo llevándose los dedos a la sien.

A Hartevelt lo estuvimos vigilando desde el martes por la tarde. A las 10 de la mañana del miércoles ya estaba muerto.

—Doctora Amedure, —dijo dejando caer la mano y alzando la vista—. En todas las víctimas se encontró polvo de cemento.

—Ya lo sé. Creo que en el caso de las otras, todos dimos por sentado que procedía del depósito de áridos. Un motivo para avergonzarse, pero seguimos investigando. Hemos empezado a realizar una difracción por rayos X. Cuando esté acabada nos pondremos en contacto con la base de datos del CCRL de Gaithersburg, en Maryland, y les pediremos que lleven a cabo un análisis comparativo.

—¿No existe una base de datos en el Reino Unido?

—Maryland tiene la mejor. Pueden trabajar con un difractograma, o con la impresión de un análisis de fases, y comparar los cloratos, la metacaolinita y los sulfatos con los ejemplares que ellos conservan.

—¿Cuánto tiempo llevaría?

—¿Nuestra tarea? Menos de veinticuatro horas. No sé la de Maryland... Pero suelen ser bastante rápidos.

—¿Podría comenzar esta noche?

—Inspector Caffery —dijo sonriéndole por encima de la lata de Coca-Cola—. No creo que haga falta recordar cuánto tendría que pagar la AMIP por un turno de noche.

—No se ha enterado, ¿verdad? —dijo cambiando de postura, como si se sintiera

incómodo—. Esta noche ha ocurrido algo en Lewisham que ha hecho saltar todo por los aires. Aún no estamos seguros, pero puede ser que haya algún otro perturbado rondando por ahí.

La expresión de la doctora Amedure cambió. Dejó la lata en la mesa, cogió el teléfono y marcó un número.

—Hablaré con el administrador de turno. Si tenemos el personal necesario, podremos echarle una mano.

Mientras esperaba que le contestaran, buscó debajo de unos papeles y sacó una espectrografía.

—El pelo del que le hablaba. Tiene el mismo color y longitud que los de la peluca, pero la sección transversal es completamente redonda. Caucásico, decolorado. Y se cayó de forma natural.

—¿De alguna de las víctimas? —preguntó Caffery inclinándose y cogiendo el papel—. ¿Procedente del mobiliario, quizás?

La doctora Amedure negó con la cabeza.

—No coincide con ninguna de ellas, ni siquiera superficialmente. Y todo lo que podemos saber de él es el ADN mitocondrial y algunas indicaciones sobre el estilo de vida del propietario. ¿Ve ese precioso pico en el centro? Es el metabolito de la marihuana.

—¿Y este?

—Aluminio.

—¿Aluminio?

—Bueno, ese —dijo cambiándose el auricular a la otra oreja—, ese podría significar casi cualquier cosa. Una vez vi uno que casi se salía de la página. Resultó ser de un paciente con desorden obsesivo compulsivo. Su compulsión era los antitranspirantes.

—Esto podría indicar la existencia de otra víctima que aún desconocemos.

—Exacto.

Caffery dejó el papel en el escritorio y se puso en pie.

—Doctora Amedure, ese análisis comparativo... Cueste lo que cueste, ¿de acuerdo?

—Si usted lo dice...

Puso la mano sobre la boquilla del teléfono y añadió:

—Si la AMIP lo paga no hay nada que no podamos hacer.

Era la una de la madrugada y la noche estival era fresca. La comisaría de Greenwich había proporcionado un grupo electrógeno con focos y acordonado la calle. La prensa, que antes había invadido la zona, se había trasladado al hospital con la esperanza de oler de cerca la sangre de Susan Lister. Caffery y Maddox estaban sentados en el Jaguar, debajo de una farola, dentro del cordón policial.

—Polvo —dijo Jack a su superintendente—. Polvo de cemento.

Se giró sobre el cuero crujiente del asiento, pasó el brazo por el respaldo y miró a Maddox.

—Déjame que te explique.

Lentamente fue exponiendo sus ideas, sus sospechas fundamentales, su primer croquis

esquemático de lo que creía que estaba sucediendo. Sin mucho detalle y medio esbozado, pero creía que era el germen de una idea correcta. Le explicó cada conexión y justificó cada pequeño salto de su imaginación.

—No sé, Jack —dijo Maddox tras un largo silencio—. No estoy del todo convencido, —añadió tamborileando en el salpicadero y mirando hacia la calle. El inspector Basset estaba fuera de la zona acordonada bajo un foco, bebiendo café y observando cómo Quinn, inconfundible con su luminoso traje blanco, mezclaba yeso dental en un pequeño contenedor de plástico. Al cabo de un largo rato Maddox se estiró y comenzó a abotonarse la chaqueta.

—Tengo que pensarlo. Durmamos un poco. Volveremos a Shrivemoor sobre..., ¿qué hora?, ¿las seis? Puedes hablar con Essex y Kryotos antes de la reunión. A ver qué les parece.

Cuando Maddox se hubo ido, Jack lió un último cigarrillo y dio un paseo por la calle. Los jardines despedían un intenso olor a jazmín. Se detuvo y dirigió la mirada hacia un rectángulo de luz amarillenta sobre el tejado de un garaje. Entonces reconoció el lugar en el que se hallaba.

Malpens Street era una bocacalle de South Street. Habían venido por otro camino, pero se dio cuenta de que estaba solo a cuatro o cinco portales de la tienda de objetos usados. Un murete bajo bordeaba los jardines que daban a la calle principal y por encima se podían ver las ventanas posteriores de las casas, cortadas en diagonal por el techo del garaje. En una ventana iluminada vio una rendija abierta para dejar entrar el aire de la noche.

La cocina de Rebecca.

Regresó, se apoyó en el coche, alejado de las farolas, y sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Pudo oír cómo el teléfono de Rebecca sonaba por encima de los tejados.

—¿Hola?

Pero la línea emitió un sonido rápido y seco y se dio cuenta de que estaba hablando con un contestador.

Era la voz de Joni: «Sentimos que después de toda la molestia y el gasto ocasionados no hayamos tenido la vergüenza de estar en casa para atender tu llamada».

Caffery juró en voz baja.

—Escucha, sé que hay alguien ahí. Soy Jack, el inspector Caffery. Descuelga el teléfono.

Esperó un instante. Nada. Suspiró.

—Escuchad, Rebecca, Joni. Si me estáis oyendo, quiero que tengáis cuidado porque esto aún no ha acabado. Mantened la puerta y las ventanas cerradas, ¿de acuerdo? Y, Rebecca —dijo haciendo una pausa—, cuando tengas tiempo, llámame.

Colgó y se quedó en la oscuridad contemplando la ventana. Al cabo de un rato alguien apagó la luz de la cocina y una figura se acercó a la ventana y la cerró. Caffery no pudo ver quién era. Guardó el móvil en su bolsillo y se metió en el Jaguar.

Con ayuda de media botella de Glenmorangie consiguió dormir profundamente tres horas antes de que un pensamiento le despertara de repente:

A Susan Lister no la había abierto.

Suspiró y permaneció tumbado boca arriba con las manos sobre los ojos. Y tampoco había ningún pájaro cosido en su interior. No había pájaro.

¿Por qué? ¿Por qué no nos ofreciste el símbolo esta vez?

Porque no se trata de un símbolo.

Jack se estremeció. Se apoyó sobre los codos y se incorporó. Parpadeó y sintió que el corazón le latía con fuerza. La respuesta parecía haberla dado alguien en la habitación.

Si no era un símbolo, entonces ¿qué era?

Susan Lister estaba viva. No había pájaro. ¿Y los seis tristes trozos de carroña en la morgue? Un pájaro vivo luchando por sobrevivir. Luchando con energía hasta desgarrar el tejido del hueso que tenía debajo. La obra de Hartevelt parecía extenderse desde ultratumba.

El resplandor frío de la luna se desplazó sobre su piel y Caffery volvió a tumbarse, atento a su respiración y al latido de su corazón. Creyó saber lo que significaba el pájaro. Y cómo encajaba exactamente en el rompecabezas. Ahora sabía hacia dónde se dirigía.

El Grupo F, algunos de cuyos miembros ya habían trasladado sus cosas, había sido avisado y debía regresar a Shrivemoor para la reunión matutina. Caffery se encontró con Maddox, Essex y Kryotos una hora antes. Todos estaban cansados y desanimados. Caffery permaneció unos minutos en medio del centro de coordinación con las gafas en la mano, pensando y ordenando sus ideas, mientras Maddox, sentado en un rincón, le observaba con la cabeza apoyada entre las manos. Kryotos estaba en la cocina haciendo café. Oyeron el tintineo de las cucharillas en las tazas acercándose por el pasillo. Cuando apareció con el café estaba tarareando, como si pensara que el ruido podría aliviar la pesadumbre que invadía el ambiente.

Maddox lanzó un suspiro.

—Bien —dijo pasándose las manos por la cara y mirando a Essex y a Kryotos—. Los dos sabéis lo que ocurrió anoche.

—Sí.

—Y que ha aparecido un pelo en el cuerpo de Jackson que no podemos identificar. Ello nos hace pensar en otra víctima. Así que no me importa lo cansados que estéis, pensad en que nos ha tocado pagar el pato y ya está.

Alzó la vista.

—Jack, ¿estás listo?

—Sí.

—Pues adelante —dijo haciendo un gesto en el aire con la mano—. Venga, cuéntales lo que me contaste a mí.

—De acuerdo.

Dudó un instante, con la vista clavada en el suelo. Entonces su rostro pareció despejarse. Se puso las gafas y se volvió hacia ellos.

—Es Birdman —se limitó a decir.

Essex y Marilyn intercambiaron miradas.

—¿Un imitador? —preguntó Essex.

—No. Quiero decir que Birdman es este. La prensa nunca se contenta con un imitador. Hartevelt fue el asesino. Birdman es el mutilador. Hartevelt está muerto. Birdman sigue activo.

Marilyn dejó de servirse azúcar en el café y se quedó mirándole. Essex frunció el ceño y empezó a mover su taza de café hasta dejar un cerco circular sobre la alfombrilla para el ratón azul y plata de la policía metropolitana. Maddox apoyó el mentón en una mano y analizó las reacciones de los dos. Luego dirigió la mirada hacia Caffery.

—Vas a tener que convencerlos.

—Puedo hacerlo.

Abrió su maletín y entregó a Kryotos las notas que había tomado en el Servicio de Ciencias Forenses.

—Jane Amedure dice que las heridas post mórtem de Peace Nbidi Jackson fueron producidas como en las otras víctimas..., tres días después de la muerte.

—¿Lo que significa,?

—Lo que significa que cuando fueron causadas Hartevelt estaba bajo vigilancia o ya había muerto. Quinn y Logan no encontraron ninguna prueba en el apartamento de Halesowen Road porque *Hartevelt no realizó las mutilaciones*. Fue otra persona.

—Es como un pequeño club —comentó Kryotos mientras pasaba las notas a Essex y volvía a remover el café—. Un club de necrófilos. Con las reglas habituales: no se permiten negros, ni judíos, ni zapatos con clavos en la casa club...

—Espera, espera —intervino Maddox levantando la mano—. Déjale que siga. Habrá tiempo de reírse cuando nos haya descrito la secuencia de los hechos.

—Bien —continuó Caffery, sentándose frente a ellos y apoyando las manos sobre la mesa—. Creo que ocurrió así: Hartevelt es un necrófilo, de eso no cabe duda. Pero resulta inusual para esta clase de comportamiento parafilico porque es una persona instruida: *sabe* el tipo de mierda que le puede venir encima, así que lo guarda en secreto, no se comporta como tal. Suponiendo que sea el perverso típico, su perversión podría haberse estado fraguando durante años. Un día, hace unos seis meses más o menos, algo le provoca: algún factor clave que le produce tensión, quizás una relación que se deteriora, un fracaso profesional, es posible que nunca lleguemos a saberlo con precisión. Sea lo que sea, su tendencia se precipita. Actúa sin pensar, se divierte y, cuando todo ha acabado, se da cuenta del lío en el que se ha metido.

–Se encuentra en un aprieto con un cadáver.

–Y le aterroriza la idea de cómo quitárselo de encima. Pero no pasa nada porque conoce a alguien que le puede ayudar. No es otro necrófilo, sino un oportunista. Un trastornado sexual, un sádico. Alguien lo bastante enfermo como para no preocuparse de si la víctima está viva o muerta. Es él, no Hartevelt, el que limpia los cuerpos.

–Limpieza de artículos de segunda mano –murmuró Essex.

–Quinn nunca encontró en casa de Hartevelt restos de aquel jabón.

Maddox destapó un envase de leche UHT en miniatura.

–¿Cómo se llamaba?

–Wright's Coal Tar.

Permaneció en silencio unos instantes. Vertió la leche en el café hasta las últimas gotas y miró a su inspector con aire pensativo.

–Vamos, Jack, continúa. Estamos a medio camino.

Tiró el pequeño envase a la papelera y se reclinó en la silla.

–Convéncenos.

–De acuerdo. ¿Recordáis que no entendíamos cómo Hartevelt podía ser tan jodidamente preciso al elegir víctimas que nadie echaría de menos? Logan enseñó a Géminis una fotografía de Hartevelt y no supo qué decir. La camarera tampoco. Como si jamás le hubieran visto en el pub. Géminis llevaba a las chicas hasta Croom's Hill a una cita que había sido acordada con antelación. Así que esto es lo que creo: ¿Y si este segundo agresor fuera el encargado de organizarlo todo? Conocer a las chicas, averiguar cuál podía desaparecer sin problemas, hacer los preparativos. Por eso a Hartevelt nunca le ven en el pub. Él ya sabe cuál es la siguiente porque alguien se la ha elegido.

–¿Y ese mismo agresor entra en escena más tarde?

–Sí. Es él, no Hartevelt, quien se encarga de arreglarlas: las pelucas, el maquillaje.

–¿Hablamos del tipo que agredió a Lister, que actúa por su cuenta? –preguntó Kryotos, ya más seria.

–Exactamente. Ahora le ha tomado el gusto.

–Esto serviría para contestar muchas preguntas –dijo Essex–. Por ejemplo, por qué aquella chica de Royal Hill no supo durante dos días que había un cuerpo en su contenedor. Quizás solo había estado allí una noche, como ella dijo. Quizás el otro tipo la tiró allí *después* de que Hartevelt entonara el canto del cisne.

–Sigamos –dijo Caffery inclinándose hacia delante–. Jackson tenía polvo de cemento en el pelo, el mismo polvo que había en el resto de las víctimas. Al principio creímos que procedía del lugar donde se habían encontrado los cuerpos, el depósito de áridos, pero Jackson nunca estuvo allí. Y el médico que examinó a Lister también dijo que al lavarla encontraron polvo gris sobre su cuerpo. Puede que estemos ante otro Fred West, que el agresor trabaje en el negocio de la construcción o que esté haciendo reformas en su casa. Pero lo importante es que creo que él tiene algo que ver con St. Dunstan.

–Marilyn.

Maddox se puso en pie y se dio un golpecito en los dientes con el bolígrafo.

–Marilyn, ponme con el jefe. Esto le va a encantar. Y Jack... –añadió sentándose en el

escritorio y mirando a su inspector—. Sé dónde quieres ir a parar.

—¿Seguro?

—Oh, sí. Se te acaba de ocurrir una idea, ¿verdad?

—Así es. Para empezar no debería haberle dejado marchar tan rápidamente.

—Adelante pues. Que Essex te acompañe. También puede ir Logan cuando llegue.

—Esperad, esperad.

Todos se detuvieron. Kryotos tenía el ceño fruncido.

—Creía que el médico forense que examinó a Lister había dicho que no había marcas en su cabeza.

—No tenía por qué haberlas —dijo Caffery—. Como en el caso de Kayleigh Hatch: su pelo era del color apropiado. Él se lo cortó para que se ajustara al modelo. La eligió porque se aproximaba mucho a lo que buscaba. Lister salía a correr y St. Dunstan estaba en su recorrido. Creo que fue así como la descubrió. Es la primera vez que no ha tenido que conformarse con lo que le daban: a esa la eligió él. Ahora caza por su cuenta.

—Pero a ella..., ya sabes, no la abrió. Y el pájaro... No hay pájaro.

—Claro —dijo quitándose las gafas y frotándose los ojos. Cuando alzó la vista todos pudieron ver que estaba muy cansado—. Eso es porque no estaba muerta.

—¿Cómo?

Caffery apoyó las palmas en el escritorio y miró las uñas de sus pulgares, del color de un caballo picazo, la una frente a la otra.

—Las abría para meter el pájaro. Pero no es como Hartevelt: no elige víctimas muertas. Él es un violador sádico, la muerte no le divierte. Prefiere que estén vivas para disfrutar viendo cómo pasan miedo.

Miró directamente a Marilyn con la esperanza de no asustarla demasiado.

—A Lister no la abrió por la sencilla razón de que tenía un corazón sano latiendo en su cuerpo. Un corazón que podía oír mientras la torturaba.

—¿*Qué* es lo que nos estás diciendo? —preguntó Marilyn con voz débil.

—Yo sé lo que pretende decirnos —intervino Essex—. Metía los pájaros vivos en los cuerpos para que ellos lucharan por salir. Como si fuera —dijo bajándose las mangas, pues la habitación parecía haberse quedado fría de golpe—... el latido de un corazón.

—Exactamente.

Caffery se levantó y cogió la chaqueta.

—Exactamente —repitió.

Con toda la emoción de la noche anterior, se le había hecho tarde. Tenía tantas cosas en la cabeza: su próximo cumpleaños, Joni y la persona que había pasado un día y una noche en su apartamento, deshecha y encogida.

Se estremeció al pensar en lo fácil que había sido raptarla, lo sencillo y *simétrico* que había sido deshacerse de ella —en su propio jardín, delante de su casa, para que su marido la encontrara— y lo que ese éxito auguraba.

Al principio, cuando le vio sentado en el asiento de atrás del coche con la sierra eléctrica inalámbrica, la mujer perdió completamente el control. Creyó que iba a sufrir un

ataque epiléptico: comenzó a sacudir la cabeza con violencia y empezó a dar golpes con los pies en el suelo del coche, a hacer gestos mudos con la boca mientras los dientes le castañeteaban en la oscuridad. Pero en cuanto tomó la decisión de dejarla sin sentido dándole un golpe en la sien con el mango de la sierra todo fue más fácil.

Solo había habido un inconveniente. Después de haber estado observándola varios días mientras pasaba corriendo por las mañanas por delante de St. Dunstan, creía haber elegido la más adecuada y pensó que no habría necesidad de cirugía. Por eso se llevó una amarga decepción al desnudarla en el apartamento y ver que los pechos necesitarían algunos cortes. Aun así, era un detalle insignificante si lo comparaba con el éxito abrumador del episodio. Su confianza, bastante reforzada durante los últimos meses, había dado un nuevo salto hacia delante. El día de su cumpleaños estaría preparado para el verdadero acontecimiento. Todo esto lo meditaba en su cocina, destartalada y agobiante, mientras abría una bolsa de M&M's y metía el dedo distraídamente entre los barrotes de una jaula donde tiritaban cuatro pinzones cebra de aspecto deplorable y medio desplumados. No recordaba cuándo había sido la última vez que les había puesto comida, pero eso ya no importaba.

Quedaba un día. Solo un día para su cumpleaños. Cogió los chocolates y se dirigió al cuarto de baño. Debía prepararse.

A las nueve en punto de la mañana los contestadores automáticos de los teléfonos del departamento de personal de St. Dunstan se desconectaban.

—Personal, dígame. Wendy al aparato.

Caffery se metió la corbata entre los botones de la camisa y se apoyó en su escritorio.

—Wendy, soy el inspector Caffery. AMIP, Investigación de Homicidios. Nos ayudó usted con la pequeña habitación de la biblioteca.

—Oh, sí, sí. Hola, inspector. Me preguntaba cuándo volvería a tener noticias tuyas. Nos hemos quedado impresionados. ¿Sabía usted que el señor Harteveld era una cara bastante conocida aquí, en personal? Debo decir que lo siento mucho, muchísimo. Espero que su conducta no haya empañado el buen nombre de St. Dunstan. A todos nos afectaría mucho si, Verá usted, estamos tan orgullosos de nuestra reputación, Cuando pienso en que ese hombre tan horrible puede haberla dañado me...

—Wendy.

—Sí, perdona —dijo recuperando el aliento y tragando saliva.

—¿Tiene usted la relación de las personas que están ahora mismo de permiso?

Cuando le dijo a quién buscaba, Wendy contestó:

—Un momento, inspector Caffery. Le voy a poner en espera mientras busco su expediente.

Escuchó varios compases del *Canon* de Pachelbel y en menos de un minuto Wendy estaba de nuevo al aparato con la voz nerviosa y entrecortada.

—Inspector, ¿sigue ahí?

—Sí.

—El señor Thomas Cook está de permiso hasta el ocho de junio.

–Eso es lo que él dice.

–¿Perdón?

–No, nada. ¿Tiene usted su dirección?

Cook vivía en la planta baja de una casa reformada de dos apartamentos en Lewisham. No había obras en la calle ni delante de la casa. Logan se quedó en el Sierra, con el agua goteando desde las ramas de un plátano sobre el capó. Caffery y Essex se echaron las gabardinas sobre la cabeza, avanzaron con cautela por el patio asfaltado delantero y, a través de la puerta lateral de madera, llegaron al jardín. La vegetación lo cubría todo – seguía sin haber rastro de cemento o de trabajos de construcción– y la casa estaba en silencio: no se veía a nadie en las ventanas y las cortinas de la planta baja estaban cerradas.

Permanecieron sobre la hierba mojada. Estaban mirando cómo goteaba la lluvia desde el tejado a dos aguas cuando sus radiotransmisores se activaron.

–Bravo seis-cero-seis para Bravo seis-cero-dos.

Parecía absurdo, pero Logan hablaba susurrando.

–¿Señor?

Caffery sacó el transmisor de la funda del cinturón.

–Aquí Bravo seis-cero-dos, le recibo.

–Hay cierto movimiento dentro de la casa, señor.

–De acuerdo. Vamos para allá. Corto.

Regresaron al Sierra.

–¿De qué se trata?

–Es una viejecita.

–¿Una viejecita?

–Ya sabe, pelo cano, bifocales.

–¿La vecina del piso de arriba?

–Bueno, si es la vecina me gustaría saber qué está haciendo en el piso de nuestro objetivo.

–¿Cómo?

–En la planta baja, señor. Me refiero al piso de abajo. Mire.

Se dieron la vuelta. En las ventanas delanteras de la planta baja pudieron ver un par de grandes manos descorrer la cortina.

–Bien –dijo Caffery encaminándose de nuevo hacia la casa–. Quizás haya sido un error mío.

–Jack –dijo Essex acelerando el paso para ponerse a su lado–. ¿Qué va a hacer?

–Quizás haya cometido un error y el 27 A es el piso de abajo y el 27 B el de arriba.

Tocó el timbre y a su lado Essex se estremeció.

–Esto no me gusta nada, Jack.

–Pero ¿de qué hablas? Si es solo una viejecita.

–*Vestida para matar* –murmuró–. Vestida para cepillarse a alguien, de eso hablo.

Se oyeron unos pasos en el pasillo, unos pasos pesados, y mientras Caffery sacaba su

placa del bolsillo, Essex dio un paso atrás, alejándose de la puerta.

—Lo digo en serio, Jack. Esto no me gusta nada.

Aquel rostro sobre el espejo manchado del lavabo, con sus feos dientes y su brillante piel sonrojada, venía a reafirmar la creencia que había tenido toda su vida: la ira era un derecho civil y él tenía licencia para enfurecerse. No había habido un solo día —ni siquiera una hora— en el que no se hubiera sentido avergonzado de su aspecto: tenía tendencia a engordar y nunca había llegado a perder las suaves caderas femeninas y las piernas regordetas de la infancia. Los muslos le rozaban al andar y por las noches se limpiaba las estrías de los pliegues carnosos donde se acumulaba un depósito blanco que parecía cera. Pero tenía la lujuria de un toro. Sentía un deseo sexual excesivo y brutal; aunque no le sorprendió nada cumplir veinte años y seguir siendo virgen.

Su primera conquista sexual fue ignominiosa, en un encharcado callejón de Camden a cambio de media botella de cerveza Pink Lady. Más tarde, en Hackney, lo había hecho con una prostituta caribeña de Santa Lucía, por diez libras y cuatro Pernods con licor de grosellas. A los veintidós años, mientras preparaba por segunda vez los exámenes de Biología, Física y Química necesarios para seguir estudios superiores, consiguió un trabajo como guardia de seguridad en UMDS, la escuela de medicina de los hospitales de St. Guy's y St. Thomas's, y su vida cambió.

Sus tareas en el hospital, en las inmediaciones de la estación del puente de Londres, le dejaban tiempo para estudiar. Entre ellas estaba comprobar los permisos de acceso, indicar el camino a los visitantes, pasar frío en la caseta del aparcamiento situada fuera del departamento de patología y, cada dos semanas, solo, por la noche, hacer la ronda de vigilancia por los pasillos relucientes, la cantina vacía con olor a puré de patata y leche agria, las salas de conferencias, el laboratorio de patología y el laboratorio de anatomía.

Aquel laboratorio de anatomía donde, un día de invierno de hacía dieciocho años, su vida y la de Hartevelt habían quedado ligadas de un modo inextricable.

El suyo había sido el peculiar encuentro de dos mentes alteradas. Mientras se miraban por encima de los cuerpos cubiertos con sábanas verdes y las mesas de disección de acero inoxidable, se dieron cuenta, con una convicción parecida a la de los amantes, de que eran tal para cual. No hizo falta que expresaran con palabras la batalla personal que cada uno de ellos libraba. El aristócrata de espalda recta y huesos consistentes dejó a un lado las diferencias de clase y de una manera simple, casi poética, *entendió*.

No aprobó los exámenes y poco después abandonó sus sueños de hacerse médico y dejó la compañía de seguridad. Hartevelt también dejó la UMDS, pero la lealtad entre el heredero de una fortuna de la industria farmacéutica y el exguardia de seguridad perduró durante años. Sus específicos intereses particulares siguieron siendo los mismos.

Había habido cuatro o cinco violaciones a lo largo de los años: en aparcamientos, bosques; chicas demasiado borrachas para recordar la matrícula del coche del hombre menudo que se detuvo y se ofreció a llevarlas. Así fue como llegó a la orilla sur del río por primera vez. Ella hacía *striptease* en Greenwich. Eran las dos de la madrugada del día de su cumpleaños y la encontró mientras deambulaba sola por las calles cercanas a la

salida norte del túnel de Rotherhithe haciendo autoestop. Era la chica más hermosa que jamás había visto, con su minifalda de polivinilo, su cazadora de cuero y su pelo rubio nórdico con un corte de flequillo recto. En ese momento, en su cuarto de baño de Lewisham, húmedo y oscuro, soltó un gemido involuntario al recordar todo el cariño que había volcado en Joni.

Ella se había dejado caer sin fuerzas en el asiento delantero de su coche, y mientras él toqueteaba su cuerpo suave, sujeto por el cinturón de seguridad, de su garganta salieron unos gemidos. Bajo la cazadora de cuero su corazón palpitaba como un pajarillo fatigado. Pero cuando intentó subirle la falda, ella se resistió. Salió del coche dando traspiés y se sentó en la acera, muy estirada, con todo el maquillaje pastel corrido. Él bajó del coche al instante e intentó tocarla, pero ella le apartó.

—Ahora no, ¿vale? —murmuró—. Me siento mal.

Se quedó mirando su cabello rubio ceniza, sus medias llenas de carreras en las rodillas y de pronto decidió no violarla.

Así, sin más.

Fue algo inesperado. La llevó a su casa y se despidió de ella deseándole buenas noches. Sin más. Como si no pasara nada. Como si ese comportamiento fuera normal en él.

Luego se sintió virtuoso, eufórico, lleno de claridad. Enseguida decidió que su generosidad hacia ella era una expresión de amor. La quería tanto que cuando pensaba en ella le dolía la cabeza.

Pero Joni rechazaba sus insinuaciones y no le gustaba nada que apareciera por el pub para verla actuar. Se enfadó mucho más aún al enterarse de que había conseguido un trabajo en St. Dunstan y había comprado a una anciana la planta baja de una casa reformada en Lewisham, a poco más de un kilómetro de donde ella vivía en Greenwich.

Pero él ni se inmutó ante su enfado, pues ella era la razón de su vida. Su apartamento era un santuario dedicado a ella, la fotografiaba por la calle, le pagaba copas en el pub. En ocasiones Joni le procuraba momentos de placer: a veces fumaba o bebía tanto que se suavizaba y accedía a ir a su casa. Y allí la dejaba en la cama de invitados durmiendo la borrachera. Pero no la tocaba. No lo intentó ni una sola vez. Esa no era la cuestión. La cuestión era que *ella* se acercara a él. Eso era lo esencial. Mantenía el apartamento limpio y aseado con la triste esperanza de que ella entendiera cuánto la quería. Cuando estaba ella, escondía sus fotos más preciadas, tomaba todas las precauciones, rociaba el apartamento con ambientador —a Joni le encantaba que las cosas olieran bien.

Al final, cansada y resignada, llegó a soportarlo. A cambio, él aprendió a tolerar sus alocados y caprichosos actos de infidelidad, su coqueteo con otros hombres, su rechazo al contacto físico con él. Mantuvo la calma y la educación incluso aquel día, hacía cinco años, en el que estuvo a punto de montar en cólera cuando regresó a casa y se la encontró con los pechos turgentes después de pasar por el bisturí de un cirujano. Lo que Joni hiciera en la realidad, en el mundo tridimensional, no importaba, porque ella seguía viviendo en su universo de fantasías internas tal como la había visto aquella noche, cálida y dócil, con sus pequeños pechos de pezones suaves y el aliento a alcohol en la boca.

Al regresar a la cocina, uno de los maltrechos pinzones cebra había reunido la fuerza necesaria para encaramarse al palo de la jaula. El pájaro le miró con sus pequeños ojos brillantes. Él lanzó un gruñido y sacudió la jaula con fuerza hasta que el pájaro, exhausto, salió despedido y cayó al suelo, demasiado aturdido y consumido para ni siquiera aletear. Se quedó allí sobre un costado, con un parpadeo agonizante, mientras él se acababa los M&M's, estrujaba la bolsa y comenzaba a vestirse.

La puerta de la calle la abrió una mujer que, ciertamente, llevaba gafas bifocales. Tenía el pelo gris muy corto, las manos grandes, e iba vestida con discreción: rebeca de gruesa lana escocesa, falda de *tweed* sobre sus robustas caderas inglesas y zapatos de piel marrón. Cuando Caffery le mostró la placa y le explicó que estaban interesados en el vecino del piso de arriba, mostró una sonrisa agradable y los invitó a pasar.

—Supongo que les apetecerá una taza de té, caballeros.

Entraron al vestíbulo y Essex se quedó atrás, no muy seguro de poder confiar en aquella mujer. Caffery se detuvo un instante y dirigió la mirada hacia la puerta cerrada en lo alto de las escaleras. Pasó un dedo por la barandilla y luego lo presionó contra el puño blanco de la camisa. Nada.

—No sé cómo se llaman —dijo la mujer desde dentro de su apartamento—. Me refiero a la pareja de arriba.

—¿La *pareja*? —repitió Jack girándose—. ¿Ha dicho usted «la pareja»?

Así que al final *hay* una *novia*.

—Es por ellos por quienes preguntan, ¿no?

Sujetó la puerta para que entraran y los condujo por un pequeño pasillo, un espacio robado a una habitación de techo alto utilizando paneles de yeso laminado. Al ver las aerografías de temas fantásticos que había en las paredes —una mujer de pechos plateados al estilo Giger, unos héroes melenudos sobre motocicletas con brillantes diseños de alas y dragones—, Essex tiró a Caffery de la manga.

—¡Fíjese qué casa! —murmuró mientras seguían a la mujer hasta el salón. Allí había chales indios colgados del techo, con lentejuelas y flecos, y una lámpara de lava al lado de una pipa de agua de teca afgana.

—Los conozco de hablar con ellos alguna vez —dijo la mujer.

Cogió del sofá un almohadón de arpillera naranja y le dio una palmada.

—Mi hijo debe de saber cómo se llaman, pero está de vacaciones.

Hizo una pausa, con el cojín en la mano, y los tres se miraron en silencio sin comprender. De pronto la mujer se rio.

—Oh, lo siento. No me he explicado bien.

Dejó caer el almohadón y se pasó las manos por la falda.

—Les ruego que me perdonen —dijo extendiendo la mano hacia Caffery—. Mi nombre es Mimi Cook. Paso tanto tiempo en este apartamento intentando mantenerlo limpio que a veces me olvido de que no es mi casa.

—¿Cook? —murmuró Essex mirando por encima del hombro como si alguien fuera a acercarse por detrás.

—Eso es. Este apartamento es de mi hijo. Yo soy su metomentodo personal.

—Señora Cook —dijo Caffery dando un paso hacia delante y estrechándole la mano—. Encantado de conocerla.

—Lo mismo digo.

Puso ambas manos sobre los hombros de Essex y le apartó de la puerta con suavidad para pasar.

—Un poco de té y luego podemos hablar del asunto.

Mientras ella preparaba todo en la cocina, Caffery y Essex se pusieron manos a la obra. Essex echó una ojeada a los títulos de los libros, alzando las cejas al encontrar una edición de *Los 120 días de Sodoma* de los años cincuenta y un delgado volumen —*Sade, mon prochain*, de Klossowski— metido entre obras de Kerouac y Colin Wilson. Caffery, consciente de su agotamiento al ver su rostro reflejado en el espejo sobre la chimenea, pasó un dedo por las superficies y examinó el surtido de cacharros y ceniceros que había en la repisa. Se topó con un montón de tarjetas Travelcard para el transporte público caducadas, sujetas con una goma elástica, y con la cara pecosa de Cook que le miraba. A su lado, enmarcada, había una pequeña fotografía en blanco y negro. Era la señora Cook, décadas más joven, con un bañador de algodón a rayas y el pelo oscuro peinado hacia atrás. Miraba de reojo a la cámara, sentada en una manta escocesa sobre los guijarros de una playa. En sus rodillas se acomodaba un niño de corta edad, en bañador, con los brazos pegados a los costados. De manera incongruente, el pequeño llevaba unas gafas oscuras con una montura muy grande que sobresalía a ambos lados de su cabeza y le daba la apariencia de un escarabajo. Cuando la señora Cook entró con una bandeja en la que había varias tazas, Caffery cogió la foto y dijo:

—¿Es su hijo, señora Cook?

—Sí.

—Le pasa algo en la vista, ¿verdad?

—Oh, sí. Acromatopsia. Supongo que no habrá oído hablar de ella.

Se alisó la pesada falda y se sentó en el sofá para servir el té.

—Dicho en pocas palabras, no tolera la luz del sol. Cualquiera diría que Tailandia es el lugar menos apropiado. Pero así es mi Thomas. Tiene un sexto sentido para todo lo que le sienta mal.

—¿Acromo...? —repitió Essex con un simpático rubor en el rostro—. Perdone, pero las palabras largas no son lo mío.

—Acromatopsia.

La señora Cook sonrió con paciencia.

—Es algo congénito. Sus ojos no tienen conos. ¿O son bastones? Nunca me acuerdo. Es igual, él ve el mundo en blanco y negro, como los gatos. Es muy injusto. Por eso consta en el registro de discapacitados.

—¿Vidente parcial?

—No es que le impida hacer muchas cosas, salvo conducir y. —dijo sonriendo en tono de disculpa—. Bueno, yo le he consentido más que a los otros dos —añadió pasando a Caffery una taza de té—. Veamos. Ustedes querían hablar sobre la gente del piso de

arriba. ¿Es en él en quien están ustedes interesados? El padre de Thomas siempre dice que los que parecen normales son los peores.

—Creí que se refería a su novia.

Caffery llamó a Maddox desde el coche en cuanto salieron de la casa de Cook.

—Cuando él dijo «secretaria para asuntos sociales» creí que se refería a una novia. Pero hablaba de su madre. Va a su casa a limpiar tres veces por semana. Además no sabe conducir.

—¿Quién lo dice?

—Su madre. Dice que tiene visión parcial.

—¿Y hemos de creerla?

—Voy a pasar por St. Dunstan para comprobarlo, pero todo parece indicar que dice la verdad. Por aquí no vamos a ningún sitio.

Todos los empleados del departamento de personal estaban almorzando, menos el servicial señor Bliss. Recibió a Caffery en la puerta, con la mano extendida, el labio superior descolgado sobre su estropeada dentadura y el rostro terso, sonrosado y brillante como si esa mañana se hubiera sacado lustre frente al espejo mientras se afeitaba.

—¿No almuerza usted, señor Bliss?

Bliss agitó un dedo en dirección a Caffery.

—El almuerzo es para los enclenques, señor Caffery. ¿No sabía usted eso? —dijo soltando una carcajada extraña como un hipido, como si su propio comentario le hiciera gracia. Se pasó la mano por el cabello para alisarse unos finos mechones y añadió—: Siento no haber estado aquí esta mañana para atender su llamada. Estaba ahí fuera intentando encontrar aparcamiento otra vez. Lamento decirle que la situación no ha mejorado nada...

—Sí —le interrumpió Caffery—, ya recuerdo.

Apoyó las manos sobre el respaldo de la silla y añadió:

—Señor Bliss, me pregunto si podría ayudarme. Aún seguimos atando algunos cabos.

—Ah, ese espantoso asunto del Dome.

Tomó asiento y miró a Jack.

—Todavía andan ustedes atareados con eso, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y cómo *podemos* ayudarles?

—Ustedes tienen los expedientes médicos del personal, ¿no?

—¿Expedientes médicos? No. Si han suscrito un seguro de vida mediante el sistema de pensiones es posible que tengamos copia del informe médico, pero eso es todo.

—Pero ¿tienen constancia de los casos de discapacidad?

—Según la política de igualdad de oportunidades del hospital estamos obligados a emplear a un cupo de personas discapacitadas. Todas rellenan un cuestionario cuando las contratamos. La información debería estar ahí. Pero no encontrará al señor Hartevelt en los archivos. Él no estaba en nómina.

–No, ya me imagino. Me refería al señor Cook.

–Ah, se trata del ayudante forense que usted mencionó a Wendy, ¿verdad?

–El mismo.

–Wendy sacó su expediente para usted esta mañana. Debería estar aún... –dijo estirándose peligrosamente hacia atrás desde la silla para ver los archivadores que había en un rincón–. No.

Se giró de nuevo en dirección al mobiliario de la pared opuesta.

–Sí, ahí debe de estar.

Caffery le observó mientras se dirigía al archivador. Le pareció que había algo extraño en Bliss, un modo de andar inquieto que sugería una excitación contenida.

–Aquí está.

Regresó al escritorio con una carpeta y la dejó caer de golpe en señal de triunfo.

–Por suerte no lo había vuelto a archivar. Bueno, echemos un vistazo.

Pasó rápidamente unas cuantas hojas y escudriñó el documento con sus ojos claros, moviendo la boca sin emitir sonido alguno y restregándose las manos en la chaqueta de vez en cuando. Caffery advirtió un depósito blanquecino en las raíces de sus dientes.

–Ah, sí. aquí –dijo señalando la página–. ¿Alguna discapacidad? Respuesta de Cook: «Sí». El cuestionario dice: «Por favor, descríbala».

Se humedeció los labios.

–Y Cook contesta: «Acromatopsia».

Bliss alzó la vista y parpadeó.

–Es cuando faltan los conos de la retina. No se aprecian los colores.

–Y no se tolera bien la luz del sol.

Bliss dirigió la mirada hacia algún punto situado por encima del hombro de Caffery como si intentara recordar algo.

–¿Estamos hablando de un tipo pelirrojo con el pelo bastante largo?

–En efecto.

–Sí, lo he visto por ahí alguna vez. Recuerdo las gafas de sol. ¿Así que es ayudante forense? –dijo frotándose la barbilla con aire pensativo y sonriendo a Caffery–. Uno trata con gente tan diferente en este trabajo que es difícil poner nombres a todas las caras.

Al final de la carpeta había dos fotocopias.

–Aquí hay un informe médico que lo confirma. Acromatopsia. Consta como vidente parcial –dijo alzando la vista en dirección a Caffery–. Ah, parece que eso le preocupa.

Caffery se pasó la mano por la cara, cansado.

–No, no. No me preocupa. Solo hace las cosas un poco más difíciles –contestó ofreciendo la mano a Bliss–. Muchas gracias por su ayuda, señor Bliss. Sentimos causarle molestias.

–En absoluto, no es ninguna molestia.

Bliss se puso en pie de golpe y estrechó la mano de Caffery. Era cálida, algo húmeda al tacto.

–Si tiene más preguntas, no lo dude. Wendy le ayudará si yo no estoy. Mañana comienzan mis vacaciones.

—Gracias —respondió Caffery sin mucho entusiasmo—. ¿Se trata de una ocasión especial?

—Por supuesto.

Bliss se sentó a su escritorio y, estirando los brazos, entrelazó las manos e hizo crujir los huesos de los dedos.

—¡Es mi cumpleaños!

Cuando Caffery se hubo marchado, Malcolm Bliss se reclinó en la silla y se quedó mirando a la puerta durante largo rato. Aunque se sentía seguro de sí mismo y se encontraba eufórico y rebosante de excitación, a veces le invadía una ansiedad esporádica, idiopática. Las visitas del inspector Caffery no mejoraban las cosas. El sentimiento de ansiedad se apoderó de él y se enfureció con Harteveld por haberle metido en ese lío.

«Pero si no hubiera estado yo, Harteveld –dijo para sí–, ¿a quién habrías recurrido cuando te encontraste con una joven muerta bien follada en las manos?»

–Eres la única persona que puede ayudarme. Ha ocurrido algo impensable.

Harteveld apareció un día de diciembre, a primera hora de la mañana, aparcó el Cobra marcha atrás en el cobertizo y le mostró la crisálida humana que llevaba en el maletero. Una chica gorda.

–Escocesa. De Glasgow, creo.

Estaba envuelta en film transparente de pies a cabeza.

–Fue lo único que encontré. No quiero huellas en el coche.

–¿Te la has *follado*?

Le entregó dinero y llevaron a la mujer crisálida a su cama. Harteveld agarró las manos de Bliss, que rehuyó aquel roce *repugnante*.

–Eres el único que podía entenderlo.

Harteveld estaba muy nervioso.

–Sé que tú puedes encargarte de ello, porque, francamente, me temo que yo no soy capaz.

Cuando Harteveld se fue, Bliss cerró la puerta y se puso a andar de un lado para otro por el apartamento, mordisqueándose el labio y bebiendo aguardiente de cerezas. Habló solo durante un rato, pronunciando largas frases sin sentido.

La joven estaba en el dormitorio boca abajo, tal como Harteveld la había dejado, con las manos cruzadas sobre el vientre, la cara manchada y aplastada por el envoltorio transparente. Le gustaba el modo en que aquella fina capa la tenía atrapada. Aunque estuviera viva, no habría podido resistirse. Se humedeció los labios y, con la frente perlada de sudor, se acercó a la cama y comenzó a desenvolverla, separándole los brazos, dándole la vuelta, examinándola.

Tenía un tatuaje en el antebrazo. Por delante la lividez era débil y la mayor parte de la sangre se había acumulado por detrás de los muslos, en las nalgas y los hombros. Harteveld debía de haberla tenido tumbada boca arriba durante largo rato.

–Eso es. Ahora levanta los pies, puerca tetuda.

Hundió un dedo en el muslo lleno de edemas y sonrió.

Sintió que la excitación le subía a chorros desde la boca del estómago. Se acordó de la escuela de medicina la primera vez que se dio cuenta con regocijo de que los muertos no pueden oponerse a que los golpeen, los zarandeen, los insulten, les escupan y se los follen. Podía correrse en su cara, su boca, su pelo. Ella no podía negarse a nada. Era una muñeca de boca grande y jugosa para su uso personal.

Pero en ese momento se estremeció al pensar que ya había sido utilizada. Hartevelt le habría hecho antes todas esas cosas. Muy probablemente habría rastros suyos en el cuerpo. Se fue derecho al cuarto de baño y cogió una palangana, una pastilla de jabón Wright's Coal Tar y una manopla. La fotografía de Joni, fotocopiada cientos de veces y clavada en las paredes, le sonrió.

Llenó de agua la palangana de esmalte desportillada y enjuagó la manopla. Los pinzones cebrá saltaban con rapidez por el barrote de la jaula, chocaban unos con otros y se sacudían las plumas. Joni le observaba y le hacía sentirse incómodo y rascarse el cuello, con todos esos ojos mirándole...

Entonces fue cuando la idea de qué hacer con el cuerpo comenzó a tomar forma.

Regresó al dormitorio y, mientras elaboraba su plan, lavó a la chica. Le abrió las piernas con cuidado y estrujó la manopla para que el agua chorreara en su interior, dejándola escurrir sobre una toalla que le había colocado bajo las nalgas. Repitió la operación una y otra vez hasta asegurarse de que cualquier posible resto de Hartevelt había desaparecido. La quería limpia y fresca para él.

Cuando acabó ya había amanecido. Tenía que estar en el hospital a las nueve. Su jefe, Lola Velinor, era muy estricta con la puntualidad. Algún día se desquitaría de su inflexibilidad. Todavía no sabía cómo, pero se la haría pagar. Sudando, a pesar del frío de diciembre, metió la cabeza del cadáver en el mueble refrigerador, lo empujó hacia dentro y le dobló las piernas hasta que entró. Luego se fue a trabajar.

A lo largo de los años que llevaba empleado en el departamento de personal había ido asegurándose de tener acceso a todos los armarios, todos los despachos y todos los puestos de control de las enfermeras. Se conocía St. Dunstan de arriba abajo y pronto encontró lo que buscaba: material de sutura, un par de pinzas hemostáticas Halsted-Mosquito, una aguja quirúrgica y un escalpelo. En Lewisham compró una peluca, maquillaje, un juego de pinceles y un par de tijeras Wilkinson bien equilibradas.

Cuando volvió a su casa se puso el pijama sanitario, sacó a la chica y la metió en el baño para descongelarla mientras él se dedicaba a organizar todo. Hacia las ocho y media estaba preparada: la había tumbado en la cama, maquillada y con la peluca puesta, había extirpado y recogido en un táper el tejido sanguinolento y la grasa de los pechos y, con ayuda de agua hirviendo y un buen chorro de Fairy, había tirado todo por el desagüe. Había visto el procedimiento en unos libros de la biblioteca y creyó haberlo hecho bastante bien. Las puntadas azules no contribuían a mejorar el aspecto de los pechos, pero el resultado era mucho mejor que aquellas tetas de vaca, carnosas y enormes: le recordaban la destrucción deliberada que Joni había cometido en su cuerpo, ese mismo cuerpo que había estado a punto de poseer, de un modo honesto, aquella noche en el

coche.

El toque final –una verdadera inspiración– era el pájaro. Si le abría el tórax (no hacía falta que la incisión fuera tan prolongada como una transaxilar clásica), cortaba el carnoso músculo pectoral mayor en forma de abanico y levantaba con cuidado el peto esternocostal que hay debajo, los huesos veteados quedarían al descubierto en su vaporosa bolsa visceral. Como un costillar de ternera. Como los cuerpos de la escuela de medicina.

El pájaro se resistió mientras lo metía dentro. Por un instante pensó que se le podría escapar, revolotear por el techo y rociarle de porquería, pero se inclinó, apretó la piel para cerrar la hendidura y cosió la herida a toda prisa.

Acercó la oreja al pecho frío.

El pájaro aleteaba débilmente. Como el latido susurrante de Joni aquella noche.

Luego la folló dos veces agarrándola de los fríos hombros y echando su aliento amargo sobre el rostro amoratado. Al final, aunque no perfecto, fue al menos mejor que su propia mano blanda.

–Zorra –le dijo después, tirando el condón sobre la alfombra.

Estaba fría y dura como un codillo de cerdo. No podía responderle. La abofeteó y la peluca se deslizó hacia atrás dejando a la vista el nacimiento del pelo, tupido y pajizo.

–Zorra –repitió.

Pese a sus intentos de conservar el cuerpo congelado cuando no lo utilizaba, este pronto comenzó a descomponerse. Lo envolvió como pudo con dos bolsas de basura, cogió una pala de jardín del cobertizo y condujo hasta donde empezaba la autovía A2. Conocía bien la ruta, pues era la que utilizaba todos los fines de semana para ir al *bungalow* de Kent que su madre le había dejado en el testamento. Cerca del edificio del nuevo Dome había un terreno abandonado y cubierto de maleza. Durante el día era un paraje solitario y por la noche estaba desierto. Buscó un lugar tranquilo e hizo lo que tenía que hacer.

Semanas más tarde Harteveld volvió a aparecer, con su tensa expresión de señorito, su traje de Gucci y otra criatura pálida envuelta con film transparente dentro del maletero del coche.

Después de trasladar el cuerpo al interior del piso –la luz del dormitorio de la señora Frobisher no estaba encendida–, Harteveld se sentó en el borde del sofá con sus cuidadas manos cruzadas sobre las rodillas.

–Ese pub al que vas, Bliss...

–Sí, The Dog –dijo rascándose su escamosa frente–. ¿Qué pasa con él?

–A la mayoría de las chicas que actúan allí nadie las echaría de menos. Al menos durante uno o dos días.

La frente de Harteveld brillaba por el sudor.

–¿Es así, no? Tendría que pasar un par de días antes de que alguien se diera cuenta de su desaparición.

–¿Adónde quieres llegar?

—A ti te conocen. Nadie se sorprendería de que hicieras algunas preguntas, te relacionases con algunas chicas, te enteraras de cuáles son seguras. Podrías —dijo cambiando de postura, incómodo. Siempre había habido algo desconcertante en Hartevelde—..., podrías enviármelas.

Y de ese modo Malcolm Bliss y Toby Hartevelde firmaron un pacto diabólico, un acuerdo ventajoso para ambos. Hartevelde nunca aparecería por el pub y Bliss, que a lo largo de los años había llegado a ser tan transparente e imperceptible como una sombra para los clientes de The Dog and Bell, se encargaría de descubrir cuáles eran las mujeres que tenían lazos familiares más frágiles y cuya desaparición no sería denunciada durante los primeros días. A cambio recibiría un buen dinero y podría disponer de los cuerpos después. Además, así podría evitar que Joni se viera enredada en el asunto.

Poco a poco fue haciéndose más atrevido. Trató de convencer a Hartevelde para que le llevara los cuerpos hasta Wildacre Cottage, el *bungalow* de su madre. Era el lugar ideal: tranquilo, aislado, a la medida de sus intenciones. Pero Hartevelde se negó. Quería reducir al mínimo el tiempo invertido en transportar la carga y dejó claro quién era el amo y quién el lacayo. Bliss tampoco quiso arriesgarse a un recorrido de cuarenta minutos, así que accedió a disfrutar del acuerdo, con la máxima discreción, en el caluroso apartamento de Brazil Street cuyas ventanas siempre estaban cerradas.

Había llegado su momento. Su confianza aumentaba.

Comenzó a correr otros riesgos. A una de las últimas chicas la había tenido durante un día en el cuarto de estar, desnuda como un maniquí y apuntalada junto al televisor —el rigor mortis la había dejado inmóvil— para poder masturbarse mientras la miraba. Cuando el rigor mortis desapareció, el cuerpo se derrumbó y el fuerte golpe le despertó mientras dormía en otra habitación. El estómago se le había abierto y había tenido que deshacerse de ella. La experiencia le decía cuándo los cuerpos empezaban a oler demasiado.

Uno de sus mayores placeres era dejar a alguna de las chicas apuntalada junto a su cama mientras él se pasaba por The Dog a echar un trago. A veces veía a Joni y, cuando lo hacía, le dedicaba una sonrisa gentil. El hombre, el pub. Entonces se sentía como los demás clientes: salía y participaba en el juego, contemplaba extrañas mujeres que se abrían de piernas, contento de saber que su rígida mujercita estaba en casa, esperándole a él y a su renovado deseo lascivo.

Era feliz. Y se sentía poderoso como un águila. Por las noches poseía un simulacro de Joni. Y poco a poco se dio cuenta de que el hecho de poseerla la debilitaba a sus ojos. El sentimiento que le provocaba empezó a disminuir. Ya no era tan importante que ella se fuera con él. «Malcolm, hay *cientos* de formas de hacer las cosas», se dijo. Y dejó de molestarse en limpiar la casa.

Tras la intervención de la policía tuvo que cambiar el lugar en el que se deshacía de los cuerpos: al último de los despojos de Hartevelde lo abandonó donde Lola Velinor pudiera encontrarlo. «Parecía apropiado entregar la mulata a la mulata, tal para cual, a cada uno lo suyo», pensó. Se sentía orgulloso de su precisión. Y ahora que Hartevelde había muerto, tenía el control absoluto.

Condujo hasta un hipermercado de bricolaje con el corazón brincando de excitación.

Las sierras y los taladros inalámbricos estaban colgados, resplandecientes en sus cajas de plástico. Pasó una hora deambulando por los pasillos, analizando cada uno de ellos con detalle, y al final se decidió por una sierra inalámbrica Black & Decker Versapak, de 7,2 voltios y 2.700 revoluciones por minuto. Estaba diseñada para desbastar pequeños trozos de madera, utilizaba una batería recargable incrustada en el mango, pesaba unos tres kilos, medía solo treinta centímetros desde el mango hasta la punta de la hoja y encajaba perfectamente en la guantera del Peugeot. Una vez en su casa, cogió un hueso de jamón y se puso a practicar en el fregadero de la cocina, cortándolo limpiamente en rodajas con un simple toque del interruptor.

Armado con su nueva amiga, se dispuso a buscar una presa viva. Después de varios días de observación, la mujer resultó ser mucho mejor que las demás. Era cálida. Sangró y se revolvió, sobre todo cuando utilizó la tosca aguja de aneurismas para coserla. Cuando le acercó el oído al esternón parecía que el corazón se le iba a salir del pecho, y Bliss se preguntó por qué había esperado tanto tiempo para empezar a cazar para sí mismo.

Entonces supo que estaba preparado. Joni. *Joni*.

Solo faltaba un día...

Malcolm Bliss alisó su escaso cabello y se levantó. Había sido una mañana tensa. Se merecía un trago. Devolvió el expediente de Cook al archivo, cogió su chaqueta y abandonó la oficina.

La mujer de la barra siempre le saludaba con un movimiento de cabeza. Aunque su rostro era viejo y reseco, y de nada valía ponerle maquillaje, ella siempre lo salpicaba de colores chillones. A veces él se esforzaba por responder al saludo, pero un día de la semana anterior había llegado temprano y la había visto hablando con el inspector Caffery. Bliss, acalorado e inquieto, de pie junto a la barra, decidió que la camarera merecía ser ignorada por su falta de juicio. Cogió su bebida y se fue al salón.

Joni llegaría pronto y, pese a su excitación, estaba dispuesto a mantener la dignidad. Después de todo el tiempo que había pasado allí, tenso y dolorido mientras Joni restregaba sus burdas tetas artificiales contra la cara de cualquiera, había llegado a comprender y dominar el comportamiento que se espera del cliente de un pub. Por eso la búsqueda de información que Hartevelt le había pedido sobre las chicas era una cosa fácil. Bliss nunca intentaba seducirlas, se limitaba a pagarles copas y escuchar. Era tan inofensivo que ellas le atravesaban con la mirada como si fuera un fantasma, le contaban sus secretos más preciados y él se enteraba de todo: desde lo fastidioso que era el síndrome premenstrual hasta cuánto tiempo tardarían en echarlas de menos si desaparecieran.

Se habrían reído si hubiera intentado ligar con ellas o tratado de pellizcarles sus tiernos muslos. Así que guardaba la compostura esperando el día en que las chicas irían a él, mucho más dulces en la muerte de lo que habían sido en vida.

Un rayo de luz entró en el pub por una puerta abierta. *Joni*. Excitado, Bliss hizo amago de levantarse de la silla mientras se pasaba la lengua por detrás de los dientes. Entonces vio, un paso por detrás, a la amiga. Lleno de rabia, volvió a sentarse. No le gustaba nada la amiga de Joni. Era una zorra arrogante que, de forma presuntuosa, se llamaba a sí misma «artista» y se pavoneaba por los pubs retratando a las chicas como si fuera capaz de elevar su condición a través del arte. Y también pintaba a los clientes: incluso a él le había retratado varias veces. Pero se acordaba de que ella también había sido antes una de esas chicas. Entonces se hacía llamar «Pinky». «Probablemente por el modo en que tu clítoris sobresale entre tu montón de pelo», se había dicho entre dientes. Pinky Clítoris. Se arrancó un trocillo de piel seca de la nariz y observó a la joven con aire pensativo. Ella se dirigió hacia la barra con gesto altanero, sin molestarse en saludarle.

Joni se le acercó con aspecto aburrido. Él le sonrió y cruzó las manos con dulzura sobre el regazo.

—Hola, Joni.

Ella suspiró con resignación.

—Hola, Malcolm. Imaginé que estarías aquí. Las cosas no cambian nunca, ¿verdad?

Dejó caer su bolso en el suelo y se arrellanó en el sillón acolchado que había junto a él, con el trasero apoyado en el borde del asiento y las piernas estiradas hacia delante. Llevaba unas botas de cuero hasta las rodillas y una falda de ante que le llegaba a la mitad del muslo. Su pelo rubio, sujeto con dos pasadores con corazoncitos por encima de la frente, tenía el corte de moda: todas las chicas que veía por la calle lo llevaban así. A Bliss no le gustaba. Le irritaba que Joni tuviera la manía de arreglar lo que estaba bien, su obsesión por el cambio.

Hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Te apetece una copa, Joni?

—Bueno —respondió mirándose las uñas y mostrando el labio inferior. Joni tenía una forma infantil de comportarse. No había cambiado desde que la conoció y ya no resultaba graciosa. Debería decírselo. Decirle que ese comportamiento no era atractivo, decirle que le molestaba hasta hartarle—. Vino, supongo.

La artista estaba en la barra, con la cabeza muy estirada como un caballo sujeto por las riendas, esperando que le sirvieran. Demasiado fina para aquel lugar. Se acercó con una sonrisa amable pensando en su clitoris.

—Buenas tardes.

Ella le devolvió una mirada curiosa.

—Buenas tardes.

Agarró los dos vasos y se marchó. Bliss sonrió para dentro. «Zorra.» Cogió la bebida que le tendía la fulana de detrás de la barra y limpió la parte de la copa de Joni que ella había tocado con los dedos.

Joni ni siquiera le dio las gracias cuando puso la copa en la mesa, pero no le importó. Estaba acostumbrado.

—Bueno, chicas, ¿qué tal estáis? —preguntó de modo cortés. Con la excitación la boca se le había llenado de saliva y tenía que hablar con cuidado para no escupir—. ¿Os trata bien la vida?

—No, no nos trata nada bien —dijo Joni con un gesto de enfado—. A una mujer la secuestraron en la calle justo al lado de casa.

—Oh, vaya —dijo dando un sorbo a su cerveza—. ¿Se sabe quién fue?

—No.

Con una mirada de fastidio, Joni se puso en pie de golpe, se colgó el bolso del hombro con impaciencia, apuró las dos bebidas que tenía delante y se dirigió hacia las escaleras sacudiendo su cabeza rubia.

Bliss y Clitoris permanecieron sentados, en silencio. Ella dio un sorbo a su cerveza y se ruborizó. Bliss dejó que el silencio se asentara entre ellos antes de hablar.

—Debo admitir que nunca había visto a Joni tan cabreada.

Clitoris asintió con la cabeza.

—Está preocupada —dijo hablando a su bebida, no a él, como hacía tanta gente—. Dice que está pensando en marcharse de Greenwich. Se quiere ir.

Bliss sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Antes de responder dejó que la tensión que sentía en el abdomen y el pene disminuyera.

—¿Ahora? —dijo dirigiendo la mirada hacia las escaleras—. Me pregunto adónde irá.

Al regresar a Shrivemoor, Caffery no podía relajarse. Fue de acá para allá por el centro de coordinación hojeando papeles, observando las pizarras blancas, colocándose detrás de las operadoras y mirando las pantallas por encima de sus hombros, hasta que Marilyn se quejó de que le estaba poniendo nerviosa. Entonces entró en la oficina del superintendente jefe y llamó por teléfono a Jane Amedure.

—¿Ha descubierto algo sobre ese cemento?

—El difractograma ha sido enviado a Maryland. Podríamos saber algo por la mañana.

Después sacó el fax de personal que Bliss le había remitido la semana anterior desde St. Dunstan, y lo examinó cuidadosamente, esperando que algo le llamara la atención. Luego se sentó con la cabeza entre las manos hasta que en el exterior cayó la tarde, los despachos se fueron vaciando y Maddox le miró desde la puerta, con la chaqueta puesta y el maletín en la mano.

—Resulta muy noble por tu parte, pero seamos realistas, ¿eh? Sé que esta mañana os he apretado un poco las clavijas, pero eso no significa que te tengas que matar a trabajar.

—Bueno, vale.

—Vete a dormir un rato, ¿me oyes?

—Ahora voy.

Llamó a la doctora Amedure otra vez.

—Vamos a darles un poco de tiempo, inspector Caffery. Le prometo que lo primero que haré por la mañana será llamarlo. Ahora estamos recogiendo.

Volvió a sentarse en la oficina desierta, con el edificio vacío y en silencio a su alrededor, fumando y contemplando por la ventana cómo la gente regresaba a casa al final de una larga jornada. El sol pálido se ocultaba por detrás de las alineadas casas y sobre la valla publicitaria de enfrente colocaban un nuevo anuncio. Había sido tan rápido al querer incriminar a Cook —tan seguro de su instinto estaba— que admitir que se había equivocado le ponía de los nervios. Maddox tenía razón, debería irse a casa, pero sentía la presencia de Birdman tan intensa y cercana que casi lo podía tocar: era como un gran pez que se le enredaba entre las piernas.

Al otro lado de la calle el trabajador de Maiden Signs desenrollaba y pegaba, desenrollaba y pegaba, desplazaba sus aparejos unos metros y comenzaba de nuevo el proceso. Las palabras *Estée Lauder* aparecían a los pies de la valla: por encima de ellas se veía el arco reluciente del cuello de la modelo. Lo observaba con la mirada perdida, acordándose del pelo que habían encontrado entre el cabello de Jackson. Suponían que había pertenecido a otra víctima, a una mujer con la que Birdman aún no había acabado o cuyo cadáver todavía no había aparecido. Caffery se presionó suavemente el caballete

de la nariz tratando de pensar.

¿Alguna otra explicación?

El color y el corte coincidían de forma tan exacta con los pelos de la peluca que ni siquiera Krishnamurthi había advertido la diferencia. Tal vez el pelo pertenecía no a otra víctima sino a la persona que Birdman estaba recreando. Tal vez esa persona había estado en su casa. O lo bastante cerca para que él hubiera podido quitarle ese trofeo.

Estabas tan concentrado en Cook que ni siquiera te paraste a considerarlo.

Y había algo, algo...

Caffery alzó la vista hacia el rostro satinado que tenía enfrente y de pronto se dio cuenta.

El metabolito de marihuana en el pelo rubio. El pico de aluminio que aparecía en la espectrografía del Servicio de Ciencias Forenses. Joni rociando la habitación de desodorante, su fragancia siempre en el apartamento.

No parecía tener sentido –Joni no encajaba bien en el asunto: era alta y entrada en carnes–, no era así como se imaginaba a la Galatea de Birdman. Aun así, mientras apagaba las luces y cogía las llaves, dejando el fax y los papeles esparcidos por el escritorio, sintió la excitación como un puñetazo en la boca del estómago.

A las dos de la tarde Clítoris se fue y se llevó consigo las pinturas, el tablero de dibujo y la actitud presuntuosa, dejando a Joni sola en el pub dispuesta para el segundo acto. Bliss conocía muy bien la mente de la chica. Sabía que cuando la engatusaba con unas cuantas copas no se le escapaba tan fácilmente. Los clientes empezaron a marcharse, con la cabeza cargada para afrontar la tarde, y él se quedó a solas con ella para el colofón final con vino blanco Liebfraumilch.

A las tres y media Joni vomitó en las escaleras, de camino al aseo de señoras, y cuando llegaron a su casa volvió a vomitar dos veces en el baño.

Fingió no enfadarse. Limpió todo, aclaró el baño y dejó que durmiera la borrachera hecha un ovillo, como una niña grande rubia y sonrosada –solo con las bragas y una camiseta–, en el dormitorio de invitados para que no se despertara, viera su colección de fotografías y armara un lío. Ni siquiera las obras de construcción en la vieja escuela la molestaron.

¿Cuántas veces había aguantado con paciencia que Joni hiciera eso?, se preguntaba sentado en el cuarto de estar mientras se toqueteaba el lunar de la barbilla. ¿Cuántas veces la había dejado que utilizara su casa como un ocasional centro de desintoxicación? Y nunca se le había ocurrido hacer nada para impedirlo. ¿Cuántas veces había limpiado y fregado, y retirado sus fotografías del pasillo, el cuarto de baño y la sala de estar mientras ella dormía, guardándolas en una caja de cartón y rociando perfume en las habitaciones? Todo para que ella se despertara, se pusiera los auriculares del *walkman* y empezara a dar traspies. Ignorándolo. Tratándolo como si fuera una mierda.

Y cómo habían cambiado las cosas ahora. Había vuelto a escribir su vida. Como si un día se hubiera dado cuenta de que el sol tenía un color diferente.

Se levantó del sofá, preparó una tetera en la cocina y llenó una fuente con tartaletas

Bakewell. Se dirigió al dormitorio y puso la bandeja con delicadeza sobre la almohada, junto a la cabeza de Joni. Ella se movió y se llevó una mano a la cara.

–Despierta. Te he traído un poco de té.

Joni incorporó un poco la cabeza y escudriñó a su alrededor con ojos enrojecidos. Al verle emitió un quejido y volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada.

–Oh, no.

–Toma un poco de té.

–No. Tengo que irme a casa.

Se incorporó con esfuerzo sobre los codos y miró con cara de sueño a su alrededor.

–Oh, Dios, Malcolm, lo siento pero no esperaba acabar aquí.

–Tómate una tartaleta Bakewell.

Tenía la lengua pastosa y las tes le salieron amortiguadas.

–No, gracias.

–Insisto.

–De verdad que no.

–¡He dicho que *insisto*!

Joni puso unos ojos como platos.

–Lo siento –murmuró limpiándose la saliva de los labios–. Quiero que comas algo. Necesitas recobrar fuerzas. Fíjate en cómo estás, no eres más que piel y huesos.

Estiró la mano con la lengua entre los dientes y le palpó el abdomen. Pretendía ser un gesto tierno, pero Joni reaccionó con violencia y se echó hacia atrás contra la pared.

–¡No me toques!

–Pero Joni...

–Déjame en paz, Malcolm.

–Solo déjame tocar...

–¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡NO!

Se deslizó con dificultad hasta el borde de la cama y puso los pies en el suelo, pero Bliss se echó hacia delante y la agarró de la camiseta. Ella se revolvió y le cogió las manos, tratando de separarle los dedos con sus uñas afiladas.

–Suéltame.

–Joni...

–Aparta tus jodidas manos.

Se llevó las manos de Bliss a la boca y le mordió, haciéndole sangre en el nudillo del dedo pulgar.

–Suéltame de una puta vez.

–No hagas eso, Joni.

Tenía los dedos cubiertos de una mezcla de saliva y sangre. Se inclinó, frunció el ceño y la sujetó con fuerza. Joni perdió el equilibrio y cayó al suelo, golpeándose el hombro contra el zócalo.

Entonces la soltó y retrocedió jadeando.

Se observaron un rato, sin decir nada, asombrados de la violencia a la que habían llegado. Joni estaba boca arriba, con la camiseta por encima del estómago, y la sombra

de su pubis se dibujaba claramente bajo el rosa pálido de las bragas. Parecía una muñeca aturdida al haber sido rota con tanta facilidad. Durante un instante pareció esforzarse por respirar.

Bliss dio un paso adelante con la mano tendida.

—Joni.

—Apártate. Aparta tus sucias manos de mí.

—Pero yo te quiero.

—¡Vaya gilipollez!

Se agarró el hombro dolorido con la mano e hizo una mueca de dolor.

—Solo deseo que pases mi cumpleaños conmigo. Mañana. Eso es todo lo que te pido. Me lo debes por haberme dejado.

—Yo no te he dejado. Nunca hubo nada entre nosotros, jodido *lunático*. Tú nunca has sido mi novio.

Bliss la miró boquiabierto.

—Yo estaba *enamorado* de ti.

—¿Enamorado? Una noche *casi* hubo sexo, *casi*, hace miles de años, y eso fue porque estaba borracha como una cuba y no podía tenerme en pie. Si hubiera estado sobria jamás me habría acercado a ti.

—No digas eso.

—Eres absolutamente patético.

—Abandoné todo por ti.

Estaba de pie con la cabeza gacha y los brazos caídos a los lados.

—Abandoné mi sueño de ser médico.

—Oh, pobrecito. Jamás hubieras conseguido ser médico.

Comenzó a incorporarse, con un gesto de dolor.

—Afróntalo, Malcolm, no eres más que un jodido funcionario y siempre lo serás.

—No —gimoteó—. No me dejes, por favor.

Pero ella le ignoró y le dejó allí plantado mientras se ponía en pie con esfuerzo, renqueaba por la habitación, cogía las botas, se las ponía y se colocaba la falda de ante.

—Además este lugar es asqueroso.

Sacó un aerosol del bolso y lanzó un chorro al aire.

—Aquí apesta, el olor es nauseabundo.

Malcolm se apoyó contra la pared, sollozando, y se acurrucó en un rincón con la cabeza entre las manos y el cuerpo tembloroso.

—*Por favor, no me dejes.*

—Venga, no seas niño.

La voz de Joni era ahora más dulce. La oyó acercarse y vio un pie junto a los suyos.

—¡No me dejes! —dijo acariciando el cuero de la bota—. No te vayas.

—Tengo que irme. Escucha, vale ya. Podemos ser amigos.

—No.

—Malcolm. Venga. Me voy, ¿vale? ¿Malcolm?

Pero esta vez él fue más rápido.

Con un solo movimiento le agarró el pie y se lo levantó por encima de su cabeza. Buscando dónde agarrarse, Joni trató de apoyar las manos en las paredes. Pero se desplomó contra el suelo y empezó a agitar los brazos. Bliss se puso de rodillas con rapidez y le hundió el codo en el estómago. Luego le pegó un segundo golpe en la cara y un hilo de sangre le brotó de la nariz. Su cabeza se desmoronó hacia un lado y perdió el conocimiento.

Caffery se detuvo fuera de la casa de Susan Lister. Las cortinas estaban cerradas y, grapada a la puerta, había una nota mecanografiada metida en una funda de plástico, con la tinta emborronada por la humedad del rocío.

A los representantes de la prensa:

Mi hermano y su mujer están atravesando un momento muy difícil. Por favor, respeten la intimidad de nuestra familia y no empeoren las cosas molestándonos con sus preguntas. Ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir.

Muchas gracias.

T. Lister.

Se guardó las llaves del coche en el bolsillo, dobló la esquina y se acercó al portal que estaba al lado de la tienda de objetos usados; apoyó una mano en el marco de la puerta y la otra en el timbre.

—¿Sí? —dijo una voz femenina por el interfono—. ¿Quién es? —Inspector Caffery. Me pregunto si tendrías unos minutos. Esperó un instante. Como no obtuvo respuesta, se acercó al aparato y repitió:

—Soy Jack Caffery...

—Sí, ya te he oído. Espera un momento. Bajaré enseguida. Tardó un buen rato en llegar al portal. Se estaba poniendo nervioso e iba a llamar al timbre otra vez cuando oyó pasos en las escaleras y el ruido del cerrojo. Estaba descalza y llevaba un vestido suelto de color amarillo anaranjado.

—¿Puedo entrar?

Ella no respondió.

—¿Rebecca?

—Sí —dijo suspirando—. Bueno, entra.

Dio un paso hacia atrás para dejarle pasar al vestíbulo, cerró la puerta, echó el pestillo y le indicó las escaleras con la mano.

—Hay un poco de Fitou que acabo de comprar. Espero que te guste.

En el apartamento hacía fresco. Las persianas estaban medio bajadas y una mosca revoloteaba perezosamente alrededor del abanico de pinceles que había en un bote de cristal.

—Siéntate, traeré el vino. Perdona todo este desorden.

Se marchó a la cocina. Caffery se paseó por el estudio, observando el montón de pinturas y bocetos esparcidos por la habitación. El cuadro de Joni, a medio acabar, seguía en el caballete. Su pelo era tan rubio que parecía albino.

—¿No está Joni? —dijo alzando la voz.

—Todavía está en el pub.

—¿A qué hora crees que volverá?

El pesado olor del desodorante de Joni inundaba el ambiente.

—¿A quién ha venido a ver, señor Caffery? ¿A Joni o a mí?

—A ti, claro.

Rebecca soltó una carcajada burlona desde la cocina.

—Sí, claro.

—*Claro que sí* —murmuró Caffery dirigiéndose hacia el pasillo.

El cuarto de baño estaba enfrente, junto a la escalera que conducía al dormitorio de Joni. A su derecha estaba la puerta de la cocina, cerrada, y tras ella pudo oír cómo Rebecca lavaba las copas. Entró en el baño y echó el pestillo.

Hacía calor allí dentro. Los colores tenían los cálidos tonos tropicales de un folleto de vacaciones: toallas rosa fucsia y paredes azul aguamarina. Había unas medias negras a remojo en un barreño dentro de la bañera y sobre la alfombrilla de baño se veían huellas de pisadas con polvos de talco. Abrió del todo el grifo del lavabo y fisionó en el armario de las medicinas. Inmediatamente encontró lo que buscaba. Sacó un librito de Rizla del bolsillo, abrió un papelillo y lo dobló alrededor de las cerdas de un cepillo rojo para el pelo. Cuando lo retiró, comprobó que había cuatro o cinco cabellos plateados adheridos. Guardó el papelillo en el pequeño estuche de cartón, cerró el grifo y regresó al estudio.

Rebecca le tendió una copa sin decir nada. Se dio la vuelta, cogió un montón de pinturas del suelo y las puso sobre la mesa.

—¿Rebecca?

—¿Sí? —contestó sin volverse hacia él.

—¿Recibiste mi mensaje? ¿Oíste lo que te dejé en el contestador?

Al principio no respondió. Fingió estar absorta en dividir el montón en pequeños grupos. Luego, de repente, se olvidó de ellos. Relajó los hombros y se inclinó sobre la mesa.

—Sí —susurró meneando la cabeza—. Sí, lo siento. Está en todos los periódicos. Dicen, bueno, *sugieren* que esa mujer de Malpens Street...

Hizo un gesto vago con la mano como intentando quitarle importancia.

—Dios santo, cómo les *encanta* el sensacionalismo. —añadió.

—Me refiero a lo que te decía en el mensaje: tienes que tener cuidado.

Ella hizo una pausa y se volvió hacia él. Cruzó los brazos, se reclinó sobre la mesa y lo miró con la cabeza ladeada.

—Toby *está* muerto, ¿no? No hay ningún error.

—No, no hay ningún error.

—¿Entonces por qué? —dijo con voz queda—. ¿Y con quién? ¿Con quién se supone que debo tener cuidado?

—Te lo diría si lo supiera.

Cuando vio su expresión, Jack suspiró.

—En serio, Rebecca, te lo diría. Pero ninguno de nosotros sabe con seguridad qué está ocurriendo.

—Oh, Dios —replicó con un ligero escalofrío—. Estoy tan cansada. Estoy harta de sentir miedo todo el rato. Harta de vivir encerrada sin poder abrir ni una ventana.

Se volvió de nuevo hacia la mesa y reanudó la distribución de las pinturas.

—Las galerías me siguen llamando. Se quedan sin mis cuadros: vuelan de las paredes. Me piden cada vez más. Y hasta *Time Out* quiere hacerme una entrevista. *Time Out*, por el amor de Dios. Y sabes por qué, ¿verdad? —dijo sin mirarlo, y él se dio cuenta de que no esperaba ninguna respuesta—. ¿Por la magnífica calidad de mi obra? ¿Por qué soy la próxima Sarah Lucas? ¿Por qué he añadido un nuevo término al léxico de la interpretación artística? No, qué va —añadió negando con la cabeza—, nada de eso. Solo les interesa él. Morbosos; jodida pandilla de morbosos, todos ellos. ¿Y tú crees que me voy a andar con principios? De eso nada. En absoluto. Soy tan execrable como los demás. Y tengo intención de aprovecharlo. Supongo que debería estar encantada de que todo esto aún no haya acabado.

Mientras ella hablaba llena de nerviosismo, la tensión de Jack se fue relajando. Esa noche el resto de las puertas de Londres estaban cerradas para él. Tenía que estar en el Servicio de Ciencias Forenses cuando abrieran por la mañana, pero hasta entonces no tenía nada que hacer. Era el momento de poner un punto final al día. Bebió un sorbo de vino y dejó que Rebecca hablara.

Bliss se había recuperado del forcejeo. Pasó la tarde esperando que Joni recobrara la conciencia; fue al baño dos veces para masturbarse, eyaculando en un condón. Se felicitó a sí mismo por su prudencia —quería esperar hasta que Joni estuviera adecuadamente preparada.

A las 10 de la noche entró en el dormitorio para ponerse en marcha. Le puso las manos bajo el trasero y, doblando las piernas para evitar hacerse daño en la espalda, la cogió y la dejó en la cama. El cuerpo cayó a plomo y entonces vio que tenía un buen golpe en el ojo izquierdo. Al fijarse en la hinchazón se dio cuenta de que había algo raro. Le cogió la cara entre las manos y se inclinó para ver mejor. La protuberancia era muy extraña y el iris apuntaba hacia abajo. Probó a tocar el ojo. Tendría que consultarlo más tarde en uno de sus libros. Se humedeció el dedo con saliva y limpió con delicadeza la sangre seca de uno de los orificios de la nariz.

Después le bajó la cremallera de las botas, se las quitó y las dejó con cuidado en un rincón. Le quitó la falda de ante y cortó la camiseta, liberando sus grandes pechos henchidos.

Pellizcó uno de los dilatados pezones. Siempre se había preguntado qué impresión le causarían esas cosas nuevas tan poco naturales. Para su sorpresa eran bastante cálidos: rugosos y mullidos al tacto. Cogió el pezón derecho entre el pulgar y el índice y levantó todo el pecho hasta donde pudo, unos quince centímetros por encima de las costillas, fascinado por la tibia flexibilidad de la carne y la silicona.

—Vaya.

Se acercó y examinó la cicatriz, brillante y ligeramente abultada, donde habían abierto para introducir la silicona. Bien. No habría necesidad de cortar demasiado.

Rebecca había terminado de organizar las pinturas y estaba más tranquila. Rebuscó debajo de los papeles y los tubos de colores y encontró la esquina de un marco, la puso sobre uno de los bocetos y entrecerró los ojos para ver el efecto.

—Así que se llama Veronica, ¿no?

Caffery alzó la vista.

—¿Perdón?

—Veronica. Vive contigo, ¿no?

—Dios santo... —dijo meneando la cabeza y apoyándose en la jamba de la puerta—. Sí, sí. Supongo que es lo que ella cree.

—¿Qué es lo que fue mal?

—¿Sinceramente?

—Sinceramente.

—Yo —dijo con una sonrisa—. Fui yo. Soy un fracaso humano, ¿sabes?

Rebecca se mantuvo en silencio un instante, observándolo.

—No lo parece.

—Por fuera no se aprecia; no es visible a simple vista. Pero está ahí.

—¿El qué?

—Una obsesión.

—Ah, una mujer —dijo volviéndose hacia las pinturas—. Entonces no puedo culpar a Veronica.

—No. No es una mujer.

—Entonces supongo que será Ewan.

—Sí... Yo...

Le desconcertó oír el nombre de Ewan en boca de otra persona.

—Te acuerdas de su nombre.

—¿Creías que no lo haría?

—Sí, creía que no te acordarías.

—Pues me acuerdo.

Dejó el marco y comenzó a amontonar las pinturas en pequeñas pilas y a colocarlas en un extremo de la mesa.

—Y siento decepcionarte, pero personalmente me parece que todo es una estupidez.

—¿Cómo?

—Es una excusa estúpida para no vivir tu vida, ¿sabes? El pasado, quiero decir. No sé exactamente qué ocurriría, pero sí sé esto: a estas alturas, siendo maduro, adulto y todo ese rollo, se supone que deberías haberlo superado y seguir adelante.

Puso el último grupo de pinturas sobre la mesa y se volvió hacia él.

—¿No lees a los poetas americanos? «Deja que el Pasado entierre a sus muertos»⁴ y toda esa palabrería.

Caffery se quedó mirándola, con la copa cerca de la boca, sin responder.

—¡Mierda! —exclamó suspirando al ver su expresión—. Soy tan poco delicada contigo, ¿verdad?

Extendió los brazos y miró a su alrededor como si su propio comportamiento fuera un

misterio y la explicación pudiera estar clavada en algún punto de la pared.

—Es algo compulsivo. Es decir, ¿no te parece que fui grosera al no contestar aquella llamada, por ejemplo? Y cuando te colgué el teléfono, ¿no crees que fue una descortesía innecesaria?

—Sí —contestó—, fue una grosería por tu parte.

Bajó la copa y se quedó pensando un instante. Luego añadió:

—¿Me lo merecía?

Las facciones de Rebecca se suavizaron.

—Sí —dijo sonriendo—. Sí, te lo merecías.

Jack asintió con la cabeza y suspiró.

—Me lo imaginaba.

Bliss se irritó al no poder levantar las caderas de Joni para quitarle las bragas. Presa del mal humor otra vez, la giró bruscamente sobre un costado y la mantuvo en esa postura con esfuerzo. Después le metió uno de sus calzoncillos en la boca, los sujetó con cinta adhesiva y se sentó en la cama para observarla.

Había tenido a la mujer de Greenwich atada ahí mismo casi veinticuatro horas. Cuando regresó para quitarle la mordaza y cambiársela porque estaba blanda por la saliva, le había suplicado que la dejara ir al baño. Se había negado y ella había roto a llorar.

—Por favor, déjeme ir. Por favor.

Pero él había meneado la cabeza, cambiado la mordaza y contemplado con frialdad como, entre lágrimas, se había orinado encima. Le había pegado por ello, pero luego limpió debidamente toda esa guarrada. Había sangre en la orina. Creyó que aquello significaba que sus riñones estaban combatiendo la infección.

—Bueno —dijo mirando su reloj—. Son las diez y media, Joni. A las once vendré a prepararte. Hasta entonces relájate.

Las once menos cuarto. Las ventanas del estudio estaban abiertas y la luz de las farolas era tan roja como el crepúsculo. Los coches pasaban y derramaban música por las calles. La noche y el vino habían relajado a Rebecca, se había soltado el pelo y su piel brillaba en la penumbra. Estaba sentada frente a él, en silencio. Hacía un buen rato que habían dejado de hablar, no había nada más que decir, salvo lo que realmente tenían ambos en mente.

Al final fue Jack quien rompió el silencio.

—Debería marcharme —dijo sin moverse.

Rebecca dio un sorbito a su copa y no dijo nada.

—Se está haciendo tarde y mañana tengo que madrugar.

Dejó la frase en suspenso a la espera de una respuesta.

—Así que debería irme.

—Sí —respondió ella por fin dejando la copa en la mesa—. Sí, claro.

Empezaron a bajar las escaleras. Rebecca iba delante. Dos escalones por detrás de ella, Jack se fijó en las pequeñas marcas que los tirantes del vestido habían dejado sobre sus

hombros antes de escurrirse. Cuando llegaron a la puerta de la calle ella se detuvo, manteniendo una distancia fingida, puso la mano en el pestillo, pero no abrió.

—Bueno... —dijo dirigiendo la vista hacia un botón de la camisa de Jack, evitando encontrar su mirada—. Gracias por el consejo.

—De nada.

Otra vez silencio. Los ojos de Rebecca seguían fijos en los botones de su camisa, y Jack, de manera instintiva, subió la mano y se puso los dedos en el pecho. En ese momento, ella abrió la boca, se cubrió la cara y se giró.

—¿Rebecca?

—Lo siento —dijo con voz apagada.

—Rebecca.

Apoyó las manos con suavidad sobre sus hombros, por encima de los tirantes y pudo sentir bajo sus dedos las marcas en la piel cálida.

—Quizás deberíamos volver arriba...

—Sí —dijo asintiendo con la cabeza, sin mirarle—. Creo que sí.

Intentó hacer que se girara, pero ella emitió un gemido con la garganta, le cogió la mano derecha, se la llevó a la boca y empezó a besarla, a hundir sus dientes en la palma con delicadeza y a chuparle los dedos uno a uno. Jack se quedó inmóvil, con la mirada fija en su nuca y el corazón latiendo con fuerza. Ella se acarició los labios con uno de sus dedos, levantó la barbilla y se pasó la mano de Jack por el cuello sobre el vestido. De repente, de forma inesperada, a él le dominó el deseo y no pudo contenerse.

—Oh, Dios...

Le dio la vuelta para ponerla de frente, la agarró por detrás de los muslos, la levantó y la llevó hacia atrás hasta apoyarla contra el frío radiador del vestíbulo. Cuando le subió el vestido, ella soltó un gemido y se inclinó hacia él con los ojos cerrados intentando besarlo, chocando sus dientes contra los suyos, moviendo las manos con torpeza para ayudarle a quitarle las bragas, sin sonreír, pero concentrada.

Respondiendo.

Sus pies desnudos buscaron a tientas dónde apoyarse y dieron con la bicicleta de montaña, arrimada al radiador de manera inestable. Hundió uno de ellos contra la rueda mientras Jack aseguraba sus piernas sobre el suelo y se bajaba la cremallera. A través del montante de la puerta las luces de los coches recorrían el techo y su reflejo iluminaba el rostro de Rebecca mientras él se movía dentro de ella. Tenía los ojos cerrados y se mordía los labios sin detenerle, apretando sus caderas contra las suyas y acoplándose a su ritmo. La bicicleta se movió hacia delante y los pedales arañaron las pantorrillas de Jack, haciéndole sangre, pero él ni lo notó. Su concentración se acentuó, la velocidad y la tensión aumentaron hasta que cada átomo de energía, rabia y necesidad quedó aislado en ese acto y él olvidó cómo había comenzado aquello.

—No... —exclamó ella de repente mirándole a la cara—. No te corras dentro.

—¡Joder!

Jack se retiró con rapidez, retrocedió por el vestíbulo sin ningún control, eyaculando sobre sus zapatos y en el suelo. Durante un instante la miró con incredulidad. Después se

llevó una mano a la cara y se dejó caer sobre los últimos escalones, moviendo la cabeza y jadeando.

—Dios. Lo siento..., lo siento.

Rebecca se bajó del radiador y se sentó a su lado respirando con esfuerzo, con el pelo humedecido por el sudor y pegado a la frente. Tenía el vestido subido hasta la cintura, arrugado contra la piel, y el hoyuelo oscuro de su ombligo quedaba al descubierto.

—Lo lamento. No debería haber hecho eso...

—No, no pasa nada —dijo ella limpiándose la boca y mirándolo de soslayo, con la cara enrojecida y el cuello resentido—. De verdad, no pasa nada. Podría haberte parado.

—Debería haber utilizado algo. Nunca antes me había pasado. Normalmente no...

Rebecca se cubrió la cara, meneó la cabeza y empezó a reír.

—¿Qué pasa?

La pierna, se dio cuenta entonces, le sangraba. Un rastro oscuro y alargado se extendía hasta los pantalones, arrebujados en los tobillos.

—¿Qué es tan divertido?

—¿Es esto a lo que te referías cuando hablabas de «fracaso humano»?

Abrió un resquicio entre los dedos y le miró, aún sonriendo.

—¿Es esto lo que volvió loca a Veronica? —preguntó.

—Oh, Dios mío —murmuró—. Te lo acabo de decir. Nunca antes me había pasado. De verdad.

—¿Puedes demostrarlo?

—Claro que puedo demostrarlo.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—No, en serio..., *¿ahora mismo?* Quiero decir, ¿de verdad estás seguro de poder hacerlo?

—Sí —dijo mirando alrededor en busca de algo con lo que limpiar el suelo, sus zapatos, su pierna—. Sí, claro que puedo. Es uno de mis numeritos preferidos.

Rebecca lanzó un suspiro, se retiró las manos de la cara y son—

—Esto podría ser amor.

A las once estaba preparado.

Joni estaba tumbada en el dormitorio sin moverse. Creyó que todavía estaba inconsciente hasta que al acercarse vio que su ojo sano le miraba y se fijaba en el pijama sanitario, la mascarilla, el gorro. Cuando sacó el escalpelo, ella reaccionó dando un respingo sobre la cama: arqueó la espalda, sacudió la cabeza de un lado a otro y emitió pequeños gemidos con la garganta.

—Cálmate —dijo poniéndole una mano blanda, tranquilizadora, en el hombro y apretándola contra el colchón—. Con calma todo irá bien.

Joni echó la cabeza hacia atrás de golpe y soltó un gruñido bajo la mordaza.

—Zorra —dijo en voz baja mientras se ponía a horcajadas sobre ella—. Ahora cállate, zorra. He sido bueno contigo, pero tú me rechazas.

La hundió en la cama y Joni se quedó inmóvil bajo sus manos, observándole con angustia con el ojo sano.

–Bien.

Se inclinó hacia atrás sobre los talones y se limpió el sudor de la frente.

–Ahora, escucha. No voy a matarte.

Se aproximó e ignorando el temblor del cuerpo de Joni, apoyó la cara con suavidad contra su cuello.

–Solo quiero que sea como aquella noche. ¿Me entiendes?

Una lágrima rodó por su mejilla hasta caer sobre la frente de Bliss y este comprendió que ella había aceptado. Aunque dejó de forcejear, para mayor seguridad le sujetó el torso a la cama con dos vueltas de cinta adhesiva y cruzó los extremos sobre sus caderas: sabía por la mujer de Greenwich que el cuerpo humano, aun estando inconsciente, responde al dolor con violencia.

Estiró el brazo para coger el lápiz hemostático.

–No tardaré mucho.

Con la lengua entre los dientes, trazó concienzudamente una marca por encima de la antigua cicatriz, justo en el punto donde iba a practicar la nueva incisión. Cuando le vio escupir sobre el escalpelo y secarlo contra su bata, Joni se agitó con desesperación soltando unos resoplidos cortos por la nariz.

–Aquí debajo no hay mucho que cortar, Joni.

Hizo una mueca y la carne blanda creció por encima de la hoja como si fuera queso, se contrajo y finalmente se abrió como una fruta madura. La pelvis de Joni dio una sacudida desesperada contra el colchón. Un delgado hilo de sangre se deslizó entre las pecas de su abdomen. Bliss se inclinó y entrecerró los ojos para examinar la nueva herida. Por debajo de la sanguinolenta grasa amarilla vio asomar los implantes en su envoltorio de carne.

–Ha habido suerte –dijo suspirando y dando un golpecito en la rodilla de Joni–. Están por encima del músculo. Aguanta solo un momento...

Se mordió el labio e introdujo lentamente los dedos en el agujero, girándolos despacio dentro del pecho.

El ojo sano de Joni pareció salirse de su órbita mientras Bliss rodeaba la bolsa de silicona con el dedo índice. La joven sacudió la cabeza frenéticamente.

–Estate quieta. No te muevas ahora.

Con los dedos pulgar e índice agarró la prótesis y la extrajo con decisión. Joni agitó los pies, abriéndolos y cerrándolos como las hojas de unas tijeras, estiró los músculos de los muslos, tensos como la piel de un tambor, mientras el implante se deslizaba hacia fuera arrastrando consigo un ponche de fluidos.

Bliss lo puso con cuidado sobre su vientre. –Ya está. Ha sido fácil, ¿no? Se limpió las manos en el pijama.

–Ahora sigamos. Uno ya está fuera y ahora vamos a por el otro.

De repente, sin previo aviso, el verano dio la espalda a Inglaterra y se asentó con satisfacción sobre la península ibérica. La lluvia retornó a Londres una vez más. Cuando Caffery se despertó con Rebecca dormida a su lado, percibió el cambio en el aire, sintió la humedad sobre la piel. Permaneció acostado durante un rato, con el corazón acelerado, asaltado por las sensaciones, tratando de descubrir qué le había despertado. ¿Un ruido en el apartamento? ¿El regreso de Joni? ¿O solo un sueño? Escuchó el silencio con atención hasta que el corazón se sosegó. Rebecca yacía de lado, con el brazo derecho caído sobre el borde de la cama y el izquierdo doblado, con la mano apoyada suavemente sobre el hombro, como si estuviera posando para una escultura clásica. Tenía la cabeza ladeada, y Jack se incorporó sobre los codos para verle la cara. Estaba muy quieta. Quieta y...

Por Dios, Jack, no hagas eso.

Casi se pone a reír. Por un instante había imaginado que estaba muerta. Pero su pequeña caja torácica subía y bajaba, y cuando acercó el rostro a su pecho oyó el reconfortante silbido, casi imperceptible, del aire en sus pulmones, el aleteo de su corazón.

Un pájaro moribundo.

Se incorporó de repente, saltó de la cama, se dirigió a la cocina y metió la cara debajo del grifo. No quería pensar en Birdman, en lo que este había hecho. No cuando Rebecca dormía a su lado.

Se enderezó, goteando, y la imagen se desvaneció. Joni no había regresado. La noche pasada, antes de llevar a Rebecca a la cama, había puesto la cadena a la puerta. Le habría despertado al entrar en el piso. Empezó a preparar el té, se sirvió un vaso de agua, se lo bebió de un trago y se quedó mirando las fotografías que había en la repisa sobre el frigorífico.

Algunas de las fotos eran de Rebecca: vestida con unos pantalones de peto salpicados de pintura y el pincel en la mano; o con ojos soñolientos sobre una almohada arrugada, con la mano extendida hacia la cámara en señal de protesta. Y en otra estaba en una playa llena de guijarros, en pantalones cortos, con la lengua fuera y los ojos bizcos bajo un gran sombrero de tela.

Dejó el vaso en la repisa y cogió una foto de Joni. Parecía más guapa de lo que él recordaba, seguramente porque en la fotografía no estaba colocada. Tenía los ojos claros y miraba a la cámara con un cigarrillo en una mano y la boca abierta, como a mitad de una frase, apuntando un dedo hacia el fotógrafo como si intentara explicarle algo importante, convencerle de algo. El cabello, cortado de manera irregular, le caía hasta los

hombros y el flequillo le rozaba las cejas.

Caffery dejó la fotografía sobre la mesa y se sentó con los codos apoyados delante de ella. Joni le devolvió la mirada, tratando de *convencerle de algo*. Jack le pasó un dedo por el flequillo.

Las cicatrices en las cabezas de las víctimas describían un círculo perfecto, de atrás hacia delante. A Kayleigh Hatch y Susan Lister les había cortado los cabellos rubio platino para dejarles flequillo. Caffery se llevó la mano a la frente. Las marcas de las víctimas estaban por debajo del nacimiento del pelo. No era el lugar en el que suele descansar una peluca. Tan abajo.

A menos...

A menos que llevara flequillo. Como Joni.

Se puso en pie de un salto con el corazón martilleando en su pecho.

No Joni ahora, sino Joni entonces, antes de que se cortara el pelo. Antes, Dios santo, antes de que le pusieran los implantes. Es a la Joni de entonces a la que busca.

—¿Becky? —dijo besándole el cuello—. Becky, despierta.

Rebecca se movió y se despertó.

—*Jack* —pensó en él la noche pasada: en el vestíbulo, y luego en la cama, donde había alcanzado su mejor momento., en las cosas que le había hecho. Adormilada, sacó el brazo de debajo de la sábana buscando su erección. Cuando se dio cuenta de que llevaba los pantalones puestos y estaba abotonándose la camisa, abrió los ojos—. ¿Te marchas?

—Tengo que irme.

—¿Qué pasa?

—Joni no ha vuelto a casa. ¿Sabes dónde fue?

—¿No está en casa?

Se giró y se frotó los ojos.

—Oh, no sé..., a veces hace estas cosas.

Le apartó el flequillo de la frente y le dio un beso en la mejilla. El pelo le olía a champú de niño.

—Rebecca, quiero preguntarte algo sobre ella. Es importante.

—Dime.

—¿Es verdad que Joni se puso implantes?

Al advertir el tono de su voz le miró.

—Sí. ¿Por qué?

—Mira esto —dijo mostrándole la fotografía—. ¿Cuándo se la hicieron?

—No sé, hace unos tres años,

—¿Y los implantes?

—Bueno —dijo pestañeando—. No estoy segura, poco después de que la conociera... Tal vez hace unos cinco años.

—Bien. Escucha.

Se puso en pie y se pasó una mano por la camisa tratando de alisar las arrugas de la tarde pasada.

–Necesito la pintura. La del caballete.
–¿Por qué?
–Te la devolveré.
–Cógela. Estoy hasta las narices de verla.
Se dio la vuelta y se incorporó sobre los codos, mirándole con seriedad.
–Jack, no estarás pensando...
–No, yo...
Se interrumpió.
–Rebecca, no me mires así.
Se puso la corbata y le pasó los dedos por encima para aplanarla contra el pecho.
–No hay por qué preocuparse.
La cogió por el hombro y le dio un beso en la cabeza.
–De verdad. Dile a Joni que me llame cuando vuelva. Y tú..., ten cuidado, ¿vale? Lo digo en serio. Si tienes que salir llámame antes. Tenme al tanto de lo que hagas.

Más tarde Rebecca se sentó a la mesa de la cocina, soñolienta, rizándose el pelo entre los dedos, contemplando las colillas de tabaco liado que Jack había dejado en el cenicero, mientras esperaba que subiera el café en una cafetera italiana de dos tazas. Por los cristales de la ventana rodaban oleosas gotas de lluvia. Tenía la garganta dolorida y tensa.

No sería la primera vez que no había vuelto a casa. No era nada raro, en absoluto. Habría perdido un poco el control después de salir del pub y habría acabado en Adrenaline Village o en algún sucio antro de peyote en Camden. O estaría durmiendo la borrachera en casa de alguien y volvería abochornada...

Pero, entonces..., ¿por qué ese interés tan repentino por parte de Jack?

Se levantó, irritada por su imaginación febril, y entró en el estudio en busca de algo que equilibrara su mente. Fuera, en la calle, se abrían paso los paraguas de colores vivos: rosas, violetas y amarillos. Las gotas de lluvia, de tamaño tropical, repiqueteaban en el tejado. Empezó a sujetar con chinchetas un papel blanco sobre el tablero de dibujo y se detuvo.

Jack ha cogido su dibujo. Debe de pensar que está en un aprieto...

Rebecca soltó las chinchetas y, dejando el papel colgado del tablero, se dirigió al teléfono de la entrada.

Bliss estaba mirando a Joni desde la puerta del dormitorio. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado y sobre el tórax se veían las manchas sanguinolentas que habían dejado los implantes, de un color pálido y viscoso. Había perdido el conocimiento mientras la cosía y le había puesto los implantes en la barriga para que los viera cuando despertara. Él había dormido en otra habitación, dispuesto a esperar hasta que llegara su cumpleaños. Pero la señora Frobisher le había despertado temprano con sus ruidosos pisotones en el piso de arriba, como si fuera una vieja muñeca de madera, antes incluso de que empezaran los trabajadores de las obras.

Le ponía nervioso, siempre quejándose, siempre fisgando y husmeando. La fiesta de

cumpleaños resultaría más segura y más cómoda en el *bungalow*, pero no podía correr los riesgos de un viaje en coche. No con Joni tan ensangrentada e inestable. Descolgó el teléfono y se puso a inflar los globos.

Caffery mostraba otra vez un incontenible sentimiento de urgencia: la doctora Amedure lo notó cuando se encontraron en la entrada y le dio el papelillo de fumar.

—¿Está usted bien?

—Sí, muy bien.

—¿Qué es esto? Tiene que rellenar un impreso de entrega.

—¿Puede cotejarlo con el pelo del último análisis post mórtem?

—Claro, pero rellene el impreso, por favor. Y hay que informar también a Shrivemoor.

—Voy para allá ahora mismo. ¿Cuánto tardará?

—Medio día. Menos, si es usted amable conmigo.

—¿Alguna noticia sobre el análisis comparativo del cemento?

—Ah —dijo con una sonrisa—. Sé de alguien que no ha hablado con sus compañeros esta mañana. El CCRL tiene los resultados: los comunicaron por teléfono a Marilyn Kryotos...

Pero Caffery bajaba ya las escaleras a toda prisa e iba sacando del bolsillo las llaves del coche.

—Bueno, ya rellenaré yo el impreso para el laboratorio —murmuró Amedure para sí mientras se dirigía al ascensor.

Todavía era temprano pero Betty ya estaba en The Dog and Bell. Al fondo se oía ladrar al pastor alsaciano.

—Se fue con el tipo del hospital. Ya sabes, ese que siempre va tras ella. El que se sienta en el salón a beber medias pintas.

—Malcolm, quiere decir.

—Sí, ese.

Gracias a Dios.

—Ayer se gastó cuarenta libras en el almuerzo. Dios sabe cuántas botellas de Blue Nun le pagó; y después empezó con el whisky escocés. A las tres de la tarde creo que ya no era capaz de recordar su nombre. ¿Por qué se trata a sí misma de ese modo, Pinky? Una chica tan encantadora como ella. No tiene sentido.

Maldita paranoia —pensó Rebecca mientras colgaba el teléfono—. *Joni simplemente es así.*

Arriba, entre el revoltijo de pañuelos de papel y semillas de marihuana diseminado por el edredón de Joni, encontró su agenda Kookai negra y plata: una serie de páginas garabateadas y gastadas por el uso, llenas de corazones y emoticonos en colores pastel. Joni ordenaba a sus amigos por el nombre de pila. En la letra M, junto al nombre de Malcolm, había dibujado una de esas caritas sonrosadas que bostezan y de su boca salía una larga fila de grandes zetas negras.

El teléfono de Bliss comunicaba. Y Jack también estaba hablando porque saltó el

contestador. Rebecca colgó el auricular y se sentó en el estudio. Miró la dirección y el número de teléfono de Malcolm y se dijo que podía esperar, que era mejor dejarlo; y siguió dándole vueltas al asunto una y otra vez hasta que no pudo aguantar sentada por más tiempo.

Se puso en pie de un brinco y se fue al dormitorio.

—Sí —murmuró mientras se ponía unos pantalones cortos, una camiseta y unos náuticos—. Siempre eres igual. No puedes dejar que las cosas se arreglen solas.

Una vez en el Jaguar, Caffery había marcado el teléfono de Shrivemoor en el Nokia y escuchaba el tono de llamada. Parado en un semáforo, sentado detrás del parabrisas empañado por la lluvia con el teléfono pegado a la oreja, dirigió una mirada ausente a la pintura apoyada a su lado en el asiento delantero.

Se veía a Joni al fondo, sobre el escenario, con las manos levantadas y la cabeza algo inclinada. Tras ella aparecían las cortinas y las ventanas del pub, con el blasón de cerveza Young biselado en los cristales. En segundo término, con los labios ligeramente separados y la cabeza girada de perfil hacia el espectador, había un rostro que le provocó un escalofrío.

Caffery cogió el papel y lo puso junto a la ventanilla. Esa cara, esos dientes estropeados, separados de un modo tan curioso como los de un niño que está cambiando los dientes de leche, le resultaba tan familiar como sus propias manos.

Te conozco, yo te conozco. Conozco la voz que sale de tu boca. He hablado contigo y estrechado tu mano...

—Centro de coordinación, dígame.

Dejó la pintura en el asiento y contestó.

—Sí, Marilyn, hola.

—Jack... Dios santo, Maddox está hecho un basilisco. Faltaste a la reunión de esta mañana. ¡Menudo estúpido!

—Sí, ya lo sé, ya lo sé. Dile que me disculpe. Marilyn, ¿ha habido una llamada para mí desde Estados Unidos esta mañana?

—Soy tu hada madrina, Jack, no lo olvides. He estado trabajando en ello mientras tú todavía estabas en el país de los sueños.

—¿Y?

—Ese cemento no se vende en el sur y solo hay una constructora en Londres que utiliza esa remesa, Korner—Mackelson. He hablado con su cantarina secretaria. Tienen una obra cerca de Belmarsh, otra en Canning Town y otra en Lewisham.

—¿Lewisham? —preguntó alzando la cabeza para mirar al semáforo—. ¿Dónde exactamente?

—En el límite con Greenwich, en Brazil Street. Al final de Blackheath Hill. En el edificio de una vieja escuela. Están transformándolo en apartamentos.

El semáforo cambió. Caffery quitó el intermitente para torcer a la izquierda y dio un viraje brusco para adelantar a un coche. El conductor hizo sonar la bocina con ganas.

—Marilyn, ¿sigues ahí?

—Como siempre.

—Por favor, dile a Maddox que llegaré tarde. Como una media hora... Y Marilyn, dile que lo siento, ¿de acuerdo?

Esa mañana Greenwich, con sus toldos de rayas azules desplegados, le recordaba París. Los coches salpicaban las piernas de los peatones, los tenderos contemplaban la calle desde detrás de los escaparates con los rostros iluminados por una extraña luz verde, tropical. Ella pedaleaba con rapidez, como si sudando tratara de expulsar su amarga ansiedad.

El tráfico era denso en Lewisham. Encontró Brazil Street con facilidad. Los obreros, protegidos en los andamios de la vieja escuela, la saludaron con la mano y le silbaron al verla pedalear bajo la lluvia con su camiseta y sus pantalones cortos. Dejó la bicicleta en el cobertizo del 34 A junto al Peugeot de Bliss. Cuando llamó al timbre la lluvia repiqueteaba sobre el techo de plástico corrugado.

—¿Sí?

Al abrir la puerta delantera y verla allí, Bliss parpadeó con nerviosismo.

—¿Qué quieres?

—Busco a Joni.

Se pasó la mano por la cara para retirarse el agua de la lluvia y miró hacia el interior del apartamento. Un globo verde solitario flotaba como un fantasma en el pasillo que había tras él.

—¿Está aquí? Quiero hablar con Jo,

—Sí, ya te he oído. ¿Y por qué piensas que está aquí? ¿Eh?

—No sé, a veces acaba aquí contigo, cuando ha bebido demasiado.

—Ya...

—Escucha, Malcolm —dijo moviendo la cabeza con impaciencia—, es importante. ¿Sabes dónde está?

—Mira, Pinky —dijo moviendo la lengua bajo los gruesos labios como si masticara algo. Se cerró bien la chaqueta de punto para cubrirse el estómago dilatado y prosiguió—. *Sabes perfectamente* que Joni no tiene tiempo para mí.

—Bueno —dijo levantando las manos y dándose la vuelta. La autocompasión de aquel hombre la irritaba—. Lo siento. Si la ves, dile que me llame. Es importante.

Estaba a punto de apoyar el pie en el pedal de la bicicleta cuando se dio cuenta de que Bliss seguía observándola desde la puerta.

Alzó la vista y dijo:

—¿Pasa algo?

—Yo —balbuceó mirando con aprensión hacia la calle—... No he dicho que no estuviera aquí. *No he dicho* eso.

Rebecca frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Has malinterpretado lo que *he dicho*.

Bliss retrocedió e hizo un gesto hacia el pasillo.

–Todavía está durmiendo. Entra y le diré que estás aquí.
Rebecca apoyó con cuidado la bicicleta en la pared.
Dios santo, Malcolm, eres el príncipe de los raritos. Sin ninguna duda.
Movi6 la cabeza y se dirigi6 hacia la puerta del apartamento.

Brazil Street era una calle residencial muy frondosa flanqueada de ciruelos que goteaban lluvia. Las casas victorianas, semiadosadas, tenían entrada para coches y alardeaban de amplios jardines delanteros, llenos de arbustos. La mayoría de las fachadas parecían lujosas, cubiertas de parra virgen y madreselvas empapadas, con garajes ańadidos y coches de gama alta, de segunda mano, aparcados delante de la puerta. Caffery dej6 el Jaguar al principio de la calle, se puso la chaqueta por encima de la cabeza y sigui6 el complejo diagrama de surcos arcillosos producidos por los neumáticos de las máquinas minicargadoras hasta llegar a la verja de la obra de Korner-Mackelson.

Al otro lado del enrejado había dos hormigoneras amarillas, una a cada lado de la entrada como leones guardianes. Más allá se veía una excavadora JCB, sin nadie a los mandos, por cuyos laterales chorreaba una mezcla de lluvia y barro. El solar se extendía unos cien metros hasta la esquina de la vieja escuela de ladrillo rojo, donde formaba un ángulo y se prolongaba casi quinientos metros bordeando los jardines.

Puso los dedos sobre la valla metálica y mir6 a los trabajadores apińados bajo los andamios, fumando y bebiendo café de sus termos mientras esperaban que escampara. El mero hecho de estar allí, tan cerca de la oculta rutina vital de Birdman, casi rozándolo, hizo que su pulso se acelerara. Con las pruebas del Servicio de Ciencias Forenses sería fácil conseguir una orden para consultar los archivos del personal de la empresa, Marilyn podía cruzar los datos y ver lo que HOLMES decía. En ese instante, bajo aquella lluvia, Caffery se encontraba lo más cerca que nadie había estado de él: cara a cara.

Como siempre, sintió la tentación de encargarse directamente del asunto y actuar por su cuenta: sin esperar, sin atenerse al reglamento. Pero sabía lo que significaba atravesar esa línea. Se alejó de la valla, regres6 al Jaguar –con los calcetines y la camisa calados–, abri6 la puerta, se metió dentro y puso la llave de contacto. De repente, con un movimiento brusco, volvi6 a abrir la puerta y sali6 a la calle.

Se fue derecho hacia un Polo verde aparcado detrás del Jaguar y se detuvo un instante a mirar el parabrisas. Luego se enderez6, se dio la vuelta y se acerc6 a otros coches para observarlos con atención uno a uno: un Volvo, un Corsa, un viejo Land Rover.

Todos llevaban aparcados mucho más tiempo que el Jaguar. La lluvia había dibujado un mosaico intrincado en cada uno de ellos. Polvo de cemento. Llegaba flotando desde el solar de la obra y se quedaba adherido a la pintura.

Jack pas6 un dedo por el borde de la puerta del Polo y lo examin6 un instante, pensando con rapidez. Luego se dio la vuelta y se qued6 mirando fijamente hacia Brazil Street.

Dentro olía a humedad y los suelos estaban pegajosos. Era como si Bliss hubiera

puesto la calefacción en ese húmedo día de comienzos de verano. Se plantó en el pasillo, con los brazos extendidos, bloqueando la entrada a la parte posterior del apartamento.

—No, aquí, aquí dentro, en la cocina —dijo abriendo la puerta.

—Bueno. Solo quiero hablar con Joni —respondió moviéndose hacia un lado para pasar por delante de él—. No tengo intención de quedarme.

Pero él volvió a abrir los brazos.

—Sí, sí, pero entra aquí, pasa, pasa.

Rebecca suspiró, meneó la cabeza y entró en la cocina. *Dios santo*. Hacía mucho calor y olía a leche agria. La ventana estaba totalmente empañada y la condensación del agua formaba un pequeño charco en el alféizar donde agonizaban algunas moscas y otras flotaban, ya muertas. Había una mesa con tres sillas arrimadas alrededor y, encima, unos platos sucios, una taza de té, algunos cuencos..., todo cubierto de una fina capa de polvo que parecía ceniza. Por el techo zumbaban más moscas.

Bliss cogió una de las sillas y empezó a lamentarse metiendo un dedo por el plástico roto.

—No sirve, está rota. No puedo ofrecerte una silla con el asiento roto.

Soltó la silla y se puso a rebuscar en un cajón.

—Aquí está.

Se dio la vuelta y, sujetando un rollo de cinta de embalar marrón, comenzó a arañarlo con sus sucias uñas, tratando de buscar el principio.

—Siempre he tenido problemas con esto —dijo tendiéndole el rollo—. Quizá tú puedas. Ya sabes, es cuestión de uñas.

Rebecca soltó un resoplido exasperado.

—Trae.

Cogió el rollo, separó la cinta con sus frágiles uñas, desenrolló un par de centímetros y se lo devolvió con brusquedad.

—Bueno, ¿dónde está Joni?

—Vale, tranquila.

Rápidamente pegó un trozo de cinta sobre la grieta del asiento, se guardó el rollo en el bolsillo trasero del pantalón y la empujó hacia ella.

—Ya voy, ya voy.

Levantó las manos en señal de rendición y salió apresuradamente de la cocina. Vio pasar su pequeña cabeza aplastada por el cristal esmerilado del pasaplatos que había encima del fregadero. Estaba considerando la posibilidad de seguirle por el pasillo para meterle prisa cuando aquel extraño rostro de labios carnosos volvió a aparecer por el ventanuco y vio sus manos en el cristal. Rebecca dio un respingo.

—¿Te importaría?

Deslizó el cristal unos centímetros para asomar la cabeza e hizo un gesto en dirección a la mesa.

—Le he preparado una taza de té y se me ha olvidado. Está allí.

—¿Se ha despertado?

—Sí, sí. Pero le apetecerá té. Dámelo, por favor.

Asombrada, Rebecca puso los ojos en blanco. *Por Dios, Malcolm, ¿no podrías evitarme esto?* Y le pasó la taza.

Él se la quitó de las manos.

—Gracias. Y esas galletas. Lo siento, pásame esas galletas si no te importa.

Se pasó la mano por la cabeza y añadió: —Joni es una señorita muy quisquillosa. —Por el amor de Dios, Malcolm. Rebecca le pasó el paquete de galletas. —¿Quieres hacer el favor de despertarla de una vez? —Claro, por supuesto —dijo amablemente mientras le agarraba la muñeca y se la retorció con fuerza.

En Shrivemoor estaban organizando las investigaciones entre el vecindario. El centro de coordinación olía a café, camisas recién lavadas y loción de afeitar. Kryotos y Essex estaban con Maddox en el despacho del superintendente jefe cuando Jack llegó con el pelo mojado y el traje arrugado. Sin prestar atención a sus miradas, cogió un callejero de su mesa y abrió la página correspondiente a Lewisham. Tenía la respuesta tan cerca, tan próxima, que casi podía sentirla. Solo necesitaba buscar en la dirección correcta.

Anotó con rapidez cinco nombres. Los de las calles que estaban en un radio de cien metros desde las obras de Brazil Street.

–Marilyn –dijo levantándose de la silla y mostrándole el papel–, mete esto en HOLMES y pásame los resultados...

Se detuvo.

El fax de St. Dunstan estaba aún en el escritorio desde la noche anterior, con la primera página doblada. Los de la letra B.

Bastin, Beale, Bennet, Berghassian, Bingham, Bliss, Bowman, Boyle.

–¿Jack?

Pero la expresión de Jack había cambiado. Tenía la mirada clavada en la dirección que aparecía bajo el nombre de Malcolm Bliss.

34 A Brazil Street.

El rostro de la pintura, los dientes estropeados. Las quejas de Bliss por las obras de construcción la primera vez que lo vio en St. Dunstan. ¡Dios santo!

–Jack. ¿Estás aquí?

Alzó la vista. Maddox, Essex y Kryotos le miraban fijamente.

–¿Estás aquí o qué?

–Sí, sí, yo...

–Te estaba diciendo que podrías encargarte hoy de coordinar las investigaciones entre los vecinos.

Maddox cruzó los brazos.

–Prepara un cuestionario rápido con Marilyn.

–No.

Jack arrancó la página del fax y se la guardó en el bolsillo.

–Necesito que alguien del Grupo me acompañe.

Maddox suspiró.

–Está bien, llévate a quien quieras.

Señaló con la barbilla a Essex.

–Él mismo, supongo.

Bliss tiró de ella hacia el pasaplato por encima del escurridor haciendo que Rebecca se golpeará la cadera contra la pila del fregadero. Una tetera cayó al suelo con estrépito y el té frío le salpicó las piernas.

—PERO ¿QUÉ...?

—Cállate —dijo en voz baja—. Cierra la boca y no grites.

Sus manos calientes le agarraban el brazo con fuerza. —¿QUÉ COÑO ESTÁS HACIENDO?

—He dicho que te calles.

Y luego sintió la cinta —*aquella cinta de embalar, aquella maldita cinta que ella le había ayudado a despegar*— rodeándole la muñeca. Lanzó todo su peso contra el fregadero y metió el otro brazo como un ariete por el ventanuco. Buscó sus manos y las encontró. Las golpeó y las arañó, pero él ni se inmutó.

Es fuerte. El pequeño cabrón tiene fuerza. ¿Quién lo diría? Y te tiene atrapada...

Vio sus ojos rosáceos muy cerca de los suyos y sintió cómo sus manos intentaban pegarle un trozo de cinta sobre la boca.

—¡No!

Retiró la cabeza de golpe, pero la cinta se había adherido ligeramente. De repente Bliss desapareció por el pasillo.

Dios santo. Hizo un esfuerzo y agitó la mano con violencia. La cinta se contrajo y se clavó aún más en la muñeca. ¿Qué coño está haciendo?

Oyó un portazo. Luego el apartamento quedó en silencio.

Inclinada sobre el fregadero, resoplando con fuerza por la nariz, Rebecca entró en un estado de hiperconsciencia, con todos sus sentidos alerta. Se despegó la cinta de la boca, hizo una bola y la tiró a la pila. Se asomó por el ventanuco y, tanteando con la mano libre, descubrió que le había atado la muñeca a una tubería: tenía los dedos doblados y sujetos con la cinta a una cañería de agua. Levantó una rodilla por encima del fregadero y consiguió trepar al escurridor. Los platos entrechocaron en la pila. El aluminio se hundía y volvía a recuperar su forma mientras iba avanzando a gatas hacia el pasaplato.

—¡JONI! —gritó en dirección al pasillo—. ¡JONI!

Silencio.

—¡JONI!

Silencio.

Rebecca dejó caer la cabeza con la respiración entrecortada.

Bueno, cálmate y piensa. ¿A qué está jugando este pedazo de gilipollas? ¿Qué coño se cree que está haciendo?

De pronto le vino un pensamiento, lúcido y frío, que le cortó la respiración.

Dios santo, no...

Se quedó helada, arrodillada sobre el escurridor con la ropa mojada, los ojos abiertos y las rodillas doloridas, sin respirar durante unos segundos y oyendo solo el latido de su corazón.

No seas ridícula, Becky, no es él, no puede ser él.

¿Y por qué no? Seguro que Joni no está aquí. Te mintió. Te mintió para que entraras

en su casa.

Pero ¿Malcolm?

¿Y por qué no Malcolm?

Y entonces sintió que la adrenalina incandescente le recorría el cuerpo y la sacaba del estupor. Tras coger aire con fuerza empezó a retorcer la mano de manera frenética para tratar de arrancar la cinta. Estaba dispuesta a perder el brazo antes de seguir allí atrapada.

Tú, la chica dura y espabilada –¡MALDITA IDIOTA!–, tú sola te has metido en este lío.

–Estate quieta –oyó que le susurraba al oído–. Mantén la jodida boca cerrada o utilizaré esto.

El inspector Basset estaba sentado detrás de su escritorio con las piernas estiradas, la silla reclinada y las manos cruzadas ligeramente sobre el estómago. Llevaba allí más de una hora, mirando por la ventana y viendo cómo la gente compraba en Royal Hill mientras se sacaba la suciedad de las uñas con la punta de un clip. Pensaba en Susan Lister y su marido. Esa mañana el superintendente jefe le había insistido en la necesidad de colaborar más estrechamente con la AMIP.

El teléfono del escritorio sonó.

–Inspector Basset, CID.

–Por favor... Por favor, haga algo, oficial. Ya no puedo más. Ahora están gritando y voceando. No son imaginaciones mías.

Basset dejó caer la silla hacia delante.

–¿Hola? ¿Quién es?

–Soy Violeta, Violeta Frobisher.

Rebecca se dio la vuelta jadeando, con los ojos desorbitados y mostrando los dientes.

Bliss estaba a cierta distancia –fuera de su alcance– con el dedo apoyado sobre sus labios hinchados. Se abrió la chaqueta y, apartando la vista, como si lo que iba a mostrarle fuera tan indiscreto que no se atreviera a mirarlo, señaló con un dedo hacia su vientre. Allí, remetida bajo la pretina de sus pantalones, apoyada como un niño contra su estómago, había una sierra eléctrica inalámbrica de color azul oscuro.

La acarició con delicadeza, suspirando como si fuera parte de su propia carne.

–Me acuerdo de tu clítoris, Pinky. He visto tu botoncito rosa.

–*Ni se te ocurra acercarte* –dijo Rebecca retrocediendo. El grifo se le clavaba en la columna vertebral y el agua le goteaba por la espalda.

–Si te portas bien y estás callada, luego te chuparé el clítoris.

Entre los dientes en forma de clavija se veía su bulbosa lengua húmeda. Como un gato relamiéndose al oler el rastro de una hembra. Levantó una mano y la estiró, se la puso sobre la boca, sacó la lengua hasta mostrar la raíz y se chupó la palma desde la muñeca hasta la base de los dedos.

–¡Qué rico! El pequeño clítoris rosado. ¿Te gustaría?

Sonrió, saboreando sus palabras.

–El clítoris de Pinky. *El delicioso y pequeño clítoris de Pinky...*

–¡Que te jodan! –exclamó agitando la mano con desesperación–. ¡Que te jodan!

–¡No! –replicó dando un fuerte manotazo en el escurridor–. ¡Que te jodan a ti! ¡Zorra! Sacó la sierra de la pretina y se la puso junto a la cara.

–¡Maldita zorra!

Rebecca se echó hacia atrás y retorció la mano de un modo frenético. La cinta se estiró y se rompió. Estaba libre. El esfuerzo hizo que se desplomara desde el fregadero, con Bliss a su lado como si fuera su sombra. Ni siquiera había tenido tiempo de recuperar el equilibrio cuando sintió el duro mango de la sierra chocar con fuerza contra su nuca.

Caffery redujo la velocidad del Jaguar y avanzó lentamente por Brazil Street.

10, 12, 14.

Pasó por delante de la verja de las obras de la escuela. La lluvia había cesado y la excavadora recorría los surcos arriba y abajo.

28, 30, 32, 34.

34.

Había doble acristalamiento y la fachada mostraba un enlucido de piedras finas. En las ventanas del piso superior colgaban unos visillos grisáceos. La parte delantera no tenía césped, se había ampliado la entrada de coches y en uno de los lados había sido añadido un cobertizo muy feo. Estaba vacío.

–Lo conozco –dijo Essex mientras pasaban lentamente por delante de un coche. Era un Rover verde botella, aparcado en el paso de entrada, medio oculto por un muro bajo de ladrillo. Un hombre alto de pelo cano con un traje gris salió del coche, miró al cobertizo y se ajustó el nudo de la corbata. Caffery detuvo el Jaguar junto al bordillo.

–Es el inspector Basset. Del CID de Greenwich. Vamos.

Regresaron a toda prisa por la calle, poniéndose las chaquetas, y se detuvieron en la entrada de coches de la casa de al lado, fuera del campo visual de las ventanas de la planta baja. Al ver a Essex haciendo gestos desde el jardín delantero de la casa contigua, Basset se quedó perplejo. Y después se alarmó.

Se les acercó con rapidez.

–Por Cristo bendito –dijo con voz queda–, no estaré metiéndome en asuntos ajenos, ¿verdad? Debería haberos avisado, pero me dio la impresión de que no ibais a venir y esa mujer me estaba volviendo loco por teléfono...

–No vayas tan deprisa –murmuró Caffery tirándole de la manga y llevándolo detrás de la valla–. ¿De qué estás hablando?

–De Frobisher, la señora de la que os hablé.

Caffery y Essex se miraron.

–¿La señora de la que nos hablaste?

–Sí, ya sabéis, la del vecino.

–He perdido el hilo –musitó Essex.

–Os llamé. ¿No os acordáis? Le dejé un mensaje a un inspector, le dije que deberíais comprobarlo. Como no tuve noticias supuse...

Cambió de postura, desconcertado, y dirigió la vista primero a Caffery, después a Essex y luego otra vez a Caffery.

—Bien. Regla número uno: nunca supongas. De lo cual deduzco que no sabéis nada sobre la señora Frobisher y su vecino. Ni tampoco de los olores ni del congelador que gotea.

Se puso de puntillas y lanzó una mirada por encima de la valla.

—Y mucho menos de los pájaros muertos en el cubo de la basura o de los gritos que ha oído hace un rato en el apartamento.

Caffery cerró los ojos y se llevó una mano a la cabeza.

—Tenemos un sospechoso en el treinta y cuatro A. Es decir, en esa casa.

—Frobisher vive en el treinta y cuatro B. Es la vecina de arriba.

—Y le dijiste a nuestro inspector... ¿Cuándo?

—Hace una semana más o menos. Cuando la prensa contó todo lo del asunto Hartevelde.

—¡Joder! —exclamó Caffery mirando a Essex, que estaba con la cabeza gacha.

—Diamond —dijo.

—El mismo —afirmó Caffery suspirando—. De acuerdo.

Estiró la espalda y añadió:

—¿Qué tenemos? ¿Has hablado con alguien de ahí dentro?

—No hay nadie dentro.

—¿Has entrado?

—No, la señora Frobisher llamó hace unos veinte minutos, fuera de sus casillas, y dijo que había oído gritos. La pobre vieja estaba muy asustada. No quería molestarnos otra vez porque creía,

—... que nos estábamos ocupando de ello, ¿no?

—Sí —contestó Basset avergonzado—. Joder, al jefe le va a encantar todo esto.

—Lo siento.

—Qué se le va a hacer. Qué se le va a hacer.

Se oyó un ruido en la casa. Basset rodeó la valla medianera y les hizo un gesto para que le siguieran. La puerta delantera se había abierto y la señora Frobisher estaba en el umbral, con una bata azul acolchada y unas pantuflas de hombre. Un gato pardo se restregaba contra sus tobillos.

—Señora Frobisher —dijo Basset acercándose con la mano extendida—. Encantado de saludarla.

Al ver la mano se limitó a parpadear por un instante. Luego le dio la suya y miró a Caffery y a Essex por encima del hombro.

—Perdón, le presento a mis colegas. El inspector Caffery y el sargento Essex.

Inclinó la cabeza hacia los dos hombres de gesto adusto.

—Estaba haciendo un poco de té.

—Muy bien —dijo Essex entrando en la casa.

El piso estaba limpio pero desordenado, había revistas apiladas en los rincones y se

notaba un cierto olor a comida por debajo del perfume a pino del ambientador. Los hombres se sentaron en un saloncito anejo a la cocina, en unos sillones de tapicería gastada, y contemplaron la anárquica colección de objetos ornamentales de la señora Frobisher: muñecos de peluche, una selección de tazas de estaciones de servicio, fotos de Gregory Peck recortadas de revistas y montadas en marcos plateados.

Entre tanto, en la cocina, la señora Frobisher hablaba sola mientras emparejaba unas tazas con un dibujo de geranios azules con unos platitos a rayas. Cogió una cubretetera de ganchillo rosa y abrió un paquete de galletas de crema.

—Fue ayer por la tarde, alrededor de las cuatro, porque acababa de hacerme una taza de té y estaba viendo *Judge Judy*, el programa ese de la juez americana —dijo apoyando la bandeja. El gato estaba debajo de la mesa, con las zarpas juntas y los ojos cerrados con satisfacción—. Llamé a Tippy, que estaba con su plato de leche, y en ese momento oí un alboroto. Ese hombre estaba afuera, acompañado de una joven.

—¿Cómo era? La joven, quiero decir.

—A mí me parecen todas iguales. Rubia. Con la falda corta, por aquí. Estaba muy achispada y no hacía más que dar traspies. Debí de sentirse mal y él tuvo que llevarla en brazos hasta la casa. Y después de eso no volví a verle el pelo. No pensé más en ello. Hasta esta mañana, cuando de repente la oí gritar —dijo mientras la taza de té temblaba en su mano—. Un grito como ese te hiela la sangre.

—¿Tiene la llave del piso de abajo?

—Oh, no. No soy yo quien se lo alquila. Pero...

—¿Sí?

—He visto que se ha dejado una ventana abierta. Cuando salió llevaba una prisa tremenda.

—¿Tiene idea de adónde iba?

—Sé que tiene otra casa. En el campo, creo. Quizás haya ido allí, porque se fue en coche.

Miró al inspector Basset.

—Usted dijo que me fijara en la marca del coche.

—¿Y lo hizo?

Asintió con la cabeza.

—Un Peugeot. Cómo no iba a saberlo si mi nuera tiene uno igual.

Essex entró por la ventana mientras Caffery esperaba fuera, en el cobertizo, pensando en lo fácil que era, en un sitio tan resguardado como ese, meter un coche marcha atrás, abrir el maletero y,

—Jack —dijo Essex abriendo la puerta. Estaba lívido—. Es él. Lo hemos encontrado.

En el interior del piso las habitaciones estaban a oscuras, las cortinas cerradas y el aire era irrespirable. Habían pedido a la señora Frobisher unas bolsas de plástico de las de congelar alimentos y se las habían puesto sobre los zapatos: a cada paso que daban arrancaban escamas de mugre de las alfombras pegajosas.

—Mire esto.

Essex estaba en el quicio de la puerta del dormitorio principal.

—¿No es increíble?

Las paredes estaban totalmente recubiertas de fotografías: Polaroids, instantáneas, algunas arrancadas de revistas. Había muchas de Joni, pero otras procedían de revistas pornográficas holandesas o alemanas: un niño que chupaba un pene hinchado, una mujer a horcajadas sobre un pastor alsaciano, y en una imagen borrosa que a Caffery le pareció sacada de una *snuff movie*, un adolescente asiático atado sobre una cama, con los brazos y las piernas separados y sangre en los muslos.

Desde un armario empotrado con puertas de melamina les llegó el sonido de un débil aleteo. Essex lo abrió y los dos hombres se quedaron atónitos al ver la jaula. Un solitario pinzón cebra posado sobre el barroto, con las plumas mojadas y destrozadas, parpadeó en silencio y les miró. En el suelo, entre la arenilla, se amontonaban cuatro cuerpecillos llenos de gusanos.

Siguieron avanzando por las habitaciones. Essex echó un vistazo a la sala de estar. Cuando vio lo que había sobre las paredes se volvió a Jack con la cara pálida.

—Enfermo —murmuró—. Este tío está enfermo.

Eran Polaroids de las víctimas muertas.

Craw, Wilcox, Hatch, Spacek, Jackson. Violadas, mutiladas. En una de ellas se veía a Shellene Craw, en posición erecta como un maniquí de escaparate, encajada entre el televisor y la pared, con los ojos abiertos y los brazos rígidos extendidos.

—La peluca —susurró Caffery señalando hacia la foto con la cabeza.

Essex se acercó, se puso tras él y dejó salir un pequeño silbido entre los dientes.

—Tenía razón, Jack. Dio completamente en el clavo.

En la pared más alejada se toparon con una fotografía de Susan Lister, desnuda y cubierta de sangre, atada y amordazada, con los ojos amoratados e hinchados.

—Joder, ¡qué barbaridad!

Unos trazos borrosos cruzaban la fotografía. Y en una esquina de abajo se veía una forma blanca. Caffery comprendió. Bliss se había fotografiado a sí mismo mientras eyaculaba sobre el rostro destrozado de Susan Lister.

En la cocina encontraron sangre reciente sobre el escurridor y unos platos rotos en el suelo. Examinaron el refrigerador y la colección de instrumentos quirúrgicos que había en uno de los cajones. En el segundo dormitorio Caffery le puso a Essex una mano en el brazo.

—Mira.

La pared encima de la cama estaba plagada de salpicaduras de sangre como si formara parte de la decoración del cabecero. Las sábanas también estaban ensangrentadas y en el centro del colchón había una toalla amarilla que cubría dos formas gelatinosas.

—¿Qué es eso? —preguntó Essex acercándose con cautela—. Parecen...

—Sé lo que son.

Caffery miró los dos implantes. En la parte inferior de uno ellos había sangre coagulada y grasa.

—Son de Joni. La abrió para sacárselos.

Cuando el Peugeot azul llegó a Wildacre Cottage había dejado de llover. El *bungalow* estaba al final de una servidumbre de paso que dividía un campo de trigo alargado, dorado y liso como el cabello húmedo de una chica rubia. Estaba muy retirado: no había peligro de que alguien le viera mientras arrastraba a las mujeres, con las cabezas cubiertas con fundas de almohadas, hasta el oscuro *bungalow* y las dejaba en la entrada apoyadas en el panel de cristal esmerilado al lado de la puerta.

Cuando Clitoris se había puesto a gritar, Bliss no pudo controlar los nervios. Sabía que tenía que arriesgarse a hacer el viaje. Cargarlas había sido relativamente fácil: una en el hueco detrás del asiento trasero y la otra en el maletero. Cubiertas con anoraks y un viejo saco de dormir. Aunque estaba muy excitado y no dejaba de mirar a la calle, temeroso de que llegara la policía en cualquier momento, a la hora del almuerzo de un lluvioso día laborable había habido poca gente interesada en detenerse a ver cómo un hombre de aspecto corriente cargaba su coche.

El techo del cobertizo había ayudado. Eso y el hecho de que las dos mujeres habían perdido el conocimiento por los golpes recibidos con el mango de la sierra eléctrica.

Regresó al coche, cogió cuatro bolsas de Sainsbury del maletero y las llevó a la casa. La mosquitera de la puerta batió a sus espaldas. Mientras vaciaba las bolsas, llenaba unos cuencos con M&M's y gominolas, colgaba cadenas de papel en las ventanas e inflaba globos de colores pastel murmuró en dirección a las dos mujeres. Les dijo que era su cumpleaños y les explicó sus planes para ese día. Ninguna de las dos podía oírle, pero de todas formas siguió hablando y rascándose la cara.

Cuando Essex salió del apartamento había dejado de llover. Se dirigió al jardín —las grúas del solar en construcción se perfilaban contra el cielo cada vez más despejado— y encontró a Jack en medio del césped, con la mirada fija en algo que había entre la hierba crecida.

—¿Jack?

No hubo respuesta.

—¿Jack? ¿Qué ocurre?

Caffery miró alrededor con una expresión vacía. En silencio hizo un gesto hacia el suelo.

—¿Qué es eso?

Essex se acercó. A los pies de Jack, sobre la hierba húmeda, había una bicicleta pintada de blanco y gris. Estaba tirada a un lado, como si alguien la hubiera dejado allí.

—¿Una bicicleta?

—De Rebecca —dijo Caffery con voz queda—. Es la bicicleta de Rebecca.

Llamó a su apartamento de regreso al coche. Saltó el contestador. Dejó un mensaje y llamó a Shrivemoor.

Respondió Marilyn.

—Vaya, Jack, acabo de hablar con Amedure. Ese pelo coincide. Quiere que...

—Marilyn, escucha con atención. Dile a Steve que tenemos algo importante. Necesito ayuda del Grupo de Apoyo Territorial. Y a los forenses: Quinn y Logan. Estamos en Brazil Street.

—De acuerdo, de acuerdo, espera un momento.

Oyó que Marilyn hablaba con alguien. Y luego escuchó la voz de Maddox.

—¿Jack? ¿Dónde estás?

—En Lewisham. En Brazil Street.

—¿En qué número de Brazil Street?

—Treinta y cuatro A.

Maddox permaneció en silencio un instante. Al fondo se oía a alguien que gritaba de manera excitada. Maddox carraspeó.

—Jack, tenemos información sobre esa dirección. La hemos visto antes, en la factura telefónica de Hartevelt. Llamó dos veces a alguien en el treinta y cuatro A de Brazil Street la mañana en que Craw desapareció y otras dos la semana en que se suicidó. Logan y Betts van para allá.

—Lo tenemos, Steve. Es él.

—¿Qué habéis encontrado?

—Fotos, instrumental quirúrgico, escalpelos. Se llama Malcolm Bliss. Ha huido asustado en un Peugeot azul. Y tiene a alguien con él.

—Dios santo.

Maddox sonaba agotado.

—Creo que se dirige a algún lugar en el campo. Tendré una dirección en unos diez minutos. Necesito que los de Apoyo Territorial nos echen una mano.

—De acuerdo, Marilyn se ocupará del asunto. Nos encontraremos en Greenwich dentro de, digamos, ¿treinta minutos?

—Que sean veinte.

Caffery y Essex se sorprendieron al encontrar a Lola Velinor sentada en la oficina de St. Dunstan, con su espléndido pelo negro recogido en un moño y un collar de perlas discretas sobre un vestido de lino azul marino. Entonces comprendieron que el cuerpo de Peace no había sido abandonado en su jardín por casualidad.

—No me había dicho que trabajaba en el departamento de personal.

—No me preguntó.

—¿Quién es el jefe?

—Yo.

—¿Y Bliss?

—¿Malcolm? Malcolm es mi ayudante. Está de vacaciones.

—Conocía a Hartevelt.

Ella ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Sí. Ya se lo dije cuando me preguntó. ¿Y?

Essex se sentó frente a su escritorio y se echó hacia delante, torciendo la cabeza en actitud confidencial y hablándole con delicadeza. Pero Caffery estaba impaciente.

—No le cuentes la historia de tu vida, Paul. Necesitamos una dirección.

Lola Velinor alzó la mirada, estiró las facciones de su cara bizantina y entornó sus ojos alargados.

—No tengo por qué darle nada, inspector.

—En eso se equivoca: sección diecisiete, artículo diecinueve. Puedo llevarme los archivos ahora mismo si se me antoja.

—Vale, vale —intervino Essex levantando la mano—. Jack, hagámoslo con calma.

Lola Velinor juntó los labios e inclinó la cabeza con elegancia. Se levantó en silencio y les condujo a la parte más oscura de la oficina donde estaba Wendy, reasignada de nuevo al departamento, dando sorbitos de té sin decir ni pío y rodeada de archivadores.

—¡Inspector Caffery! —dijo poniéndose en pie—. ¿Le apetece una taza de...?

—Wendy.

Lola Velinor movió ligeramente su mandíbula angulosa.

—Dele al inspector Caffery todos los datos de Malcolm.

—¿Malcolm?

—Eso he dicho.

Wendy se giró hacia el archivador más próximo y abrió un cajón. Su carita avisada cambió de expresión y un rubor le ascendió desde la base del cuello.

—Aquí está —dijo abriendo el expediente—. Brazil Street, número treinta y cuatro A, en Lewisham. Y la antigua casa de su madre. Murió el año pasado y le dejó una casita en el

campo, en Kent: Wildacre Cottage. Aquí está la dirección y el número de teléfono por si los necesita.

Essex anotó todos los datos y Wendy le lanzó una mirada desde detrás de sus gruesas gafas.

—Solía bajarse la cremallera debajo del escritorio —soltó de repente mientras volvía a sentarse—. Ya sabe a qué me refiero, Y se masturbaba cuando hablaba con alguna mujer. Desde el otro lado del escritorio no le veían. Pero yo sí.

Se sacó el pañuelo de la bocamanga y se lo pasó por la boca. Le temblaba la mano.

—¿Es por eso por lo que tiene problemas?

—Por algo parecido —contestó Essex—. Por algo parecido.

La culata de la herramienta eléctrica había provocado un pequeño hematoma subdural en la parte posterior de la cabeza de Rebecca. La sangre se iba infiltrando muy lentamente y ello le ocasionaba momentos de somnolencia y un poco de dolor cuando bajaba la barbilla. Pero el golpe no había afectado sus facultades mentales: desde el instante en que se despertó supo perfectamente lo que ocurría.

Al principio se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, elaborando una imagen de sí misma y de lo que Bliss le había hecho. Le había quitado los pantalones y la ropa interior y, utilizando —supuso— la misma cinta de embalar, le había sujetado las piernas desde los dedos de los pies hasta la mitad de los muslos. Le había dejado puesta la camiseta y la había colocado en el suelo, de costado, con las manos sobre el estómago. Cuando intentó moverlas se dio cuenta de que también tenía los dedos envueltos con cinta.

Y Bliss estaba allí. A unos cinco metros delante de ella, un poco a la derecha. Podía oírlo y olerlo. Mascullaba, arrastraba las frases, canturreaba... Ridículo.

Loco. Está loco, Becky. Y tú vas a morir.

Era una retahíla de imprecaciones dispares, un parloteo consolador y persuasivo. Era un monólogo en el que Bliss seguía su propia lógica circular y perversa.

Sin prestar atención a sus desvaríos, Rebecca procuró concentrarse, analizando los distintos sonidos para tratar de averiguar las dimensiones y la temperatura de la habitación. Ya no estaban en el piso. Lo sabía porque el aire y la acústica habían cambiado. Todo estaba en calma. Solo se oía el trino de los pájaros fuera. No había trenes, ni coches, ni el rumor propio de la ciudad. Era un lugar tan tranquilo como el cuarto de un bebé. ¿Una zona residencial de las afueras? ¿O el campo? Podían estar a varios kilómetros de la casa más próxima. Y nadie sabía que ella estaba allí...

Las divagaciones de Bliss se detuvieron. Rebecca contuvo la respiración y escuchó con atención. Cuando estuvo segura de que Bliss había salido, abrió los ojos y respiró hondo.

La habitación estaba poco iluminada y tenía las dimensiones que se había imaginado. La luz del sol resaltaba los estampados de las cortinas cerradas: grandes rosas de Provenza, aves, plumas de pavo real. Más allá de unas puertas de vaivén había una cocina en penumbra. En primer término, a menos de dos metros de donde ella se encontraba, había seis sillas de mimbre rosa pálido colocadas con esmero junto a una mesa de bambú y cristal sobre la que había platos de papel, una botella de aguardiente de

cerezas, gorros de fiesta y una tarta de cumpleaños ya empezada. Por encima, susurrantes y temblorosos como una multitud de espectadores fascinados, había montones de globos: rosa chillón, azul lavanda, amarillo fuerte. Luchaban por un espacio en el techo y sus rabillos giraban con pereza en el aire fresco. Y Joni –lo que quedaba de ella– estaba apoyada en una de las sillas de mimbre. Rodeada de cinta de embalar para mantenerla erguida, pero muerta.

¿Muerta? Debe de estar muerta... Con ese aspecto debe de estarlo.

Bliss salió de la cocina, desnudo y obsceno.

Rebecca se quedó helada al verse sorprendida con los ojos abiertos. Por fortuna, él ni la miró. Se dirigió hacia Joni, tarareando y toqueteándose el pene, rojo como una cereza entre sus blandos muslos blancos. Se detuvo junto a la mesa, echó un trago de aguardiente de la botella y observó a Joni con aire pensativo. Después se limpió la boca, dejó la botella en la mesa y con un rápido movimiento, ágil a pesar de su corpulencia, se subió encima, se arrodilló delante de Joni, le cogió la cabeza con las manos y le metió el pene en la boca.

Rebecca se quedó horrorizada, paralizada. Obligada a contemplar cómo Bliss arremetía contra el rostro de Joni haciendo que su pene se endureciera cada vez más dentro de su boca.

¿Te das cuenta? No es humano, no se puede razonar con él.

Joni reaccionó a la agresión con violentas arcadas: convulsiones en la garganta y espasmos en el abdomen, como si los músculos y el sistema nervioso funcionaran por separado. Bliss seguía moviéndose y emitiendo gemidos, con los ojos vueltos hacia dentro, llenos de lujuria. Cuando acabó, se retiró de la boca de Joni despacio, hizo una pausa para cogerle la cara con sus manos flácidas y la miró a los ojos. Luego, complacido, le apoyó la barbilla sobre el pecho, se bajó de la mesa y abandonó la habitación.

Rebecca no se movió. Permaneció así durante un buen rato.

Después susurró:

–¿Joni?

Silencio. Joni estaba sentada de perfil, desnuda y magullada, con la cabeza caída sobre el pecho. Delante de ella, en la mesa, había un pedazo de tarta intacto y una copa de champán. Le había puesto una servilleta de papel extendida sobre las rodillas y le había cortado el pelo. Por debajo del flequillo, en el lugar donde debían estar las cavidades y curvas naturales de la frente, el ojo y la mejilla, se extendía una bolsa sanguinolenta, tumefacta y tierna.

–¿Joni?

Rebecca se arrastró con esfuerzo hacia delante unos centímetros.

–¿Joni?

Joni miró a Rebecca de soslayo. Por un instante pareció no reconocerla, pero después movió la lengua.

–*Por favor...*

Su voz era apenas un hilo, ni siquiera un susurro. Una lágrima apareció en su ojo sano.

—*Por favor, no me mires.*

—No te preocupes, Joni.

Rebecca se humedeció los labios y consiguió apoyarse en un codo, haciendo una mueca al sentir el dolor en la cabeza y el cuello.

—Todo irá bien.

Tanteó en busca del extremo de la cinta para soltarse las piernas, pero Bliss había sido astuto al hacerle una especie de manoplas ceñidas: cuando tiraba de ellas con los dientes la cinta se apretaba aún más. Agotada, dejó caer las manos jadeando.

Tiene que haber algo —venga, Becky—, alguna salida. Está ahí, al alcance de la mano. Piensa...

Repasó con atención los objetos que podían serle útiles: junto a una chimenea de gas había un soporte plateado con unas tenazas, un atizador y una pequeña pala. Sobre la encimera de formica, entre las sombras al lado de la cortina de la ventana, vio un bloque portacuchillos de madera. ¿Y en la mesa? Desde donde estaba no podía ver bien esa zona. *Pero seguro que hay cuchillos; tiene que haber cuchillos, e incluso algún tenedor. Puedes acercarte a la mesa y volver en veinte segundos. Y si él regresa lo oirás.*

Respiró hondo y rodó hasta ponerse boca abajo, con el rostro contraído por el dolor y la náusea. Apoyó las manos contra el suelo y empezó a arrastrar la parte inferior del cuerpo. Tuvo una repentina imagen de sí misma: los ojos hinchados, medio desnuda, dolorida y ensangrentada, avanzando a rastras por el suelo como un perro atropellado por un coche. Apretó los dientes, no quería ver más esa imagen. Estaba muy cerca, solo le quedaba un metro para llegar a la mesa. Siguió arrastrando las piernas.

En ese momento alguien tiró de la cadena de un váter y oyó una puerta que se cerraba.

Rebecca se quedó helada, con el corazón a punto de estallar y los ojos completamente abiertos.

Wendy Dellaney se consideraba una persona leal. Estaba orgullosa de la reputación de St. Dunstan. Orgullosa de pertenecer a ese hospital. Y furiosa, muy furiosa, porque Malcolm Bliss los había deshonrado aún más. Sentada a su escritorio, examinaba el expediente de Malcolm, daba sorbos a su té y resoplaba.

—No me voy a quedar con las ganas —dijo cogiendo el teléfono.

—¿Wendy?

Lola Velinor levantó la cabeza.

—¿Qué haces?

—Voy a decirle exactamente lo que pienso de él. Es un cerdo, un cerdo *asqueroso*...

—No, no, no.

Lola se acercó y le quitó el auricular de la mano con delicadeza.

—No te metas. Tú no sabes lo serio que es esto. Deja que la policía se encargue de ello.

Wendy, con sus ojillos asustados, pequeños como alfileres, se encogió en el asiento e intentó desaparecer dentro de su vestido estampado de flores. Diez minutos más tarde, cuando Velinor salió para reunirse con el administrador del hospital e informarle de la

visita de la policía, ya no se acordaba de la advertencia. Esperó a que la puerta se cerrara y cogió de nuevo el teléfono.

Bliss estaba de pie a su lado y la miraba con curiosidad, como si hubiese encontrado un caracol deslizándose por el suelo de su cuarto de estar.

—¿Ya estás despierta? —murmuró.

—Se está muriendo.

Rebecca intentó doblar las piernas e incorporarse, pero la cinta se le clavaba en la carne y le cortaba la circulación. Rendida, se dejó caer y respiró con fuerza.

—Si no pones fin a esto la matarás.

—Sí —contestó Bliss hurgándose las narices con aire pensativo—. Sí, así es.

Se puso las manos sobre las rodillas y se inclinó hacia delante para ver mejor a Joni, cuya cabeza seguía caída sobre el pecho, sin fuerzas. Luego, asintiendo con la cabeza, se puso recto.

—Sí —dijo secándose las manos en sus muslos carnosos—. Tienes razón. Ahora te toca a ti. ¿Quieres que te lo haga otra vez?

Temblorosa y dolorida, Rebecca levantó una mano.

—No me toques.

—Demasiado tarde. Ya lo he hecho.

—Mentira.

—No —dijo satisfecho—. Después de zurrarte bien en la cocina me follé lo que quedaba de ti. Estabas inconsciente.

No es verdad.

—Mira.

Presionó con los dedos la punta de su pene, húmeda y blanda, y sonrió.

—¿Ves? Estoy listo. Cortaré la cinta y así podrás abrirte de piernas para que te penetre.

—Saben que estoy contigo. Les llamé antes de ir a tu piso y les dije adónde iba. Están de camino.

—Cállate.

—Es verdad.

Le temblaba la voz pero mantenía la cabeza erguida.

—Primero telefonarán y luego llamarán a la puerta.

—He dicho que te calles —dijo pasándose la lengua por los labios—. Ahora quédate ahí tumbada en silencio y...

De repente, el teléfono sonó en el pasillo dándole un susto. Bliss, crispado, miró de mala gana hacia la puerta. Rebecca comprendió que le tenía en sus manos.

Malcolm la había creído.

—Son ellos —murmuró tratando de aprovechar ese golpe de suerte—. Son ellos los que

llaman por teléfono.

—Cállate.

—Vamos. Contesta y lo verás.

Señaló con la mano hacia la puerta.

—Son ellos. Querrán negociar contigo. Te harán creer que estás a salvo, pero pase lo que pase te atraparán, Malcolm...

Debería haberlo previsto, porque el depredador era Bliss, no ella.

—¡CÁLLATE, ZORRA! —exclamó dándole una patada en el estómago.

Rebecca rodó hacia un lado, resolló y se esforzó por no vomitar. Los globos del techo, rumorosos y oscilantes, se movieron como si buscaran un sitio para ver mejor cómo libraba su batalla. Oyó a Bliss revolviendo en los cajones de la cocina, esos mismos cajones que ella había imaginado rotulados: *cuchillos y tijeras*. Volvió la vista hacia la cocina y solo tuvo tiempo de ver un gancho de carnicero que sobresalía del techo con un suave espejeo como si anunciara algo. Bliss se aproximó con un trozo de cable eléctrico y un rollo de film transparente. Deslizó un bisturí entre sus muslos y rasgó la cinta.

—¡AHORA ABRE TUS JODIDAS PIERNAS, ZORRA!

Pese a su forma de ser, Rebecca se puso a gimotear.

Wildacre Cottage no era una casita de campo, sino un horrendo *bungalow* prefabricado de hormigón con una cubierta de tejas rojas y un generador acoplado a la parte trasera. Estaba situado sobre el estuario del Támesis, al borde de un bosque de pinos, junto a los amarillentos campos de colza que hay al este de Dartford. El aire era salado. Hileras de tejos, azotados por el viento marino desde su nacimiento, ribeteaban los campos con las ramas estiradas tierra adentro como los cabellos de las arpías. Unos kilómetros al norte, en la otra orilla del estuario azulado, el silencioso horizonte se cubría de bruma hasta la franja arenosa de Southend.

Caffery detuvo el Jaguar en un camino resguardado. Maddox, Essex y él se giraron en sus asientos haciendo crujir el cuero y vieron llegar los tres furgones Sherpa blindados del Grupo de Apoyo Territorial seguidos por un coche de bomberos y una ambulancia.

Fue Essex quien advirtió el reflejo del sol sobre el parabrisas de un coche que iba tras ellos.

—Pero ¿qué demonios...?

El Sierra se detuvo delante del Jaguar. Diamond salió, se desabrochó la chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos.

—Oiga —dijo Maddox abriendo la puerta—. ¿Qué está haciendo aquí? Le dije que se quedara en la oficina.

—¿Acaso molesto?

Caffery saltó del coche y estampó la mano sobre el capó del Sierra.

—Te acaba de hacer una pregunta. Te ha preguntado que qué *coño* crees que haces aquí.

—Inspector Jack Caffery.

Diamond se pasó la mano por la corbata y se alisó las arrugas de la camisa mientras rodeaba el coche esbozando una amplia sonrisa bajo la cambiante luz del sol.

—Parece usted..., ¿cómo diríamos? ¿Tenso? ¿Es que tiene algún interés personal en este asunto?

—Hace más de una semana llamaron de la comisaría de Green-wich con una pista sobre Bliss, y tú, inspector Mel Diamond, tú la rechazaste...

—Venga —interrumpió Diamond—. Creo que te estás dejando llevar por la imaginación, ¿no te parece?

—Nada de eso. Son hechos. Ahora lleva el coche hasta el principio del camino y crúzalo.

—¿Cómo?

—Para cortar el tráfico.

–Espera...

–Te vas a quedar allí hasta que yo vaya a recogerte.

–Espera un momento. No soy un puto agente, ¿sabes? Y tú no eres mi superior, sino solo un gilipollas –dijo mirando a Maddox–. Bueno, ¿no va usted a decir nada?

–Ya lo ha oído –contestó Maddox poniéndose la chaqueta y dándose la vuelta–. Arranque el coche y piérdase de mi vista.

La Unidad de Apoyo Aéreo llegó con un helicóptero bimotor B 0105, negro y amarillo, y sobrevoló el *bungalow* aplanando la hierba e impregnando la zona con el olor caliente del carburante. Cuando alcanzó el punto de rotación más alejado, el inspector Diamond, de pie al inicio del camino bajo un viejo roble, volvió a oír el murmullo de los insectos y el crujido del motor del Sierra al enfriarse. Estaba tanteándose el bolsillo en busca de un cigarro cuando algo llamó su atención.

Un hombre menudo, con una camiseta manchada, unos pantalones y una bolsa de plástico sucia colgada de la muñeca había aparecido en el camino como por arte de magia.

–Buenas tardes.

Sin dejar de mover las manos dentro de los bolsillos, sonrió y, al abrir la boca, Diamond pudo ver una fila de pequeños dientes llenos de sarro.

–Buenas tardes.

–Parece que hay bastante policía por aquí. ¿Ha ocurrido algo por lo que debemos preocuparnos?

Diamond se encogió de hombros.

–No. No.

Inclinó la cabeza para encender el cigarrillo. Se puso derecho y dejó salir una ligera bocanada de humo.

–No llevará mucho tiempo.

Se quitó una brizna de tabaco de los labios y al ver que el hombrecillo seguía mirándole añadió:

–Ahora le agradecería que se fuera, señor. Regrese a la carretera principal. El perímetro de vigilancia policial se extiende desde aquí hasta el estuario. Así que manténgase a este lado y siga su camino.

Bliss se alejó tranquilamente, rascándose la frente y hablando entre dientes. Dobló el recodo del camino y subió una loma cubierta de hierba, levantando los pies para evitar el barro y las ortigas. El sudor, producto más de la rabia que del ejercicio, se acumulaba en las arrugas de su cuerpo.

Cuando el teléfono –ni siquiera se había acordado de su existencia– empezó a sonar en el pasillo, supo al instante que aquella zorra no mentía. Hizo lo que tenía que hacer con ella, deprisa pero con cuidado. El ruido del teléfono cesó y él siguió con su tarea: se vistió y salió del *bungalow* sin hacer ruido antes de que la policía llegara. Aunque le pitaban los oídos y le dolía la cabeza, siguió avanzando con resolución a través del bosque

empapado y se alejó del *bungalow* todo lo que pudo hasta encontrar una fosa húmeda cubierta de hierba en la que esconderse. Había dejado de llover y la sal del aire le irritaba las narices. Se agachó y oyó llegar a la policía.

Allí, a solo cien metros del Sierra, dudó, miró al cielo y olfateó. Sobre la loma, tras una fila de pequeños arbustos espinosos, se dio cuenta de que no podían verle desde el camino. Solo era cuestión de quedarse allí y luego coger un autobús en la carretera principal. Pero sabía que todo había terminado para él. Con la muerte de Joni algo se había desbordado en su interior. Ahora que estaba acabado lo que quería era dejar su huella sangrienta en este planeta. Quería *dar la batalla* hasta el final.

Pensó en la silenciosa obra, hecha de carne, que había dejado en el *bungalow*. Cerró los ojos y sonrió. Aquello era un buen inicio.

Se dio la vuelta y, mientras tarareaba en voz baja y se rascaba el cuello, se dirigió hacia la carretera y vio el techo del Sierra gris a su izquierda. Había salido el sol, pero cuando llegó a la altura del coche chispeaba. Redujo el paso y se detuvo detrás de un roble alto cubierto de hiedra. Se le había ocurrido algo interesante. Se mordió el labio con aire pensativo, metió la mano en la bolsa de plástico y acarició la hoja de la sierra con la punta de dos dedos rechonchos y sonrosados. Desde cerca del Sierra, por debajo de donde él estaba, se elevaba la delgada espiral del humo de un cigarrillo.

Con su suéter negro y su chaleco de Kevlar, el sargento O'Shea, del Grupo de Apoyo Territorial, se sentía en ese bonito camino rural tan fuera de lugar como lo habría estado un predador de la jungla. Los miembros de su equipo –con gesto serio, la pelvis hacia delante, los brazos cruzados y las manos metidas en las axilas– observaban cómo se movía entre ellos.

–Los agentes locales han realizado una inspección y desde la una de la tarde hay un Peugeot azul aparcado junto a la entrada. Hemos intentado establecer contacto durante diez minutos, pero nadie ha contestado al teléfono. Así que nuestro asesor de salud mental está de acuerdo: no queríamos llegar a este punto, pero hemos de acometer una solución táctica. Desconocemos de qué armas dispone nuestro objetivo; no hay datos de armas de fuego. Lo más probable es que sean armas blancas de algún tipo; por tanto, tengan cuidado con las zonas vulnerables: cuello, manos. Mantengan los protectores del casco bajados y aténganse al protocolo de arrestos para distinguir entre objetivo y arma. En cuanto al asalto, dadas las circunstancias, el *modus operandi* será escalonado.

Caffery avanzó unos pasos por el camino, fumando y observando el *bungalow* a través de los setos. No pasaban coches y solo se oía el zumbido del helicóptero por encima de sus cabezas. De vez en cuando estaba seguro de poder oír el sonido del teléfono.

–Mire, Jack –dijo Essex señalando a lo lejos.

Unas nubes negras se acercaban a la boca del estuario como si quisieran bloquear la entrada.

–Parecen un presagio de sangre.

–Ha tenido tiempo de sobra para hacerlo, Paul. Ella podría estar ya...

Essex observó la expresión de Caffery y se mordió el labio.

–Sí, es mejor estar preparado.

–Por lo que respecta a la radio, la rutina habitual –prosiguió O'Shea cerrando sus manos tatuadas–. Que el equipo que vigila el perímetro siga con las llamadas de comprobación. Si las cosas se complican y se encuentran en peligro, ya conocen el procedimiento por radio.

Diamond había observado a aquel hombre menudo durante un rato hasta verlo desaparecer por el camino. Después bostezó, se rascó la nariz, acabó de fumar su cigarrillo y lo tiró al suelo. Había empezado a llover. Buscó las llaves del Sierra en el bolsillo. No tenía sentido mojarse, eso que lo hicieran los héroes. Había colocado la mano en la puerta del coche cuando Bliss, sudoroso, cayó sobre él desde la loma como una rama de hiedra húmeda.

–Hola –murmuró.

Diamond soltó las llaves y dio un respingo contra el Sierra, farfullando con los ojos abiertos de par en par por el dolor: Bliss le había agarrado con fuerza los genitales. Dio unos pequeños brincos a su lado y acercó sus ojos amarillos al rostro de Diamond.

–Tranquilo, tranquilo, que te vas a hacer daño.

–Soy policía. Policía.

Agarró la mano de Bliss, tratando de liberarse, pero la sierra se puso en marcha y pasó rozándole los nudillos con suavidad, con la presión suficiente para que la sangre brotara. Diamond soltó un grito y apartó los brazos.

–No me corte, no me corte. Soy policía.

–¿Prometes tener las manos quietas? Ponlas sobre la cabeza.

–Sí, sí, sí –dijo jadeando mientras levantaba los brazos y los arrimaba al árbol.

–Dilo. Di lo prometo.

–Sí, sí, lo prometo.

–Júralo y muérete si no es verdad.

–Lo juro y que me muera si... si... no es verdad.

Diamond empezó a temblar.

–¿Qué me va a hacer?

–Cierra el pico.

Bliss parpadeó con rabia.

–Cierra el pico de una vez.

La saliva se acumulaba en las comisuras de sus labios. No podía limpiársela porque con una mano apretaba la empuñadura de la sierra y con la otra agarraba la carne blanda de los genitales del inspector. Tenían los ojos a la misma altura y Bliss pudo oler el terror frío en el aliento del policía.

–Oiga –dijo Diamond temblando–, yo no soy nadie en este asunto. No soy yo quien ha traído a la policía. Ni siquiera me dejan acercarme a la casa. Por eso me han mandado aquí.

–¿Quién toma las decisiones?

–¿Las decisiones?

Diamond se pasó la lengua por los labios.

—Pues nuestro... nuestro...

—¿Sí?

Diamond titubeó un instante. De pronto un chispazo iluminó sus ojos y pareció calmarse.

—Nuestro inspector Caffery. Jack Caffery.

—¿Él? —preguntó Bliss mostrando sus sucios dientes—. ¿Dónde está?

—Al fondo de la colina. ¿Quiere que se lo indique?

—Estaría muy bien.

—¿Y me dejará marchar?

—Ya veremos. Ahora dame tu radio.

La lluvia arreció. A Jack empezó a correrle por la espalda hasta mojarle los zapatos. Los nubarrones negros habían cruzado el estuario y parecían haberse detenido encima de la casa. Las ventanas seguían cerradas y no se veía luz.

—Contesta al teléfono, hijo de puta.

Caffery y Essex esperaban apartados, a media distancia, con la radio en silencio. Jack nunca se había sentido tan inútil. Sabía que Rebecca estaba en el *bungalow* y su imaginación le ofrecía una lista de posibilidades espantosas. Lo único que podía hacer era observar a los miembros del Grupo de Apoyo, congregados al final del camino de la casa con los guantes puestos y el hacha de palanca al hombro.

Essex se volvió. El inspector Diamond apareció al borde del bosque, pálido y callado, y le hizo señas.

—Ese capullo. ¿Qué diablos querrá ahora?

Con rapidez, sin hacer ruido, se acercó a los árboles.

—¿Qué hace aquí? —murmuró.

—Por aquí —respondió Diamond regresando hacia el interior del bosque.

Essex le siguió.

—Se supone que debería haberse quedado en el camino.

—Por aquí, venga por aquí.

—¿Qué le ha ocurrido en la mano? Está sangrando.

Desde el montón de hojas descompuestas donde estaba agazapado, Bliss fue rápido y certero. De un solo movimiento segó el tendón de Aquiles derecho de Essex con un ruido sordo.

—¡Me cago en Dios!

Demasiado sorprendido para gritar, el sargento se desplomó como un árbol viejo, cayó sobre su hombro y la radio salió rodando por el suelo mientras él tanteaba entre la sangre para juntar los extremos del tendón partido.

—Y ahora el otro.

Bliss, con los ojos humedecidos por la excitación, se abalanzó sobre él mientras la sierra chirriaba. Pero Essex fue más rápido de lo que parecía. Lanzó un gruñido, se puso boca arriba y, tomando impulso, estrelló el brazo con fuerza contra la columna vertebral de Bliss.

Bliss soltó la sierra y rodó sobre las hojas húmedas sorprendido y sin aliento.

—¡MALDITO HIJO DE PUTA, BLISS! —bramó Essex. Dio varias vueltas por el suelo hasta caer encima de Bliss—. ¡ERES UN MALDITO HIJO DE PUTA!

Logró maniobrar entre sonoros resoplidos y, boqueando como un pez fuera del agua, descargó todo su peso sobre la espalda de Bliss. Había perdido la radio y sabía que el daño estaba hecho. Era consciente de que tenía el pie colgando y los músculos y las venas al aire. Su única arma era su peso, suficiente para mantener a Bliss inmovilizado hasta que alguien viniera.

—Diamond —gritó—. Utilice mi radio, Diamond. Llame a todas las unidades.

Pero Diamond estaba temblando, con la mano levantada.

—*El muy hijo de puta me ha cortado* —susurraba—. *Podía haberme cortado una arteria...*

—¡DIAMOND!

—De todas formas está muerta —dijo Bliss escupiendo sobre el mantillo de hojas—. Están muertas las dos, las muy zorras.

Essex agarró a Bliss por las hombreras.

—¿Qué coño has dicho, pedazo de hijo de puta?

La expresión de Bliss era tranquila, beatíficamente serena y silenciosa. Essex le clavó el codo con fuerza en la médula.

—¿Las has matado? —dijo golpeándole otra vez, sin prestar atención al suave rechinar de los ligamentos en el pie.

—¿Qué has hecho, capullo de mierda? ¿Las has matado?

—¿Essex?

Caffery supo que algo iba mal cuando se dio la vuelta y no vio a Diamond en el camino. Dio unos pasos hacia el borde del bosque, con la radio en la mano. Se detuvo.

Desde el fondo de la arboleda llegó un grito amortiguado, casi inaudible. Y, de manera intermitente, un zumbido mecánico inquietante.

—¿Essex?

No hubo respuesta.

—¿Paul? ¿Estás bien?

Silencio.

Esto va mal, Jack. Muy mal.

Despacio, con la radio junto a los labios, comenzó a avanzar. El zumbido disminuyó hasta dejar de oírse. Sintió un nudo en el estómago.

—Bravo seis-cero-dos a todas las unidades.

Rodeó un grupo de abedules plateados y se paró.

Diamond estaba apoyado en un tronco caído con un brazo pegado al pecho. Miraba a Essex, que a unos diez metros del límite del bosque, con el rostro yerto y amoratado, aplastaba contra el suelo a Bliss con su cuerpo. Este tenía un brazo doblado detrás de la espalda y los párpados levantados, dejando a la vista los bordes sonrosados de los ojos. A pocos centímetros, sobre las hojas, la sierra eléctrica rotaba con esfuerzo como un

perro cansado persiguiéndose la cola.

–*Dios santo...* Paul.

Essex alzó la vista.

–Dice que las ha matado, Jack.

–Tranquilo..., sujétale.

Avanzó hacia ellos con el brazo extendido.

–Mantén la calma..., no lo sueltes.

El brazo de Diamond salió disparado y agarró a Jack por el codo.

–No pude hacer nada. No pude. Mira –dijo mostrándole la mano–. ¿Ves la sangre?
¿Ves qué color tiene?

Los labios le temblaban.

–Es muy oscura. La herida es muy profunda –añadió.

–Diamond... –dijo dándose la vuelta hacia él.

Sin pensarlo dos veces y ni siquiera cambiar el paso, partió la pequeña nariz cosmética de Diamond de un puñetazo.

–Te lo advertí.

Diamond se echó al suelo gritando, con las manos sobre la cara.

–¿Por qué coño has hecho eso? ¿Por qué?

Unos metros más allá Bliss vio su oportunidad.

Tiró de la sierra hacia él y con un movimiento rápido de su brazo pegajoso dobló sobre la máquina el brazo derecho de Essex y le cortó la muñeca. La sangre salió a chorros como si fuera un surtidor: Essex abrió la boca y soltó un aullido.

Caffery corrió hacia ellos gritando «¡PAUL!», pero Bliss fue muy rápido.

Sin pestañear, concentrado en la complicada operación, rodó entre gritos y salpicaduras de sangre hasta caer sobre la otra mano de Essex y apoyar la sierra limpiamente sobre la vulnerable red de tejido y vasos sanguíneos. Antes de que Jack cubriera la distancia que les separaba, Bliss se puso en pie y salió disparado, empapado de la sangre de Essex. Dio varios traspiés sobre la húmeda hojarasca, gateó por el suelo hasta recuperar el equilibrio y salió del bosque agitando sus cortos brazos.

–¿Paul?

Jack se dejó caer junto a Essex y acercó la cara a su mejilla fría.

–¿Ha conseguido llegar a los dos brazos?

Essex asintió con los ojos arrugados por el dolor. La sangre, de un rojo brillante, le chorreaba por toda la pechera de la camisa.

–¡Diamond! Mueve el culo.

Jack se puso en pie de un salto, agarró a Diamond por la chaqueta y le arrastró hasta donde estaba Essex.

–¡MUEVE EL CULO! Dame las manos...

–Suéltame, joder...

–Trae las manos. Ponlas aquí.

Cogió los dedos que Diamond había puesto sobre su nariz ensangrentada y los presionó sobre las arterias braquiales profundas, cerca de las axilas de Essex.

–Aprieta. Aprieta fuerte.

Se arrancó la chaqueta y la corbata, cogió la radio y la dejó a los pies de Diamond.

–Comprime las arterias con fuerza y pide ayuda por radio.

Diamond le miró con los ojos inyectados en sangre.

–Hijo de puta.

–¿Me oyes? –dijo agarrando la oreja de Diamond y tirando de ella hasta levantarle la cabeza–. ¿Me has oído?

–Vale, vale. Suéltame.

–Hazlo.

Jack le apartó con brusquedad y se fue en busca de Bliss.

Estaba a unos cien metros, donde los árboles empezaban a fundirse en una gran mancha oscura. Era una figura blanca y rosácea que corría bajo la lluvia. Se movía deprisa, pero Caffery era más ágil, más fuerte y más rápido. Corrió a toda prisa a través de la maleza, oyendo solo el sonido de su respiración y el goteo de la lluvia en las ramas.

No gritó. Demasiado esfuerzo. El barro y las hojas saltaban a su paso mientras la distancia se reducía con rapidez. Muy pronto pudo oír la respiración de Bliss y ver cómo subía y bajaba sus pequeños brazos.

Mierda. Vio el negro asfalto de la carretera costera asomar a través de los árboles. Es una vía pública. ¿La habrán acordonado? ¿Dónde están los agentes locales? ¿Y el Grupo de Apoyo? Detrás de cada seto debería haber un policía.

Bliss agachó la cabeza de repente para esquivar una rama, se abrió paso entre el follaje húmedo y fue a salir a un terraplén. Se deslizó por la pendiente y fue ganando velocidad hasta estrellarse contra la alambrada de espino que había al final.

Essex yacía de costado, con el rostro sobre las hojas y la boca medio abierta. Sabía que iba a perder el conocimiento y el frío le llegaba hasta los huesos.

Qué extraño tener tanto frío en junio...

Posó la mirada sobre sus manos, inertes en el suelo como si pertenecieran a otra persona. Diamond se ocupaba de ellas: con jirones de la chaqueta hacía tampones y trataba de remediar el destrozo causado por Bliss, deteniéndose de vez en cuando para levantar sus dedos ensangrentados y tocarse con cuidado la nariz rota. Unos pasos más allá, en el barro, estaba la radio de Caffery. La voz de Maddox, lejana y metálica, llamaba a su inspector:

–Bravo seis-cero-dos, aquí Bravo seis-cero-uno, le recibo.

Por encima, el helicóptero sobrevolaba la casa.

El Grupo de Apoyo habría entrado. *Demasiado tarde*, pensó Essex. *Las chicas estaban muertas. Ya no se podía hacer nada por ellas. Y Jack estaba con Bliss. En algún lugar del bosque... sin una radio.*

–Diamond...

El esfuerzo fue enorme. Le estallaba la cabeza.

–Diamond... la radio...

Diamond no respondió.

—¡Diamond!

—¿Qué? —contestó alzando la vista enfadado—. No estoy sordo, joder...

—La radio...

—Sí, ya sé.

Anudó los extremos de la tela alrededor de las muñecas de Essex.

—Estoy haciendo todo lo que puedo.

Con una mueca de dolor y una mano sobre la cara, se giró, arrastró la radio por la hojarasca para acercarla y apretó el botón naranja, emitiendo una llamada de emergencia de diez segundos que interrumpió todos los canales.

—Bravo seis-cero-tres a todas las unidades. Necesito ayuda urgente... Repito, ayuda urgente...

Essex, exhausto, dejó caer la cabeza. Un escalofrío de dolor le recorrió los miembros. Todo lo que veía le parecía más grande, distorsionado: los árboles, el cielo, las ramas caídas, Diamond hablando rápido y furioso por la radio... Era como si el aire se hubiera hinchado y despidiera ondas hacia donde él estaba. También se dio cuenta de que la luz del día estaba cambiando: cada vez era más verde y más fría.

El corazón se está debilitando, Paul, pensó distante. Viejo estúpido, así aprenderás. El puñetero corazón te está fallando...

La velocidad hizo que resbalara por la pendiente con las manos por delante y se precipitara contra la alambrada. Hundió los talones en el terreno y sus dedos chocaron con un tramo de alambre liso entre las púas, deteniéndose a apenas unos centímetros con un fuerte martilleo en el corazón. Recuperó el equilibrio al instante y, jadeando, se giró con rapidez dispuesto a luchar.

Pero dos metros más adelante vio que Bliss había tenido peor suerte.

El peso de su cuerpo había hecho que se estrellara contra la alambrada: se balanceaba suavemente, con los pies apoyados en el suelo, las rodillas un poco dobladas y los brazos levantados como una marioneta. Las púas se le habían clavado en la piel, en la cabeza y se habían hundido en los ligamentos fibrosos. No emitía ningún ruido, solo parpadeaba de vez en cuando. Tenía una expresión tranquila, intensa.

Caffery bajó las manos despacio.

—¿Bliss?

No hubo respuesta.

Dios santo, ¿y ahora qué?

Dio un tímido paso adelante.

¿Por qué no intenta liberarse?

El rostro de Bliss mostraba resignación, serenidad. Solo se atrevía a torcer la mandíbula ligeramente, como si todos sus esfuerzos se concentraran en no moverse lo más mínimo. Con un escalofrío, Caffery comprendió la situación.

Moverse le produce dolor. Está atrapado.

Dejó salir un suspiro de alivio.

Allí estaba: atrapado y en sus manos. Su presa en carne y hueso. Birdman.

Se secó el sudor de la frente con manos temblorosas y se inclinó con cuidado, sin relajarse, sin confiar demasiado en ese inesperado golpe de suerte. Bliss, embridado por el alambre, miraba con sumisión hacia delante mientras Caffery lo examinaba con precisión y rapidez, recorriendo el enrejado de espinos con la vista para descubrir dónde le dolía, por qué le dolía y qué palanca podía accionar. Vio numerosas heridas leves, pequeñas pero reiteradas, antes de encontrar el punto de apoyo que buscaba: una única púa hundida profundamente en el cuello de Bliss. Todavía no salía sangre, pero a su alrededor palpitaba la carne sonrosada. Se trataba de la arteria carótida: solo faltaba abrir la espita y vaciarla.

—Ahí —susurró al oído de Bliss, con los dedos metidos entre el alambre—. *Aquí* está la clave.

Tiró de la alambrada hacia abajo con suavidad para comprobar cuándo comenzaba el dolor. Bliss cogió aire por la nariz, resignado ante ese gesto pueril, y cerró los ojos con paciencia como si el asunto no fuera soportar el dolor sino aguantar la humillación provocada por un niño bravucón. Caffery liberó la presión sobre el alambre y lo movió en la dirección opuesta.

—Así actúan los cobardes, señor Caffery —dijo Bliss de repente con una voz tensa y pastosa—. Solo los cobardes.

Caffery acercó la cara.

—Lo has hecho, ¿verdad? Las has matado.

—Sí —respondió Bliss cerrando los ojos—. Y me las he follado. No olvide eso.

Caffery le miró con los dedos agarrotados entre la alambrada. El helicóptero viró sobre las copas de los árboles, se alejó del *bungalow* y se dirigió a la carretera. El ruido fue en aumento e hizo que el suelo temblara y los árboles gotearan. Pero Caffery permaneció inmóvil sin ser consciente más que de su propia rabia, mirando a Bliss a la cara y sopesando la oportunidad, tan ufano y complacido con ella que llegaron a saltársele las lágrimas.

Y entonces, de repente, todo se acabó. Desapareció.

Resopló, se secó el sudor de la cara y movió la cabeza con el corazón apesadumbrado. Dijo algo entre dientes, soltó la alambrada y sin mirar a Bliss, trepó lentamente por el terraplén.

El helicóptero pasó por encima. Essex miró hacia arriba, hacia el cielo gris más allá de las trémulas hojas plateadas. Un pájaro voló en círculo e inclinó el ojo para observarle. El corazón de Essex siguió su instinto natural y siguió trabajando hasta expulsar el último flujo inútil de savia vital a través de las aberturas de sus muñecas.

Qué raro, pensó. No siento la lluvia en la cara. ¿Por qué no la siento caer sobre la cara?

Veinte segundos más tarde, su corazón, con las paredes internas viscosas y reticuladas casi secas, dio una última sacudida y se paró. Unas gruesas gotas de lluvia caían con fuerza y rebotaban sobre sus ojos abiertos como bolas de cristal.

El helicóptero no vio a Caffery y a Bliss, pasó a más de cuatrocientos metros del terraplén y siguió la carretera en dirección al estuario.

Más abajo, protegido por un árbol, Caffery llegó al borde de la pendiente y algo le hizo detenerse.

Se presionó las sienes, como si pudiera hacer desaparecer el dolor que sentía con un masaje. Se dio la vuelta y por un instante miró a Bliss, que esperaba con paciencia cubierto de sangre y lluvia. Un pinzón real, atraído por el objeto enredado en la alambrada, apareció a un metro de distancia sobre un joven sicomoro. No era mayor que el puño de un niño. Parpadeó y ladeó la cabeza, valorando la posibilidad de encontrar comida. Caffery se le quedó mirando durante un largo rato antes de exhalar un profundo suspiro y deslizarse de nuevo por el terraplén. Se sacó los faldones de la camisa, los cogió para protegerse los dedos y agarró la alambrada con las dos manos.

Un chorro delgado y de color intenso surcó el aire. El vaso sanguíneo estaba perforado. Bliss soltó un chillido y dio una sacudida; agitó los pies con desesperación y se llevó las manos al cuello de manera instintiva. Caffery contuvo la respiración, apretó la alambrada con fuerza y la arteria reventó de forma audible: un borbotón de sangre empapó el cuello blanco y los cabellos de Bliss.

Caffery retrocedió y observó en silencio, apretando su pulgar negro contra la palma de la mano de manera distraída mientras la vitalidad de Bliss se derramaba por el suelo. El hecho de que una vida tocara a su fin no le afectó: en su lugar solo tenía una sensación de triunfo, de un triunfo irracional.

Después contó hasta cien para asegurarse de que todo había acabado. Se dio la vuelta, se estiró la camisa y volvió a subir el terraplén.

Los hombres del sargento O'Shea encontraron el cuerpo de Joni tirado en el estrecho pasillo. Bastó una rápida ojeada para confirmar que estaba muerta. Nadie podría haber sobrevivido a esas heridas: tenía la espina dorsal partida y una botella rota metida en la vagina. Quinn entró en el *bungalow* con el equipo fotográfico. Tras veinte minutos volvió a salir con gesto serio para acompañar a Caffery y Maddox al interior de la casa.

—A la otra la ha dejado ahí dentro —dijo señalando hacia el oscuro pasillo con la luz de la linterna—, en el cuarto de estar.

Quinn se detuvo y se giró hacia ellos.

—¿Están seguros de querer verlo?

—Naturalmente —murmuró Caffery. Tenía la camisa empapada de lluvia y sangre—. Naturalmente.

Quinn abrió la puerta.

En la habitación había el típico olor a cerrado de los chalets de vacaciones. Las persianas estaban bajadas y el mobiliario parecía en buen estado. Unos almohadones de flores brillantes descansaban sobre unas sillas de mimbre. Alguien había celebrado una fiesta de cumpleaños, una fiesta de cumpleaños infantil. Había manchas de tarta sobre la mesa. Los globos que flotaban en el techo estaban salpicados de sangre.

—Ahí —dijo Quinn al entrar en la estancia—. Dense la vuelta y la verán.

—¿Dónde?

Quinn dirigió la luz de la linterna hacia el techo de la cocina por encima de las puertas batientes.

—Dios santo —suspiró Maddox.

Estaba colgada, boca abajo, como si fuera un toldo desplegado sobre la cocina. Tenía las muñecas atadas con un cable eléctrico que pasaba a través de un gancho en el techo y luego le rodeaba los tobillos. Estaba desnuda, con la cabeza y los hombros envueltos con film transparente como si fuera una momia. Una delgada franja de luz le iluminaba los muslos manchados de sangre.

Quinn apoyó la mano sobre el brazo de Caffery.

—Voy a avisar al equipo forense, señor.

—No —dijo Caffery dando un paso hacia delante.

—Jack —advirtió Maddox—. Jack, primero tienen que venir los forenses. *Jack...*

Caffery cruzó la habitación lentamente y sintió una fuerte tensión en el pecho: de manera instintiva su cuerpo bloqueó cualquier reacción. El suelo de linóleo estaba pegajoso. Rozó con los pies la tira de metal que separaba el cuarto de estar de la cocina y se detuvo con las manos apoyadas en las puertas de vaivén.

La grotesca creación de Bliss osciló ligeramente, como movida por la brisa. Bajo el plástico transparente se veía el rostro de Rebecca aplastado e hinchado.

Despacio, poco a poco, Caffery dejó escapar el aire de sus pulmones.

Tu imaginación, Jack, no es tan fuerte como creías... Nunca podría haber inventado esto. ¡Y realmente creías que querías encontrar a Ewan! Realmente creías que querías ver algo así.

Una gota débil asomó entre uno de los pliegues del film transparente bajo la nariz de Rebecca.

—¿Becky?

La lágrima cayó al suelo de linóleo.

—¿Becky?

Una vena palpitó en su cuello.

Rebecca fue tratada en el Hospital General de Lewisham. Caffery se negó a que la ingresaran en St. Dunstan. Le hicieron varios TAC, angiogramas, transfusiones de sangre. Pasaron casi cuatro días hasta que los médicos de la UCI estuvieron seguros de que sobreviviría. Tan pronto como recibió la noticia, Jack tomó la decisión que había estado meditando todo ese tiempo. Hizo de juez y parte, consideró el veredicto de su tribunal personal y eligió, con absoluta tranquilidad, no confesar el homicidio de Bliss.

Llevaba cuatro días analizando todas las posibilidades: expediente disciplinario, vista oral, investigación interna, despido por conducta criminal y juicio independiente. Todo eso, o permitir que las cosas quedaran como estaban, dejar que el mundo siguiera creyendo que Bliss había muerto en el accidente antes de que nadie pudiera ayudarlo.

Se dijo a sí mismo que esa elección, fruto de su instinto de conservación, podía ofrecerle, paradójicamente, una nueva arma. Había matado y no había confesado: él era ahora el depredador que *conocía* a su presa. Podía mantener su integridad y pasar desapercibido hasta en el mismo mundo de los asesinos. Una vez tomada la decisión, se sorprendió de su rápida adaptación: durante el desarrollo de la investigación de las causas de la muerte de Bliss, Caffery persistió en sus mentiras sin ningún esfuerzo, aguantando la mirada del juez mientras soltaba una ordenada sarta de embustes.

¡Qué raro lo tranquilo que estás! ¿Así de fácil es? ¿Realmente es tan sencillo mentir y que te crean?

Pero por muy irreproachable que le pareciera el cambio, a ella no pudo engañarla. Rebecca se dio cuenta inmediatamente de que en su interior había algo nuevo. El día en que recobró el conocimiento, le acarició el rostro y le preguntó de improviso:

—¿Qué pasa?

Jack se llevó la mano a la boca y la besó.

—Cuando estés bien —susurró—. En cuanto te recuperes, te lo prometo.

Pero la recuperación fue lenta. Se necesitaron tres transfusiones más antes de que estuviera fuera de peligro y diez días después aún estaba demasiado débil para acompañarlo al funeral. Viajó solo hasta la pequeña iglesia de Suffolk y se sentó en un banco frío, incómodo con su traje de alquiler, al lado de Marilyn Kryotos.

Dos bancos más adelante estaba sentada la madre de Essex, sin derramar una lágrima, demasiado aturdida para llorar, con unos lacitos temblorosos en la redecilla de su sombrero. Caffery se había sentido turbado al ver los rasgos de Essex reflejados con tanta precisión en los rostros de ella y de su marido, como si exhibirlos entre los lirios que decoraban la iglesia fuera una falta de tacto. Se preguntó si sería capaz de reconocerse a sí mismo en las caras de sus padres si volviera a verlos alguna vez. Se preguntó qué tipo

de sombrero llevaría su madre en un funeral y, al darse cuenta de que no tenía la menor idea, ni la más mínima noción, sintió un escalofrío.

Comenzaron los cánticos. Kryotos se inclinó hacia delante unos centímetros, apoyó los codos en la repisa del devocionario y bajó la cabeza.

—¿Mami?

Jenna, con un vestidito de terciopelo negro, leotardos negros y zapatos de charol con correa abotonada, se escurrió del banco, se agarró a la pierna de Kryotos y la miró con preocupación.

—¿Mami?

A la derecha de Kryotos estaba sentado Dean, en silencio, dando pequeños tirones al cuello de su primera camisa de adulto para aflojar la presión. Se encontraba incómodo. Ninguno de los dos era capaz de fingir no haber visto las lágrimas que oscurecían el cojín del reclinatorio a los pies de Kryotos.

Caffery recordaba esa sensación: como Dean, había visto rodar las lágrimas por el rostro de su madre y había sentido cómo se estremecía mientras rezaba pidiendo a Dios que Ewan apareciera.

«Es una excusa estúpida para no vivir tu vida.»

Las palabras surgieron en su cabeza con tal claridad que se llevó la mano a la frente para cubrirse la cara y evitar que otros pudieran ver su expresión.

«A estas alturas, se supone que deberías haberlo superado y seguir adelante.»

¿Acaso no era eso —pensó— lo que le habían estado diciendo a lo largo de los años, cada una a su modo, todas las mujeres, todas las parejas con las que había estado? Tal vez su cólera estaba justificada, tal vez ellas sabían mucho mejor que él a qué debe uno agarrarse y qué debe olvidar. Treinta y cuatro años y aún no sabía cómo jugar el gran juego de la vida. Como si nunca hubiera sido el verdadero dueño de su existencia y se hubiera quedado sentado, mirando en la dirección opuesta, observando y haciendo planes, tratando de satisfacer a los demás, de atrapar el pasado, mientras la vida pasaba por su lado y se le escapaba. Podía dejar que todo siguiera igual, continuar hurgando en la herida, morder el cebo de Penderecki, permitir que siguiese reinventando nuevas formas de atormentarle y avanzar solo y sin descendencia por la vida. O...

O podía elegir abandonar la batalla.

Cuando el pastor comenzó a pronunciar su panegírico —discreto y mesurado—, Caffery se inclinó de repente hacia delante. Kryotos se sonó la nariz y alzó la mirada.

—¿Qué pasa? —susurró apoyando una mano en su brazo—. ¿Ocurre algo?

Caffery tenía la mirada fija a media altura, como si un fantasma hubiera aparecido en el crucero y se hubiera elevado hacia la bóveda de abanico.

—¿Jack?

Tras unos segundos su rostro se serenó. Volvió a sentarse en el banco y la miró.

—Marilyn —susurró.

—Dime, Jack.

Olía tan bien. Kryotos esperó mientras en su interior se avivaban todas esas pequeñas realidades de la vida de las que él hacía que se arrepintiera.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo sonriendo—. Una locura.

Después del velatorio regresó a Londres a través de las llanuras soleadas de Suffolk. Cuando llegó a casa, estaba cayendo ya la tarde: sobre la hilera de viviendas adosadas el cielo comenzaba a teñirse de color naranja.

Jack llevaba más de dos semanas sin pisar el dormitorio de Ewan. Entró con decisión, metió todas las carpetas vacías en una bolsa de plástico y, después de hacer un nudo para cerrarla, la sacó a la calle y la tiró al contenedor de la basura. Se sacudió las manos, entró de nuevo en la casa y se quitó la chaqueta. Cogió un martillo de carpintero del armario que había debajo de las escaleras y abrió la puerta trasera.

El mes de julio se acercaba y el jardín estaba en todo su esplendor. Bajo el sol estival estallaba de vida: flores de colores brillantes salpicaban los parterres, y el rosal versicolor, plantado por su madre hace treinta años, se alzaba en silencio junto a la valla y sus capullos de color rosa azucarado se abrían como la mano de un bebé. Jack agachó la cabeza para pasar por debajo del sauce, se dirigió directamente a la vieja haya y dejó caer el martillo sobre la hierba.

Hazlo. HAZLO. Si lo piensas dos veces, dudarás.

Se remangó la camisa, cogió aire, agarró el tablón inferior e hizo palanca hacia el tronco. Floja y podrida, la madera se desprendió fácilmente del árbol y una nube de liquen le manchó la camisa.

Nada de dudas.

Trasladó el tablón unos metros y lo arrojó sobre la maleza por encima de la valla. Se secó la frente, volvió junto al haya y comenzó con la tabla siguiente.

El martillo yacía inutilizado sobre la hierba y las sombras se alargaban. Al cabo de un rato tenía las palmas de las manos irritadas y bañadas en sudor y la camisa llena de musgo. Solo quedaba un tablón colgando del árbol. Después de agarrarlo con las manos, dio un paso hacia atrás para coger fuerza y algo le hizo detenerse. Un elemento nuevo y desigual apareció en el horizonte y cambió la tarde en un momento.

Soltó la madera y levantó la mirada.

Atraído por algún instinto viciado, por algún conocimiento antiguo, como si pudiera intuir que la voluntad de Jack había cambiado, Penderecki había salido al jardín, al otro lado de las vías. Estaba junto a la valla. En tirantes y con la camiseta manchada, masticaba y se rascaba la cabeza mientras sus ojos, brillantes como joyas, parpadeaban y observaban.

Jack respiró hondo y se enderezó. Lo normal por su parte hubiera sido alejarse o, lo que era peor, meterse en casa. Pero en ese momento se quedó plantado y, con frialdad, buscó la cara de Pen—derecki para mirarle a los ojos. Controlando la situación.

No pasaban trenes ni se oía ruido alguno. Reflejadas en las ventanas de las casas, unas luminosas nubes vespertinas flotaban sobre los árboles. Una gaviota, que parecía haber perdido el rumbo desde el Támesis, describió un círculo y observó a los dos hombres. Entonces los ojos de Ivan Penderecki parpadearon.

Apenas fue una sombra, pero Jack se dio cuenta.

Significaba que la balanza se había inclinado a su favor.

Esbozó una sonrisa y sintió una sensación reconfortante. Dio un paso atrás y con un sencillo movimiento agarró el tablón. Lo llevó hasta la valla, se detuvo el tiempo suficiente para comprobar que Penderecki seguía observando y lo lanzó a más de dos metros de distancia sobre la maleza. Al «sendero de la muerte». El último lugar en el que había visto a Ewan.

La tabla cayó, rebotó dos veces, fue visible por un momento sobre las prímulas y la hierba, dio una voltereta más y desapareció. Jack se limpió las manos y levantó la mirada.

Bien.

La expresión de Penderecki había cambiado.

Dudó un momento, tamborileó sobre la valla y, bajando sus ojos de lagarto, parpadeó con incomodidad. Luego, con brusquedad, extendió sus tirantes, escupió hacia las vías y, secándose la boca sin alzar la mirada, se alejó de la valla. Con la espalda recta y los brazos pegados a los costados, se giró con precisión científica, entró en la casa y cerró la puerta.

Al otro lado del desmonte, vestido con traje de luto por segunda vez en su vida y con la camisa oscurecida por el sudor, Jack supo que todo había acabado. Incluyó la cabeza y permaneció junto a la valla con las manos en la alambrada, mientras su corazón aminoraba los latidos y la noche le envolvía.

De pronto, con gran estruendo, pasó un tren de cercanías lleno de pasajeros que regresaban del trabajo. Perplejo, levantó la vista, como si el tren fuera lo último que esperaba ver sobre la vía del ferrocarril. Se estiró hacia delante y vio cómo el último vagón amarillo se desvanecía en la distancia. Cuando desapareció bajo el puente de Brockley, Jack se quedó durante un rato mirando el trémulo movimiento hasta que no supo si aquello era el cielo, la calima de la tarde o un efecto óptico.

Regresó a la casa, se quitó el traje y, después de darse una ducha, se dirigió al hospital de Lewisham.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a todo el personal de la AMIP de Thornton Heath y Beckenham, en especial al inspector jefe D. Wilson, al inspector C. Davies, al detective D. Glenister y al agente M. Little. Asimismo deseo expresar mi gratitud a Iain West, del Departamento de Patología Forense del hospital Guy's; a la doctora Elizabeth Wilson y a Doug Stowton del Servicio de Ciencias Forenses; al patólogo Ed Friedlander de la Universidad de Health, Missouri; a Dave Reeve; y a Zeno Geradts, todos los cuales han demostrado una gran profesionalidad y me han ayudado mucho más allá de lo que correspondería a sus funciones.

Quiero mencionar especialmente al inspector jefe Steve Gwilliam por su paciencia y colaboración.

Por su amistad y confianza, mi reconocimiento a Jimmy Brooks, Karen Catling, Rilke D., Linda Downing, Jon Fink, Jo Goldsworthy, Jane Gregory, Dave y Deborah Head, Patrick Janson-Smith, Sue y Michael Laydon, Doreen Norman, Lisanne Radice, Sam Serafy y Simon Taylor. Gracias también a Caroline Shanks, que hace años me salvó la vida, a Mairi Hitomi, que continúa haciéndolo, y a las personas más cultas e ingeniosas que jamás he conocido: mi maravillosa familia, verdaderamente excepcional. Y, sobre todo, a Keith Quinn.

Notas

¹ El 22 de abril de 1993, Stephen Lawrence, un joven negro de 18 años, fue apuñalado fatalmente por cinco adolescentes blancos mientras esperaba el autobús en Eltham, al sudeste de Londres. Acusados de homicidio, los atacantes fueron absueltos por falta de pruebas. Al conocer el veredicto, los padres de Lawrence presentaron una queja formal contra la actuación de la Policía Metropolitana de Londres, que fue acusada de negligencia, corrupción y racismo. La investigación judicial concluyó que habían existido actitudes racistas en la policía. (N. del T.)

² «He visto, y oído, mucho de la desfachatez Cockney con anterioridad, pero nunca esperaba oír a un petimetre pedir doscientas guineas por arrojar un bote de pintura a la cara del público.» *Whistler's «Nocturne in Black and Gold: The Falling Rocket»*, extracto de la carta n.º 79, publicada en junio de 1877 por John Ruskin (1819-1900) en *Fors Clavigera*, colección de cartas dirigidas por el escritor y crítico de arte a los trabajadores británicos entre 1871 y 1884. El texto mencionado era un ataque a una obra de James MacNeill Whistler expuesta en la galería Grosvenor de Londres en 1876. (N. del T.)

³ Se trata de los dos primeros versos de la penúltima estrofa de «Oda a un ruiseñor», de John Keats (1795-1821). (N. del T.)

⁴ Se trata de un verso de «El Salmo de la Vida», poema incluido en la obra *Voces de la Noche*, de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). (N. del T.)

Créditos

Título original: *Birdman*

Edición en formato digital: octubre de 2013

En cubierta: © Visuals Unlimited, Inc. /Fabio Pupin / Getty Images

© Mo Hayder, 1999

© De la traducción, Javier Sánchez García-Gutiérrez, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-64-7

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
EL CASO BIRDMAN	4
1	5
2	9
3	15
4	22
5	25
6	35
7	38
8	43
9	51
10	54
11	59
12	67
13	70
14	72
15	77
16	80
17	86
18	88
19	92
20	94
21	102
22	107
23	113
24	118
25	125
26	130
27	134
28	140
29	144
30	150
31	153

32	162
33	164
34	172
35	176
36	180
37	189
38	194
39	196
40	202
41	206
42	213
43	222
44	227
45	232
46	235
47	248
48	257
49	263
50	266
51	271
52	273
53	285
Agradecimientos	289
Notas	290
Créditos	291